ÀGUEDA PARELLADA

ACADEMIA RIDER

LA COPA DE NACIONES



LA COPA DE NACIONES

ACADEMIA RIDER

ÁGUEDA PARELLADA

© Àgueda Parellada, 2026
Primera edición: abril 2026
Instagram: @agueda.dressage
YouTube: Agueda Dressage

ISBN: 978-84-09-82203-4
eISBN: 978-84-09-85467-7
Impresión: Veprix

Corrección y maqueta: María Bravo y Olga Pardo
www.maribravo.es
Ilustraciones: Beatriz García González @bea.gg

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso de autor, bajo la sanción establecida por la legislación. También queda expresamente prohibido el uso de esta obra para el entrenamiento, aprendizaje, análisis o generación de contenidos por sistemas de inteligencia artificial, herramientas automatizadas o cualquier otra tecnología de generación de texto o imagen, sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Oler a caballo, paja en los bolsillos,
calcetines largos, días enteros en la hípica.
Llegar a casa agotada, ducharte,
meterte en la cama y sonreír.
Si sabes de qué hablo, este libro es para ti.

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36

NOTA DE LA AUTORA
PREGUNTAS

CONOCE MÁS A LOS SELECCIONADOS:
HANS MÜLLER
VALKYRIE
MAGNUS OLSEN
SKADI

MARIE LAFONTAINE

BELLE ÉTOILE

ROOS VAN DEN BERG

REMBRANDT

PATRICK O’CONNOR

SHAMROCK

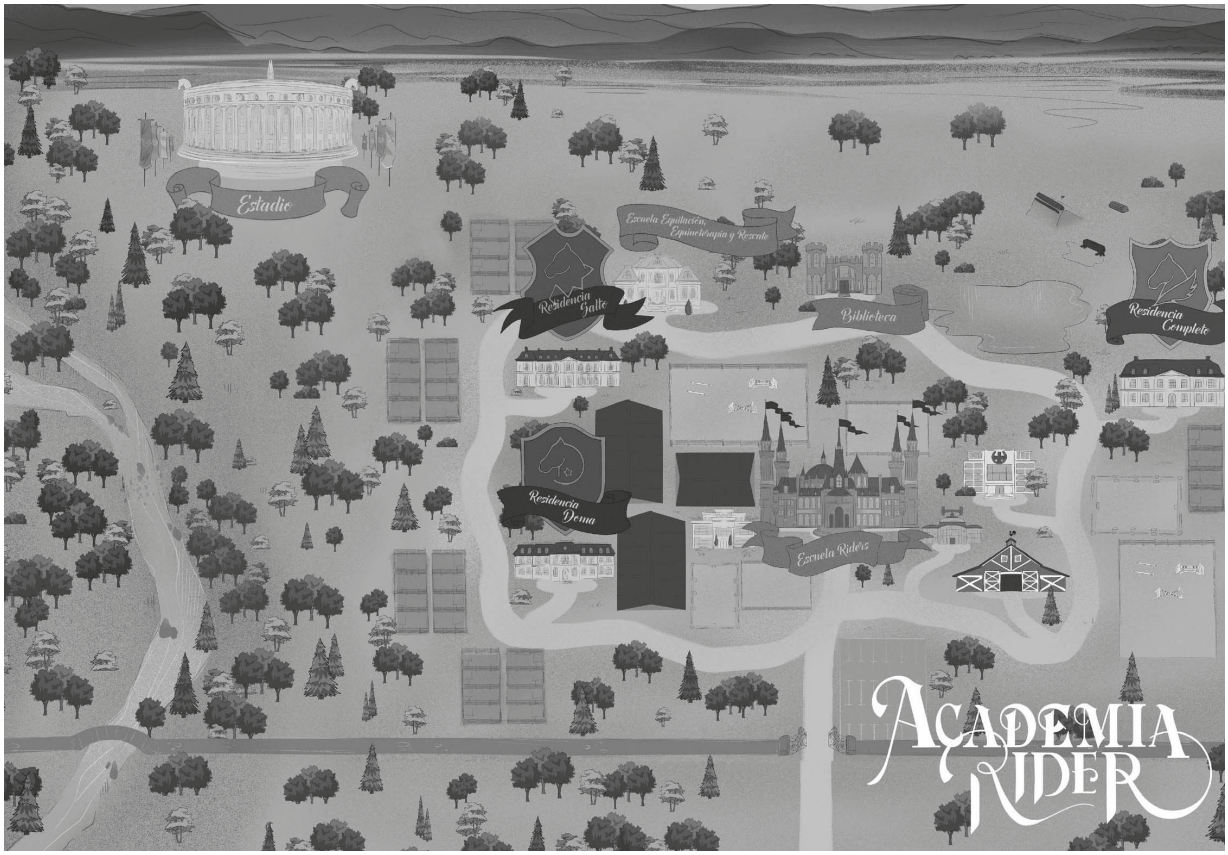
NIL FERNÁNDEZ

SOÑADOR DE VIDA

JOÃO MOREIRA

TROVAO

GLOSARIO


Estadio
Escuela Equitación, Equinoterapia y Rescate
Residencia Falte
Biblioteca
Residencia Completo
Residencia Donna
Escuela Riders
ACADEMIA RIDER

Capítulo 1

Despertar sin ese pitido estridente procedente de mi móvil era la mejor sensación del mundo. Solo llevábamos dos días de descanso de los siete que nos habían asignado entre trimestres, y ya me sentía completamente en modo vacaciones. Tenía la habitación para mí sola, casi la residencia entera, si no fuera por algún jinete que no había vuelto a su país para estar con su familia, y por Charlotte. Al final, sus padres no le habían comprado un vuelo a París para visitarlos. Así que me levantaba con energía al ritmo de Pink a todo volumen mientras me preparaba mi bol de cereales y cotilleaba los últimos tiktoks más virales.

Después de desayunar, me dirigí al *paddock*. Liberty estaba estirado tranquilamente, disfrutando del sol matutino, con las orejas relajadas y los ojos entrecerrados, soltó un pequeño relincho, como si me saludara. Me senté en el suelo a su lado, con mi libro *Ignite Me* en la mano, completamente absorbida por la historia, pasando horas con los personajes. Este iba a ser el trimestre más tranquilo, estaba segura. Solo faltaba sobrevivir dos meses y medio montando y aprobando los exámenes para irme a casa y disfrutar de un verano sin preocupaciones.

O al menos, eso creía.

Mi plan era trabajar con Liberty por la tarde con un paseo por el campo montado, pero alguien tenía otros planes, porque al mediodía mi teléfono vibró con un mensaje de Jack:

> **@Jack.Hawthorn:** Quedamos en el *parking*. En treinta minutos. Tengo un plan para salir de nuestra aburrida vida en la academia. Coge tu bolso.

Mi corazón se aceleró. Aburrido él, pensé, yo adoraba esta vida contemplativa, al menos por una semana, pero Jack me daba miedo cada vez que decía: tengo un plan. No sabía si preocuparme o emocionarme.

Me puse mis bambas corriendo, cogí mi bolso y bajé las escaleras casi saltando los últimos dos peldaños.

—¿Dónde vas tú tan rápido? —preguntó Charlotte desde el sofá, sola en la sala común, mirando un *reality* como si no tuviera nada mejor que hacer.

Mierda. Justo la que no quería encontrarme.

—Tengo una cita con Jack —solté, intentando que sonara como si le dijera que iba al supermercado a por desayuno, aunque por dentro pensé: «Toma ya». No me gustaba fardar, pero es que desde el primer trimestre no podía con ella.

Charlotte parpadeó un par de veces, como si la noticia fuera una bofetada invisible.

—¿Con Jack? —repitió, ladeando la cabeza—. Qué… sorpresa. Solo espero que no llegues tarde. Jack odia que le hagan esperar.

Apreté los dientes. Ella lo sabía. Y sabía que yo lo sabía.

—Tranquila, llego perfecta de tiempo —dije dando un paso hacia la puerta—. Que disfrutes tu… *reality*.

Charlotte esbozó una media sonrisa.

—Disfruta tú de tu cita —contestó con voz dulce, y pude notar la punzada de rabia escondida detrás de sus pestañas postizas—. Vuelve antes de que empiece el trimestre, este promete ser intenso.

Sentí un escalofrío. Charlotte no hablaba por hablar.

—Tranquila, solo me voy unas horas, no te va a dar tiempo de echarme de menos.

Me fui antes de que pudiera añadir otro comentario venenoso. Cuando llegué al parking principal de la academia, Jack estaba allí, apoyado en una moto, con una sonrisa en los labios.

—Pensé que podríamos hacer algo diferente antes de volver a la rutina —dijo, dándome una chaqueta de cuero—. Vamos a mi casa.

—¿Tu casa? —pregunté, sorprendida.

Jack nunca hablaba mucho sobre su casa, y aunque sabía que su familia tenía dinero, lo cierto es que nunca me había invitado. En realidad, me daba cuenta de que sabía muy poco sobre él. Ni siquiera sabía que conducía una moto.

—Sí. Prometo que va a ser divertido. Pero antes haremos una parada —dijo mientras me daba un beso.

Me puse el casco, subí en la moto detrás de él y nos dirigimos a las afueras de la academia. El aire en la cara no me dejaba ni hablar, solo podía agarrarme a él mientras nos adentrábamos en un camino rodeado de árboles y campos abiertos.

A los veinte minutos, Jack paró la moto en la cima de una colina, donde el paisaje era espectacular. Pasamos horas ahí, con un pequeño tentempié y paseando cogidos de la mano. Delante de nosotros, el sol empezaba a bajar, tiñendo el cielo de tonos naranjas y violetas.

—¿No es increíble? —preguntó Jack, observando la puesta de sol mientras se sentaba en la hierba y daba una palmada a su lado para que me sentara con él.

—Sí, lo es —murmuré, sentándome casi encima suyo.

Por un rato nos quedamos en silencio, disfrutando de la tranquilidad del momento.

—Vamos a casa. ¿Quieres dormir ahí esta noche? —preguntó de repente, mirándome de reojo.

Lo miré, sorprendida.

—¿Por qué? —respondí.

—Porque te vendría bien salir un poco de la rutina —respondió con una sonrisa traviesa—. Y porque me gusta tenerte cerca. Y ahí no hay normas absurdas.

Sonreí mientras me lo pensaba por unos segundos.

—Vale, pero si mañana Liberty se venga de mí yéndose de caña por la pista por no haberlo trabajado hoy, será tu culpa.

Jack rio y me rodeó con su brazo.

—Puedo vivir con eso.

Cuando la puesta de sol desapareció por completo, volvimos a subir a la moto para seguir el camino hasta su casa. Nada más llegar, lo primero que vi fue una enorme mansión de piedra con ventanales inmensos y una arquitectura que parecía sacada de una revista de lujo. El camino de la entrada estaba bordeado por jardines perfectamente cuidados, fuentes de piedra y arbustos recortados en formas geométricas.

—Vaya… —dije mientras bajaba de la moto y me quitaba el casco, observando la fachada maravillada.

Pero Jack no se dirigió a la entrada principal. En lugar de eso, me llevó por un camino lateral, al fondo había una casa pequeña.

—¿No entramos? —pregunté, señalando la enorme puerta principal, que estábamos dejando atrás.

Jack negó con la cabeza.

—No, esa es la casa de mi tío Erik, bueno técnicamente es mi casa también, pero yo hace tiempo que no vivo ahí.

—¿Y tu tío vive aquí? —pregunté.

—Casi nunca —dijo mientras se encogía de hombros—. Es *broker* y siempre está viajando. Esta es solo una de las muchas casas que heredó.

Jack tenía dinero gracias a su familia, ya que había atesorado una fortuna con un imperio industrial, y aunque él no hablaba mucho de eso, era evidente que nunca había tenido que preocuparse por cuestiones económicas, visto lo visto.

—Esta es mi casa —dijo, abriendo la puerta de la pequeña casa.

Entré y me sorprendió lo acogedora que era. A diferencia de la mansión principal, esta casita tenía un estilo moderno y minimalista. Todo estaba impecablemente organizado, con muebles de líneas rectas y colores neutros. El espacio era estilo loft, en el que las paredes eran grandes ventanales de cristal que dejaban entrar la luz natural.

—Tienes buen gusto —dije, observando algunos cuadros abstractos de caballos en las paredes.

—Gracias, los elegí personalmente —admitió Jack con una sonrisa.

No había fotos ni objetos personales a la vista, lo que me pareció un poco impersonal, pero al mismo tiempo muy de su estilo.

—Bueno, ¿qué quieres cenar? —preguntó Jack, sacando su móvil.

—¿Pides comida a domicilio?

—¿Acaso me ves cocinando? —respondió con una ceja arqueada.

Reí y nos decidimos por comida china.

Mientras esperábamos a que llegase el pedido, nos sentamos en el sofá con una montaña de palomitas y empezamos a ver: *Cómo entrenar a tu dragón*, en su versión con personajes reales.

Al cabo de un rato, Jack suspiró y, después de un momento de silencio, le dio al botón de pausa y empezó a hablar con un tono más serio de lo habitual.

—En cuanto los servicios sociales actuaron, vine a vivir aquí —dijo, mirando alrededor de la pequeña casa—. Mi tío me acogió, pero casi nunca estaba. Trabajaba más horas que un reloj, así que la que realmente me crio fue mi *nanny*. Cocinaba para mí, jugaba conmigo, me llevaba al colegio, de vacaciones… Básicamente, hizo todo lo que harían unos padres.

Lo miré en silencio, sintiendo un nudo en la garganta. Nunca me había contado esa parte de su infancia.

—¿Y tu tío Erik? —pregunté en voz baja.

Jack se encogió de hombros.

—Cosa que pedía, cosa que tenía…, excepto tiempo con él. Se aseguraba de que nunca me faltara nada material, pero la casa era enorme y estaba extremadamente vacía. No era para nada de mi estilo. Así que, cuando crecí, pedí construir este sitio aquí detrás. Algo más pequeño, más mío.

Sus ojos recorrieron el loft, y entendí por qué este lugar era tan importante para él. No era solo una casa, era un sitio donde realmente se sentía seguro.

Jack me abrazó y yo me acurruqué contra su pecho, disfrutando de lo bien que me sentía allí, lejos de la academia.

Un rato después, cuando la película terminó y salieron los créditos, Jack bostezó.

—Puedes ponerte cómoda en la cama, las sábanas están limpias. Yo dormiré en el sofá.

Lo miré con el ceño fruncido.

—No tienes que dormir en el sofá —respondí—. No me importa compartir, hay suficiente cama para los dos.

Jack sonrió.

—No sería caballeroso por mi parte.

Puse los ojos en blanco, pero no insistí. Me cambié de ropa con la camiseta que me había dejado, porque, obviamente, lo último en lo que había pensado era que terminaría durmiendo en su cama, así que me acurruqué entre las sábanas, sintiendo en todo momento su olor.

Justo cuando estaba a punto de dormirme, mi móvil vibró con mensajes en el grupo de las chicas.

@Brooke.Ashcroft: Espero que estés cuidando bien de Bumblebee. No quiero excusas.

@Emily.Delacroix: No te diviertas demasiado sin nosotras en la academia. No olvides enviarnos fotos.

@Olivia.Thorn: No chilléis, pero de momento estoy en casa de Jack, exactamente en su cama ahora mismo.

@Emily.Delacroix: Mmm, Olivia… Esto sí que es recargar pilas.

@Brooke.Ashcroft: AAAAA *¿Excuse me?* Cuéntanoslo todo, detalles YA.

@Olivia.Thorn: Os he escuchado gritar desde aquí. Nada, hemos pedido comida china, peli en el sofá, todo *chill*. Nada más.

@Emily.Delacroix: ¿Duermes en su casa?

@Olivia.Thorn: Sip.

@Brooke.Ashcroft: Omg. Te odio.

@Emily.Delacroix: Fotos de la casa o no te creo.

Dejé escapar una sonrisa y les envié una foto del salón y Jack en el sofá, que estaba tan ocupado viendo tiktoks que ni se dio cuenta.

@Emily.Delacroix: ¿¿Esa es su casa?? ¿Por qué parece sacada de Pinterest?

@Brooke.Ashcroft: Te odio el doble.

Reí y dejé el móvil a un lado, increíblemente feliz. Y justo en aquel momento Jack me dijo:

—Buenas noches, Rompenormas, eres mi lugar favorito.

A la mañana siguiente, me levanté con mucha luz filtrándose a través de los enormes ventanales. Me estiré y, por un momento, olvidé que no estaba en mi habitación de la academia. Luego vi a Jack, apoyado en el marco de la puerta, con una taza de café en la mano, sin camiseta y una media sonrisa en los labios.

Le observé unos segundos. Me recordó a cuando en el gimnasio, después de entrenar, se secaba el sudor con la camiseta y se le marcaban todos los abdominales, como si los hubieran esculpido. Y yo ahí, intentando no quedarme embobada mientras pensaba: «Madre mía…, ¿este es el chico que está enamorado de mí?».

—Buenos días, dormilona —dijo, acercándose para dejar la taza en la mesita de noche—. ¿Qué quieres hacer hoy?

Me quedé pensativa. Estábamos en una maldita mansión, así que las opciones eran infinitas: una biblioteca enorme llena de libros (porque seguro que tenía una), pasear y descubrir los jardines, piscina… Aun así, pregunté.

—Mmm… ¿Qué se puede hacer en un sitio como este? —dije, levantándome y envolviéndome en las sábanas.

Jack apoyó las manos en la cintura y fingió pensarlo.

—Podemos conducir algún coche del garaje —sugirió con una sonrisa traviesa—. Mi tío tiene una colección entera de deportivos que casi nunca usa.

—¿En serio? —Mis ojos se iluminaron—. ¿Y me dejarías conducir?

—Depende… ¿eres buena al volante?

—Voy a demostrarte que soy mejor que tú —mentí, porque en mi vida solo había pasado la rastra del tractor de Emma por la pista de Blackwood Stables. Esto era mi máximo conocimiento de conducción.

Jack soltó una carcajada y me revolvió el pelo.

—Podemos hacer una carrera. Pero te aviso de que vas a perder.

—Ya veremos —reí, emocionada.

Me cambié y me puse la ropa del día anterior sin antes volver a sentir su olor en la camiseta con la que había dormido, una mezcla entre jabón y algo que solo era él.

—Creo que me la voy a quedar —dije.

Jack arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Así la tendré en la academia y podré dormir con ella cuando te eche de menos.

Jack sonrió de lado y se acercó a mí lentamente.

—Toda tuya —contestó.

Así que, con su camiseta en mi bolso y la emoción de ir a conducir los coches deportivos del garaje de su tío, me preparé para un día completamente distinto a cualquier otro.

Me dejó elegir coche. Por supuesto, fui directa al rojo sin saber ni el modelo. Solo sabía que brillaba más que los otros. Jack me explicó lo básico, me prometió que no me estrellaría (aunque tampoco parecía muy seguro de ello) y, después de varias risas nerviosas, me puse al volante, con él al lado, obviamente, después de confesarle que no tenía ni idea de conducir, y menos esos coches con mil botones y luces. Literalmente, conseguí hacer una recta y ya. Después fue Jack quien se encargó de devolver el coche a su sitio.

Cuando aparcamos de nuevo frente al garaje, tenía las mejillas rojas, y la adrenalina a flor de piel, aun sabiendo los pocos metros que había avanzado a velocidad tortuga. Jack me miró con una sonrisa.

—Te ha gustado.

—No tienes ni idea —respondí.

Terminamos el día tirados en el césped, viendo cómo el cielo pasaba del naranja al azul oscuro. Hablamos de tonterías: de lo poco que dormíamos en la academia, de cuál sería el caballo de nuestros sueños, de qué haríamos si no estuviéramos allí y de qué queríamos hacer con nuestras vidas después de los tres años que pasaríamos en la Academia Rider. Pero, sin duda, el tema estrella (y la gran pregunta) fue qué nos depararía este trimestre, después de que el director Charles, a finales del trimestre anterior, nos hubiera prometido que sería diferente. Entre risas y suposiciones locas, no sabíamos si «diferente» significaba mejor o algo mucho más complicado.

Capítulo 2

Los siguientes días transcurrieron con calma: horas de lectura, Netflix, muchos paseos con Liberty, tanto a pie como montada, pero sin las conversaciones que solíamos tener antes de dormir con las chicas, ya que seguían en sus respectivas casas para desconectar y descansar.

Pero hoy todo volvía a la normalidad, porque Emily y Brooke ya estaban poniendo patas arriba la habitación y contándome cómo les habían ido las vacaciones. Con Emily, la palabra *tranquilidad* no parecía existir en su diccionario…, bueno, más bien en el de su familia.

—No he parado en toda la semana —se quejó Emily mientras soltaba la maleta al pie de su cama—. Mis padres creen que, si dejo de montar un solo día, mi nivel va a descender en picado.

Se dejó caer en la cama con un suspiro. Kingsman tampoco parecía muy entusiasmado de sus «vacaciones» cuando lo había visto bajar del remolque hacía un rato. Ambos habían tenido un descanso inexistente. Mientras tanto, Brooke, Harper y Grace parecían mucho más relajadas después de haber pasado los últimos siete días de parón en casa.

—Nosotras hemos hecho todo lo contrario —dijo Grace con una sonrisa—. No hemos tocado un caballo en toda la semana. Solo sofá, familia y buena comida.

—Deberías haber hecho lo mismo, Em —intervino Brooke—. A veces, descansar es tan importante como entrenar.

Emily puso los ojos en blanco y se tapó la cara con una almohada, como si quisiera desaparecer de la conversación, porque al final todas sabíamos que había sido su familia la que había decidido el tipo de vacaciones que iba a tener. Cambiamos de tema cuando Harper y Grace nos contaron que habían leído en los tableros informativos algo bastante sorprendente.

—Este trimestre no habrá intercambio —anunció Harper, cruzándose de brazos—. Lo leí en el tablón justo antes de venir a veros.

—¿Cómo que no habrá intercambio? —pregunté, sorprendida. Después de los dos últimos trimestres, el intercambio ya era casi como un ritual y de los eventos más emocionantes de la academia.

—No lo sé —respondió Grace, encogiéndose de hombros—. Solo decía que este trimestre no habrá y que darán más información en la reunión de bienvenida.

—Raro —comentó Emily, aunque su voz sonaba algo amortiguada por la almohada que seguía en su cara—. Quizá tenga que ver con las obras.

Y tenía razón. Desde el primer día de vacaciones, la academia estaba repleta de trabajadores y maquinaria. En estos días, no era raro ver camiones yendo y viniendo, y algunos caminos cortados por obras. Los alumnos comentaban que estaban preparando el estadio que estaba a un kilómetro del edificio central, pero que seguía quedando dentro del recinto de la academia. Pero eran solo rumores…, de momento.

—No paran de hacer obras —asentí—. Quizás van a utilizar ese estadio para algo este trimestre.

—¿Una competición? —lanzó al aire Brooke.

—O un evento especial —dijo Harper.

—¿Algo tan importante como para cancelar el intercambio? —preguntó Emily, incorporándose por fin—. Tiene que ser algo enorme.

Nos quedamos charlando unas horas, poniéndonos al día, yo les conté mi escapada con Jack y cómo se habían portado Bumblebee,

Harmony y Revolution estos días que me había quedado al cargo de ellos.

A última hora, revisamos en la aplicación de la academia nuestros horarios para este trimestre, buscando en qué clases coincidíamos las cuatro. Antes de eso, por supuesto, tocó comentar las notas del trimestre anterior. No había sacado ningún diez, pero tampoco corría peligro mi beca: mis notas en todas las asignaturas se mantenían alrededor del siete y ocho, algo que me había costado esfuerzo y que pensaba mantener, o incluso mejorar, en estos meses.

Por el momento, el trimestre no pintaba nada mal, la estructura era más o menos la misma que en los anteriores, se respetaban algunas asignaturas del trimestre pasado y había alguna nueva como Coaching Deportivo, Gestión Hípica y Fotografía y Vídeo Ecuestre, esta última me llamó la atención.

<table>
<tr><th></th><th>Lunes</th><th>Martes</th><th>Miércoles</th><th>Jueves</th><th>Viernes</th><th>Sábado</th><th>Domingo</th></tr>
<tr><td>7:00-8:30</td><td colspan="6">Desayunos caballos, limpieza cuadra+ desayuno jinete</td><td rowspan="7">Día Libre</td></tr>
<tr><td>8:30-9:00</td><td colspan="6">Prepararse para clase e ir a clase</td></tr>
<tr><td>9:00-9:45</td><td>Historia de la Equitación II</td><td>Historia de la Equitación II</td><td>Cuidados del Caballo II</td><td>Cuidados del Caballo II</td><td>Trabajos</td><td>Limpieza de instalaciones</td></tr>
<tr><td>10:00-10:45</td><td colspan="3">Razas</td><td></td><td></td><td rowspan="3">Trabajo escogido para nuestro caballo</td></tr>
<tr><td>11:00-11:45</td><td>Coaching Deportivo</td><td>Coaching Deportivo</td><td>Primeros Auxilios para Caballos y Jinetes</td><td>Fotografía y Vídeo Ecuestre</td><td>Fotoğrafla y Vídeo Ecuestre</td></tr>
<tr><td>12:00-12:45</td><td>Gestión hípica</td><td>Gestión hípica</td><td>Gestión hípica</td><td>Gestión de Eventos Ecuestres</td><td>Gestión de Eventos Ecuestres</td></tr>
<tr><td>13:00-15:00</td><td colspan="6">Comidas caballos + comer jinetes</td></tr>
</table>

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
15:00-17:00	Clases prácticas (saddle fitter, bit fitter, hospital, horsemanship…)					Tarde libre	
17:30-18:30	Trabajo con tu caballo						
19:00-19:30	Cena caballos + repasar cuadras						
19:30-21:00	Estudio / actividades de mantenimiento/ gym						
22.30	A dormir						

Justo antes de dormir, les hice una videollamada a mis padres. Hacía varios días que no hablaba con ellos. Mi madre luchaba con la cámara del FaceTime, mientras yo solo veía a través de la pantalla el techo o el suelo, pero cuando por fin consiguió enfocar bien, me hicieron un *tour* completo por la casa nueva y me enseñaron mi nueva habitación, con todo ordenado (exceptuando mis cajas de ropa).

—Libby, ¿te gusta? —preguntó mi madre, emocionada.

—Me encanta, es preciosa.

—Tu padre insistió en pintarla de gris clarito.

—Este gris es ideal —respondí con una sonrisa.

Estaban ilusionados, y yo también. El verano y volver a casa parecían más cerca que nunca…, pero por ahora me esperaba un trimestre por delante. Teníamos que descubrir qué estaba pasando con el estadio de la Academia Rider y con todas esas obras que nadie parecía saber para qué eran.

Capítulo 3

La primera clase del trimestre, Historia de la Equitación II, empezó de forma inesperada. Apenas nos habíamos sentado cuando Daniel, un alumno también de primero de la casa de salto, levantó la mano y preguntó:

—¿Qué está pasando en la academia? Vemos muchas obras, gente trabajando todo el día, mucho movimiento, pero no sabemos absolutamente nada y solo escuchamos rumores, que si van a hacer un campo de fútbol, que si va a ser otra casa de una nueva disciplina…

Mrs. Helen se ajustó las gafas y sonrió levemente antes de preguntar:

—¿Nadie sabe la historia de esta academia?

Nos miramos entre nosotros en silencio. Yo había escuchado alguna historia, pero no conocía los detalles.

—La Academia Rider —comenzó a explicar Mrs. Helen— fue fundada a finales del siglo XIX, en una época de grandes avances en la equitación y un creciente interés por las disciplinas ecuestres en Europa. Su origen está vinculado a una figura legendaria del mundo ecuestre: sir Edmund Harrington, un aristócrata británico, jinete de renombre mundial y ferviente defensor de la educación ecuestre integral.

Ni una mosca se escuchaba en la clase, todos parecíamos absortos e intrigados con lo que nos estaba contando. Mrs. Helen continuó su relato:

—En 1889, sir Edmund Harrington, conocido por su habilidad excepcional en el entrenamiento de jinetes y sus victorias en competiciones internacionales de salto, decidió retirarse para dedicarse a su verdadera pasión: enseñar y transmitir el arte de la equitación. Su visión iba más allá del deporte; para él, la equitación era un arte. Después de recorrer Europa, encontró el lugar perfecto: ciento veinticinco hectáreas de terreno rodeadas de bosques de robles. Sitio que ahora mismo estáis pisando.

La imaginación de todos en la clase empezó a pintar escenas de esa época mientras Mrs. Helen continuaba:

—Sir Edmund quería que la academia fuese una obra maestra arquitectónica. Contrató a los mejores arquitectos de la época para construir un edificio principal con un estilo que combinaba el gótico y el renacentista, con torreones, una gran cúpula y una torre central con un reloj. Se construyeron amplios *paddocks*, pistas de salto, pistas de doma y un campo de *cross* que se adentraba en el bosque, que en esa época contaba con muchos más árboles que actualmente. Los primeros caballos fueron donaciones de jinetes amigos de sir Edmund, caballos de raza y renombre que encontraron un nuevo hogar aquí.

Emily, sentada a mi lado, me dio un leve codazo y susurró:

—¡Es como un cuento esto!

Sonreí, porque realmente lo parecía. Mrs. Helen prosiguió:

—La inauguración fue el tres de septiembre de 1894, con jinetes y personalidades de la alta sociedad europea. Sir Edmund pronunció un discurso que aún resuena en la historia de la academia: «Este lugar no es solo un centro de entrenamiento. Es una escuela de vida». La academia se hizo famosa rápidamente, no solo por su estructura e instalaciones, sino por la calidad de su enseñanza. Aquí, como ya bien sabéis, se formaron algunos de los mejores jinetes del mundo.

Hubo un momento de silencio antes de que Mrs. Helen continuara:

—Pero uno de los eventos más importantes fue la creación de la Copa de Naciones. Sir Edmund soñaba con un evento que reuniera a las mejores naciones en una competición que pusiera a prueba no solo la habilidad de los jinetes, sino la conexión entre jinete y caballo. Fue un acontecimiento único en su tiempo y, con los años, se convirtió en una de las competiciones ecuestres más prestigiosas del mundo.

Mike, sentado unas filas más atrás, preguntó con curiosidad:

—¿Y las obras actuales tienen algo que ver con la Copa de Naciones? —preguntó.

La profesora sonrió.

—Eso, mis queridos alumnos, lo descubriréis a su debido tiempo.

El murmullo se extendió por el aula. Nos había dejado con la intriga, y sabía que todos estaríamos pendientes de cualquier movimiento en la academia.

A primera hora de la tarde, después de las clases prácticas, fui al *paddock* para preparar a Liberty. Estaba emocionada por volver a las clases después del parón, y aunque la rutina de cepillar y ensillar era algo que tenía memorizado, ese día lo estaba haciendo con especial entusiasmo.

Emily y Brooke ya estaban en la pista, a punto para subirse a Kingsman y a Bumblebee.

—¿Lista? —me preguntó Emily mientras terminaba de ajustar la cabezada de Kingsman.

—Siempre —respondí, pasando la mano por el cuello de Liberty.

Entramos juntas a la pista, los tres caballos parecían contentos de volver a estar entrenando juntos. Detrás de la valla, como siempre, estaba Mrs. Sabina observando y lista para empezar a entrenarnos.

Emily se dirigió hacia ella y Brooke y yo la seguimos detrás.

—Mrs. Sabina, hoy en clase nos han contado alguna cosa sobre la Copa de Naciones —dijo Emily, sujetando las riendas de Kingsman con una mano mientras se colocaba bien el casco con la otra—, ¿nos podría dar más detalles?

Mrs. Sabina asintió con una leve sonrisa.

—Estáis intrigadas, ¿eh? —dijo, mientras todas asentíamos a la vez—. La Copa de Naciones se celebra cada tres años —empezó a explicar—. Ocho países participan. Cada país trae diez jinetes adicionales al jinete seleccionado. Estos entrenarán y vivirán en la Academia Rider, aunque no competirán de forma oficial, porque solo hay un seleccionado por país.

—¿Diez jinetes por país? —pregunté, sorprendida.

—Sí, todos ellos van a convivir aquí con vosotros, en las clases, entrenamientos, gimnasio, durante estos casi dos meses que quedan de trimestre —aclaró.

Todas estábamos escuchando con los mil sentidos puestos.

—La Copa de Naciones consiste en cinco pruebas, normalmente muy duras —matizó Mrs. Sabina—. No solo físicas, sino mentales. Algunos caballos pueden lesionarse, y otros incluso renuncian a mitad de la competición.

Brooke frunció el ceño.

—¿Y las clases normales siguen?

—Sí, pero hay sábados reservados para las pruebas. En total, cinco sábados que se reparten durante dos meses. Y cuando terminas una prueba, recibes una pista que te ayuda a descubrir cuál será la siguiente.

Asentimos, procesando la información.

—Para Reino Unido es un evento enorme, ¿verdad? —pregunté.

—Oh, sí. La gente viaja para verlo. Se organizan sus pícnics, vienen a pasar el día en familia, es casi una tradición, y además se retransmite por la televisión, así que es un evento de gran repercusión —respondió Mrs. Sabina.

—¿Y estos jinetes traen sus caballos desde su país? —preguntó Emily de repente.

—Exacto. Normalmente traen caballos de razas autóctonas del país en el que viven, en representación, aunque, en el caso del Reino Unido, la raza autóctona serían ponis *shetland, exmoor, new forest* o *clydesdales* y lo tenemos un poco complicado.

Nos miramos entre nosotras.

—Pero tenemos algún purasangre —dije en voz alta, pensando en Revolution, el caballo de Grace.

—Correcto. No es una norma estricta que el país anfitrión tenga que competir con una raza autóctona, así que podremos ver cualquier tipo de caballo representando a Reino Unido —confirmó Sabina.

Eso significaba que cualquier caballo en la academia podría terminar en el equipo.

—Mañana por la mañana, tendréis la reunión oficial donde explicarán todo con más detalle, así como el proceso de selección para el jinete de Reino Unido. Y ahora… ¡a entrenar! —añadió la profesora.

Para Liberty parecía que no había pasado ni un solo día desde el último entreno oficial con Mrs. Sabina. Estaba fresco, ágil y con ganas de trabajar, como si llevara semanas esperando volver a la pista. En cambio, Bumblebee y Kingsman se veían un poco apalancados. A Kingsman se le notaba enfadado; masticaba el hierro sin parar y movía la cola con impaciencia, como diciendo que aquello no le hacía ninguna gracia. Bumblebee, por su parte, parecía haberse acostumbrado demasiado a los días de *stretching* conmigo, y ahora no quería trabajar cuesta arriba ni por casualidad.

Por la noche no podíamos dejar de comentar todo lo que nos había contado Mrs. Sabina en el entrenamiento.

Bueno, Brooke estaba superemocionada. Desde que salimos de dar las cenas a los caballos, no paraba de hablar del tema. En cuanto terminamos de cenar, se fue directa a su cama, abrió su portátil y nos llamó para que nos acercáramos. Nos tumbamos una a cada lado mientras tecleaba en Google: «noticias, Copa de Naciones Academia Rider».

—¡Mirad esto! —dijo Brooke, acercando aún más la pantalla hacia nosotras—. Copa de Naciones, edición del 2000: *Un jinete alemán se cayó durante la segunda prueba y se rompió tres costillas…* Pero… ¡siguió compitiendo!

—¿Está loca esa gente o qué? —pregunté, sin poder evitarlo.

—Mmmm —dijo Brooke, con los ojos brillando—. Es como… la Champions League de la equitación.

—O los Juegos del Hambre versión equina —dijo Emily con una media sonrisa.

A ver, pensé que, por una parte, era alucinante. Tener a tantos jinetes de diferentes países en la academia, convivir con ellos, ver sus caballos, sus estilos de montar, sus entrenamientos…, parecía sacado de una peli. Pero, por otra parte, si había accidentes daba un poco de miedo.

—No le veo la lógica —solté, más para mí que para ellas.

Emily me miró desde el otro lado de la cama.

—¿A qué?

—A todo esto —me encogí de hombros—. Las pruebas, el secretismo, las pistas, que hasta haya heridos… ¿Qué clase de competición es esta? No sé, parece más… peligrosa que deportiva.

Brooke me miró con el ceño fruncido, como si intentara decidir si estaba siendo una aguafiestas o si apoyaba mi punto de vista.

—Ya, pero también es una oportunidad única —dijo al final—. Quiero decir, ¿te imaginas competir en algo así? Con público, cámaras, gente de otros países… y con tu propio caballo, aunque bueno, no sé si dejarán participar a los de primer curso, lo veo demasiado… peligroso.

Me imaginé a Liberty y a mí en una de esas pruebas, rodeados de gente, con esa presión de saber que todo el mundo te está mirando. Y, sinceramente, se me revolvió un poco el estómago.

—¿Y si le pasa algo al caballo? —pregunté, en voz baja.

Emily y Brooke se quedaron en silencio. Por un segundo, el zumbido del portátil fue lo único que se oyó.

—Es verdad… pues…, ahí sí que no me apuntaba —dijo Emily, y me sorprendió un poco su sinceridad—. Si hay riesgo real de lesión, no sé si merece la pena. Yo no pondría a Kingsman en una situación así.

Brooke bajó un poco la pantalla y suspiró.

—Ya, pero también es verdad que lesiones puede haber en cualquier momento, incluso en un entrenamiento normal. En salto, en *cross*, en doma… No podemos vivir con miedo a cada paso.

—Una cosa es una lesión por accidente —respondí—, y otra muy distinta es meter a los caballos en pruebas extremas por el espectáculo. Eso ya es otra historia.

Emily asintió.

—¿Qué más has encontrado, Brooke? — preguntó Emily con curiosidad.

Brooke volvió a subir la pantalla del portátil y empezó a hacer *scroll* en una página de noticias ecuestres.

—¡Aquí hay más titulares! Mirad este: *La Copa de Naciones más dura hasta la fecha: solo cuatro de los ocho jinetes llegaron a la prueba final*. Y este otro: *Un jinete holandés sufre un traumatismo craneal tras una caída en la tercera prueba*. Se rumorea que acabó en tragedia.

—¿Qué? —exclamé, incorporándome.

Brooke asintió lentamente.

—Sí. Al parecer se golpeó mal al caer.

Emily cerró el portátil de Brooke con fuerza.

—Vale, creo que ya es suficiente por hoy. No quiero tener pesadillas, gracias.

Nos quedamos en silencio.

—¿Y si de verdad podemos competir? —preguntó Brooke al cabo de unos minutos—. ¿Lo haríais?

No respondí al momento.

—Se debería de dar algún motivo muy excepcional; si no, no — dije, por fin—. No me interesa mucho esto de la Copa de Naciones por el momento.

Emily asintió.

—Habrá que ir a la reunión de mañana y descubrirlo todo bien.

Brooke suspiró otra vez.

—Yo quiero creer que lo tienen todo bien organizado. Que, si es peligroso, lo dirán. No creo que la Academia Rider permita algo que

ponga en riesgo a los caballos así porque sí.

—Eso espero —murmuré, y me tumbé boca arriba en mi cama.

Capítulo 4

La mañana estaba más fresca de lo habitual para ser el mes de mayo, los caballos seguían con las mantas de doscientos gramos y el frío parecía no desaparecer del todo. El ambiente en los pasillos era distinto al de cualquier otro día. Se notaba en las conversaciones en voz baja, en las miradas ansiosas de los alumnos y en la forma en que todos parecíamos estar corriendo hacia el anfiteatro, como si la reunión de esa mañana fuese más importante que cualquier otra.

Jack me esperaba en la entrada, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Lista para la gran revelación oficial? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Depende —contesté—. ¿Qué más crees que nos van a decir?

—Que esto no es un juego, blablablá, y que nos estamos metiendo en algo serio —respondió, siguiéndome mientras nos dirigíamos hacia los asientos.

El anfiteatro estaba lleno. Casi todos los alumnos de la academia habían venido, e incluso algunos profesores se encontraban entre el público. En el escenario, justo en el centro, había un atril, y detrás de él, ocho banderas alineadas perfectamente. Mi mirada pasó por cada una de ellas, reconociéndolas todas.

Reino Unido, Francia, Países Bajos, Alemania, España, Irlanda, Noruega y Portugal. Ocho países. Ocho estandartes de diferentes colores. Los ocho equipos que competirían en la Copa de Naciones.

El murmullo general se desvaneció en cuanto Mr. Charles subió al escenario. Su expresión seria y la manera en la que se colocó frente

al atril nos dejó claro que esto no era una simple charla informativa.

—Seguramente en estos días habéis escuchado rumores sobre la Copa de Naciones —comenzó, su voz grave resonaba en el silencio absoluto del anfiteatro—. Hoy estoy aquí para resolver todas vuestras dudas.

Se hizo un breve silencio antes de continuar.

—La Copa de Naciones es uno de los eventos más prestigiosos en el mundo ecuestre. Cada tres años, ocho países envían a sus mejores jinetes para competir en pruebas que desafían no solo su habilidad, sino también su resistencia, su valentía y su conexión con sus caballos.

Miré de reojo a Emily y a Brooke, que escuchaban con atención. Emily tenía el ceño fruncido y Brooke, en cambio, seguía rebosante de emoción a pesar de lo que habíamos leído la noche anterior.

Mr. Charles señaló las banderas que quedaban justo detrás de él.

—Estos son los países participantes y sus razas más representativas.

Levantó la mano señalando cada bandera y añadió:

- Francia: silla francés.
- Países Bajos: KWPN.
- Alemania: *hannoveriano*.
- España: pura raza española.
- Irlanda: *connemara*.
- Noruega: *fjord*.
- Portugal: lusitano.
- Y, por supuesto, Reino Unido.

Me incliné hacia Emily y le susurré:

—Siguen sin mencionar ninguna raza británica.

Ella asintió levemente.

Mientras pensaba, se me ocurrió que los *clydesdales* serían demasiado pesados para las pruebas de la Copa de Naciones. Además, quitando a un par de caballos purasangre inglés que tenían

algunos alumnos de completo, no lograba recordar otros alumnos con razas de caballos de aquí.

Mr. Charles retomó la palabra.

—Quiero que entendáis algo muy bien. Esto no es un juego. —En ese momento, Jack me miró, sonrió y me guiñó un ojo—. Aunque sois libres de apuntaros, no recomendamos que alumnos de primer año se inscriban en la competición. Las pruebas a las que os enfrentaréis son duras. Se requiere dedicación, entrenamiento y disciplina.

Se paró por un momento, con la mirada recorriendo la audiencia.

—Hace muchos años se diseñaron alrededor de veinte pruebas distintas. Sin embargo, cada edición de la copa solo utiliza cinco de ellas, elegidas al azar en la llamada Noche de los Elegidos.

Se escucharon murmullos entre los alumnos.

—Pero los jinetes no sabrán a qué pruebas se enfrentarán hasta que se anuncien oficialmente y vayan consiguiendo las pistas, una vez que superen las prueba —añadió Mr. Charles.

Sentí un escalofrío en la espalda. No poder prepararse específicamente para una prueba antes de tiempo añadía un punto extra de dificultad.

—Las pruebas se celebrarán en las siguientes fechas —anunció, y vi a más de un alumno sacar su libreta para tomar notas.

- Primera prueba: 15 de mayo.
- Segunda prueba: 30 de mayo.
- Tercera prueba: 15 de junio.
- Cuarta prueba: 30 de junio.
- Gran final: 15 de julio.

El director respiró hondo antes de continuar.

—Cada año circulan rumores y leyendas sobre la Copa de Naciones. Algunos verdaderos, otros exagerados. Pero hay una historia en particular que todos vais a escuchar, si no la habéis escuchado ya…

El silencio en la sala se hizo más pesado. Nadie hablaba, nadie se movía.

—La leyenda de los jinetes que murieron en la copa.

No pude evitar girarme hacia Jack, quien mantenía la mandíbula tensa.

—Eso no es cierto, ¿verdad? —le susurré.

Él no respondió de inmediato.

—No lo sé —dijo finalmente Jack, en voz baja—. Yo era muy pequeño cuando dejé de venir a la academia por la muerte de mi madre, y mi padre nunca me había contado nada. Pero anoche, en la residencia, alguien hablaba de eso también.

—¿Y qué dijeron? —pregunté.

—Que hace muchos años hubo accidentes graves en la copa, que poco a poco y a través de los años la han ido haciendo más segura, pero sí es verdad que pasaron tragedias.

Tragué saliva.

—¿Y eso no te preocupa?

—Creo que son solo rumores, pero lo vamos a descubrir en breve si son solo historias —contestó Jack con seriedad.

Volví a mirar hacia el escenario. Mr. Charles ya no hablaba de leyendas, sino de cómo sería el proceso de selección y dónde se celebraría el evento.

—El gran estadio de la Academia Rider está casi listo —anunció, y un murmullo de emoción recorrió el anfiteatro—. Varias de las pruebas se llevarán a cabo ahí. Su capacidad es de cinco mil personas, y dado que este es un evento internacional, no nos sorprendería verlo completamente lleno, también se retransmitirá por el canal de Horse.tv, así que no será raro si veis cámaras por el recinto o os piden alguna entrevista como alumnos o a los jinetes seleccionados.

Cinco mil personas. ¿Y este iba a ser mi trimestre tranquilo? Cámaras por todos lados en la academia. Solo de pensarlo, sentí un nudo en el estómago.

—Como ya sabéis —dijo el director—, el jinete que representará a la Academia Rider se elige por sorteo. Durante las próximas horas, habrá una urna completamente sellada en la entrada del edificio principal para que aquellos que quieran participar puedan escribir su nombre y depositarlo. La selección se hará en La Noche de los Elegidos, en una cena de presentación, donde conoceréis a los representantes de todas las nacionalidades.

Miré a Emily y Brooke. Ambas intercambiaron una mirada, pero ninguna dijo nada.

—Por supuesto —añadió Mr. Charles—, recomendamos que los participantes sean alumnos de tercer año. No queremos que esto se tome a la ligera.

Los alumnos de primer y segundo año soltaron exclamaciones de decepción, aunque muchos de ellos sabían que era una locura competir con tan poca experiencia.

—Pues nada, chicas —comentó Brooke—, no nos podemos apuntar para participar.

—Ni ganas —contesté.

—El sistema de puntuación es simple —continuó Mr. Charles—. Si superáis una prueba, sumaréis puntos. Se hará un *ranking* con cada uno de los jinetes. Si un jinete no logra completar la prueba, no sumará puntos y podrá retirarse en cualquier momento.

La emoción se sentía en el aire. El murmullo en el anfiteatro aumentó. Los alumnos de tercer año, en particular, estaban emocionados, debatiendo entre ellos sobre quién podría ser seleccionado.

—Voy a apuntarme. Lo tengo claro —dijo un chico de la fila de delante que era de tercero.

—Yo también. No todos los días puedes competir en la Copa de Naciones —añadió otra chica del mismo curso.

Algunos alumnos incluso estaban haciendo porras de quiénes serían los elegidos. Yo, en cambio, me limitaba a escuchar.

No es que no me interesara el torneo, pero definitivamente, la idea de participar no me emocionaba en absoluto.

Cuando la reunión terminó y mientras caminábamos hacia los *paddocks*, Jack, Emily, Grace, Harper y yo fuimos comentando todos los detalles que nos había dicho Mr. Charles.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Harper con una sonrisa.

—Increíble. Cinco mil personas en las gradas… —Brooke negó con la cabeza, aún sorprendida.

—Y los premios —añadió Grace—. ¿Habéis escuchado lo que dicen?

—¿El qué de los premios? Me he perdido esa parte —añadí.

—Que los premios para los ganadores cambian según la persona, pero en otras ediciones han llegado a regalar caballos valorados en más de veinte mil euros.

—¿Es en serio? —preguntó Jack, alzando una ceja.

—Sí. También he oído que han dado contratos con patrocinadores de marcas muy grandes y entrenamientos con los mejores jinetes olímpicos.

—Bueno, eso explica por qué algunos están como locos por apuntarse —dije.

Jack soltó un resoplido.

—Yo no me presento ni loco.

—Ni yo —añadió Harper.

—Conmigo que no cuenten —Emily asintió con convicción.

—Menos aún después de lo que escuché ayer de los jinetes que… —Jack dejó la frase en el aire, pero todos entendimos a qué se refería.

—No sé si será verdad o una exageración —dijo Harper—, pero las pruebas parecen lo suficientemente peligrosas como para que algo así pudiera haber pasado.

Hubo un breve silencio incómodo.

—Da igual, ya veremos quiénes salen elegidos, que se peleen entre los de tercero por el sitio —dije finalmente.

La urna estaba justo en la entrada principal del edificio, colocada debajo del gran cartel de madera que decía **Copa de naciones: ACADEMIA RIDER** en letras doradas. Era más grande de lo que

esperaba, como de esas que se usan para recoger votos, solo que esta estaba cubierta de pegatinas con el logo de la academia y tenía una ranura estrecha en la parte de arriba, por donde se introducían los papeles con los nombres. A su lado, había un pequeño atril con bolígrafos y papeles blancos.

Todo el mundo iba pasando por allí. No se formó una cola como tal, pero cada pocos minutos alguien se acercaba, escribía su nombre con una mezcla de nervios y orgullo, lo doblaba cuidadosamente y lo dejaba caer dentro. Algunos lo hacían solos. Otros llegaban en grupo, riéndose, haciéndose vídeos para subir a sus redes o simplemente grabando el momento como si fuera un ritual sagrado.

Vi a Matt, uno de los mejores de tercero, besar el papel antes de meterlo en la urna y luego santiguarse. Literalmente. Me dio entre risa y escalofríos.

Luego, Ana, una chica supercentrada en doma, que no se quitaba el moño nunca y siempre iba impecable, escribió su nombre con un boli rosa, hizo una minirreverencia delante de la urna y metió el papel como si estuviera haciendo magia.

—Están como cabras —murmuré.

A lo largo del día, la academia empezó a llenarse de nuevos rostros. Los jinetes de las diferentes academias de los ocho países participantes empezaron a llegar uno tras otro. Podías distinguir a los equipos por sus uniformes, con los colores nacionales bordados en sus chaquetas.

Por todos lados había movimiento: furgonetas entrando, remolques de caballos alineándose en el *parking*, gente descargando equipaje y cajas de equipo como si nos hubiésemos convertido de repente en un aeropuerto internacional, pero versión hípica.

Más arriba de la biblioteca, donde antes solo había un campo de hierba, habían montado en cuatro días toda una zona nueva. Era enorme.

Habían colocado setenta boxes portátiles, todos iguales, alineados en dos grandes estructuras tipo nave, con pasillos

cubiertos y buena iluminación. Eran de color gris claro, con puertas metálicas, bien ventilados y cada uno tenía un pequeño cartel con el nombre del caballo y la bandera del país al que pertenecía.

En la entrada de las naves colgaban banderas gigantes de los ocho países participantes, y no eran cualesquiera banderitas, las habían decorado con mensajes de suerte, cada una con su correspondiente idioma (buena suerte, *Viel Glück, bonne chance…*). Había grandes y pequeñas por todos lados.

Intercaladas entre las cuadras colocaron veinte guadarneses, también portátiles, pero superbién organizados. Dentro, cada equipo tenía su espacio con armarios individuales, montureros, cubos, vendas, congeladores, botas… Todo impecable. Algunos hasta habían colgado fotos para hacerlo más personal.

Los caballos bajaban de los camiones despacio, uno a uno. Algunos salían del remolque tan tranquilos, como si ya conocieran el lugar. Otros miraban alrededor con ojos abiertos como platos, tensos y nerviosos, los mozos les hablaban en distintos idiomas, intentando tranquilizarlos, mientras los llevaban a sus nuevos boxes.

El equipo alemán daba un poco de miedo, luego llegaron los irlandeses, con uniformes en verde y naranjas, riendo a carcajadas y saludando a todo el mundo. Uno de ellos llevaba un altavoz y música sonando a todo volumen mientras descargaban.

Los holandeses eran superorganizados. Traían listas, papeles plastificados y hasta etiquetas en los cubos de agua con el nombre del caballo en holandés y traducido al inglés.

Y aunque iban a compartir nuestras pistas, nuestros profesores y parte del comedor, esa zona era como su propio pequeño mundo. Sus boxes, sus guadarneses, sus rutinas. Tenían su espacio. Y la academia había hecho todo lo posible para que se sintieran como en casa.

Justo detrás de las naves, también habían preparado *paddocks* desmontables, de esos de quita y pon, hechos con hilo blanco y cuatro postes de madera. Cada país tenía cinco *paddocks* asignados. Por las mañanas, supongo que saldrían cinco caballos a estirar las

patas, y por las tardes los otros cinco. Se iban turnando y, sorprendentemente, estaban todos los equipos encantados con el sistema.

No era tan cómodo como los *paddocks* en los que vivían nuestros caballos, claro. Pero tampoco estaba nada mal. El suelo era firme, había sombra y cada espacio tenía su bebedero automático y una gran caja donde se podía poner el heno.

Setenta nuevos jinetes. Setenta caballos. Otras formas de montar, de entrenar, de hacer.

Toda esa mezcla con nuestra rutina de la Academia Rider iba a ser todo menos un trimestre aburrido.

Capítulo 5

Nos habían pedido que lleváramos la sudadera de nuestra casa para ir uniformados a la cena. A lo largo del día, la academia se había ido llenando de una mezcla de granate de la casa de doma, azul de la casa de salto y verde caqui de la casa de completo, los colores que nos representaban.

Cuando el reloj marcó las siete, me reuní con Emily y Brooke en la entrada del edificio principal. Jack apareció poco después, ajustándose la capucha de su sudadera azul.

—Bueno, parece que ya estamos todos —dijo Emily, echando un vistazo alrededor.

—¿Estamos preparados para descubrir quién nos va a representar en esta cena especial? —preguntó Jack con una mueca.

—No nos queda otra —dije—. Además, tengo curiosidad. Nunca hemos estado en el comedor del castillo.

El comedor era un misterio para la mayoría de los alumnos. Sabíamos que existía, pero nunca nos habían permitido entrar. Solo lo usaban en eventos importantes, lo que significaba que esta noche no era cualquier cosa.

Respetamos las indicaciones para llegar al comedor, siguiendo también a la marabunta de alumnos que se dirigían hacía ahí. Sus enormes puertas de madera estaban abiertas de par en par, dejando ver un interior iluminado con candelabros y lámparas antiguas.

El lugar era impresionante. El techo altísimo tenía vigas de madera oscura, y a lo largo de las paredes colgaban banderas de distintos países, que se movían ligeramente con la corriente de aire.

Las mesas de madera maciza estaban dispuestas en filas largas, con platos, cubiertos y vasos alineados perfectamente sobre ellas.

—Este sitio es enorme —murmuró Brooke, maravillada.

—Y pensar que hemos pasado dos trimestres en la academia sin ver ni un cuarto de lo que hay dentro del edificio principal —comenté, pensando que yo al menos había descubierto algunas salas, pero seguramente quedaban muchísimas más.

Varias mesas aún estaban vacías. El sonido de los pasos y las conversaciones animadas de los alumnos llenaban el espacio mientras todos buscaban rápidamente un sitio para sentarse con sus amigos.

Entonces, un sonido estridente resonó en la sala.

Las conversaciones se pararon al instante. Mr. Charles se puso de pie en la mesa principal, donde se encontraban varios profesores, y extendió los brazos.

—Bienvenidos —anunció con su voz grave— a La Noche de los Elegidos y a la presentación de la Copa de Naciones.

Hubo un aplauso generalizado, pero la mayoría de los alumnos estaban demasiado pendientes de lo que vendría después como para distraerse con ovaciones.

—Como sabéis, esta competición reúne a las mejores academias ecuestres del mundo. Esta noche, damos la bienvenida de manera oficial a nuestros invitados, los equipos de los siete países restantes que participan en la copa.

El sonido estridente sonó de nuevo y las puertas del comedor se abrieron.

Uno a uno, los representantes de la primera academia fueron entrando en formación. Emily, que estaba sentada a mi lado, se inclinó un poco hacia mí.

—El que va delante es el elegido de cada país —susurró—. En las otras academias ya han hecho su selección.

El primer grupo de diez jinetes y amazonas iban vestidos con trajes azul marino, con solapas decoradas con la bandera de su país. La imagen era impresionante, todos perfectamente uniformados.

—Desde Francia —anunció Mr. Charles—, damos la bienvenida a los jinetes de Cadre Noir de Saumur.

Los franceses avanzaban por el pasillo central con paso firme y elegante. La amazona al frente tenía una postura impecable, con una expresión concentrada y seria.

—El Cadre Noir de Saumur es una de las instituciones más emblemáticas de la equitación francesa —continuó el director—. Fundada en el siglo XIX, combina la equitación militar con la doma clásica y es conocida por sus espectaculares exhibiciones. Sus jinetes, considerados la élite de la equitación francesa, entrenan caballos con un alto nivel en doma clásica y monta militar.

El grupo se dirigió a su mesa entre una ronda de aplausos.

Se abrieron las puertas otra vez y los holandeses entraron, todos los ojos se dirigieron hacia ellos. Sus trajes de un naranja brillante destacaban tanto que casi parecían antorchas encendidas. Las chicas llevaban falda, mientras que los chicos vestían pantalones, todos con un parche con la bandera de Holanda en el pecho, en los calcetines y en la espalda, dejando claro a qué país pertenecían.

—¡Vaya! Eso sí que es un color llamativo —comentó Brooke con una sonrisa mientras observaba cómo los holandeses buscaban su mesa.

Emily se rio y asintió.

—Bueno, es su estilo. Creo que hasta compiten con fracs de este color en concursos internacionales.

Mr. Charles siguió con su discurso:

—Desde Holanda, la Academia Nacional de Equitación de los Países Bajos destaca por estar siempre a la vanguardia del entrenamiento en doma clásica y la formación de profesionales del mundo del caballo. Gracias a su rigurosa enseñanza y modernas instalaciones, ha formado a algunos de los mejores jinetes de doma del mundo.

Los holandeses también se llevaron un gran aplauso, a lo que respondieron con una reverencia antes de sentarse en su zona.

La siguiente nacionalidad en entrar fue la alemana, y la diferencia respecto a las otras dos nacionalidades era manifiesta. El ambiente en un momento se volvió mucho más serio y sobrio. Los alemanes iban completamente vestidos de negro, con solo una pequeña bandera del país en el pecho, lo que daba un aire aún más serio. Las chicas, casi todas rubias, llevaban el pelo recogido en una cola alta y pequeños tacones exactamente iguales. Los chicos, por su parte, parecían clones, todos con el mismo corte de pelo.

Jack susurró mientras los observábamos:

—Estos parecen bastante… intimidantes, ¿no?

No pude evitar reírme. La rigidez con la que habían entrado los alemanes les confería un aire autoritario y daban a entender que no habían venido precisamente aquí para jugar.

Las presentaciones continuaron por boca de Charles:

—Y… ya tenemos aquí a los alemanes, directamente llegados de la Escuela Alemana de Warendorf, escuela de referencia absoluta en el entrenamiento de jinetes y caballos de alto rendimiento en la disciplina de completo principalmente, aunque cuentan con multitud de formaciones. Son el centro oficial de la Federación Ecuestre Alemana, su método de enseñanza es la base del éxito de los jinetes alemanes.

La multitud aplaudió con entusiasmo, y los alemanes se dirigieron a sus asientos igual de serios que como habían llegado.

A continuación, entraron los españoles. En cuanto cruzaron el umbral, todos nos dimos cuenta de que la energía en el comedor había cambiado por completo. Los españoles eran la antítesis de los alemanes: entraron riéndose, moviendo con las manos banderitas emocionados, y mostrando una energía que contagiaba al resto de la sala.

Emily comentó en voz baja:

—¡Mira la diferencia! ¡Los alemanes casi nos matan con la mirada, y los españoles lo están celebrando como si fuera una fiesta o como si ya hubieran ganado!

Jack, a mi lado, sonrió.

—Ya lo creo, la diferencia es abismal.

Los españoles llevaban un traje algo peculiar. Pantalones anchos hasta los tobillos, tres cuartos, con algunos adornos al final del pantalón, camisa blanca y una chaqueta que les llegaba por la mitad del torso con un estilo muy peculiar.

—Esto que llevan se llama traje corto —dijo Jack, mirando el *outfit* con una ligera sonrisa—. Es típico de España, y tiene mucho que ver con el tipo de monta que practican allí. Es el que llevan para hacer doma vaquera, que es una de las disciplinas más conocidas de su país.

Mientras tanto, Mr. Charles nos contaba sobre ellos:

—Llegados desde el sur de España, los jinetes pertenecientes a la Real Escuela Andaluza del Arte Ecuestre, ubicada en Jerez de la Frontera, es conocida internacionalmente por su espectáculo *Cómo bailan los caballos andaluces*, donde se exhibe la destreza de la gran tradición del caballo que hay, mezclando doma clásica, doma vaquera y alta escuela, con el majestuoso caballo andaluz como protagonista.

El aplauso fue ensordecedor, y los españoles se sentaron alegremente saludando con las manos a todo el mundo. Por el camino habían ido repartiendo banderitas con los colores de España y ahora todo el comedor era una explosión de color rojo y gualdo.

Las puertas se abrieron de nuevo, y una de las tres últimas nacionalidades, Irlanda, empezó a entrar con unas vibras muy tranquilas que contrastaba con la energía desbordante que habíamos visto de los españoles o la seriedad de los alemanes. En cuanto los vi, su *outfit* me llamó la atención de inmediato. Las chicas llevaban faldas largas, que llegaban hasta los pies, en un patrón de cuadros verdes y blancos. Los chicos, también vestían con faldas bien orgullosos, lo que acentuaba aún más la diferencia de estilos. Para completar el *outfit*, todos llevaban camisas blancas, impecables y bien planchadas. Sin embargo, el jinete elegido, que iba en cabeza, lucía una americana negra que le quedaba perfecta, diferenciándose de los demás.

—Qué curioso los chicos con falda, ¿no? —comentó Brooke a mi lado, mientras observábamos con atención.

Yo solo asentí.

Mr. Charles, desde el escenario, comenzó a hablar sobre ellos.

—Ya tenemos aquí a nuestro querido país vecino: Irlanda. El Irish National Stud & Equestrian School (INS) es una referencia mundial en la cría de caballos de carreras purasangre y *connemaras*. Además de su programa de equitación especializado en salto, esta institución prepara a futuros entrenadores y jinetes para la exigente industria del *turf*.

Emily nos contó un poco más sobre esta escuela, que al parecer era superfamosa en el mundo ecuestre. Su historia nos dejó alucinadas. El Irish National Stud & Equestrian School no solo se dedicaba a enseñar a montar como otras academias, sino que se había especializado en algo muy concreto: la cría de caballos purasangre para carreras y de ponis *connemara*, una raza típica de Irlanda. Puede parecer una mezcla un poco rara, carreras de purasangre por un lado y ponis por otro. Pero justo ahí estaba lo interesante.

Los caballos de carreras, por ejemplo, normalmente compiten hasta los tres o cuatro años. Después de eso, si no son destinados directamente a la cría, muchos de ellos son redomados en la propia escuela y convertidos en caballos de salto, lo que no era nada fácil. Pero con el trabajo de los jinetes de la INS, algunos de esos excaballos corredores habían llegado a competir al más alto nivel en pruebas de salto. Con los *connemaras* pasaba algo parecido. Criaban solo con las mejores líneas, cuidaban cada cruce al detalle y eso hacía que los ponis salieran no solo increíblemente bonitos, sino también supercompetitivos. De hecho, ir a comprar un poni al INS era señal de calidad y de que tenías un ganador entre manos.

Además, los alumnos no solo montaban. Estudiaban principalmente genética, reproducción y selección de líneas, casi como si fueran científicos del mundo del caballo. Eran verdaderos expertos. En la parte práctica se organizaban por especialidades:

estaban los jinetes de salto y ponis, que eran más versátiles, y luego los que querían ser *jockeys*, que solían ser más bajitos y delgados, ya que el peso es superimportante en las carreras. Todo el plan de estudios giraba en torno a ese doble enfoque: competición y cría.

El siguiente turno fue para Noruega. Grace estaba emocionada de ver a sus compatriotas, hasta nos había dicho que nos iba a presentar a alguno de los jinetes que conocía. Las chicas llevaban unas faldas gordísimas que parecían de lana pura. Estas eran de diferentes tonos, desde azules oscuros hasta *beige* y marrón oscuro, todos colores muy otoñales. Este equipo daba unas vibras de mucha tranquilidad y paz, como si estuvieran en perfecta armonía con la naturaleza.

Brooke se giró hacia mí con una mirada curiosa.

—Seguro que esas faldas tan gruesas de lana tienen que ver con el frío que hace allí. No parecen nada cómodas para montar.

—Pues sí —intervino Grace, sonriendo—. Allí montamos mucho así, sobre todo cuando salimos al campo. Hace un frío que pela, y esas faldas protegen un montón, especialmente las piernas cuando paseamos entre nieve.

—¿Y no se os enganchan con la silla o algo? —preguntó Emily, frunciendo el ceño.

—Para nada. Están diseñadas justo para eso. Algunas tienen una especie de apertura o pliegue especial para que se ajusten bien cuando montas. Y debajo solemos llevar mallas térmicas, claro —añadió Grace, como si fuera lo más normal del mundo.

—Pues yo me congelaría igual —dije, riéndome—. Ya me cuesta salir a montar en invierno aquí, como para hacerlo en medio de la nieve.

Grace se encogió de hombros.

—Cuando te crías entre montañas nevadas y ponis peludos, el frío se vuelve parte del plan.

Nos reímos todas mientras observábamos al equipo noruego desfilar con tranquilidad.

Mr. Charles, como ya venía siendo costumbre en la noche, aprovechó la ocasión para darnos una pequeña introducción sobre ellos.

—El Norsk Hestesenter (NHS), con un enfoque total en la doma natural, es el centro de referencia para la equitación en Noruega. Se especializan en el entrenamiento de caballos en libertad y en el trabajo con la raza autóctona de caballos *fjord*.

Para los noruegos y esa escuela, la equitación no se trataba casi de montar a los caballos, sino de formar un vínculo con ellos.

Finalmente, llegó el turno de los portugueses. El comedor se iluminó con una energía parecida a la de los españoles, aunque sin tanta fiesta. Los portugueses no solo entraron con elegancia, sino que se notaba que su participación en este tipo de eventos les emocionaba profundamente. Su entusiasmo era contagioso.

Llevaban trajes de gala, con fracs de color granate, todos uniformados, y detalles en oro que brillaban bajo las luces del comedor. Su desfile fue alegre y lleno de vida.

—¡Mira esos trajes! —dijo Harper, mientras observaba con admiración—. Son impresionantes. Son los típicos trajes de los espectáculos ecuestres que hacen en su escuela. ¡Hace unos años fui a Portugal y los vi en vivo! Hacían ejercicios de alta escuela, como levadas y corvetas, fue increíble.

—¡Qué suerte! —respondió Emily—. Debe ser un espectáculo impresionante.

Mr. Charles compartió toda la información.

—Desde la península ibérica, tenemos con nosotros a Portugal. Jinetes que entrenan en la Escuela Portuguesa de Arte Ecuestre, ubicada en Lisboa, es famosa por su trabajo con caballos lusitanos y su dedicación a la doma clásica al estilo tradicional portugués. Esta escuela se inspiró en la Real Escuela de Equitación de Viena, y sus jinetes realizan exhibiciones espectaculares a riendas largas.

Sabía que Portugal tenía una rica tradición ecuestre, especialmente con sus caballos lusitanos. Ojalá hubieran traído

alguno, porque nunca los había visto en directo y tenía el presentimiento de que me iban a encantar.

El comedor ahora ya estaba lleno de jinetes y de una mezcla de colores, rasgos y tradiciones ecuestres.

Obviamente, de la última nacionalidad y academia, que era la nuestra, se contaron unas pequeñas pinceladas para los asistentes de otras nacionalidades. Pero como ya sabíamos bastante sobre ello, tocaba empezar a comer.

Era curioso cómo la academia también había pensado en la comida, diferentes cocineros llegaban con platos y platos de comida llenos de sabores típicos de cada nacionalidad, desde los cruasanes franceses hasta el estofado irlandés, pasando por el jamón de bellota pata negra español.

Los jinetes de cada país comían tranquilamente, interactuando entre ellos, intercambiando risas y bromas. Pero entre todas las conversaciones y los platos que poco a poco se iban quedando vacíos, quedaba lo más importante: seleccionar a un jinete de nuestra academia que representaría a Reino Unido.

Sabíamos que los seleccionados de los otros países eran dos chicas y cinco chicos, había una ligera esperanza de que tal vez nosotros equilibráramos más la balanza, para que fuésemos tres chicas y cinco chicos.

Brooke y Emily estaban enfrascadas en una conversación sobre las selecciones de los otros países.

—Sabéis, hoy me han contado que el proceso de selección para la mayoría de países es diferente al nuestro —dijo Emily, mirando su plato—. En Francia, por ejemplo, siempre eligen a los dos mejores jinetes de la escuela de último curso, y es el mismo sistema en Holanda y Alemania. Aunque los alemanes tienen un método más riguroso de evaluación y no es tan sencillo colocarte entre los mejores. No se trata solo de tus habilidades como jinete, sino también de tu capacidad de lógica, saber soportar la presión, cuáles son tus notas, etc.

Asentí. Me pareció increíble que por sacar las mejores notas después te hicieran participar en esta locura, aunque seguramente la mayoría de ellos estaban locos por participar y dejar a su país en lo más alto, para ellos debía ser un orgullo.

—Y entonces, ¿el resto de selecciones cómo lo hacen? —preguntó Jack, siguiendo con el tema.

—Por lo que me han contado, los otros equipos no lo dejan al azar como nosotros —respondió Emily, cruzándose de brazos—. Ellos hacen una especie de examen específico para elegir a los jinetes que compiten. Un proceso con varias pruebas, tanto de montar como teóricas y, claro…, eso les da cierta ventaja.

—¿Ventaja en qué sentido? —preguntó Brooke, inclinándose un poco hacia adelante.

—Pues que sus entrenamientos están más enfocados a ese tipo de prueba de selección. Es decir, pueden preparar a sus candidatos justo para eso, entrenando pruebas que ya han salido en otros años. Y probablemente esas pruebas se parezcan bastante a las que veremos este año —explicó Emily.

Jack soltó un bufido, medio en broma.

—Pues vaya, nosotros somos los únicos que lo dejamos al azar con un sorteo, somos un poco…

—¿Espontáneos tirando a imprudentes? —solté yo, riendo. No sé si me la jugaría con Liberty.

—Más bien optimistas —añadió Grace—. O muy confiados en las habilidades de los alumnos. Aunque hay que admitir que también tiene su encanto, ¿no? Le da emoción.

—Sí, emoción y un ataque de nervios si te eligen sin esperártelo —murmuró Brooke, poniendo los ojos en blanco.

—Aunque, bueno, al menos aquí todos tenemos una oportunidad —dije yo, intentando ver el lado positivo—. No importa si llevas montando desde que tenías cinco años o si eres un poco más nuevo, puedes intentarlo igual. Y eso… mola —dije pensativa.

Capítulo 6

Aunque ya habíamos terminado de cenar, el comedor seguía lleno de conversaciones entremezcladas, risas y brindis con copas de zumos y refrescos, y es que, pese a que ya habíamos pasado a un cóctel de bienvenida, la academia mantenía sus estándares estrictos: nada de alcohol.

—Esto es increíble —comentó Emily, con los ojos brillando mientras observaba el enorme salón en el que se habían retirado las mesas y ahora se había convertido en una sala de baile—. Nunca había visto la academia tan llena de gente de tantos lugares distintos.

Jack, que estaba a mi lado, asintió con una leve sonrisa. Yo también lo sentía así. Desde que había llegado a la Academia Rider, esta era la fiesta más grande en la que había estado, bailamos *La Macarena*, reguetón español, *chanson*, folclórica, y todos llevábamos banderas en las manos ondeando al ritmo de la música, mientras que los jinetes de las distintas academias ya se habían empezado a relajar e iban y venían por todo el comedor con sus uniformes impecables, comentando y riendo.

Decidimos acercarnos a un grupo de jinetes de Noruega, ya que Grace los conocía.

—¿Cómo es estudiar en vuestra academia? —preguntó Brooke con genuina curiosidad.

Uno de los chicos, de pelo rubio y largo recogido en una trenza, sonrió antes de responder.

—Muy distinto a lo que veo aquí. Nosotros trabajamos mucho con la doma natural, nos enfocamos en el vínculo con el caballo antes ni siquiera de pensar en competir. Si competimos, lo hacemos con *neckrope* o con *bitless*, tenemos pruebas específicas y trabajamos mucho en doma en libertad pie a tierra —explicó el chico con un inglés casi perfecto.

—Son de tu equipo, Olivia —me dijo a la oreja Jack mientras recordaba el primer examen que hice con *neckrope*.

—Eso suena muy bonito —comenté, interesada.

—Lo es —asintió—. Creemos que la conexión con el caballo es lo primero. Muchos de nuestros entrenamientos se hacen sin montura ni brida, solo en libertad.

Me quedé pensando en eso. Quizás podría aprovechar la oportunidad con alguno de ellos para que nos ayudaran a mí y a Liberty a trabajar un poco más en libertad.

—¿Y dónde os habéis instalado? —preguntó Harper.

—Nos han asignado unas habitaciones en el ala sur del castillo —respondió una de las chicas noruegas—. Es impresionante vuestra academia, parece como de película Disney, aunque se pasa un poco de calor para nuestro gusto, no estamos acostumbrados.

Jack y yo intercambiamos una mirada. Ni siquiera sabíamos que había habitaciones habilitadas para los jinetes internacionales en alguna ala del castillo, aunque Jack conociera varios de los secretos de este sitio, porque de pequeño había estado correteando por varias salas y lugares del edificio principal. Quedaba claro que la Academia Rider era un lugar lleno de secretos, incluso para él y para los que estudiábamos aquí.

De pronto, la voz de Mr. Charles resonó por todo el comedor.

—¡Silencio, por favor! —dijo—. Un minuto de atención, por favor.

El murmullo de la sala se apagó lentamente hasta que solo se escuchaban las respiraciones. Todos sabíamos lo que venía ahora.

El sorteo.

Mr. Charles se situó en el atril y dio unos golpes al micrófono, asegurándose de que se escuchaba bien. Al lado, tenía la urna llena

con todos los nombres de los alumnos dispuestos a participar en la copa. El representante de nuestra academia saldría de ahí al azar.

Miré alrededor. Nadie parecía particularmente nervioso. De hecho, todos mis amigos se encontraban bastante relajados, Jack estaba de brazos cruzados, con una leve sonrisa. Emily y Brooke seguían haciendo apuestas en voz baja sobre quién sería elegido y Grace y Harper cuchicheaban sobre los chicos que encontraban más guapos de los diferentes países. Entre medias, varias personas iban repartiendo caramelos de diferentes colores, como los de los estandartes de las academias, y todos cogimos algunos mientras comentábamos quien creíamos que iban a ser los seleccionados.

—Fijo que es Mike, he escuchado que en Instagram le tocan todos los sorteos. Seguro que aquí también le toca, lo está deseando —susurró Emily.

—Sí, yo también he oído lo de Mike —dije mientras jugueteaba de manera distraída con un caramelo que tenía en el bolsillo.

—O quizás está amañado y esto del sorteo es solo una tapadera y los profesores han elegido el nombre que quieren que salga antes de la cena —añadió Brooke pensativa.

Mr. Charles metió la mano en el interior de la urna, removiendo una y otra vez entre todos los nombres.

El silencio era absoluto.

Yo estaba realmente tranquila, al igual que mis amigos. Observé al director con curiosidad, preguntándome qué nombre leería, a la vez que palpaba en el bolsillo un envoltorio de un caramelo con el dedo pulgar e índice.

Sacó un papel. Lo desplegó lentamente.

Esperó varios segundos, algunos más de lo normal, creando aún más tensión. Fueron segundos que a todos se nos hicieron eternos mientras ponía cara de susto y de sorpresa, hasta que finalmente dijo:

—**Olivia Thorn.**

Capítulo 7

No tenía sentido. Yo no había metido mi nombre en la urna. Mi mente y mi cuerpo se quedaron en blanco. Inmóvil. Incapaz de reaccionar o pensar.

Escuché mi nombre resonar en el comedor y, de repente, sentí como si el mundo se hubiera detenido. Todas las miradas se clavaron en mí. Un calor repentino me subió desde el cuello hasta las mejillas. No sabía ni cómo reaccionar.

Jack, Emily, Brooke, Harper, Alexander y Grace me miraban con los ojos abiertos como platos, sus expresiones oscilaban entre la sorpresa y la incredulidad. Era como si hubieran descubierto que les había ocultado un gran secreto. Pero yo estaba igual de atónita que ellos.

Miré a Mr. Charles, esperando que dijera que había cometido un error, que tal vez se había confundido al leer el papel, que mi nombre no debería estar allí. Pero no lo hizo. En cambio, uno de los profesores se dirigió con paso firme hacia el gran tablero que colgaba en una de las paredes del comedor. En él, estaban los nombres de todos los jinetes seleccionados junto a sus caballos. El único espacio vacío era el de Reino Unido.

El profesor cogió una tiza y, con letra clara y segura, escribió:

Reino Unido - Olivia Thorn - KWPN - Liberty

- Francia - Marie Lafontaine - silla francés - Belle Étoile
- Holanda - Roos van den Berg - KWPN - Rembrandt
- Alemania - Hans Müller - *hannoveriano* - Valkyrie
- España - Nil Fernández - PRE - Soñador de Vida
- Irlanda - Patrick O'connor - *connemara* - Shamrock
- Noruega - Magnus Olsen - *fjord* - Skadi
- Portugal - João Moreira - PSL - Trovão
- Reino Unido - Olivia Thorn - KWPN - Liberty

Ver mi nombre allí, en el mismo tablero que los otros siete jinetes internacionales, me hizo volver de golpe a la realidad, pero aún sin procesarlo. Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

Liberty. Mi Liberty.

No tenía sentido. Yo no había puesto mi nombre.

—¡Olivia! —dijo Emily con un tono de enfado a mi lado—. ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—Yo no he escrito mi nombre —contesté con un hilo de voz apenas perceptible.

Mr. Charles alzó la voz nuevamente.

—Los seleccionados, por favor, acompáñenme. Al resto, os pido que volváis a vuestras habitaciones y residencias. Es tarde y debéis descansar.

Pude ver la mezcla de emociones en las caras de mis amigos antes de que se dieran media vuelta y empezaran a salir del comedor junto con el resto de alumnos. Jack me dedicó una última mirada antes de irse. No estaba molesto, pero su confusión era evidente.

Yo, en cambio, no tuve oportunidad de volver a mi habitación, cambio de planes sorprendente. Sentí mi cuerpo pesado mientras seguía a los demás jinetes elegidos. A mi alrededor, todos estaban

emocionados, intercambiando sonrisas y miradas cargadas de ambición. Yo, en cambio, caminaba como si estuviera atrapada en un sueño extraño del que no podía despertar.

Quería ir a hablar de manera inmediata con el responsable para aclarar todo, pero ni tan solo sabía quién era ¿acaso Mr. Charles?, nos llevaron a una sala amplia con techos altos y una gran chimenea. Me hundí en una de las sillas, intentando asimilar todo mientras los demás empezaban a presentarse en distintos idiomas.

—Marie Lafontaine, le France. *C'est un plaisir* —dijo la chica morena que había entrado en el comedor la primera en La Noche de los Elegidos.

—Roos van den Berg, Holanda. *Aangenaam*.

—Hans Müller, Alemania —dijo, frío como el hielo.

—Nil Fernández, España.

Uno a uno, fueron diciendo sus nombres con seguridad. Se notaba que todos tenían claro por qué estaban ahí y habían procesado e integrado que iban a competir en esta locura. Yo, en cambio, sentía cómo me temblaban las manos cuando llegó mi turno.

—Olivia Thorn… —dije con un hilo de voz—, Reino Unido.

Algunos de los jinetes me sonrieron. Otros simplemente asintieron. Todos hablaban inglés con más o menos fluidez, lo cual facilitó la conversación entre nosotros. Todos menos yo parecían estar disfrutando del momento.

Poco después, fui hacia la puerta para ver si podía hablar con el responsable, pero de pronto, alguien apareció por detrás.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —dijo una voz dirigiéndose a mí.

Me giré rápidamente y me encontré cara a cara con Mr. Charles. Su expresión era una mezcla de enfado y desconcierto.

—¿Metiste tu nombre en la selección? —preguntó, cruzándose de brazos.

—No —respondí inmediatamente.

—Olivia, esto debía ser solo para alumnos de tercer año —continuó, sin ocultar su frustración—. No debía estar tu nombre ahí. ¿Cómo ha ocurrido esto?

—No lo sé —dije, con un hilo de voz—. No puse mi nombre. Se lo juro.

Me miró fijamente, como si intentara detectar alguna mentira en mi rostro. Pero no la había. Yo estaba tan sorprendida como él.

Suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Esto es un problema.

—¿No se puede cambiar? —pregunté, con un atisbo de esperanza.

—No —respondió Mr. Charles—. Una vez que el nombre ha sido anunciado y escrito en el tablero, es oficial. No se puede revocar.

Hundí los hombros. No sabía si sentirme aliviada o aterrada.

En ese momento, uno de los organizadores entró en la sala y pidió nuestra atención.

—Ahora que todos han sido seleccionados, hay algunas normas que debéis conocer.

Nos explicó que tendríamos habitaciones especiales en una de las alas del castillo. Eso significaba que tendría que recoger mis cosas y trasladarme allí. En mis noches secretas con Jack en el castillo, nunca me había llevado a las habitaciones, así que no tenía ni idea de cómo serían. Perfecto…, encima lejos de mis amigas, pensé, todo está siendo increíble esta noche.

—Vuestra rutina va a cambiar —prosiguió—. Tendréis más horas de preparación física. Los alumnos de tercer año tienen ventaja, ya que llevan más años de entrenamiento físico severo —dijo mientras me miraba específicamente a mí—. Así que los demás tendréis que alcanzarlos sin perder tiempo.

Magnífico, esto solo mejoraba por momentos.

—Además —continuó—, está prohibido traer a nadie a vuestras habitaciones. Este trimestre será intenso. Entre clases, entrenamientos y la presión de la copa, apenas tendréis tiempo libre. Debéis estar completamente concentrados.

Sentí una punzada de ansiedad en el pecho. No tenía idea de lo que me esperaba.

Capítulo 8

Mr. Charles nos observó a todos con una expresión solemne, pero a la vez llena de expectativa.

—Vosotros sois los nuevos seleccionados —anunció con voz firme —. A partir de este momento, vais a necesitar todo vuestro ingenio, fuerza y habilidad. Esto no es solo una competición. Es una prueba de resistencia, estrategia y trabajo duro. Cada uno de vosotros os enfrentáis a los mejores jinetes jóvenes de cada país y, si estáis aquí, es porque confiamos en que podéis estar a la altura.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Aún no me hacía a la idea de que mi nombre estuviera en esa lista. Todo seguía pareciendo un error, un malentendido que, por alguna razón, nadie estaba dispuesto a corregir.

—Oficialmente: bienvenidos a la Copa de Naciones —continuó Mr. Charles—. Seguid a la señora Hathaway, ella os indicará vuestras habitaciones.

Mrs. Hathaway era mi único anclaje a la locura que estaba viviendo, era nuestra jefa de la residencia de doma y lo único conocido que tenía en esos momentos. Esa mujer de mediana edad, con el pelo siempre recogido en un moño impecable y un porte elegante, nos miró, más bien me busco a mí con una mirada cómplice y tierna, era la primera vez que la veía quitarse ese rostro de señorita Rottenmeier, y eso no sabía exactamente si debía preocuparme más o tranquilizarme.

—Síganme, por favor —dijo mientras nos indicaba con su brazo hacia donde nos debíamos dirigir. Pero yo tenía otros planes.

Giré el cuerpo para salir de la estancia, cuando me interceptó Mrs. Hathaway:

—¿Dónde va, señorita Thorn?

—A hablar con el responsable de la copa o con Mr. Charles otra vez, yo no deb…

—No, sígame con el grupo, vayamos a las habitaciones y luego reclame lo que considere.

Asentí, y nos pusimos en marcha por los largos pasillos de la academia, mis pasos decían una cosa, mi cabeza otra. Caminamos en silencio, escuchando solo el eco de nuestros pasos sobre el suelo de piedra. A medida que avanzábamos, el ambiente se volvía cada vez más tenso. Podía sentir la energía de los demás jinetes: expectación, emoción, nerviosismo. Yo, en cambio, me sentía fuera de lugar.

Mientras tanto, los profesores se quedaron atrás en el comedor para proceder con el sorteo de las pruebas de este año. No tenía idea de qué iban a escoger precisamente, pero no me preocupé mucho. Tenía problemas más inmediatos en los que pensar. El primero: ¿cómo narices había llegado mi nombre a la urna? Aunque poco importaba ya eso.

Finalmente, llegamos al ala este del castillo. Mrs. Hathaway nos llevó a través de un largo pasillo donde cada puerta tenía el nombre de uno de los seleccionados, junto a la bandera de su país.

—Estas serán vuestras habitaciones durante la Copa de Naciones —explicó—. Aquí podréis descansar, estudiar y prepararos para los desafíos que viviréis en cada prueba.

Me paré en frente de una puerta con un pequeño cartel hecho a mano que decía:

Olivia Thorn - Reino Unido

Tragué saliva, pensando en lo rápido que habían tenido que prepararlo todo, antes de girar el pomo y entrar.

La habitación era impresionante. Al menos era bonita y acogedora.

Cada año que se celebraba la copa, las habitaciones de los seleccionados eran las mismas, decoradas con los colores de su país. La mía tenía detalles en marrón oscuro, el color que representaba a Reino Unido en la competición. Las cortinas eran de terciopelo, los cojines se amontonaban sobre la gran cama de matrimonio, y delante de ella se extendía una pequeña alfombra de color marrón oscuro, con el logo de la Academia Rider bordado en el centro.

Los muebles eran de madera oscura, de estilo clásico, y había un gran escritorio en un lateral con una lámpara de forma un poco rara y una silla que parecía de *gamer*, pero en versión elegante. A un lado, había una pequeña cocina con lo básico para preparar un desayuno rápido.

La habitación era extremadamente amplia y bonita. Y, sin embargo, en cuanto cerré la puerta, me sentí sobrepasada por una extraña sensación de soledad.

Respiré hondo y me dejé caer sobre la cama. Fue entonces cuando lo vi.

Encima de la colcha, perfectamente colocado, había un papel.

Lo cogí con cuidado y lo miré. Era un papel de calcar, con unas líneas rectas continuas sin ningún tipo de sentido trazadas sobre él. Arriba, en letra elegante, se leía:

La primera

Fruncí el ceño.

¿Qué significaba eso?

Al poco rato, descubrí que no era la única que había encontrado aquel misterioso papel. Los demás jinetes, con los cuales nos habíamos reunido un momento en el pasillo de fuera, también lo tenían en sus habitaciones. Tras discutir a ver qué podía ser, llegamos a la conclusión de que debía tratarse de la primera pista de algo. ¿Pero qué significaba?

Antes de poder pensar demasiado en ello, me di cuenta de que había otra sorpresa en la habitación.

En el armario, que lo habían dejado abierto a propósito, doblado todo con precisión, encontré mi equipación oficial. Cada país tenía un color representativo para ser fácilmente distinguido en las pruebas. Reino Unido llevaba marrón; Holanda, naranja; Noruega, azul clarito; Francia, azul oscuro; Irlanda, verde; Alemania, gris oscuro; Portugal, rojo; y España, amarillo.

Mi equipación consistía en tres conjuntos diferentes para las pruebas. Cada uno estaba compuesto por pantalones de montar, camisetas de manga larga, chaquetas y accesorios, todos con el logo de la Copa de Naciones bordado con hilo plateado.

Toqué el tejido con la punta de los dedos. La tela era de alta calidad, hecha para resistir cualquier condición climática. Esto era real.

Suspiré y me dejé caer sobre la cama. Debía ir a buscar todas mis cosas, porque ese mismo día debía instalarme en la nueva habitación. Y ahora sí sentía que no había marcha atrás.

Capítulo 9

Cuando volví a la habitación de la residencia para hacer mi maleta, el ambiente dentro era un poco extraño.

Brooke, Emily y Jack estaban reunidos, hablando en voz baja, pero en cuanto abrí la puerta y entré, se hizo un silencio absoluto.

Todos, incluidas Harper y Grace, que se habían colado en nuestra residencia junto con Jack, me miraban con expresiones que oscilaban entre la confusión y el enfado.

—¿De verdad, Olivia? —Jack fue el primero en hablar, con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—¿Cómo qué por qué no os dije nada? —pregunté, dejándome caer sobre la cama.

—Que hayas puesto tu nombre sin hablarlo antes… —intervino Emily—. No sé, es raro.

—¡Pero es que yo no lo puse! —exclamé, sintiendo que el nudo en mi estómago se apretaba más.

—Olivia, por favor… —Brooke suspiró—. No pasa nada, solo nos habría gustado saberlo antes. Lo habíamos estado hablando justo la noche anterior y dijimos que ni locas lo pondríamos.

—¡Es que no lo puse! —insistí, rozando ya la desesperación. Miré a Jack en busca de apoyo, pero su expresión seguía seria—. Os juro por Liberty que no puse mi nombre en la urna. No tengo ni idea de cómo ha acabado ahí.

Jack me miró en silencio por unos segundos antes de suspirar y pasarse una mano por el pelo. Sabía que, si lo juraba por Liberty, la cosa iba en serio.

—Si no fuiste tú, entonces… —dijo Harper, pero no terminó la frase.

—Alguien tuvo que hacerlo por mí —afirmé, sintiendo la indignación y la curiosidad en mi cuerpo—. Pero no sé quién ni por qué.

La habitación quedó en silencio mientras yo sacaba mi maleta de debajo de la cama y empezaba a meter mis cosas en ella.

Me sentía mal. No solo por la situación en sí, sino porque mis amigas y Jack pensaban que les había ocultado algo. Me dolía que dudaran de mí. Por un momento, creía que iba a ponerme a llorar ahí mismo.

Jack pareció darse cuenta, porque se acercó y, sin decir nada, me abrazó fuerte. Me quedé inmóvil unos segundos antes de apoyar mi cara en su hombro y cerrar los ojos.

—Lo siento —susurró—. Sé que no harías algo así sin decirnos nada.

—Lo juro, Jack —respondí con la voz temblorosa—. Yo no puse ese papel.

Jack me besó en la mejilla y me apretó un poco más.

—Lo sé —dijo—. Así que vamos a averiguar quién lo hizo.

Levanté la mirada y vi que las chicas también parecían más relajadas.

—No queremos que te vayas a esa habitación sola con esta sensación —dijo Emily mientras venía a abrazarme también—. Y en cuanto a la copa, ¿quién sabe? Igual no es tan horrible como lo pintan.

—Sí —intervino Grace—. Seguro que la gente exagera. No puede ser tan difícil.

—Y Liberty lo va a bordar —añadió Brooke con una sonrisa—. Ya verás.

Sabía que solo lo decían para que no me agobiara, pero lo agradecí.

Después de un último abrazo grupal, terminé de cerrar mi maleta y salí de la habitación.

Me dirigí hacia el ala este, con la maleta arrastrando detrás de mí. Por un momento pensé que ya me había perdido, cuando una figura apareció delante de mí.

Era la chica con el pelo moreno recogido en una trenza y el uniforme azul oscuro de su academia perfectamente ajustado que había conocido hacía unas horas.

—*Bonjour* —dijo en francés—. Soy Marie Lafontaine.

Me quedé quieta un segundo antes de responder.

—Olivia Thorn.

—Belle Étoile y yo representamos a Francia —añadió con un inglés con acento francés y con una sonrisa nerviosa—. ¿Tú?

—Liberty y yo, Reino Unido.

Marie asintió y, por un momento, ninguna de las dos supo qué decir.

—¿Qué tal estás? —pregunté al final.

Marie suspiró.

—Ahora mismo siento muchísima presión. Con la presentación de esta noche, esta copa se ha vuelto real —admitió—. En mi academia esperan que lo haga perfecto. No me permiten cometer errores.

—Te entiendo —respondí—. Bueno, no del todo, porque yo ni siquiera debería estar aquí.

Marie me miró con curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo no puse mi nombre en la urna —le expliqué—. Fue un error. Alguien lo hizo por mí.

Marie arqueó una ceja.

—Oh, *mon dieu*. Entonces, ¿no querías competir? —preguntó con curiosidad.

—Mmm, no —murmuré.

Marie asintió lentamente, como si estuviera procesando mis palabras.

—Bueno, sea como sea, estamos aquí —dijo al final—. Y tenemos que dar lo mejor de nosotras.

—Sí —coincidí—. Quizás podríamos apoyarnos mutuamente. A mí me vendría bien una amiga en esto.

Marie sonrió.

—A mí también.

Después de ese pequeño acuerdo, Marie sacó de su bolsillo la misteriosa pista, ambas miramos el papel de calcar que solo contenía unas líneas dibujadas y que habíamos encontrado en nuestras habitaciones.

—¿Alguna idea de qué significa? —pregunté.

—Ni idea —respondió Marie—. Pero si hoy es diez de mayo…, significa que solo nos quedan cinco días para averiguarlo antes de la primera prueba.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Cinco días.

Capítulo 10

Ala mañana siguiente, me desperté con una extraña sensación de tranquilidad. A pesar de todo lo que había pasado el día anterior, había dormido mejor de lo que me esperaba. Tal vez el colchón era más cómodo, o simplemente el agotamiento mental había actuado con sabiduría.

Respiré hondo mientras me incorporaba, intentando recordar qué día era y qué tenía por delante.

Después de vestirme con rapidez, me dirigí a las clases. A las diez teníamos nuestra primera clase de Razas, en la puerta me encontré con las chicas para sentarnos todas juntas. Aunque el evento de la Copa de Naciones ocupaba casi todos los corrillos de amigos últimamente, las clases no se habían cancelado.

El aula estaba casi llena cuando llegué, se habían añadido algunos alumnos extranjeros de la copa, ya que les habían dado la opción de elegir las asignaturas de primero, segundo o tercero que más les gustasen para asistir, un estilo Erasmus, y así compartiríamos opiniones y aprendizajes con ellos. Brooke, Emily y yo nos sentamos al final del aula, mientras Mr. James, nuestro nuevo profesor, empezaba la clase:

—La Federación Internacional de Criadores de Caballos (WBFSH) reconoce más de ciento treinta razas de caballos, y hay muchas otras razas locales y regionales en todo el mundo. La clasificación de las razas de caballos puede variar según la sangre, su porte y la región, y constantemente se están desarrollando nuevas razas a través de cruces selectivos para adaptarse a diferentes necesidades

y preferencias de los criadores y jinetes —tomó una pausa y continuó—. Hoy vamos a empezar estudiando las razas de los caballos que participan en la Copa de Naciones —anunció, escribiendo los nombres en la pizarra—. A lo largo de la competición, os vais a enfrentar a caballos de distintos orígenes y características, y es fundamental que los conozcáis bien.

Me sentí observada por todos los alumnos, esa frase iba directamente para mí. Aunque en la clase había otros jinetes seleccionados, la gran mayoría de los alumnos eran de Reino Unido y sabían que yo era la elegida. Abrí mi cuaderno y empecé a tomar apuntes, intentando centrar mi mente en la clase.

—Las razas de caballos se pueden clasificar en función de diferentes criterios, que incluyen: su origen geográfico, su uso principal, sus características físicas y su temperamento. Empezaremos por el caballo de silla francés.

Esta raza era la de Belle Étoile, de Marie, la francesa, la única participante de la copa que conocía más personalmente de momento.

—El silla francés es una raza de caballo de salto principalmente, aunque también la podemos encontrar en doma. Su origen se remonta a principios del siglo XX y es una mezcla entre caballos de sangre caliente y caballos franceses tradicionales.

Seguidamente apuntó en la pizarra:

- Tamaño: de 1,65 a 1,70 metros de altura a la cruz.
- Color: cualquiera, pero los más comunes son castaño, alazán o tordo.
- Temperamento: sangre caliente.
- Disciplinas: es perfecto para el salto de obstáculos.

Después de contar miles de características del silla francés y tomar cuatro o cinco páginas de apuntes, solo rezaba para que en el examen no entraran las más de ciento treinta razas porque iba a suspender seguro si no empezaba a estudiar ya. La segunda que

dimos fue el KWPN, la raza de Liberty y de la chica holandesa, creo que se llamaba Rembrandt su caballo.

—El KWPN (Koninklijk Warmbloed Paardenstamboek Nederland) —empezó Mr. James— es uno de los caballos más destacados de doma clásica en la historia, hemos tenido grandes caballos como Glamourdale, Valegro, Totilas, Kjento, Hermès, entre muchos otros. Esta raza se crio para ser el caballo ideal para la doma y el salto.

- Tamaño: 1,65 a 1,75 metros de altura.
- Color: pueden ser de cualquier color, pero los más comunes son el castaño, el negro y el alazán.
- Temperamento: sangre caliente.
- Habilidades: doma clásica, salto de obstáculos y completo.

—¿Alguien sabe alguna característica o curiosidad extra de este caballo? —preguntó Mr. James.

Varios alumnos levantaron la mano. Yo, discretamente, la fui subiendo, arrepintiéndome al momento, ya que Mr. James me escogió y sentí que una vez más todas las miradas se dirigieron a mí….

—Dinos, Olivia, ¿qué curiosidad o característica sabes?

—A todos los caballos KWPN que nacen en un año concreto sus criadores les tienen que poner el nombre por la letra que toque. Cada año es una diferente, siguiendo el abecedario, aunque se saltan las más complicadas como la Q, X y la Y. Por ejemplo, en el año en que nació Liberty, todos los caballos tenían que empezar por la letra L.

—Genial, Olivia, muy buen punto, gracias —concluyó Mr. James.

Finalmente, la última raza que tocamos fue el *hannoveriano*, de Alemania, creo que el jinete seleccionado se llamaba Hans, y cuando lo vi en la sala de reuniones me pareció extremadamente serio.

—El caballo *hanoveriano* es una de las razas más antiguas de caballos de deporte de Alemania y es muy apreciado. Es el resultado del cruce y selección de caballos de raza *holsteiner* con purasangre

inglés y caballos originarios de la región de Hannover. Esta raza se ha utilizado durante siglos como caballo de guerra y de trabajo en el campo, pero hoy en día se usa en todas las disciplinas de competición.

- Tamaño: 1,65 a 1,80 metros.
- Color: generalmente castaños, negros y alazanes.
- Temperamento: sangre caliente.
- Disciplina: todas.

Mientras Mr. James hablaba, mi mente iba y venía entre la clase y el papel de calcar con líneas sin sentido que había encontrado en mi habitación la noche anterior. No podía sacármelo de la cabeza. Si todas las pistas iban a ser así, lo llevaba claro.

Justo cuando estaba terminando mis apuntes, la puerta del aula se abrió, y Mrs. Sabina entró.

—Olivia, ¿puedes salir un momento? —anunció en medio de toda la clase.

Sentí las miradas de mis compañeros sobre mí mientras dejaba el bolígrafo y me ponía de pie. Otra vez más siendo el centro de atención, realmente, necesitaba que se normalizara todo esto, y también que me dejaran hacer clase como a una alumna más.

Fuera del aula, Mrs. Sabina estaba acompañada por un chico que no parecía mucho mayor que nosotros; debería tener unos veinticinco años. Tenía una mirada seria y una postura firme. Vestía ropa de gimnasio, y aunque la tela suelta no marcaba del todo su físico, era evidente que estaba en excelente forma.

—Antes de nada, Olivia —empezó Mrs. Sabina—, ¿quieres seguir adelante con esto? ¿Implicarte pese a todo? Ya te habrán comentado que no puedes optar por no presentarte a las pruebas, pero siendo una alumna de primer curso…, podría hacer algo de presión en la junta.

—Estoy bien. Aún no sé quién puso mi nombre en la urna, pero pienso descubrirlo. De todas formas…, tampoco pueden ser tan

terribles las pruebas, ¿no?

—En ese caso, te presento a Mark —dijo Mrs. Sabina, que obvió la segunda parte de mi frase—, tu nuevo entrenador personal.

Parpadeé, sorprendida, sabía que los seleccionados íbamos a tener más horas de gimnasio, pero no que el entrenador iba a ser exclusivo para mí.

—¿Entrenador personal? —pregunté incrédula.

—Supervisará absolutamente todo —continuó ella—. Tu preparación física en cuanto a cardio y fuerza y la alimentación. A partir de ahora, entrenarás con él cada tarde.

Mark me miró con una mirada indescifrable antes de hablar por primera vez.

—Nos vemos a las siete y media en el gimnasio. Sé puntal, por favor —dijo sin más preámbulos.

—¿Solo yo? —pregunté, intentando sondear un poco su carácter.

—Sí —contestó con calma—. Pero no te preocupes, no te dejaré agotada. Todavía.

Mrs. Sabina me miró como si quisiera asegurarse de que lo había entendido bien antes de dar por concluida la conversación.

—Bien. Si está todo claro, puedes volver a clase, Olivia.

Me giré y volví al aula. Realmente, no solo tenía que prepararme mentalmente para la Copa de Naciones, sino que ahora también tenía a Mark para la parte física y me daba un poco de miedo, ya que parecía más un soldado que un entrenador.

Definitivamente, esto no iba a ser fácil.

Capítulo 11

La lluvia golpeaba mi ventana con fuerza. Miré el reloj con nervios. Aún era temprano, pero mi cabeza y el nudo en el estómago no me dejaban dormir más.

Era quince de mayo y nadie, absolutamente nadie, había sido capaz de resolver la maldita pista, cogía el papel entre las manos, incluso pensaba en constelaciones, pero nada.

Me levanté de la cama con una sensación rara, igual era hambre, lo cual tenía sentido. Fui directa a coger mi móvil esperando algún mensaje de Jack, pero por sorpresa tenía otro esperándome.

> **@Mark.Loxley:** Yogur + avena + plátano + una tostada con queso *cottage*. Necesitarás energía para lo que viene hoy, Olivia.

Puse los ojos en blanco. Odiaba ese desayuno. O sea, de verdad, ¿quién en su sano juicio elige comer eso pudiendo tomar un bol de cereales de chocolate con leche? Pero claro, sabría más que yo, y para eso nos habían puesto una persona al cargo de nuestra salud para cada seleccionado, así que, con resignación, seguí sus instrucciones.

Los últimos días, Mark había sido mi peor pesadilla, todos los días me esperaba puntualísimo en la puerta del gimnasio y que ni se me ocurriera llegar tarde porque me ponía cinco minutos más de cardio por cada uno tarde que llegaba, ya creía tener agujetas sobre las agujetas. Nos centrábamos en trabajar principalmente grupos

musculares que se utilizan al montar, para fortalecerlos: abductores, isquiotibiales, tríceps…

La primera conclusión a la que habíamos llegado era que mi tronco inferior era mucho más fuerte que toda mi parte superior, y Mark se desesperaba un poco al ver que podía cargar pesos de más de treinta kilos en las piernas, pero no podía aguantar dos kilos en los brazos. Solo había conseguido arrancarle una sonrisa cuando parecía un pato haciendo algún ejercicio nuevo, pero en general era un sargento, aunque le iba cogiendo el gustillo a esto de entrenar.

Mientras masticaba mi tostada con desgana, miré por la ventana. El tiempo en el exterior daba miedo. El viento hacía crujir los árboles y todo estaba tan gris que parecía que aún era de noche.

Mi móvil vibró de nuevo. Era un mensaje en el grupo que teníamos con Emily y Brooke:

@Emily.Delacroix: ¿Lista para dar guerra?

@Brooke.Ashcroft: Es normal que tengas miedo, pero seguro que te sale genial y es una prueba fácil. Es la primera, tendrán que empezar con algo asequible para todos.

@Olivia.Thorn: Gracias por el apoyo emocional, chicas.

@Emily.Delacroix: De nada, Libby. Ahora, concéntrate y dale caña. Estaremos ahí.

Suspiré. Ojalá sea fácil.

Cuando salí de la habitación, casi me choco con el grupo de seleccionados que estaban pegados a un enorme cartel en el pasillo. Me acerqué y leí el mensaje:

> Esta es la única prueba que no se correrá en el estadio. Por favor, jinetes, a las diez debéis estar preparados en la pista cubierta de salto con vuestros caballos. Traed un ayudante para

que os aguante el caballo mientras os explicamos la primera prueba y, si queréis progresar, traed la primera pista.

Vale, al menos no nos van a lanzar directamente a la tormenta, pensé, estaremos en la pista cubierta.

Corrí hacia el *paddock* ya que no quedaba mucho tiempo. Liberty, que estaba dentro de la cuadra resguardado del viento y la lluvia, en cuanto me vio con la cabezada de cuadra, me miró con una cara en plan: «¿En serio tienes idea de salir con el tiempo que hace?»

—Lo sé, Lib, yo tampoco quiero salir —le dije mientras le acariciaba.

Lo preparé y le puse la manta impermeable por encima, aunque en la pista cubierta no la necesitaría. Solo quería evitar que se mojara en el trayecto hasta ahí.

Jack apareció apoyado contra la puerta del box con su eterna sonrisa.

—¿Lista para la primera misión suicida de esta copa? —dijo.

—Ojalá pudiese decir que sí sin mentir —dije, ajustando el ahogadero—. Pero bueno, en la pista cubierta con las dimensiones que tiene, tampoco pueden poner algo muy difícil.

Él se rio, me dio un beso y me ayudó a ajustar la cincha.

—Si has cambiado de opinión, nos podemos quedar aquí, escondidos del mundo.

—Jack…, no me lo pongas más difícil —dije, zanjando la conversación mientras le devolvía el beso.

—Cambiando de tema, bonita montura —dijo Jack, pasando la mano por encima—. No sé de quién será —añadió, disimulando.

—Seguro que me va a traer suerte —respondí—. Como no sé qué nos van a mandar hacer, prefiero usar esta, que es más cómoda para hacer un poco de todo, antes que la de doma.

Cuando llegamos a la pista cubierta, la escena era imponente. Habían instalado una gran pantalla, de esas que solo se ven en los cines. Las gradas de la pista estaban abarrotadas de alumnos, creo que era el sábado que más alumnos había visto en la academia.

En la pista había personas trabajando sin parar, con grandes cámaras grabando a cada uno de los jinetes, y esas imágenes supongo que se retransmitían en directo por la pantalla de Horse.tv.

Todos los jinetes ya estaban con sus caballos. Algunos parecían tan nerviosos como yo; otros, en cambio, tenían cara de estar listos para comerse el mundo.

Y los caballos… ¡Dios!

Me enamoré al instante del *fjord* del jinete noruego.

Era monísimo, pequeño y rechoncho, con una capa baya preciosa. Luego vi a Belle Étoile, el caballo de Marie, que parecía sacado de un cuadro. Cada caballo era más impresionante que el anterior: un *connemara* bajito, pero con cara de no dejarse pisar por nadie, un tordo rodado pura raza español, con una crin de escándalo, y un lusitano castaño que brillaba como si lo hubieran bañado en aceite, realmente visto en directo era todo un espectáculo.

Liberty no se quedaba atrás, por supuesto, aunque no llamaba tanto la atención como los otros; de todas formas, yo lo veía el más bonito de todos. Amor de madre, supongo.

En la pista, me sorprendió ver que tampoco había un gran despliegue escénico, me esperaba algo espectacular para la primera prueba, pero solo en el centro de la pista se alzaban ocho palos clavados en el suelo, cada uno con una alforja de diferentes colores colgada. Por los colores que tenían, entendí que nos pertenecía una alforja a cada seleccionado.

Jack sujetó a Liberty mientras los seleccionados entrábamos en una pequeña sala. Lo primero que hicieron fue precintarnos los móviles en bolsas pequeñas, asegurándolos con varias vueltas de celo transparente, para que no se abrieran por accidente, indicándonos que solo podríamos abrirlos en caso de emergencia.

Genial. Ahora sí estábamos aislados del mundo.

Luego nos entregaron un mapa. Lo abrí con curiosidad y…

Nada.

O sea, sí, era un mapa de la academia y sus terrenos, pero no tenía caminos ni referencias claras. Solo tres pequeñas cruces en distintos puntos.

Mr. Thomas, el organizador principal del concurso y a quien ya había visto en La Noche de los Elegidos, tomó la palabra:

—*Riders*, bienvenidos a la primera prueba de la Copa de Naciones. Tenéis cinco horas para completarla con éxito. Los puntos se os asignarán al final, según vuestra destreza.

Hubo un murmullo general.

—En el mapa hay dos puntos de control y el último es la meta, es al que debéis llegar si queréis obtener la próxima pista. Tenéis que pasar los controles en el orden correcto.

Fruncí el ceño. Mapa igual a ir al exterior, igual a salir con este tiempo. Mi mente creo que no lo estaba procesando, aunque enseguida dije:

—¿Y cómo sabemos cuál es el orden de los controles? —me salió de dentro.

Mr. Thomas sonrió, como si estuviera disfrutando de nuestra desesperación.

—Eso lo tendréis que descubrir.

Vaya…, qué considerado. Gracias por la ayuda. Superútil.

Finalmente añadió:

—El camino será traicionero y os llevará al límite. No os confiéis.

Las quejas no tardaron en llegar.

—¿Habéis visto el tiempo que hace fuera? —se quejó Nil, el jinete español—. Es una locura salir así.

El organizador ni se inmutó.

—Las pruebas no se pueden aplazar ni mover. Tenéis que adaptaros.

Perfecto. Así, sin anestesia.

Miré de nuevo el mapa. Entre la tormenta y la falta de referencias, encontrar esos puntos iba a ser un infierno.

Pero no había marcha atrás.

Salí de la sala, buscando a Jack y Liberty. La voz del presentador resonó por toda la pista cubierta:

—Jinetes, a partir de ahora, empieza la prueba. Cada uno saldrá con diez minutos de diferencia que el anterior. Mientras estéis esperando, no podéis hablar con nadie, y los ayudantes deben retirarse.

Fantástico. Me tocaría esperar sola, con los nervios comiéndome viva.

Llegué donde estaban Liberty y Jack, cogiendo por el camino la alforja que me habían dado. Dentro había un montón de cosas: una brújula, cuerda, regla, bolígrafo, un bloc de notas, bolsitas de calor y… ¡una funda de plástico para el mapa! ¡Qué considerados! Al menos habían tenido la decencia de incluir eso, porque con la que estaba cayendo, un simple papel no iba a durar ni cinco minutos fuera.

Abrí el mapa una vez más y me quedé mirándolo con frustración. No tenía ninguna indicación clara.

—Jack —susurré cuando llegué a su lado disimulando para que nadie nos escuchara—, nos han dado un mapa. Soy nula, un cero a la izquierda en orientación. Sigo sin entender la primera pista: unas líneas dibujadas en un papel de calcar, y esto no tiene nada marcado.

Jack echó un vistazo y su rostro se iluminó.

—Es TREC, Olivia. ¡Claro!, técnicas de rutas ecuestres de competición. Es una prueba de orientación, es una disciplina que se practica en algunos países. Pon el mapa uno encima del otro y encontrarás el camino. ¿Cómo no lo pensé antes? —dijo, mientras me cogía la mano disimuladamente—. Lo siento, debería haberlo visto.

Lo miré a los ojos y negué con la cabeza.

—No te preocupes. Me acabas de salvar —le susurré.

Me quedaban unos treinta minutos antes de salir. Era mi oportunidad de memorizar el recorrido. Revisé la escala del mapa. Había aprendido sobre esto en el colegio, tenía que calcular los

metros que representaba cada línea del papel de calcar para saber en qué punto debía girar.

—Tres coma ocho metros al galope, uno coma cinco metros al trote y cero coma nueve metros al paso. Puedes hacerlo. —Jack me soltó esa información en voz baja mientras pasaba por mi lado.

—Jack… —intenté decir algo, pero ya se había ido.

Vale. Recuerda los números, Olivia. Son los metros que aproximadamente recorre el caballo en los tres aires.

Seguí repasando el mapa, trazando mentalmente el recorrido, intentando visualizar cada punto clave. No podía permitirme perderme.

A mi alrededor, la pista cubierta se encontraba llena de gente. En las pantallas ya se estaban retransmitiendo las salidas de los jinetes y algunos fragmentos de la prueba. Seguramente había cámaras repartidas por el recorrido para capturar cada momento. De fondo, escuchaba al presentador cómo seguía amenizando el ambiente:

—Patrick con Shamrock, representando a nuestro país vecino Irlanda, están a punto de tomar la salida, seguro que son los más acostumbrados a este maravilloso clima que nos acompaña hoy. Un *connemara* de nueve años, capa *appaloosa* muy llamativa. Les deseamos toda la suerte del mundo.

La voz del presentador sonaba por toda la pista. Mientras me quedaba embobada mirando la pantalla. Realmente se iba retransmitir en televisión, ¡yo y Liberty íbamos a salir por la tele!

Suspiré.

Menos mal que había traído la manta de lluvia de Liberty. Miré alrededor y noté que la mayoría de los otros jinetes no habían pensado en eso. Algunos, sobre todo los del sur de Europa como Nil y João, que representaban España y Portugal respectivamente, ni siquiera parecían haber traído protección para ellos contra la lluvia. No debían estar tan acostumbrados como nosotros a este clima.

Liberty resopló, moviendo las orejas con inquietud.

—Estamos solos, Lib. Completamente solos.

Y tan solos, porque en esta prueba no iba a haber nadie por el camino para animar o decirnos de extranjis hacia dónde ir. Con este temporal, iba a ser durísimo.

Saqué una bolsita de calor de la alforja y la puse dentro de uno de los guantes. No quería que mis manos se congelaran antes de siquiera empezar.

La lluvia no había parado en toda la noche y probablemente los caminos estaban convertidos en un lodazal.

Respiré hondo, intentando calmar los nervios.

No había vuelta atrás.

—Y nuestra próxima participante es Olivia Thorn. Una alumna de primer año representando a Reino Unido que, contra todo pronóstico, decidió apuntarse a esta Copa de Naciones —dijo.

Le iba a corregir al instante: no me apunté, me apuntaron y aún no había descubierto quién, pero me iba a escuchar cuando lo descubriera. Decidí no gastar energía con eso. Solo acaricié a Liberty mientras seguía presentándonos:

—Va a ser todo un desafío, no sé si son muy conscientes de dónde se han metido. Su caballo Liberty, un KWPN, también joven con tan solo seis años, no suma mucha experiencia al binomio, pero deberemos seguirlos bien de cerca, a ver si son la sorpresa de esta copa.

Maravilloso, gracias por la presentación tan positiva, pensé mientras sonaba un PIIII, dando luz verde a la salida de nuestra prueba.

Al salir, una cortina de agua cayó encima de nosotros.

Capítulo 12

No tenía ni idea de dónde me encontraba exactamente, pero estaba convencida de que iba por el camino correcto. O al menos tenía que convencerme a mí misma de eso, porque, si no, me iba a volver loca.

La lluvia no daba tregua y todo a mi alrededor estaba empapado. El barro hacía que cada paso fuera más lento y duro, y Liberty empezaba a notarlo también. Seguimos avanzando entre árboles y terreno irregular hasta que, de repente, el sonido del agua corriendo con fuerza nos hizo parar.

Un río.

Miré el mapa. Efectivamente, estaba marcado, así que debía cruzarlo.

—Bueno, Lib, no queda otra —le dije para animarle.

Intenté acercarlo al agua, pero Liberty clavó los cascos en el suelo y sacudió la cabeza, esto no era como el lago tranquilo del campo de *cross* que habíamos pasado el segundo trimestre, aquí el agua descendía con fuerza.

—Vamos, chico, sé que no te gusta, pero tenemos que cruzar.

Liberty bufó, claramente nada convencido. Miré alrededor. Podía intentar rodearlo, pero eso nos haría perder un tiempo que no teníamos.

Mientras me esforzaba por pensar en una solución, escuché el sonido de cascos contra el barro y, antes de poder girarme del todo, Valkyrie pasó a nuestro lado al galope con Hans encima, mirándome con superioridad. Claro, se notaba que eran de completo. Seguro

que para ellos esto era pan comido. Valkyrie era una yegua preciosa, no me había dado cuenta en la pista cubierta de lo mucho que imponía esta *hannoveriana*, que era negra como el carbón.

—Sí, sí, muy bonito —murmuré—. Ojalá…

No terminé de decir lo que pensaba porque no me gustaba meterme con nadie, pero es que en estos momentos era impotencia, podría haberme ayudado un momento poniéndose delante de Lib para que él viera que no pasaba nada.

Liberty seguía sin moverse. No había manera de que cruzara montada, así que decidí bajarme.

—Está bien, lo haremos juntos, ¿vale? —dije, dándole una palmada en el cuello.

Me puse a su lado y avancé con cuidado, metiendo los pies en el agua helada.

Madre mía.

Sentía cómo el agua me subía por las piernas y se me metía dentro de las botas, empapándome hasta las rodillas. Justo lo que necesitaba. Constipado asegurado.

—Venga, Lib, poco a poco —insistí, tirando suavemente de las riendas.

Liberty olfateó el agua y, después de unos segundos que parecieron eternos, avanzó dando un salto de improviso dentro del agua y terminó de mojarme entera.

—Eso es, buen chico.

El agua del río bajaba con mucha fuerza, y por un momento pensé que la corriente iba a arrastrarnos, pero finalmente llegamos a la otra orilla.

Suspiré aliviada y me apoyé en Liberty, intentando recuperar el aliento. Entonces, vi una de las cámaras colocadas a lo lejos.

Oh, fantástico, justo lo que necesitaba.

¿Me habrían visto Emily y Brooke en la retransmisión? Me imaginé a Brooke gritándole a la pantalla que me diera prisa y a Emily tapándose los ojos en cada momento crítico.

Esas imágenes en mi cabeza me hicieron sonreír un poco antes de volver a subir a Liberty.

Habíamos perdido mucho tiempo, así que decidí intentar acortar camino. Vi un camino estrecho que parecía llevar en la dirección correcta, pero estaba lleno de zarzas.

Bueno, no puede ser tan malo, pensé.

Error.

A los pocos metros ya tenía arañazos en el cuello y en la cara. Menos mal que llevaba casco, porque, si no, seguro que también me hubiera enganchado el pelo en alguna rama o golpeado con ella.

Liberty avanzaba con cuidado, estaba claro que tampoco le hacía mucha gracia el camino.

—Ya casi estamos, Libs —le dije, intentando convencerle y pensando que no se merecía esto, que a él la copa y hacerlo bien le daba más bien igual y ni tan solo era consciente de lo que significaba este torneo, como para tener que pasar todas estas penurias.

Después de lo que parecieron siglos, logramos salir a un campo más despejado. A lo lejos, vi la bandera del primer control.

—¡Sí! ¡Lo conseguimos!

Pero la emoción desapareció rápido. Tenía frío, estaba empapada, únicamente había llegado al primer control, no dejaba de llover y solo me quedaban dos bolsitas de calor. Liberty también empezaba a estar cansado.

—Vamos, Lib, un poco más.

Intenté animarlo mientras avanzábamos, pero no podía dejar de preguntarme en qué momento se me ocurrió aceptar todo aquello, especialmente viendo cómo estaba el tiempo afuera desde primera hora de la mañana.

Con lo bien que estaría ahora mismo en la pista cubierta, viéndolo en Horse.tv con todos mis amigos y con un chocolate caliente en las manos.

Al llegar al control, nos revisaron tanto a mí como a Liberty, que estuviéramos mínimamente bien, si estar así se le podía llamar estar

bien.

—Gr-rracias —dije con los dientes castañeteando.

No perdí el tiempo y volví a salir a por el próximo control. No llevábamos más de dos kilómetros andando, mirando el mapa y el camino constantemente, cuando a lo lejos vi una figura parada debajo de un árbol.

Marie.

Estaba temblando de frío al lado de Belle Étoile, que tampoco se veía en su mejor momento.

—Marie, ¿estás bien?

—*J'ai froid…* muchísimo frío… —respondió con la voz temblorosa y su acento francés.

Me coloqué debajo del árbol que nos cubría un poco de la lluvia y me quité el jersey que llevaba debajo de la chaqueta y del chubasquero para dárselo.

—Toma, póntelo. Y esto dentro de los guantes —le dije mientras le daba dos de mis bolsitas de calor—. ¿Has pasado el primer control?

Marie negó con la cabeza.

—No lo he encontrado —me dijo casi llorando.

Suspiré y miré el mapa.

—Vale, escucha. Retrocede dos kilómetros y gira a la derecha. El control está ahí. ¿Crees que puedes hacerlo?

Marie asintió, con algo más de determinación.

—Gracias, Olivia —respondió.

—Nada, ve con cuidado.

Respiré hondo y volví a enfocarme en mi propio recorrido. Habíamos pasado el primer control, debíamos haber hecho ya unos seis kilómetros en total.

El segundo no quedaba muy lejos. Lo pasamos sin más imprevistos, aunque el cansancio y el frío se estaban apoderando de nosotros y de nuestra energía.

Decidí seguir el resto del recorrido al paso. No quería que Liberty sudara y luego se quedara frío. Además, con el barro era demasiado

arriesgado galopar.

El camino nos llevó hasta una colina bastante alta, llena de piedras enormes.

¿Es una broma?, pensé. No había forma de rodearla.

Capítulo 13

Alo lejos, vi acercándose al trote a Magnus con su *fjord*, Skadi. Me miró y sonrió. Me seguía encantando este caballo, aunque ahora se asemejaba más a un gato mojado que a otra cosa. El color bayo parecía un café con crema y la crin la tenía arreglada con cortes para que se vieran triángulos, uno de color crema y otro de color negro, ya que el interior de su crin era negra y por fuera *beige*. Creo que todos los caballos *fjords* eran de esta capa y hacían verdaderas obras de arte con sus crines.

—Eh, eres Olivia, ¿no? Vamos, queda nada. La meta está detrás de esta montaña.

Miré las piedras y luego a él.

—Son demasiado grandes —chillé para que me escuchara por encima de la lluvia, mirando otra vez las piedras.

Magnus rio.

—Confía en tu caballo. En Noruega pasamos por pasos más complicados. Siempre encuentran la manera.

Lo vi subir con Skadi como si fuera lo más fácil del mundo. Mi mente no podía parar de pensar que este binomio, viniendo de Noruega y la doma natural, se debían dedicar a hacer salidas al campo así todos los días, y seguro que con nieve también, porque se les veía más frescos que una rosa.

—Pues vale…, vamos a ello, Liberty. Confío plenamente en dónde pisas.

Subimos despacio. Liberty lo intentaba, pero a mitad de camino resbaló en una piedra mojada, las herraduras que llevábamos no

estaban hechas para este terreno.

—¡Lib! —solté con un hilo de voz.

Retrocedimos casi un metro y sentí cómo mi corazón se iba a la garganta.

Liberty intentó estabilizarse, moviendo las patas como podía.

—Tranquilo. Lo tienes. Lo tenemos, estamos bien.

Cerré los ojos un instante y recé a lo que fuera que estuviera escuchando. Quería llorar; sentía cómo las lágrimas empezaban a asomarse, humedeciendo mis ojos poco a poco. Pero tenía que ser fuerte, la meta no podía estar muy lejos.

Por suerte, logramos recuperar el equilibrio, y Liberty estaba decidido en seguir.

—Vale… Vale, ahora con calma —le dije acariciándole el cuello.

Esta vez, llegamos hasta arriba sin más incidencias.

Me asomé para ver qué nos esperaba en el otro lado y casi lloré de felicidad.

Una bajada llena de barro, pero sin piedras. En esos momentos, amé el barro.

Y a unos seiscientos metros… ¡la meta!

Me incliné sobre el cuello de Liberty y le susurré:

—Lo conseguimos, Lib. Solo un poco más.

Y con lo que nos quedaba de energía, avanzamos hacia la línea de meta.

Cuando la crucé, todo fue rápido. Apenas podía sentir las piernas, los rasguños de la cara y el cuello, que ni siquiera sabía lo grandes que eran, me ardían con el agua congelada de la lluvia, y el frío lo tenía metido hasta los huesos, pero lo primero que hice fue bajarme de Liberty y empezar a mirar si él estaba bien.

Había una persona encargada esperando a cada jinete con mantas y abrigos, en mi caso era Mark, pero no le hice mucho caso mientras seguía evaluando a Liberty y descubriendo algunos mini cortes en su cuerpo de las zarzas.

Diferentes *grooms* también estaban ahí, esperando la llegada de los caballos. A mí me tocó Joe, que se acercó al momento para

llevárselo a la cuadra. Cuando vi que intentaba cogerlo, cogí las riendas más fuerte, sin pensarlo. Aunque sabía que Joe sabía cuidar perfectamente de Liberty, tal y como había hecho en las vacaciones de Navidad y algún día que le había pedido algún favor, estaba aterrada de que se nos pasara alguna herida o corte.

—Joe, déjalo en la cuadra, en mi guadarnés hay crema para los rasguños. Por favor, ponle bastante crema —dije rápido mientras una cámara me grababa bien de cerca—. Y revísale bien las patas, ha pisado muchas piedras y ha hecho un gesto raro subiendo esta última montaña. Asegúrate de que no cojee, ¿vale?

—Olivia, tranquila, conozco a Liberty. Confía en mí —dijo, apoyando su mano en mis dedos, que seguían agarrados a las riendas, indicando que soltara.

No podía dejar de mirarlo. Por un momento me había olvidado de que seguía lloviendo a mares, pero yo solo tenía el agobio de no saber si Liberty estaría bien después de esta aventura/tortura. Estaba empapado, pero sus riñones seguían calientes, gracias a la manta riñonera, así que al menos no había pasado demasiado frío. Respiré hondo, tratando de calmarme, hasta que sentí una mano en mi hombro.

—Olivia, ven ya, tienes que cambiarte —dijo una voz detrás de mí.

Era Mark, que me miraba con cara de que no pensaba aceptar un no por respuesta.

—Pero Liberty… —contesté con un hilo de voz.

—Estará bien, Joe sabe cómo hacerlo. Tú también necesitas entrar en calor.

Mark quería llevarme hacia donde tenía mantas y ropa de abrigo, pero antes me dirigí al lugar donde colgaban las pequeñas bolsitas con la pista de la siguiente prueba. La mía, de color marrón oscuro y con el logo de la Academia Rider, pendía de un palo. Si había llegado hasta aquí y había superado la prueba pasándolo fatal, ¡qué menos que coger lo que sería la próxima pista!

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba temblando como una hoja. Tenía la ropa empapada, los labios ligeramente más pálidos y del impermeable resbalaban gotitas de agua sin parar hacia mis botas y pantalones. Mark me obligó a quitarme las dos chaquetas empapadas que llevaba antes de ponerme varias mantas encima.

—Lo he pasado fatal —conseguí decir entre castañeteos de dientes.

Mark no dijo nada, solo me pasó un brazo por los hombros y me llevó hacia el castillo en un pequeño coche antes de subir a las habitaciones.

Me metí en la ducha temblando. Cuando el agua caliente tocó mi piel, solté un suspiro de alivio, aunque los rasguños me ardían.

El vapor llenaba el cuarto de baño de la habitación y poco a poco empecé a sentirme humana otra vez. Me quedé ahí más tiempo de lo normal, dejando que el agua caliente mojara todo mi cuerpo y hasta que mis piernas dejaron de ser bloques de hielo.

Cuando salí, me puse un chándal peludo y los calcetines más gruesos que encontré. Lo único que quería ahora era meterme en la cama y no salir en tres días o en tres años. Me estaba empezando a dar el bajón postdescarga de adrenalina.

Mark apareció con una taza de chocolate caliente y se sentó en el borde de la cama.

—¿Me dejas ver? —preguntó, señalando mi cuello y cara.

Me incliné un poco hacia él y sentí cómo sus dedos fríos rozaban los rasguños.

—No es grave —dijo, aunque su ceño fruncido mostraba preocupación—. Te voy a poner un poco de crema.

Asentí en silencio mientras él sacaba un botecito y empezaba a aplicármela por encima.

No sé por qué, pero sentí un nudo en la garganta. Había sido demasiado. La lluvia, el frío, el miedo a perderme, la subida por las piedras, el barro, Liberty pasándolo mal… Todo de golpe.

—Olivia… —dijo Mark, pero antes de que pudiera seguir la frase, empecé a llorar.

No sabía si era de cansancio, de alivio o por todas las emociones acumuladas, pero no podía parar. Mark no dijo nada, solo dejó la crema a un lado y dejó que me desahogara.

—Tienes que prepararte —dijo después de un rato—. Siento informarte, señorita, de que esto era solo la primera prueba —añadió con un tono divertido.

Me reí entre lágrimas.

—No me lo recuerdes.

Él sonrió, y volvió a su *mood* serio.

—Vas a estar bien, Olivia —dijo, levantándose del borde de la cama para poner dirección a la puerta.

—Antes de irte —dije sin pensar—, ¿puedo ir a ver a mis amigos?

—Buen intento —dijo girándose de golpe—. Tienes prohibido salir de esta habitación hasta mínimo mañana por la mañana. A las diez de la noche te quiero durmiendo, yo ya he informado a tus amigas y a un tal Jack que estaba extremadamente preocupado, demasiado para ser solo tu amigo…

Mierda, lo sabe, pensé.

—Tus amigos también tienen prohibido venir a verte hoy, te estaré vigilando. Así que tarde de sábado de descanso. El lunes prepárate, porque la próxima prueba va a ser en quince días, todos están mucho más en forma que tú y hay que mejorar este físico si quieres sobrevivir.

Soldado Mark entrando en la conversación, pensé.

—Ehh —le dije antes de que se fuera—, dame un poco de tregua, que he superado la primera prueba —dije orgullosa.

Mark se giró justo en la puerta y me miró con una ceja levantada.

—Sí, por los pelos.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír un poco.

—Anda, descansa, que mañana te vas a sentir como si te hubiera atropellado un camión. —Su tono seguía con ese punto de

autoridad, pero esta vez sonaba más suave—. Y no intentes escaparte, porque te juro que tengo espías en cada esquina.

—Sí, sí, lo que tú digas… —murmuré, hundiéndome entre las mantas.

—A las diez quiero silencio absoluto —insistió.

—¡Qué miedo! UUUU —dije, poniendo tono burlesco.

Mark me miró con cara de «te estoy observando» antes de salir, y cuando cerró la puerta, solté un suspiro.

Me hundí dentro de la cama cubriéndome con las tres mantas y con el pensamiento de que había superado la primera prueba. Y en dos semanas, debería volver a hacerlo. Ya podía empezar a mentalizarme.

Eran las cuatro de la tarde, pero sentía como si hubieran pasado tres días enteros. Me había terminado el chocolate caliente y abrí Netflix, sin mucha intención de ver algo en serio, solo para desconectar un rato. Ya era aburrimiento.

Me levanté antes de darle al *play* para encontrar en el bolsillo de mi pantalón, que seguía chorreando agua en la bañera, la pequeña bolsita que había cogido y contenía la pista.

Suspiré y la abrí. Rezando para que por favor fuera una pista clara y concisa.

Dentro había cuatro objetos.

—¿Qué…?

Los saqué uno a uno y los puse sobre la manta:

Un trozo de carbón
Una pluma
Una concha
Una piedra

Me quedé mirándolos, tratando de encontrarle sentido.

¿Qué se suponía que significaban estos objetos? Uffff con los jueguecitos, suspiré mientras me volvía a tirar a la cama para ver un nuevo capítulo de la serie *Anatomía de Grey*.

Capítulo 14

La tarde se me había hecho eterna. Dos capítulos más tarde y después de que Mark me subiera algo de cena, bien de proteína, cómo no, al menos había dejado de temblar. La crema que me había puesto en las heridas había hecho efecto, aunque todavía me escocían un poco las de las mejillas.

Cuando desbloqueé el móvil, me pareció raro no tener ningún mensaje de Jack, pero pensé que él también estaría entrenando con Phoenix. Lo que sí me sorprendió fue ver que me habían añadido a un grupo de WhatsApp. El nombre era simple y directo: Copa de Naciones.

Había un mensaje anclado en la parte superior:

@CopaDeNaciones: Aquí os vamos a ir informando de todo lo relacionado con la Copa de Naciones.

En este grupo he metido a todos los jinetes que estáis viviendo en la Academia Rider de las ocho nacionalidades.

Justo después, otro mensaje apareció en la pantalla:

@CopaDeNaciones: Primera prueba superada. El marcador actual es el siguiente:

Puntuación después de la 1.ª prueba:

1.° - Hans y Valkyrie - 10 puntos
2.° - Magnus y Skadi - 9 puntos
3.° - Olivia y Liberty - 8 puntos
4.° - Roos y Rembrandt - 6 puntos
5.° - Patrick y Shamrock - 5 puntos
6.º - Joäo y Trovao - 5 puntos
7.º - Nil y Soñador de Vida + Marie y Belle Étoile - 0 puntos

Deslicé el dedo para ver la lista y me quedé congelada al leer los siguientes mensajes:

@CopaDeNaciones: Marie Lafontaine ha abierto el móvil durante el recorrido, así que queda automáticamente descalificada de esta primera prueba y obtiene 0 puntos. Nil Fernández ha vuelto al cubierto porque su caballo no paraba de tiritar, obtiene 0 puntos.

Tragué saliva. Esto estaba siendo más duro de lo que había imaginado.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos.

—¿Otra vez tú? —solté, pensando que sería Mark—. ¿Qué me falta por comer ahora?

Dije levantándome de la cama. Pero no era Mark.

Jack se asomó con una sonrisa traviesa y cerró la puerta rápidamente detrás de él.

—Como Mark te pille aquí, nos va a matar —dije, pero no pude evitar sonreír.

—Vale la pena arriesgarme —contestó sin pensárselo.

Se acercó y me besó como si me hubiera echado mucho de menos, se apartó despacio cogiéndome las manos fuerte sin soltarlas y se quedó mirándome un momento mientras su expresión cambiaba.

—Olivia…

Seguí su mirada, que iba directamente a mi ropa, tendida en la bañera y goteando sin parar, perfectamente visible desde donde

estábamos, y luego a las marcas de mi cara y mi cuello, que debían de ser más evidentes de lo que yo pensaba.

Jack suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Nos han tenido a todos sin noticias. Mark solo nos puso al día cuando terminó la prueba. No te imaginas lo mal que lo hemos pasado.

No supe qué decir. Yo había estado tan centrada en aguantar el frío, la lluvia y el barro que no había pensado en cómo lo habrían vivido ellos desde fuera.

—Estoy bien, Jack. —Intenté sonar convincente, pero no coló.

Se acercó un poco más.

—¿Bien? Olivia, ¡mírate! —dijo, señalando mis rasguños—. Si esta era la primera prueba, no quiero ni imaginarme las siguientes.

—Viéndolo ahora con perspectiva, no fue tan terrible… —murmuré, intentando convencerle para que no lo pasara mal, pero me interrumpió.

—¡No fue tan terrible! ¿Me estás tomando el pelo? Has cruzado un río helado, te has cortado con zarzas, casi te caes por una colina llena de piedras…

Me crucé de brazos.

—Aunque quiera, no puedo retirarme, no puedo hacerle esto a la academia, tengo que ser valiente, aunque me dé respeto y miedo.

Jack cerró los ojos un momento, como si estuviera intentando no desesperarse.

—Olivia, en serio… No quiero verte salir de una prueba peor de lo que has llegado hoy.

—Jack…

—Solo piénsalo.

Hubo un silencio. Sabía que lo decía porque le preocupaba, pero no iba a renunciar ahora que todo había empezado.

Finalmente, suspiró y negó con la cabeza, rindiéndose.

—Eres imposible —murmuró, pero se acercó y me besó suavemente.

Sonreí contra sus labios.

Antes de que pudiera decir algo, de repente, me levantó en brazos.

—¡Jack! —protesté, riendo—. ¡Suéltame!

—No hasta que estés metida en la cama y debajo de cinco mantas —dijo, metiéndome dentro de la cama.

Cuando me terminó de arropar, vio la bolsita con las pistas de la siguiente prueba sobre la mesita de noche.

Frunció el ceño.

—¿Qué narices es esto? —preguntó, sacando los objetos—. ¿Carbón, una pluma, una concha y una piedra?

—Ni idea, es la pista que he recibido en la primera prueba, pero no sé qué significa.

Jack me miró, esperando que dijera algo más, pero me encogí de hombros.

—Genial, esto es cada vez más raro —murmuró, dejándolos de nuevo en la bolsita.

Se tumbó conmigo en la cama mientras yo me relajaba y Jack seguía comentando la prueba.

—Por cierto, buen gesto con Marie. Se ha hecho viral en TikTok.

Abrí los ojos de par en par y me giré de golpe hacia él.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—Lo grabaron todo. ¿Recuerdas? La gente te está dejando comentarios tipo «reina del compañerismo».

Me puse la mano en la cara.

—Oh, por favor… —dije, tapándome la boca.

Jack se rio y me revolvió el pelo, mientras miraba de reojo el sofá de la habitación y suspiraba.

—Voy a dormir aquí, más específicamente en ese sofá que tiene tan buena pinta —dijo, haciendo énfasis en el «tan» y señalando el cheslón que así, viéndolo de lejos, parecía más bien poco cómodo—. Es tarde y salir del castillo sin que me pillen es imposible. Si Mrs. Sabina me ve, me hace la cruz para siempre y me castiga eternamente recogiendo hierbajos de las pistas.

Me apoyé sobre un codo y puse los ojos en blanco.

—No hace falta que duermas en el cheslón. La cama es suficientemente grande.

Jack arqueó una ceja.

—¿Me estás cediendo la mitad de tu cama, Rompenormas?

—Solo digo que te sientas libre de no destrozarte la espalda —dije, encogiéndome de hombros—. Además, no me mires así, la última vez que dormiste en el sofá de tu casa, sé que no fue precisamente cómodo.

Jack rio por lo bajini y se pasó una mano por el mentón, haciendo como que pensaba.

—Vale, punto para ti.

Se quitó las zapatillas, los pantalones y se metió en la cama con cuidado, como si todavía no estuviera del todo convencido de que yo no le iba a echar de una patada.

Aproveché para acurrucarme a su lado, sintiendo el calor que aún me faltaba después del frío que había pasado durante la prueba.

—Creo que necesito a alguien viviendo en esta habitación —murmuré—. Echo de menos a las chicas por las noches.

Jack me movió un poco más hacia él.

—Me ofrezco voluntario. Puedo venir todas las noches, eh. Por mí no hay problema —bromeó.

Solté una risita y escondí la cara contra su pecho. Se estaba tan bien ahí, en paz, sin lluvia, sin frío, sin barro. Solo Jack y yo, sin preocupaciones.

Él levantó una mano y me apartó un mechón de pelo de la cara con suavidad. Nuestras miradas se cruzaron por un momento y, tras un instante, su voz sonó baja pero firme.

—Te quiero, Olivia.

Mi corazón se detuvo un segundo.

Le miré a los ojos, intentando asimilar lo que acababa de salir de sus labios por primera vez.

Él no desvió la mirada, no se echó atrás. Solo esperó.

Sonreí.

—Yo también te quiero.

Jack me besó en los labios, cerró los ojos y, sin decir nada más, dormimos juntos, después de una locura de día.

Capítulo 15

El lunes por la mañana, me dirigí al paddock de Liberty, aún no había revisado si él estaba bien, y me sentía fatal. Relinchó nada más verme y me senté en una alpaca de paja, y me quedé ahí, con la mirada perdida, no tenía mucho tiempo antes de que empezaran las clases, pero lo necesitaba. Él estaba tan tranquilo, como si nada hubiera pasado.

Entré en el guadarnés para ver si todo lo que había usado durante la prueba estaba bien ordenado y seco. Encima de la mesa había un folio en blanco doblado en cuatro, sin sobre. Escrito a mano, con una caligrafía preciosa y tinta azul habían escrito tres frases:

No todo el mundo tiene el valor de escribir su nombre. Yo lo hice por ti. Estás más preparada de lo que piensas.

Se me encogió el estómago. Lo leí tres veces. ¿Qué…?

¿¡QUÉ!?

Miré por la ventana, no había nada fuera de lo normal ni más gente de la corriente.

Salí casi corriendo a buscar a Jack. Tenía que hablar con alguien antes de volverme loca. Lo encontré fuera del comedor, apoyado contra una columna, comiéndose un plátano tan tranquilo y hablando con Mike.

—¿Podemos hablar? —le solté directamente.

Asintió, asustado al verme nerviosa, andamos hasta un rincón algo apartado detrás del edificio principal, me detuve y, sin darle un segundo, lo solté:

—¿Qué broma es esta? —dije.

Jack me miró como si no entendiera nada.

—¿De qué hablas? —contestó confundido.

—¡De la Copa de Naciones! Mira —le dije, dándole el papel.

Jack lo cogió y lo leyó con atención. Subió ligeramente una ceja al llegar a la última línea.

—«Yo lo hice por ti». Pero ¿esto qué es?

—Eso quiero saber yo. ¿Ha sido Charlotte? ¿Puede ser? ¿Esto es una forma rara de amargarme la vida? —le contesté, era la única persona que se me ocurría en estos momentos que podría hacer algo así, pero también me parecía raro que se lo currara tanto.

—Mmm no creo, demasiado elaborado —respondió él, robándome el pensamiento—. Yo creo que es alguien que de verdad cree que deberías estar ahí.

—Pues que me lo diga a la cara y se deje de tanto secretismo en plan novela de misterio.

—Bueno —dijo Jack, cruzándose de brazos—. Entonces hagamos esto. Vamos a encontrar quién ha sido. Y cuando lo descubramos, le das las gracias… o le das una colleja. Lo que veas según como salga todo este asuntillo de la Copa de Naciones.

Se me escapó una risa pequeña. Asentí y me acerqué lo justo para sentir su respiración y terminar de calmarme.

—Trato hecho — le dije en la oreja antes de volver a clase cogidos de la mano.

La Academia Rider estaba revolucionada. Todo el mundo tenía los ojos pegados a las pantallas de sus móviles o a las televisiones de la sala común de cada residencia, donde repetían una y otra vez las mejores partes del programa de Horse.tv.

Realmente, era como estar en un *reality*. Bueno, no *como* estar, *estaba* en un *reality*. Y Liberty y yo éramos unos de los protagonistas.

Cada vez que alguien me veía en los pasillos, me felicitaba por haber superado la primera prueba. Algunos hablaban de lo increíble que había sido mi actuación convenciendo a Liberty de pasar por el río, otros comentaban la parte de la escalada por la colina de piedras y, la gran mayoría, del momento en el que ayudé a Marie dándole mi jersey y las bolsitas de calor.

—Eres viral en Instagram, ¿lo sabías? —me dijo Brooke nada más verme en la cafetería.

Me quedé mirándola, parpadeando.

—¿Perdón?, ¿en Instagram también? Jack solo me había mencionado TikTok.

—Libby, hay un montón de clips tuyos por todas partes. La gente te adora, te los has ganado a todos —comentó Emily.

—Qué cursilada —murmuré con una mueca, aunque en el fondo me hacía ilusión.

Antes de que pudiera procesarlo todo, mi móvil vibró en el bolsillo. Saqué el teléfono y vi que me habían añadido a un nuevo grupo de WhatsApp.

Grupo de Aliados

Fruncí el ceño. ¿Aliados?

Justo entonces, llegó un mensaje.

@Magnus.Olsen: Hola, soy Magnus. He visto que Alemania, Portugal, Irlanda y Holanda han decidido unirse y ayudarse entre ellos para las siguientes pruebas, se hacen llamar *The Elite Four*. Se han montado como su propio bando. Así que, si os parece bien, podríamos hacer lo mismo. No vamos a ser los tontos que vayamos solos.

Miré el grupo y vi que estábamos Magnus (Noruega), Marie (Francia), Nil (España) y yo.

@Marie.Lafontaine: Me parece bien, aunque no tengo ni idea de cómo podemos ayudarnos si ni siquiera entendemos lo que significan los objetos de la bolsa.

@Nil.Fernandez: Ni idea, pero como mínimo podemos compartir ideas y estrategias. Y hacernos de psicólogos entre nosotros en esta locura XD. No sé vosotros, pero yo no quiero quedar el último, y de momento digamos que no he empezado muy bien.

@Olivia.Thorn: Vale, por mí genial, pero ¿alguien tiene una mínima idea de qué narices significan una pluma, la concha, la piedra y el carbón?

Se hizo el silencio en el grupo por unos segundos.

@Magnus.Olsen: … No.

@Nil.Fernandez: Vamos a morir, ahora sí, en la próxima prueba.

Sonreí. Por los mil iconos modo drama *queen* que había añadido y un par de *stickers*, uno con un logo donde encima ponía Ministerio de Ansiedad y otro de un perro vestido de rosa con gafas que decía: «*I'm very* confundida». Nil me caía genial, Neil, como le decíamos nosotros, porque la pronunciación de ese nombre no nos salía. Aún no había tenido la oportunidad de hablar mucho con él, pero sus comentarios me hacían reír y siempre lograba relajar el ambiente.

Mientras hablábamos por el grupo, no dejaban de llegar solicitudes de amistad y mensajes por Instagram. Un montón de gente de todas partes había empezado a seguirme; aunque no conocía a ninguno, muchos me escribían mensajes de apoyo o diciéndome que eran mis fans. Otros, en cambio, aprovechaban para criticarme o añadir cómo lo habrían hecho ellos mejor. Expertos, pensé.

Antes de que pudiera responder alguno de los mensajes, sonó el timbre y tuve que guardar el móvil volando. Tocaba clase de Razas con Mr. James.

Me senté en mi sitio, todavía algo dormida, y lo vi escribir en la pizarra el nombre de las razas que íbamos a ver.

—Hoy hablaremos de tres razas nuevas. La primera —dijo, girándose hacia nosotros— es el pura raza española.

James empezó a explicar la historia de la raza mientras yo intentaba tomar apuntes, aunque no muy concentrada.

Vamos, Olivia, concéntrate y no te duermas.

Los lunes siempre costaban y efectivamente aún no estaba recuperada del camión que me había pasado por encima hacía menos de cuarenta y ocho horas.

—El pura raza española, originario de la península ibérica, nació en pleno siglo XVI, en el mejor momento para la economía y la política de España —continuó Mr. James—. Autores romanos como Plutarco, Plinio el Viejo y Séneca ya hablaban del caballo de Hispania como un ejemplar valiente, precioso, dócil e imponente.

Fui anotando lo más importante mientras Mr. James escribía sus características en la pizarra.

Características:

- Tamaño: 1,55 a 1,75 metros.
- Color: generalmente tordo o castaño.
- Sangre: caliente.
- Disciplinas: doma clásica, alta escuela, doma vaquera.

Mientras Mr. James seguía con su explicación sobre el pura raza española, me volvió a vibrar el móvil y no pude evitar mirarlo, Nil había escrito otro *wasap:*

@Nil.Fernandez: @Olivia.Thorn, dime que al menos tú sabes para qué sirve el carbón, porque yo estoy considerando usarlo para hacerme un buen asado.

Me mordí el labio para no soltar una carcajada y le respondí rápido.

@Olivia.Thorn: Creo que la pista no va por ahí, pero si descubres que podemos cocinar con él, avísame.

Nil, que estaba dos filas más abajo, leyó mi respuesta y me lanzó una mirada de «voy en serio». Mientras Mr. James pasaba a la segunda raza del día, el caballo *fjord*, poniendo unas imágenes en la pantalla:

—Vale, definitivamente el caballo *fjord* es mi favorito —le susurré a Brooke mientras Mr. James seguía con la explicación.

—¿Por qué son cómo peluches? —respondió ella con una sonrisita.

—Porque son unos tanques en miniatura —le dije—. ¿Has visto a Magnus y Skadi? Increíbles.

Brooke asintió. Magnus había conseguido quedar segundo en la prueba, con un caballo que, viendo los otros, nadie habría dado un duro por él. Era como un peluche con superpoderes.

Mi nueva banda de aliados estaba sentada también en la clase, y Magnus y Marie quedaban un par de asientos a la derecha nuestra.

—Lo que me flipa es lo de la crin —intervino Marie desde el lado —. Esa franja oscura en el medio… Parece que alguien se la ha pintado a propósito.

—Pues es natural —dijo Magnus, que estaba apoyado en su silla con los brazos cruzados—. Ningún otro caballo en el mundo la tiene.

Nil, que prestaba tanta atención como un gato en una tienda de peces, levantó la mano.

—¿Sí, Nil? —preguntó Mr. James con un suspiro. De primeras, aluciné con que supiera su nombre, cuando nunca nombraba a los alumnos, después recordé que Nil también era protagonista de esta copa y que obviamente todo el mundo sabía quién era.

—Confirmado, quiero un *fjord* —dijo él, completamente serio—. ¿Dónde se compran? ¿Amazon los manda a domicilio?

La clase se rio y Mr. James negó con la cabeza.

—No, Nil, no puedes pedir un *fjord* a Amazon.

—Bueno, si Magnus algún día se cansa de él, yo me lo quedo, que me lo mande a España por correo, el calorcito seguro que le gusta —respondió, encogiéndose de hombros.

—No creo que Magnus te lo venda —dije, intentando no reírme —. Además, ¿para qué lo quieres?

—¿Por qué no? —replicó él, sabiendo que toda la clase nos estaba escuchando—. Es pequeño, resistente, tiene rayas en la crin como un tigre y además es un caballo vikingo. ¡Es el caballo perfecto!

—Y es casi imposible por naturaleza que tenga una mancha blanca en la frente —añadió Brooke en voz alta, leyendo sus apuntes.

—Lo ves, lo ves —dijo Nil, señalándola—. Es un caballo que no comete errores de diseño. Es perfecto genéticamente.

—Por favor, que alguien le quite el café —murmuró Marie, negando con la cabeza.

Mr. James intentó recuperar el control de la clase, pero todos ya teníamos la imagen mental de Nil montando un *fjord* con un casco de vikingo.

—Vale, concentrémonos y sigamos con la siguiente raza… —anunció Mr. James, ignorándonos un poco mientras daba un par de palmadas para asegurarse de que todos prestábamos atención antes de continuar.

—Bien, ahora vamos a hablar del lusitano —dijo mientras pasaba una imagen en la pantalla del aula—. Se trata de una de las razas más antiguas del mundo y tiene su origen en la región ibérica, específicamente en Portugal. De hecho, su nombre viene de Lusitania, la antigua provincia romana que ocupaba gran parte del oeste de la península.

Hizo una pausa y miró al grupo antes de seguir.

—El lusitano ha sido históricamente utilizado para la doma clásica, la doma vaquera y la equitación de trabajo. El lusitano suele tener una estructura muy similar al pura raza española, pero con ciertas diferencias que lo hacen único. A las dos razas se le llaman caballos ibéricos.

Magnus levantó la mano en ese momento.

—Vale, viendo estas últimas razas… ¿en qué se diferencia el lusitano del pura raza española? Porque en las fotos se ven prácticamente iguales.

Mr. James asintió, como si esperara esa pregunta.

—Buena observación. A simple vista, pueden parecer casi idénticos, pero hay diferencias importantes. Mientras que en España se ha priorizado la pureza de la raza y la estética del caballo, en Portugal se buscó una mayor funcionalidad y resistencia física. Esto ha hecho que los lusitanos tengan un carácter más fuerte, además de ser más ágiles para su disciplina.

Marie frunció el ceño, interesada.

—Entonces, ¿los españoles son más bonitos y los portugueses más útiles?

—Más o menos —respondió Mr. James con una sonrisa—. Aunque ambos caballos son excepcionales, los pura raza española tienen un mayor reconocimiento en el mundo, lo que también hace que su precio sea más alto.

—Vamos, que los españoles somos listos y la gente paga más por el *branding* —soltó Nil, haciendo que varios se rieran otra vez.

Mr. James suspiró, pero se notaba que le divertía la actitud del español.

—Si prefieres verlo así —respondió el profesor—. Pero lo cierto es que cada uno tiene sus ventajas, dependiendo de lo que busques en un caballo, claro.

Capítulo 16

Durante el resto del día estuve dándole vueltas a la maldita bolsita de objetos. Los días iban a pasar y la segunda prueba cada vez estaba más cerca.

Cuando llegó la hora de comer, me senté con Emily y Brooke en nuestra mesa de siempre. Mi bandeja estaba cargada de comida, Mark se había asegurado de que comiera el doble de proteínas de lo normal y, como era costumbre últimamente, las chicas me miraron con burla.

—Sigues en fase de crecimiento, ¿o qué? —bromeó Brooke mientras se llevaba un bocado de pasta a la boca.

—No me juzguéis, esto es cosa de Mark —resoplé, removiendo las lentejas con arroz con la cuchara.

Pero en lugar de comer, saqué la bolsita de tela y la coloqué en la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Emily con curiosidad, ya que aún no había tenido la oportunidad de enseñárselo.

—La pista que nos dieron para la próxima prueba —contesté, esparciendo los objetos en la superficie de la mesa—. Y no tengo ni idea de qué significan.

Emily cogió la pluma entre los dedos, mirándola de cerca.

—Pues que el carbón es negro y la pluma es blanca y negra. ¡Está clarísimo! — comentó Brooke sin saber ni lo que decía.

—¡Elemental, querida Brooke…! —contestó Emily— De eso no hay duda.

Algo hizo *clic* en mi cabeza.

—¿Elemental…? Elemen… ¡Elementos! ¡Eso es! —exclamé, enderezándome de golpe.

Las chicas me miraron, confundidas.

—¿El qué? —preguntaron al unísono.

—Son los elementos —dije, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba—. Mirar, la pluma es aire, el carbón es fuego, la piedra es tierra y la concha es agua. ¡Es eso, tiene que ser eso!

Brooke y Emily intercambiaron una mirada antes de volver a centrarse en los objetos.

—Tiene sentido… —admitió Emily—. Pero ¿qué significa para la prueba?

Buena pregunta.

Saqué mi móvil y escribí en el grupo de WhatsApp de los aliados:

> **@Olivia.Thorn:** Son los elementos. Me está dando miedo esto. ¡Nuestra prueba tendrá que ver con esto! Lo he descifrado.

Enseguida llegaron respuestas. Algunos simplemente ponían signos de interrogación, Nil empezó a lanzar teorías descabelladas pero volví a centrarme en las chicas.

—Sea lo que sea, seguro que no va a ser fácil, siento no poder decirte que todo será maravilloso Libby, pero viendo la primera prueba… —dijo Brooke, suspirando—. Estáis en un *reality show*, querrán dar un buen espectáculo.

Sonreí intentando mantenerme tranquila.

—Nos vemos en el *gym* después de comer, ¿no? —pregunté, guardando la bolsita de nuevo—. A Liberty le voy a dar descanso hoy, así que tengo que estar más pronto allí. Creo que Mark va a matarme con el entrenamiento.

Spoiler, Mark no me mató. Pero casi.

Llevaba cinco minutos en el gimnasio y ya estaba sudando. Habíamos empezado con un calentamiento intenso, y antes de que pudiera recuperar el aliento, Mark ya había comenzado a explicarme una rutina de fuerza con mil repeticiones y ejercicios.

—Vale, hoy vamos a trabajar más la fuerza, que es lo que más necesitas si quieres aguantar en las siguientes pruebas —dijo, ajustando el peso de la máquina.

Yo ya estaba con las piernas temblando, pero asentí sin quejarme.

—Venga, Olivia. Tú puedes —me animó mientras se colocaba a mi lado—. Vamos con otra serie.

Respiré hondo, apreté los dientes y empujé con toda la fuerza que me quedaba.

—Eso es —dijo Mark, pero sin dejarme descansar demasiado—. Ahora seguimos con peso muerto.

En ese momento, Jack apareció en el gimnasio. Me vio con la cara roja, el pelo pegado por el sudor y respirando fuerte, y su expresión cambió.

—Mark, se te está yendo de la mano, dale un respiro —dijo con tono preocupado y serio.

Mark le lanzó una mirada divertida mientras me hacía colocarme para la siguiente serie.

—Dile a tu novio que se esté quietecito —bromeó mirándome.

Jack no respondió, pero se quedó allí, observando con el ceño fruncido mientras Mark me exigía más y más.

Mis músculos ardían, sentía que mis brazos estaban a punto de rendirse. La Olivia de hace unos meses definitivamente se habría rendido sin dudarlo. Habría soltado las pesas, se habría convencido a sí misma de que no podía más. Pero esta versión de mí era más fuerte y quería demostrar que podía hacerlo.

—Última ronda —dijo Mark, y casi me entraron ganas de llorar de alivio.

—Venga, Libby, una más y lo tienes —me animó Jack, aunque seguía con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos.

Cuando terminé, dejé caer las pesas, que rebotaron en el suelo unos milímetros de manera ruidosa, y caí sobre las rodillas, intentando recuperar el aliento.

—Joder… —murmuré, sintiendo cómo mi corazón martilleaba contra las costillas mientras Mark preparaba la siguiente máquina.

Jack se acercó y me pasó una botella de agua.

—Ya está bien, Mark. ¿No ves que está muy cansada?

Mark se encogió de hombros.

—Se está poniendo más fuerte. Y lo va a necesitar si quiere seguir en la copa. Puede con todo.

Jack negó con la cabeza y se giró hacia mí.

—No me gusta esto —dijo en voz baja, pero firme—. No me gusta verte así.

—Estoy bien —respondí, aunque no estaba segura de si iba a empezar a hiperventilar en el siguiente segundo, porque no entraba suficientemente aire en cada inspiración.

Jack no parecía convencido, pero suspiró y me revolvió el pelo antes de murmurar:

—Más te vale.

Capítulo 17

No sabía bien cómo habían pasado los días tan rápido, apenas habíamos terminado la primera prueba y, de repente, ya nos encontrábamos a las puertas de la segunda. Casi sin darme cuenta, el mes de junio estaba a punto de empezar.

El clima al menos nos daba un respiro: la temperatura había mejorado y el cielo no amenazaba con ninguna tormenta repentina. Después del caos de la última prueba, ya no confiaba en nada, así que me vestí con varias capas: manga corta debajo, una camiseta térmica de manga larga encima, sudadera, chaqueta e impermeable, toda la ropa que me permitiera adaptarme según lo que nos tuvieran preparado. Había aprendido bien la lección.

Me desperté sin hambre, con una sensación extraña en el estómago, una vez más, y una mezcla de nervios y expectación. Por suerte, no tenía ningún mensaje de Mark atosigándome con el desayuno que debía tomar, así que me senté en mi minicocina y me preparé un bol de cereales con leche. Intenté comer, pero cada cucharada se me hacía un mundo. Al final, lo dejé casi todo.

Al salir de la habitación, vi que en el pasillo nos habían dejado una nota, igual que en la anterior prueba.

> Os vemos en el estadio a las diez para empezar la segunda prueba. Seguid las indicaciones de los carteles que pone

«Jinetes» para saber dónde dirigiros, ya que tenéis un lugar preparado para esperar con vuestros caballos.

Respiré hondo. Esto empezaba ya.

Quedé con el grupo de aliados, Nil, Marie y Magnus, diez minutos después para bajar juntos del castillo y después separarnos para ir a preparar a nuestros caballos. Éramos una piña y eso al menos me tranquilizaba, sabía que no estaba sola en esto.

Liberty estaba tranquilo, lo cual me daba paz, pero no podía parar de pensar. ¿Y si era una prueba en la que él lo pasa mal? ¿Y si es peor que la anterior? No soportaría verlo sufrir. Aun así, intenté no transmitirle mi tensión mientras le ajustaba la montura de Jack y repasaba cada detalle de nuestra equipación. Le puse por segunda vez el *outfit* marrón oscuro de la Copa de Naciones que nos habían dado, pensando que, una vez terminara esto, lo iba a guardar para toda la vida y a enmarcar para recordarlo y contarles a mis hijos esta locura en la que había participado su madre en algún momento de su vida.

Cuando salimos del *paddock*, pusimos rumbo al estadio, la magnitud del evento me asustó un poco. A diferencia de la primera prueba, en la que el tiempo no acompañaba y no se veía ni un alma, en esta había ríos de gente moviéndose por los alrededores. Los organizadores habían habilitado varios *parkings* para que entraran todos los coches, furgonetas y motos de los espectadores que habían venido a ver la prueba. Entre la multitud, veía caras pintadas con banderas, pancartas ondeando y grupos enteros de niñas con camisetas a juego.

Para mí, era una prueba. Para todos ellos, estaba claro que esto era un espectáculo. A medida que me acercaba al estadio, mis nervios crecían sin control, eran tan mastodónticos como la estructura en la que nos encontrábamos. Esta se alzaba casi veinte metros hacia el cielo, me recordaba a un gran coliseo. Nunca habíamos ido por ese lado de la academia y, la verdad, me impresionaba muchísimo. Estaba construido principalmente de

piedra, con un aire antiguo que recordaba a un coliseo romano, pero con un toque moderno. Las entradas estaban señalizadas con grandes letras A, B y C, para que el público supiera dónde sentarse. Por todas partes, el logo de la Academia Rider decoraba el estadio, dando un aire oficial y elegante al lugar.

Al llegar a la zona habilitada para los jinetes, encontré a Marie, Nil y Magnus esperando con sus caballos. Sin embargo, ni rastro de los representantes de Alemania, Irlanda, Portugal y Países Bajos.

—¿Se habrán dormido? —bromeó Nil, apoyándose contra la valla con su sonrisa habitual.

—O les gusta crear tensión llegando en el último minuto —comentó Marie, cruzándose de brazos.

Atamos a los caballos juntos y pasamos el rato intentando distraernos hablando de nuestras academias y costumbres, pero era evidente que todos estábamos tensos.

Treinta minutos antes de empezar, nos llamaron para entrar en una de las salas privadas del estadio.

Al cruzar la puerta, nos sentamos en las sillas que había disponibles, el otro equipo, los *The Elite Four*, llegó a toda prisa, casi corriendo, con cara de estrés. Definitivamente no lo habían hecho a propósito, se habrían perdido, pensé.

—Justo a tiempo —murmuré para mí misma.

Ahora sí. Esto estaba a punto de empezar.

Cuando nos encontrábamos todos sentados formando un semicírculo, me fijé en el resto de los seleccionados, la gran mayoría habían tenido la misma idea que yo: capa sobre capa, como si estuviéramos en pleno invierno, aunque la temperatura ya no justificaba llevar tanta ropa. Todos vestíamos impecables con nuestro *outfit* del color de la nación, el verde le sentaba genial a Patrick y el azul clarito de Magnus me encantaba, quizás mi marrón oscuro era el color más soso de todos.

Podíamos ver el estadio a través de una ventana de cristal, y realmente imponía, el sonido de los tambores se filtraba a través de las paredes y la gente empezaba a sentarse en sus respectivos

puestos. Sentí un escalofrío cuando Mr. Thomas, el responsable principal de la copa que ya nos había dado las instrucciones en la primera prueba, se levantó para hablar.

—*Riders*, bienvenidos a la segunda prueba —empezó—. Enhorabuena a todos los que habéis superado la primera prueba y habéis conseguido puntos. ¡No os asustéis por el estadio! Puede impresionar al principio, pero os vais a sentir muy arropados. Bienvenidos al desafío de los cuatro elementos. Usad vuestro ingenio, solo hay una regla muy clara: siempre debéis estar en contacto con vuestro caballo.

Me quedé pensando por un momento, procesando todas las palabras de Mr. Thomas. Los cuatro elementos. Ya me imaginaba que sería algo relacionado con ellos, pero la regla de estar siempre con tu caballo me asustó un poco.

Diez minutos más tarde, hicieron un sorteo digital para asignarnos el orden de salida. Ya sabía lo que iba a pasar: prueba individual, solos ante el peligro y entrando de uno en uno en el estadio. Y me tocó salir la última. No sabía si eso era algo positivo o una maldición, porque, por un lado, debería esperar mucho más rato para entrar y los nervios me comerían por dentro, pero, por otro lado, cuando más tarde saliera mejor.

Durante los primeros minutos, escuchar los tambores y las reacciones del público me ponía aún más nerviosa, todo eran «oooooh» o «uuuuui». Se me ponían los pelos de punta, y más sin saber lo que estaba ocurriendo en el estadio.

De repente, uno de los organizadores del evento que pasaba cerca de nosotros comentó que Trovao, el caballo del portugués que justo había entrado en el estadio para hacer la prueba hacía un rato, se había hecho daño y que los veterinarios lo estaban revisando. Eso solo empeoró mi estado general. Al poco rato, vi cómo João salía tiritando y completamente mojado por la puerta que daba al estadio. Solo pensar en que le podía pasar algo a Liberty se me removía todo por dentro.

Fueron los minutos más lentos de mi vida mientras paseaba de la mano a Liberty y esperábamos. Al principio, me ayudaba hablar con los demás seleccionados que aún no habían sido llamados, pero poco a poco todos iban entrando y me quedé completamente sola.

—Olivia, prepárate. Te toca en dos minutos —me dijo uno de los trabajadores del evento.

Un sudor frío me recorrió el cuerpo. Pero me repetía a mí misma una y otra vez: «Es solo otra prueba, otra etapa más que pasar. Entiendo que no querrán que nadie se haga daño, no puede ser tan peligroso».

Justo en ese momento, mi móvil vibró:

@Jack.Hawthorne: Sobrevive.

Capítulo 18

Acaricié a Liberty con mucha tranquilidad, intentando respirar, a pesar de que por dentro me sentía desbordada. Al final, me había quedado solo con una camiseta de manga corta, porque tanta ropa encima aún me ponía más nerviosa y confiaba en que no iba a ser como la prueba anterior.

Cogí a Liberty de las riendas y tranquilamente al paso, entramos por un túnel oscuro de unos diez metros de largo que al final se abría al gran estadio. Este era impresionante, mucho más grande de lo que imaginaba cuando lo había visto por fuera. Había gente por todas partes: levantándose, sentándose, charlando alegremente con quienes tenían alrededor. En la parte superior, ondeaban numerosos estandartes con los colores de las diferentes academias y países participantes, llenando el espacio de vida y color. En uno de los laterales, dos grandes zonas acristaladas destacaban claramente. En una de ellas, un grupo de técnicos y cámaras trabajaba concentrado, asegurándose de que la retransmisión y la producción audiovisual salieran perfectas. La otra zona acristalada, mucho más exclusiva, parecía un área VIP; desde allí, la gente entraba y salía con total libertad, paseando entre cómodos sillones y con una vista privilegiada al espectáculo, lejos del bullicio de las gradas.

Los tambores resonaban en mis oídos mientras me dirigía al centro de la pista con Liberty, que parecía tranquilo, aunque observaba este nuevo lugar con mucha atención. Yo sabía que, por dentro, también lo estaría pasando un poco mal, aunque no quisiera

mostrármelo, porque se pegaba a mí sin dejarme casi espacio, como si buscara algo conocido.

El suelo era de sílice, perfectamente nivelado, con esa arena tan blanca que parece que brille bajo la luz del sol. En cada esquina del estadio había enormes carteles con los símbolos de los cuatro elementos. A lo lejos, en la esquina del fondo a la derecha, había una lona con un dibujo de una llama roja y naranja, y delante antorchas y un gran fuego. A la izquierda, una enorme ola en unos tonos azules preciosos, aunque de momento no veía agua. No sabía qué esperaba encontrar en la pista del estadio, pero ver esos carteles me dejaba claro que lo que íbamos a hacer iba a ser complicado.

El camino hasta el centro del estadio se me hizo eterno, nunca había estado delante de tanta gente, ni yo ni Liberty, y menos siendo yo el centro de atención, me sentía extremadamente observada.

El presentador empezó a hablar:

—Y ya tenemos aquí a la última participante de la prueba de hoy… ¡Ooooooliviiaaaaaa y Liberty! —La multitud aplaudió de golpe, creando una gran ovación. —Efectivamente, tal y como comentamos durante la primera prueba, un binomio que hay que tener en cuenta y no perder de vista. Olivia, tienes veinte minutos para pasar por todos los elementos. Empezarás por el fuego, seguido del agua, aire y, finalmente, tierra, donde se encuentra la pista para la próxima prueba. Puedes empezar cuando quieras.

FUEGO

La voz del presentador tenía un tono que me hacía estar aún más tensa. No podía dejar que nada ni nadie me distrajera de mi

misión: mantener la calma, superar esto y asegurarme de que Liberty estuviera bien durante la prueba.

Miré el primer elemento: el fuego. Tenía que pasar entre un camino de antorchas más bien estrecho, y después cruzar por en medio de un gran arco en llamas. Sabía que eso no le haría ninguna gracia a Liberty. Al fin y al cabo, el fuego es una de las cosas que más miedo le da a cualquier caballo. Pero también sabía que él confiaba plenamente en mí. Si yo me ponía a su lado y lo guiaba, él pasaría por donde yo dijera. Tenía que ser rápida, porque solo teníamos cinco minutos por cada elemento, y el reloj estaba corriendo.

Decidí que debía preparar a Liberty antes de pasar por el fuego. No iba a arriesgarme a que se quemara y empezaba a verle un poco nervioso. Fuimos rápidamente a un lateral del estadio y cogí una tela que cubría parte de la valla. Obviamente, por seguridad de todos, al otro lado del arco había mangueras con agua por si ocurría algún accidente, así que mojé bien la tela con agua, y luego se la puse a Liberty modo manta en el cuerpo. Tampoco estaba muy empapada, pero sería suficiente para protegerlo un poco del calor intenso. Después de taparle de la grupa a la nuca, también le tapé ambos lados de los ojos. Parecía un fantasma, impasible.

Para mí, el fuego también era aterrador, pero lo que más me preocupaba era que Liberty se asustara a la mitad y decidiera salir corriendo, desesperado, hacía algún lado.

Con una voz tranquila, lo guie hacia la primera parte del recorrido: el camino entre antorchas. Por suerte, Liberty me estaba escuchando en todo, y en cuanto lo animé a andar, lo hizo sin problemas. La multitud aplaudió en las gradas mientras avanzábamos, y aunque el calor aumentaba, Liberty seguía confiando en mí, paso a paso.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Una vez pasado el camino, se levantaba delante de nosotros una estructura impresionante y aterradora al mismo tiempo. Llamas por todos lados, rodeando el arco estrecho por el que debíamos cruzar. Estaba diseñado para que

pasáramos montados, pero, claro, yo iba a pie, guiando a Liberty, lo prefería de esta manera. No estaba segura de si iba a pasar, pero lo miré una vez más, respiré hondo, y con toda la convicción del mundo, me lancé a través del arco de fuego, con Liberty a mi lado. En cuanto cruzamos, el calor era insoportable. Las llamas parecían tocar mi piel, más bien la tocaban, justo en mi brazo y aunque traté de mantener la calma, no pude evitar hacer una mueca de dolor.

—Vamos, Liberty, solo un poco más —le animé.

Me dolía el brazo por la quemadura, pero no podía quedarme ahí lamentándome. Habíamos conseguido pasar el arco, pero había más pruebas por delante y poco tiempo para hacerlas.

AGUA

Era el momento del elemento del agua, aunque por el momento no veía nada preparado.

Los tambores empezaron a sonar tan fuerte que el suelo del estadio vibró debajo de mis pies y de los cascos de Liberty, y un rincón de la pista comenzó a moverse. Giré la cabeza, justo a tiempo para ver cómo una gran plataforma se abría, revelando una piscina enorme.

—No puede ser… Esto tiene que ser una broma —murmuré.

—Prueba del elemento agua. En el fondo de esta piscina, hay un objeto que tenéis que recuperar. Recuerda que el jinete y caballo no pueden separarse. Fácil, ¿verdad? —comentó el presentador.

Sí, facilísimo. Como si nadar con un caballo fuera lo más normal del mundo, pensé viendo que Liberty ya estaba mirando el agua como si fuera lava.

Nos acercamos un poco más y Liberty dio un paso atrás. Yo no, porque estaba demasiado ocupada mirando a mi alrededor como

una loca, intentando encontrar algo que pudiera usar. Sabía perfectamente que Liberty no iba a entrar ahí. Nos había costado un mundo pasar el río de la primera prueba, ¡y eso que el agua apenas nos llegaba a las rodillas! Esto era una piscina que seguramente nos cubría enteros. Tenía una rampa de entrada y de salida, sí, pero aun así… ¡era mucho! ¡Muchísimo!

En medio de la piscina, en el fondo, había una especie de pelota bastante grande, y a juzgar por cómo se quedaba quieta, seguro que pesaba lo suyo.

Pensé en mi hermano, Tyler. Seguro que a él se le habría ocurrido una genialidad en segundos. Pero yo no era Tyler. Así que me obligué a ponerme en modo ingeniera en supervivencia.

Cerré los ojos un momento, respiré hondo y los abrí buscando… ¡lo que fuera! Cualquier cosa útil. Y entonces lo vi: una bandera caída en uno de los extremos del estadio. El mástil era de fibra ligera, y el banderín estaba roto por la mitad, colgando. Corrimos pie a tierra hacia allí y lo cogí. Era bastante largo y flexible.

Al lado, pegado a una valla, había un cubo lleno de utensilios de construcción varios. Me acerqué y lo vacié por completo. Solo cogí un alambre que iba a usar para atar el cubo al mástil, creando una especie de cuchara enorme.

Enrollé el alambre alrededor del mástil y el cubo. Usé un trozo del banderín roto para terminar de reforzar bien el invento, haciendo presión. No tenía ni idea de si eso iba a funcionar, pero era lo único que tenía.

—Vamos, Olivia, tú puedes —me dije bajito.

Nos acercamos a un lateral. Liberty se paró y ya no se movió, solo resopló y me miró. Le acaricié el cuello y le susurré:

—No hace falta que entres, *pinky promise*.

Me arrodillé al borde de la piscina y estiré mi invento como si fuera una caña de pescar rara. Me temblaban los brazos, pero conseguí empujar la pelota un poco hacia la rampa. No terminaba de poder introducirla dentro del cubo, pero al menos podía empujarla.

Avancé, empujándola poco a poco con mi invento, hasta que quedó a una distancia asequible. Entonces, metí un pie en el agua. Fría. Muy fría. Pero solo uno. Me incliné, alargué un brazo y… ¡la cogí!

La levanté como si fuera un trofeo.

Yo estaba casi seca. Solo con una bota mojada.

El público estalló en gritos y aplausos.

—Muy ingenioso… No os habéis separado — dijo el presentador, incrédulo—. No habéis tocado casi el agua. Y habéis conseguido el objeto.

—Cumple las normas, ¿no? —pregunté con una sonrisa. Por ser mi mote Rompenormas, esta vez me había controlado.

—Cumple. Y de forma brillante —contestó sorprendido.

Y el estadio comenzó a aplaudir una vez más.

AIRE

Cuando llegamos a la zona donde se iba a hacer la prueba de aire, vi a varias personas entrar en la pista, vestidos de negro de arriba a abajo y con máscaras que tapaban por completo su cara. Cada una se colocó junto a una de las muchas banderas que había esparcidas por todo el suelo. Eran unas treinta, todas de un color granate, excepto una. La dorada. No hacía falta que nadie me lo dijera. Esa era la que teníamos que cazar.

El ritmo de los tambores empezó a subir, y las personas con las banderas granates se quedaron quietas, como estatuas. De repente, la bandera dorada empezó a moverse a gran velocidad y antes de que pudiera verla bien, lo que a mí me parecieron un sinfín de banderas granates se empezaron a mover. Sin pensarlo mucho, me subí a Liberty, lo acaricié y dimos un paso al frente.

—Vamos, Libs, es nuestra —le susurré, aunque no sé si me escuchó. Estaba muy concentrada en lo que teníamos que hacer. Liberty resoplaba con fuerza por los ollares, pero yo confiaba en él, como siempre lo hacía.

La bandera dorada se movía rápido, pero también había un montón de banderas granates ondeando por todas partes, lo que no ayudaba para nada. A veces, veía cómo otras banderas se cruzaban en nuestro camino, y Liberty se paraba un momento, confundido, respirando fuerte. Pero no se detuvo, y eso era lo importante.

—Vamos, Libs, lo tenemos —repetí, más para tranquilizarme a mí misma que a él. Al final, después de un minuto que sentí como una eternidad, me sentí aliviada cuando Liberty tocó la bandera dorada con su hocico. Me notaba extremadamente mareada con tanto movimiento y sin haber desayunado por la mañana, eso no estaba ayudando, pero no había tiempo que perder.

TIERRA

El siguiente elemento se encontraba a la vista: la última prueba, la de tierra.

Me quedé mirando fijamente la zona a medida que nos íbamos acercando. El suelo estaba dividido en grandes cuadrados de tierra, de unos seis metros por seis metros cada uno. Y estos se distribuían en tres filas de cuatro cuadrados cada una de ellas. Parecían iguales desde fuera, pero el presentador me advirtió: solo uno por fila es seguro. El resto esconden trampas.

Mi estómago dio un vuelco y noté un vahído inusual, pero seguí adelante. No iba a ser fácil para Liberty.

—Vamos, Libs… Vamos a hacerlo —susurré, más para mí que para él.

Miré alrededor y vi una cuerda colgando de un poste. Sin pensarlo dos veces, la até al cuello de Liberty y me la pasé alrededor de la cintura para seguir unidos.

El presentador nos indicó que podíamos empezar. Tocaba elegir.

Los cuatro cuadrados parecían idénticos: tierra compacta, bordes de madera. Nada raro a simple vista.

Respiré hondo y cerré los ojos unos segundos, tratando de escuchar, de sentir alguna vibración en el suelo. Liberty resopló, nervioso, moviendo la cabeza como si también quisiera opinar.

—Tranquilo… —le acaricié el cuello.

Elegí el cuadrado más cercano al centro. Puse un pie con cautela y firmeza. El suelo no cedía.

—¡Es este! —dije con alivio.

Avanzamos rápido. Primera fila superada. Quedaban dos.

El cuadrado siguiente que escogí parecía igual de normal, pero apenas di un paso, el suelo comenzó a ceder bajo nuestros pies. Debajo de la capa que parecía exactamente igual que todos los otros cuadrados había lodo en el que me hundía rápido, intenté sacar el pie, pero ya era demasiado tarde. Las botas se quedaron dentro del lodo.

—Genial —bufé entre dientes.

El suelo me tragaba hasta las rodillas, y en un par de pasos ya las había pasado. Liberty me seguía, levantando las patas con esfuerzo, tirando de la cuerda que nos mantenía unidos. Estaba llena de barro hasta arriba.

—Vamos, chico, un poco más… —jadeé.

El sudor me corría por la espalda. No avanzaba casi nada, los seis metros se me estaban haciendo eternos y cada vez me parecía más lejos la salida.

Un paso. Otro. Mis botas ya estaban perdidas por el lodo, sin ninguna expectativa de recuperarlas, no podía más, sentía que me iba a desmayar ahí mismo.

Liberty me adelantó y tiró con fuerza. Con un esfuerzo brutal, dio un salto hacia la parte firme y, con ese tirón, me sacó a rastras de la

zona en la que estaba atascada. Caí de rodillas, cubierta de barro y jadeando.

Levanté la vista: delante de nosotros quedaba la última fila de cuadrados. Tenía que decidir rápido.

—Vamos, Libs, confía… —murmuré, intentando levantarme con cinco quilos de barro encima.

Avancé hacia la derecha, guiada más por instinto que por lógica. Puse un pie firme. Había acertado.

—¡Sí! —le dije a Liberty, feliz, aunque él también estaba agotado y temblando del miedo y el estrés.

Cruzamos la línea de salida tambaleándome y cogí la llave que había en un pequeño atril, que supuse que era la pista para la próxima prueba.

—¡La tengo! —grité con lo poco de voz que me quedaba, levantando la llave hacia el público, que enloqueció gritando y aplaudiendo.

Con la llave en la mano, noté que algo no iba bien. Debería haber desayunado lo que siempre me indicaba Mark… ¡Qué tonta! Porque, en ese momento, mi visión se nubló un poco y, antes de darme cuenta, las piernas me fallaron. Caí al suelo con un golpe seco. Estaba tan cansada que no pude evitar que mis ojos se cerraran.

Las últimas imágenes que tenía eran de Jack y Mark corriendo hacia mí.

—Olivia, por favor, no te desmayes —escuché a Jack decir, con su voz llena de preocupación. Sentí cómo me levantaban, pero no tenía fuerzas para reaccionar.

Capítulo 19

Me desperté de golpe, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—¡La tercera prueba! —grité, incorporándome de un salto, desubicada y sin saber si seguía soñando.

Mi respiración estaba acelerada y mi cabeza daba vueltas. No sabía dónde me encontraba al principio, pero en cuanto vi las sábanas blancas y el armario de medicamentos justo delante de mí, entendí que me hallaba en la enfermería.

Jack, que se había sentado en una silla junto a mi cama, casi se cayó del susto. Me miró con los ojos muy abiertos y soltó un bufido antes de pasarse la mano por la cara, claramente frustrado.

—¿Cómo narices puedes estar pensando en eso ahora? - dijo, fulminándome con la mirada—. ¿Te das cuenta de que te has desmayado?

—Ahora que estoy despierta, me doy de cuenta de que —dije pretendiendo quitarle hierro al asunto— parece que, entre el trimestre pasado y este, le estamos cogiendo el gusto a esto de terminar en hospitales o enfermerías juntos —resoplé, intentando moverme, pero una punzada en el brazo me hizo pararme en seco. Bajé la vista y vi que tenía una venda envuelta alrededor del antebrazo.

—¿Qué me han puesto? —pregunté, tirando un poco de la tela.

—Te quemaste en la prueba del fuego, ¿recuerdas? —Jack me miró con una mezcla de incredulidad y preocupación—. Te han puesto crema y tienes que aplicártela cada doce horas, pero no es nada grave, en dos días lo tendrás bien.

Era verdad, notaba un escozor en el brazo.

Antes de que pudiera decir nada más, la puerta se abrió y Mark entró en la enfermería con cara de pocos amigos.

—¿Ya estás despierta? —preguntó, cruzándose de brazos—. Muy bien, entonces explícame qué demonios desayunaste esta mañana para haberte desmayado.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—No me entraba nada, ni mi bol de cereales. Estaba muy nerviosa por la prueba, pero estoy lista para la siguiente —contesté, sin ganas de discutir.

—Olivia, te quemaste, te desmayaste y ahora te despiertas pensando en la siguiente prueba como si nada —Mark hablaba con ese tono de entrenador cabreado que no presagiaba nada bueno—. ¿Quieres terminar en la enfermería cada día o qué?

No contesté. No iba a perder el tiempo justificándome de manera inútil, y él tampoco iba a entenderlo. Jack seguía mirándome con desaprobación, pero se quedó conmigo antes de que a las pocas horas me dejaran volver a mi habitación, con la condición de que descansara al menos hasta el lunes.

Esa noche, sobre las nueve y media, mi puerta se abrió para dar paso a un grupo de caras conocidas. Jack, Harper, Grace, Brooke, Emily, Marie, Nil y Magnus entraban de puntillas.

—¿Esto qué es? —pregunté, arqueando una ceja.

—Una visita supersecreta —bromeó Magnus, mientras todos se acercaban.

Jack, que ya había llegado a mi lado, sacó algo del bolsillo y me lo enseñó.

—Tu llave —dijo Jack—. Se te cayó cuando te desmayaste.

La cogí con cuidado y la observé. Era dorada, pequeña, sin ninguna marca especial.

—No parece gran cosa —murmuré, girándola entre mis dedos.

—Algo tendrá que abrir —intervino Emily—. Olivia, lo que has hecho hoy ha sido increíble.

—No fue para tanto —dije rápidamente.

—Antepusiste a Liberty en todas las pruebas — Brooke sonrió—. Nadie más lo hizo así. Has dejado al público y a las redes sociales en *shock*.

Fruncí el ceño.

—¿Las redes? ¿Otra vez? —pregunté.

—Estás por todas partes —dijo Grace, sacando su móvil y enseñándome un par de publicaciones con mi nombre y el de Liberty —. Todo el mundo habla de cómo pusiste a tu caballo por encima de cualquier otra cosa, para que no lo pasara mal. Qué ganas de ver la entrevista que os harán. A ver lo que te preguntan sobre la prueba.

Suspiré, sin saber si eso era algo bueno o malo.

—Bueno, ¿y vosotros qué? —cambié de tema—. ¿Cómo os fue?

Magnus hizo una mueca.

—Skadi no quiso ni acercarse al fuego, así que fallé la primera prueba, aunque conseguimos terminar las otras tres.

Nil se encogió de hombros.

—Me rendí en la del elemento de tierra. No tuve tanta imaginación como tú en hacer lo de la cuerda, y Soñador es precioso, pero un poco torpe. En cuanto pisamos el primer cuadrado, me entró el miedo e intuí que no podíamos hacerlo.

Marie suspiró.

—Nosotros no conseguimos hacer el de la bandera.

Hicieron una pausa y Harper miró a los demás antes de hablar.

—Olivia, fuiste la única que lo completó entero.

—¿Ni Hans? —dije sorprendida. Mientras todos hacían que no con la cabeza.

No supe qué responder. Sentí un nudo en el estómago, no por orgullo, sino por la presión que de repente parecía recaer sobre mí.

Entonces, todos los móviles vibraron al mismo tiempo.

—¡Son las puntuaciones! —dijo Marie, desbloqueando el suyo.

Miré la pantalla y mi corazón dio un vuelco. En la puntuación individual había quedado primera y me habían sumado diez puntos, dejando la tabla de la siguiente manera:

Puntuación GLOBAL después de la 2.ª prueba:

1.° - Hans y Valkyrie - 19 puntos
2.° - Olivia y Liberty - 18 puntos
3.° - Magnus y Skadi - 16 puntos
4.° - Roos y Rembrandt - 13 puntos
5.° - Patrick y Shamrock - 11 puntos
6.° - Marie y Belle Étoile - 8 puntos
7.° - Nil y Soñador de Vida - 4 puntos
Joäo y Trovao - eliminados/retirados

—¡Primera en la prueba! —exclamó Brooke, sonriendo.

Yo apenas podía asimilarlo. ¿Segunda en la general? Eso significaba que estaba realmente en la lucha para ganar esta copa. Aunque, viendo el nivel de las pruebas, esto daba cada vez más miedo.

De repente, la puerta se abrió de golpe y todos saltamos del susto.

Mark nos miró con los brazos cruzados y una expresión de enfado muy grande.

—Pero ¿qué demonios hacéis aquí todos juntos? —preguntó con la voz más seria con la que lo había escuchado hasta el momento.

Nos quedamos en silencio, como si nos hubieran pillado cometiendo un crimen.

—¿Estáis de reunión secreta? —dijo mientras avanzaba dentro de la habitación—. A ver si me entero. Os pasáis el día sufriendo en las pruebas, esperando que Olivia esté al 100% y por la noche, en vez de dejarla descansar, os metéis aquí a cotillear y hablar.

Nadie dijo nada. Jack intentó hablar, pero Mark levantó la mano para callarlo.

—No quiero excusas. Olivia, tú menos que nadie deberías estar despierta aún.

—Ya estoy bien —dije, intentando sonar convencida.

—No, no estás bien —insistió él—. ¿Os creéis que esto es un juego?

Me mordí la lengua para no contestar y Mark suspiró, cansado.

—Todos a vuestras habitaciones. ¡Ahora!

Poco a poco, todos se fueron levantando y saliendo en silencio, me tumbé en la cama, preparada para dormirme, aunque antes quería leer un poco, así que abrí el cajón de la mesilla de noche y vi un papel sobre el libro. Otra carta no, pensé. La abrí cuidadosamente, mismo papel, misma tinta azul:

Hoy te has ganado el respeto de todos. Eso no se entrena. Eso se es.

Genial, pensé, dejándolo en el cajón e intentando concentrarme en la llave que seguía en mi mano. Había más de cien puertas en la academia. ¿Qué cerradura abriría? Pensaba mientras caía vencida por el sueño.

Los dos siguientes días nos habíamos colado en el castillo por la noche varias horas, para probar la llave en cada puerta que encontrábamos disponible, pero la llave siempre era demasiado pequeña para las cerraduras que veíamos.

Jack iba delante, caminando con seguridad por los pasillos oscuros, mientras yo intentaba no respirar demasiado fuerte. El eco de nuestros pasos sonaba en las paredes de piedra, y el aire olía a humedad y madera vieja.

—Vamos, Olivia, es por aquí —susurró Jack, parándose delante de una puerta enorme de madera con detalles dorados.

Era otra de las muchas salas del castillo.

Habíamos intentado entrar antes, pero siempre estaba cerrada. Si ahora la llave funcionaba, descubriríamos qué se escondía detrás de ella.

Jack metió la llave en la cerradura y la giró. No pasó nada.

—Podemos probar en otra sala —dijo tranquilo.

Pero yo no estaba tranquila. Se me estaba agotando la paciencia.

—Jack, basta. —Mi voz sonó más fría de lo que quería—. Todo esto es una estupidez. ¿Y si estamos perdiendo el tiempo?

Jack se quedó mirándome, sorprendido.

—Oli…

—Es que me frustra —solté, sin poder callarme—. No saber qué significa esta pista, sentir que por más que busco no voy a conseguirlo.

Jack me miró con calma.

—Libby, tranquila. No pasa nada si no encontramos nada hoy. Tenemos más días.

Me froté la cara intentando calmarme, pero realmente los días pasaban muy rápido y ya quedaban menos de diez días.

—Lo sé —murmuré—. Lo siento, es solo que…

Jack me abrazó fuerte.

—Todo irá bien. Si quieres seguir participando en la copa, yo te apoyo.

Asentí.

A la mañana siguiente, al salir de la primera clase, vi a Roos a lo lejos en el aula, la amazona holandesa, que de manera disimulada y con señas me indicó que me quedara después de clase.

Cuando todo el mundo se fue, ella estaba allí, cerca de la mesa del profesor, donde había un par de libros y una lámpara encendida.

—Olivia —dijo bajito; me sorprendió, hasta ese momento no me había dirigido la palabra—. Nuestro equipo ya lo ha resuelto, y sé que vosotros todavía no. Tienes posibilidades y, aunque esté en el equipo *The Elite Four* haciendo piña con Hans, no tengo muchas ganas de que gane, así que te voy a dar una pista. Pero yo necesito que también me ayudes —añadió, guiñándome un ojo.

—Lo que sea —le dije, sorprendida.

De su bolsillo sacó una llave parecida a la que todos teníamos.

—¿Has intentado calentarla? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—¿Calentarla?

—La inscripción en la llave está hecha con una tinta especial. Aparece con calor.

Mi corazón dio un brinco.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

Roos acercó la llave a la lámpara.

—Acércala a una fuente de calor y aparecerá el dibujo que necesitas —añadió, guiñando un ojo otra vez.

Me quedé ahí, diciéndole no sé cuántas veces que gracias, gracias, gracias.

—Necesito saber qué puede significar ese dibujo —preguntó Roos—. Tú conoces la academia mejor que nadie.

Observé un momento su llave: salía un dibujo de un poni con un niño montado.

—Mmmm, puede ser la escuela de equitación, queda un poco más arriba del castillo. Seguro que ahí encuentras lo que abre esta llave —le contesté.

—*Dank je*, Olivia —respondió mientras salía por la puerta.

Volví a mi habitación, encendí una vela y puse la llave cerca de la llama. Poco a poco, empezó a aparecer un símbolo: dos manos juntas en señal de oración.

Sin perder tiempo, empecé a escribir un *wasap* al grupo de aliados:

@Olivia.Thorn: ¡Es la capilla del castillo!

@Marie.Lafontaine: ¿Qué?, ¿cómo?

Escribió casi al instante.

@Olivia.Thorn: Calentad las llaves y os aparecerá un dibujo, el mío es la capilla, voy a ir ahora hacía ahí.

@Magnus.Olsen: Ou!! Bien, Olivia, vamos a hacer lo mismo con las demás llaves

Uno a uno, todos acercaron sus llaves al calor e iban escribiendo mensajes sin parar.

@Magnus.Olsen: Me han aparecido libros, entiendo que será la biblioteca.

@Marie.Lafontaine: A mí rosas, ni idea de qué sitio puede ser.

@Olivia.Thorn: El único sitio donde hay rosas es en el jardín de detrás del edificio principal.

Seguimos comentándolo mientras con Jack, Brooke y Emily poníamos rumbo a la capilla, todos emocionados. Veía la luz al final del túnel con esta pista. ¡Menos mal!

Colarnos en la capilla, que se encontraba dentro del castillo, de noche no fue fácil, pero conseguimos esquivar al vigilante. Nos dividimos y revisamos cada rincón.

Y entonces, en una esquina escondida detrás del altar, Brooke encontró una pequeña cajita de madera con un candado que la mantenía cerrada.

Introduje la llave, la giré y un *click* hizo que la caja se abriera. Respiré tranquila por un momento.

Dentro había un libro y una nota.

El verdadero jinete no solo monta, también piensa.

Nos quedamos en silencio.

—¿Qué significa esto? —preguntó Brooke.

—Pinta que vamos a tener que leer este libro —dijo Jack.

—No me digas, qué perspicaz, querido Watson —dijo Emily, burlándose de la evidente deducción de Jack.

Saqué la nota y el libro, que tenía escrito con letras bien grandes: *Disciplinas Ecuestres*.

Magnus y Marie, cada uno tenía un tema distinto. Entre todos los seleccionados teníamos:

- Hans: *Historia de la Equitación*
- Marie: *Metodología de la Enseñanza*
- Magnus: *Anatomía*
- Patrick: *Etología*
- Roos: *Guía de Cuidados*

Entonces, apareció Mrs. Sabina en la puerta de la capilla.

—Aunque no deberíais estar aquí a estas horas, bien hecho, Olivia. Estudia bien, una respuesta incorrecta puede ser muy dura —comentó Mrs. Sabina con una expresión muy seria.

Nos miró un momento y antes de irse añadió:

—Todos, inmediatamente a su *correspondiente* habitación.

Y así desapareció por donde había venido. Nos quedamos mirándonos unos a otros.

—Definitivamente, la siguiente prueba —dije en voz baja— es un examen.

Los siguientes días fueron un verdadero dolor de cabeza.

Cada uno debía aprenderse su libro en menos de diez días, y no eran del todo ligeros ni sencillos. El mío tenía más de trescientas páginas densas de información, principalmente reglamentos enteros y manuales de comisarios de diez disciplinas distintas.

Pasábamos horas en la biblioteca, memorizando y repasando.

Nos habíamos repartido los temas, y entre Emily, Jack, Harper, Alexander, Grace y Brooke, cada uno preparaba los esquemas de su parte. Así yo solo tenía que leerlo todo una vez, y después estudiar a partir de los apuntes que había preparado cada uno de ellos. Trabajo en equipo que se dice.

Di gracias a que me encantaba vivir rodeada de libros y leer, aunque los temas con tantas reglas y excepciones no eran precisamente mi lectura favorita.

Pero había un problema: Nil.

Él no había conseguido su llave al no superar la última prueba, pero aun así podía continuar en la copa…, aunque sin libro para estudiar.

Y estaba desesperado.

—No sé qué estudiar —dijo con la cabeza entre las manos—. No puedo hacerlo peor de lo que ya lo estoy haciendo ahora.

—Todos te vamos a dejar nuestros apuntes para que te los mires, aunque no creo que tu tema sea nada parecido a esto —le dije en un intento de tranquilizarlo.

No íbamos a dejarlo solo.

—Vamos a ayudarte —dijo Brooke.

Día tras día, repasábamos sin descanso.

La tercera prueba ya casi estaba aquí.

Capítulo 20

Los fines de semana en la Academia Rider ya no eran como antes. En los dos primeros trimestres, muchos jinetes aprovechaban para volver a casa o hacer planes fuera, pero ahora todo había cambiado. La mayoría nos quedábamos. Con todos los jinetes que habían venido de diferentes países para las pruebas, los fines de semana se habían vuelto mucho más interesantes. Además, la academia había empezado a organizar actividades, y nosotros también hacíamos nuestros propios planes. Y este fin de semana… prometía.

El sábado por la mañana, el sol aún no se había colado por la ventana y yo ya estaba despierta. Me puse a ordenar un poco. Estaba empezando a cogerle cariño a esta ala del castillo donde estaba mi habitación, aunque no podía evitar pensar en lo guay que sería dormirme escuchando las voces de Brooke y Emily, en vez de con este silencio absoluto que a veces se me hacía demasiado solitario. Me puse a guardar la ropa que había recogido de la lavandería: los uniformes que había usado en las pruebas, todos limpios, doblados y oliendo a suavizante. Me dio un poco de paz verlos así y la verdad es que no tenía muchas ganas de ensuciarlos más con más pruebas.

Después, me senté un momento frente al escritorio. Ordené los resúmenes de las clases que tenía por ahí, dejé los bolis bien colocados y cerré la libreta donde apuntaba los *plannings* de Liberty. No era una maniática del orden, pero ese día necesitaba que todo estuviese más o menos en su sitio.

Iba a desayunar cuando recibí el mensaje:

@organizacióncopa: Olivia, te esperamos en el aula 2A para la entrevista. A las once. Por favor, sé puntual.

¡La entrevista! Casi se me había olvidado. Bueno, no. No se me había olvidado, pero me había hecho la loca para no ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

La academia había preparado todo para que ese día fuera especial. Transformaron por completo una de las aulas más grandes. Cuando llegué, me quedé alucinada. Habían montado un set de grabación que parecía sacado de un programa de la televisión de verdad: focos, cámaras y, en el centro, dos sillones grandes, que parecían supercómodos, y detrás, las banderas de los distintos países, junto con el escudo de las academias que estaban participando.

Los jinetes seleccionados iban entrando uno a uno. Desde fuera, se escuchaban risas, respuestas y alguna que otra broma. Intentaba tranquilizarme, pensar que solo era una entrevista, que todos los seleccionados la habían hecho…, aunque yo en mi vida había pasado por algo parecido, ni se me habría pasado por la cabeza hace unos meses que estaría aquí, a punto de hablar para todos los que estuvieran sentados en el sofá, detrás de la pantalla.

Cuando me llamaron, sentí que las piernas me temblaban un poco. Entré al aula con una sonrisa, intentando parecer más tranquila de lo que estaba. Un técnico se acercó a ponerme el micrófono. Era uno de esos con una petaca pequeñita, casi invisible, y con un fino cable que llegaba a mi solapa donde quedaba enganchado. Me senté en el sillón y crucé las piernas para no empezar a moverlas sin parar.

—Bueno, Olivia —empezó la entrevistadora, una mujer con voz dulce pero muy segura y directa—, ya sabes que estamos retransmitiendo cada prueba de la Copa de Naciones por televisión, en directo, y que las redes sociales están muy pendientes de cada paso que dais.

Asentí un poco nerviosa, concentrándome en poner buena cara mientras miraba el piloto rojo que brillaba con fuerza en la cámara

que tenía justo delante.

—Estamos justo en la mitad de la copa —prosiguió la entrevistadora—. Has pasado ya dos pruebas, y vaya dos pruebas. ¿Cómo lo estás viviendo?

Tragué saliva, sonreí y respondí lo mejor que pude:

—Pues… intensamente. No sé cómo explicarlo. Es como vivir en una montaña rusa constante. Estoy cansada, pero muy feliz. Yo quería un trimestre tranquilo y definitivamente ha sido todo menos eso. Cada día es una nueva sorpresa.

Ella asintió, como si eso fuera justo lo que esperaba.

—Has sido una de las grandes sorpresas, eso seguro. Con tan solo diecisiete años recién cumplidos, estás compitiendo con jinetes mayores que tú y dando el 200%. ¿Qué se siente?

—Es un poco surrealista —me reí—. Al principio sentía que todos podían saber muchísimo más que yo. Pero luego me di cuenta de que yo no estoy tan lejos de ellos. La verdad que Liberty es el que realmente me está ayudando a seguir y a mantenerme al máximo nivel. Lo está dando todo conmigo.

—¿Hay algún jinete que te esté impresionando especialmente?

Esa pregunta me pilló un poco por sorpresa. Había varios jinetes que me habían flipado por su técnica, su forma de comunicarse con el caballo, pero si tenía que decir uno…

—Diría Hans. Es muy elegante montando, pero entre tú y yo, en algunas ocasiones da mucho respeto. Parece que no hace nada, pero consigue que Valkyrie haga todo.

—¿Y algún caballo que te haya robado el corazón?

Sonreí aún más. Eso lo tenía claro.

—Hay muchos caballos increíbles, pero uno que me encanta es Skadi, el pequeño *fjord* de Magnus. Me fascinó desde el primer día que lo vi entrando por la academia.

La entrevistadora asintió, encantada.

—¿Qué esperas de las próximas pruebas?

—Que sean más fáciles que las anteriores, por favor —bromeé, y ella se rio también—. No, en serio. Espero disfrutar y que por favor

no vea mi vida peligrar. Quiero dar lo mejor de mí, pero sin perder el foco de por qué hago esto. Porque me apasiona. Si gano, genial. Si no, me quedo con todo lo que estoy aprendiendo.

—¿Y vas a por todas?

—Siempre —dije intentando sonar muy segura de mí misma—. Ya que estoy aquí, voy a darlo todo hasta el final.

La entrevista duró unos diez minutos más. Me hicieron algunas preguntas sobre mi vida en la academia, sobre cómo compaginaba estudios con entrenamientos o sobre qué significaba Liberty para mí. Cada vez que hablaba de él, me emocionaba un poquito. Era el caballo de mi vida.

Cuando salí, me sentí mucho más tranquila. La gente de producción me aplaudió un poco, en plan ¡superestrella de la tele!, y yo me reí con ellos. Brooke y Emily me abrazaron fuerte cuando nos reencontramos fuera del estudio de grabación.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Emily.

—Bien, creo. He conseguido mirar todo el rato a la cámara que tocaba.

—¡Eso es un logro total! —rio Brooke.

El sábado por la tarde, la magia continuó.

Todo había surgido casi sin planearlo, esas eran las mejores ideas. Brooke, Emily, Jack, Harper, Alexander y Grace, que últimamente se llevaban superbién también con Magnus, lo habíamos convencido para que nos enseñara cómo trabajaban ellos con sus caballos en la escuela de doma natural, donde se había formado en Noruega. Queríamos verlo con nuestros propios ojos. No era algo que se viera en las disciplinas que practicábamos, y cada vez que Magnus hablaba de su forma de entrenar, nos entraba una curiosidad tremenda.

Quedamos en una de las pistas generales, justo después de comer. A esa hora, la temperatura era perfecta. Empezamos a ver aparecer uno por uno a los chicos de la escuela Norsk, y cada uno traía consigo un caballo más adorable que el anterior. Todos eran *fjords*, bajitos, fuertes, bien redondos y con esa línea oscura por el

centro de la crin y el dorso, llamada raya de mulo, tan característica. Todos venían esquilados de formas distintas: algunos completos, otros con dibujos geométricos, incluso había uno con una corona, un caramelo y un rayo en la grupa. ¡Era alucinante la técnica de esquilado!

Nos sentamos todos alrededor de la pista, sobre unos bancos de madera, mientras ellos preparaban todo. Magnus entró con Skadi, iba sin silla, sin riendas, simplemente con una cabezada de nudos y un ramal que le quitó en el momento en que pisaron la pista. Detrás entraron otros cuatro o cinco caballos más, y uno a uno los fueron soltando dentro de la pista.

Jack parpadeó, incrédulo.

—Pero ¿qué hacéis? ¿Estáis locos? —soltó, levantándose.

—¿Los vais a soltar a todos juntos aquí dentro? —dije yo con el corazón acelerado. No podía imaginarme hacer eso con Liberty, se pondría como una moto, comenzaría a correr y después querría ir a saludar a todos los caballos.

—Van a empezar a patearse, a morderse… —añadió Emily, llevándose las manos a la cabeza.

Y, efectivamente, en cuanto los soltaron, los caballos empezaron a galopar, a hacer amagos de coces, a levantarse de manos y mordisquearse el cuello unos a otros. La pista ahora parecía un campo de batalla.

Pero Magnus, con una sonrisa, ni se inmutó.

—Tranquilos. Están jugando —nos dijo en voz baja—. Esto es lo más natural para ellos. Se están comunicando, marcando jerarquías, dejando claro quién está en qué sitio dentro de la manada.

Brooke aún parecía un poco tensa.

—Pero ¿no se hacen daño? —preguntó Brooke.

—Normalmente no, siempre puede haber un accidente, pero controlan más de lo que parece. Están acostumbrados, en casa viven todos juntos, no en *paddocks* individuales como aquí. Eso, para nosotros, es lo raro.

Harper asentía, fascinada. Grace estaba hipnotizada mirando cómo Skadi, sin que nadie le hiciera una señal visible, empezaba a trotar en círculos alrededor de Magnus. Él, sin moverse, ni dar un paso ni un movimiento con la mano. Solo estaba ahí, en el centro, tranquilo, confiando.

—En nuestra academia, lo que más estudiamos es etología —nos explicó otro de los chicos noruegos—. Entender cómo se comportan los caballos en su entorno natural, cómo se relacionan entre ellos. Trabajamos con sus instintos, no contra ellos.

Y lo que nos enseñaron después fue aún más impresionante.

Uno a uno, los caballos y sus jinetes empezaron a demostrar lo que sabían hacer. Galopaban en círculo alrededor de sus jinetes sin cuerda, sin voz, sin contacto. Se detenían en seco con una mirada y cambiaban de dirección, hacían paso español sin que nadie los tocara, ¡y todo sin cabezada! Era como si cada caballo estuviera conectado por un hilo invisible a su jinete. Se miraban, se entendían, se movían juntos. Era mejor que cualquier espectáculo ecuestre que hubiéramos visto nunca.

Brooke y Emily estaban literalmente boquiabiertas. Jack no decía nada, solo miraba, como si su mente estuviera a punto de explotar.

—Yo quiero eso —dijo Harper al fin, con voz bajita, como si hablara para sí misma—. Quiero aprender a trabajar así.

—Yo también —añadí en voz más alta, sin pensarlo.

Magnus se acercó a mí con una sonrisa.

—¿Quieres probar algo con Liberty? Puedo darte una pequeña introducción al trabajo en libertad, aunque para llegar a este nivel son años, los entrenamientos de doma clásica se pueden compaginar con *target training* o refuerzo positivo.

Obvio que dije que sí. Algo más diferente que hacer con Liberty, pensé, seguro que en la academia están encantados de tener un caballo aún más polivalente.

Fui a buscar a Liberty, que estaba tranquilamente en su *paddock* comiendo heno. Cuando me vio llegar con la cabezada, levantó la

cabeza y vino hacia mí como si supiera que íbamos a hacer algo diferente. Y tenía razón.

Magnus empezó enseñándonos lo más básico: cómo respetar el espacio y esperar a que él se interese por ti y el juego.

Al principio me sentía un poco ridícula, como si no supiera ni andar, porque Liberty no entendía que tenía que ir a mi lado, pero con unas cuantas vueltas, Liberty no se alejaba de mi lado.

Después, pasamos al *target training*. Magnus me dio un pequeño palo con un trozo de churro de piscina en la punta.

—Esto es un *target* —me explicó—. Le vamos a enseñar a seguirlo. Al principio solo tiene que tocarlo con el hocico y, cada vez que lo haga, le das una recompensa.

—Refuerzo positivo, siempre he escuchado hablar mucho de él, pero ¿en qué se diferencia de lo que hacemos nosotros?

—Existe el refuerzo positivo y el refuerzo negativo, que se llame negativo no significa que sea malo, simplemente es una manera diferente de entrenar, te lo voy a mostrar con ejemplos —dijo Magnus—. El positivo se utiliza para lograr una acción que deseas mediante un estímulo que le guste al caballo. En mi caso, con Skadi, utilizo un sonido que asocia con haber hecho algo bien, y lo recompenso con *pellets* de heno o trocitos de zanahoria.

Asentí mientras escuchaba con atención.

—En cambio, el refuerzo negativo —continuó Magnus— funciona por presión. Por ejemplo, se busca conseguir una acción usando algo que le resulta incómodo al caballo; cuando realiza la acción que queremos, retiramos ese estímulo o presión.

—Entiendo —dije—. Entonces, ¿este último es el que usamos más para domar los caballos dentro de las disciplinas más comunes?

—Exacto, vamos a probar un poco —finalizó Magnus.

Empezamos con el refuerzo positivo, que era la base para después pasar al *target training*. Al principio, Liberty no entendía qué queríamos. Me miraba como diciendo «¿en serio?». Pero al cuarto intento, rozó el trozo de churro con el hocico. Le di un trocito de

manzana. Luego otra vez. Y otra. En pocos minutos, seguía el *target* con *mucho* interés.

—¡Creo que le gusta! —dije, emocionada.

Magnus asintió.

—Tiene curiosidad. Es lo más poderoso que puede tener un caballo. Eso significa que está despierto mentalmente y tiene ganas de aprender.

Cuando acabamos, Liberty estaba relajado, contento, y yo… alucinada. Nunca había conectado así con él. Y Magnus me había dicho que hoy Liberty, aunque no lo pareciera, había pensado mucho. Sentía que definitivamente habíamos abierto un nuevo método de entrenamiento que añadir a nuestra lista de trabajos variados de la semana.

Y por si el sábado no hubiera sido ya un sueño, el domingo fue de película.

Nos organizaron una excursión con los jinetes de España y de Francia para que les enseñáramos los alrededores de la academia. Nos juntamos un gran grupo y salimos a caballo por los campos verdes que rodeaban el castillo. Todos alucinaban con el color esmeralda de los prados. Nil decía que en el sur de España los campos eran más bien verdosos amarillentos, ya que no llovía casi.

Mientras paseábamos al paso, Nil y su grupo, los jinetes de alta escuela de la Real Escuela de Arte Ecuestre de Jerez, iban charlando con nosotros, algunos con un inglés mejor que otros, y otros chapurreando *spanglish*, siendo extremadamente graciosos, y nos iban enseñando un poco lo que sabían hacer.

Al llegar a un sitio más plano, desmontaron, hicieron un nudo en las riendas y nos hicieron una pequeña demostración. Uno de ellos, con un precioso PRE castaño, empezó a hacer paso español. Otro hizo una posada de varios segundos en el aire.

Nos quedamos en silencio. Incluso los franceses, que estaban más acostumbrados a este tipo de trabajo, se quedaron embobados mirando tanta elegancia.

Capítulo 21

Jack se despertó a mi lado. Últimamente pasaba más noches en mi habitación del ala oeste que en la suya. No me importaba, me gustaba despertarme y encontrarlo allí, con su pelo revuelto y su eterna sonrisa. Lo que sí me preocupaba era que en cualquier momento Mrs. Sabina o Mark aparecieran por sorpresa. Y entonces sí que estaríamos en problemas.

Jack abrió los ojos poco a poco y sonrió mientras lo miraba.

—Buenos días, Rompenormas.

No pude evitar sonreír.

—Buenos días.

Me senté en la cama y miré el móvil. Ya me habían retirado la venda del brazo hacía unos días, y ahora solo tenía algunas pequeñas ampollas y el vello un poco chamuscado, aunque apenas me molestaba. No quedaba mucho para que anunciaran la prueba de hoy. Algo me decía que esta iba a ser complicada también. Jack se apoyó en un codo y me miró con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Nada…, solo que tengo la pequeña esperanza de que esta vez sea un examen en un aula. Ya sabes, papel y lápiz. Sin jugarnos la vida.

Jack se rio.

—Olivia, ¿cuándo has visto que algo en esta academia sea normal? Además, ¿cómo iban a grabar eso?

—Ya…, sería aburrido para la gente que sigue las pruebas.

Aunque lo último que iba a perder era la esperanza. Seguía dándole vueltas a lo que Mrs. Sabina me había dicho los días anteriores: «Prepárate bien, Olivia. Una respuesta incorrecta puede ser muy dura».

Cuando salimos de la habitación, como siempre, había un papel colgado en el tablón con las instrucciones del día.

> En el estadio a las diez para afrontar la siguiente prueba. Debéis venir con vuestros caballos preparados.

Marie, que pasaba por allí con una taza de café, frunció el ceño y lo leyó en voz alta.

—¿Nuestros caballos? —dijo—. ¿Qué pintan en un examen de un libro?

Magnus suspiró.

—Yo ya no sé qué podemos esperar.

Emily, Brooke y Jack me habían ayudado a estudiar lo mejor que pudieron. Cada noche repasábamos, hacíamos preguntas y buscábamos formas de memorizar datos importantes. Pero nada de eso serviría si lo que nos tenían preparado no era lo que esperábamos.

Volver al estadio una vez más me ponía nerviosa.

Todo estaba tan lleno de vida que costaba no quedarse mirando. Había colores por todas partes: banderas gigantes que ondulaban sin parar, camisetas de todos los tonos, globos, carteles, caras pintadas. La gente no paraba de gritar, de reír, de cantar…

Cuando fueron las diez, nos llamaron para la reunión inicial como antes de cada prueba, ya se había vuelto costumbre:

—*¡Riders!* —exclamó Mr. Thomas—. Bienvenidos a la tercera prueba. Con esta, vamos a pasar el ecuador de la Copa de Naciones. Ya solo quedáis siete jinetes. Aunque Trovao está bien, el equipo de Portugal ha decidido abandonar la copa. Como pudisteis averiguar con la llave, cada uno de vosotros tiene un tema sobre el que

responder preguntas. Cada respuesta válida os dará paso a la siguiente. Son diez en total, pero pensad bien la respuesta, porque si dais una respuesta errónea, vais a tener que afrontar un desafío. Si pasáis el desafío bien, vuestra puntuación será como si hubierais dado una respuesta correcta. Hasta aquí puedo contar.

Mr. Thomas hizo una pausa, dejando que asimiláramos la información.

—Mucha suerte a todos. Que gane el mejor.

Hicieron el sorteo y, para mi desgracia, fui la segunda. Ya no sabía qué era peor, si ser de las primeras o la última. Pero bueno, al menos así me lo quitaba de encima rápido.

Antes de entrar, miré mi teléfono. Todos nos estaban deseando suerte a mí y a Liberty, pero el mejor mensaje fue el de Jack: una foto de él y Mark con el pulgar hacia arriba que solo decía: «Esperamos que hayas desayunado bien hoy. Suerte, Rompenormas».

¿Desde cuándo estos dos veían las pruebas juntos y eran tan amiguitos?

Entré a pie con Liberty, hablándole en voz baja mientras andábamos por el pasillo estrecho que se abría al estadio. Necesitaba que estuviera tranquilo, pero cuando la luz nos dio de lleno, salimos a la pista y el público estalló en aplausos, Liberty se puso a piafar en el sitio, nervioso, intenté calmarle y sorprendentemente lo conseguí con un par de caricias en el cuello.

Miré a mi alrededor y vi carteles con nuestros nombres.

Olivia y Liberty, os queremos.

Se me hizo un nudo en el estómago.

En el centro de la pista había una tarima con el presentador y, alrededor, varias líneas dibujadas en la arena que iban del centro a las gradas y dividían el espacio en diez secciones. Cada una tenía algo distinto: obstáculos, muros, conos y hasta una señal de salida y meta.

Entonces lo entendí.

Cada una de esas diez partes era una pregunta. Si la respondía bien, avanzaba. Si me equivocaba, tenía que superar el reto que había en esa zona.

El presentador me sonrió y habló por el micrófono.

—¡Damos la bienvenida a nuestra segunda participante! ¡¡¡Olivia!!! —Hizo una breve pausa—. ¿Has escuchado cómo gritan tu nombre?

El estadio rugió de nuevo. Intenté no distraerme.

—Espero que te hayan explicado bien cómo funciona esto —continuó el presentador.

En las grandes pantallas del estadio aparecía mi cara. Me veía tensa en la imagen.

—No pongas esa cara de susto, Olivia, lo estás haciendo genial. ¿Empezamos? —dijo el presentador.

Respiré hondo y acaricié a Liberty, preparada para responder a la primera pregunta.

—Sí…

Capítulo 22

Las pantallas empezaron a parpadear con luces de colores, como si fuera una enorme ruleta. Cogí con más fuerza las riendas de Liberty, que ya no se había movido ni un centímetro de mi lado. Estaba completamente inmóvil, casi tan impresionado como yo.

—Vamos a empezar —dijo el presentador—. Para todo el público, el examen de Olivia tratará sobre las disciplinas ecuestres. Y qué mejor manera de empezar que por la tuya: doma clásica.

Bien. Doma. La sabía seguro. O eso esperaba.

—Primera pregunta: DOOOOMA CLÁSICA —dijo con energía mientras nos colocábamos en la primera sección.

En la pantalla, empezó a escribirse la pregunta en letras grandes mientras el presentador también la leía de manera simultánea.

—En una *reprise* de doma clásica, si un caballo pisa fuera del cuadrilongo con una de sus extremidades, ¿se consideraría eliminación automática o habría alguna penalización específica? —El presentador me acercó el micrófono y sentí la boca seca. Vale, Olivia, esto lo sabes. Has estudiado el reglamento de pe a pa. Pasaste un trimestre entero con este tema. Aunque, claro, también es el que menos había repasado en estos días.

Pero sabía la respuesta.

—No se considera eliminación ni hay penalización. Debe salir con las cuatro extremidades para ser una eliminación.

Mi voz resonó por todo el estadio, clara y firme.

El presentador sonrió.

—Y es… ¡correcto! Puedes avanzar a la siguiente sección.

Suspiré con alivio y avance hacia delante con Liberty. Una pregunta menos de la que preocuparme.

Segunda pregunta:

—Vamos con raid —comentó el presentador.

Vale. No era mi disciplina, pero Emily había preparado unos superesquemas de raid, que había leído varias veces. Seguro que algo me sonaba.

—¿Cuántas veces se debe presentar un caballo en el *vet-gate* y superarlo en una prueba de ciento sesenta kilómetros? —dijo el presentador.

Sentí un escalofrío. Mi mente trabajó a toda velocidad, intentando recordar. Sabía que, en las pruebas de raid, los caballos tenían que pasar por controles veterinarios antes del inicio, después de cada fase y al final, y que variaba según la distancia, pero… ¿cuántas fases había en un raid?

Cinco. ¿O seis? ¿Se contaba la final?

—Cinco —dije sin estar convencida del todo.

El presentador hizo una pausa y sonrió con algo de pena.

—Lo siento, Olivia, pero la respuesta es incorrecta. Son seis. Cinco más la inspección final.

¡Maldita sea!

Miré dentro de la sección delimitada y vi el obstáculo que quedaba en medio. Un salto de sesenta centímetros. Bueno, nada complicado, pensé, hasta que el presentador habló de nuevo.

—Olivia, tu *challenge* por haber fallado esta pregunta es este obstáculo de sesenta centímetros, pero no puedes tocar a tu caballo para superarlo.

Parpadeé.

—¿Perdón? —dije sin terminar de entenderlo.

—Debéis saltarlo juntos, pero sin montar a Liberty ni tocar sus riendas.

Tragué saliva. Saltar estando encima de Liberty era una cosa. Hacerlo uno al lado del otro y sin tocarlo era otra historia.

—¿Puedo al menos dar un par de vueltas antes? —dije, pensando en poner en práctica lo que habíamos aprendido con Magnus en nuestra introducción a la doma en libertad.

El presentador asintió y solté las riendas, dejando a Liberty a mi lado y respirando.

Empecé a andar con él, haciendo algunos cambios de velocidad, de paso largo a paso reunido, para asegurarme de que se mantenía a mi lado, atentos el uno al otro. Lo coloqué recto hacia el obstáculo junto a mí, alineados como si fuéramos uno solo.

Respiré hondo, empecé a trotar suavecito mientras él seguía mi ritmo, y salté. Mis pies pasaron al otro lado sin problemas y, justo a mi lado, Liberty saltó conmigo.

El público enloqueció.

Pero Liberty…, bueno, Liberty decidió que era el momento de celebrarlo. Salió disparado en línea recta, dando pequeños botes de alegría.

—¡Liberty! —grité, sin saber si reír, preocuparme o salir corriendo e ir detrás de él.

Pero no hizo falta. Apenas había dado diez trancos cuando se detuvo en seco, giró la cabeza y volvió trotando a mi lado.

Sonreí y le acaricié el cuello.

—Gracias, compañero —le dije mientras escuchaba las gradas reír.

El presentador no nos dio mucho tiempo para relajarnos.

—¡Muy bien, Olivia! Has superado el reto. Procedamos con la tercera pregunta —dijo mientras nos colocábamos en la siguiente sección.

Las luces volvieron a parpadear en la pantalla, y el nombre de la siguiente disciplina apareció en letras grandes.

Escuché al presentador leer la pregunta:

—Vamos con otra disciplina, *horseball*. ¿Cuántos pases mínimos deben hacerse entre jugadores diferentes antes de que un equipo pueda marcar gol en una competición oficial?

Mi mente trabajó rápido. Segundo trimestre, Olivia. Piensa. Habíamos jugado un día en la Academia Internacional de Horseball, y esta pregunta era bastante básica. Esperaba que no hubiera trampa.

Recordé los apuntes de Grace. Lo tenía subrayado bien grande.

—Tres pases a tres personas diferentes.

El presentador hizo una pausa dramática y luego sonrió.

—Y… avance, señorita, porque… ¡esta respuesta es correcta!

Sentí un alivio inmenso. Tres de diez. Dios, quiero que esto termine ya, pensé.

Una vez más en la pantalla, apareció el nombre de la siguiente disciplina: completo y la grada respondió con un estallido de aplausos y vítores.

El presentador leyó la siguiente pregunta sin darme tiempo a relajarme:

—Vamos a por la cuarta, si un jinete supera el tiempo máximo en la prueba de *cross*, ¿qué sucede?

Fácil.

Sonreí, porque esta me la sabía de sobra. Me acordaba perfectamente de haberle preguntado a Grace mil veces qué pasaría si alguna vez me presentaba con Liberty a un *cross* y lo hacíamos a ritmo de tortuga. Siempre me respondía lo mismo: «Olivia, os eliminarían por exceso de tiempo a vuestro ritmo domero».

—Eliminación inmediata.

—¡Correcto! ¡Siguiente pregunta!

Habíamos llegado casi al ecuador de la prueba y mi balanza era más bien positiva hasta el momento. La organización, para hacerlo ágil, giraba la ruleta digital en la macropantalla inmediatamente después de que yo acabara de contestar la pregunta, y en ese momento apareció la siguiente disciplina: ***western***.

Era la quinta pregunta y ya no sonreí tanto.

—Si un jinete cruza la línea de salida antes de que el juez dé la señal, pero no empieza la maniobra, ¿qué penalización recibe?

Western. Joder. Era de Emily, y la verdad es que me entraba sueño cada vez que empezaba a leer los apuntes.

No tenía ni idea. En mi vida había practicado *reining* o *barrel racing* y menos visto una competición. Apenas había prestado atención cuando nos enseñaron lo básico en la clase de disciplinas.

Respiré hondo y respondí lo primero que me vino a la cabeza.

—Penalización de… cinco puntos.

El presentador negó con la cabeza.

—Lo siento, Olivia. Respuesta incorrecta.— anunció mientras el público dejaba escapar un lamento.

Suspiré, ya esperando ver que era el nuevo reto, ya que en la sección en la que estábamos no había objetos ni nada que indicara lo que iba a tener que hacer.

—Para superar esta sección, tendrás que completar una serie de ejercicios físicos: quince flexiones, cien *jumping jacks*, quince *burpees* y treinta sentadillas. Todo en menos de cinco minutos.

Una cuenta regresiva apareció en la pantalla gigante. El público gritó y me animé un poco al escuchar el apoyo.

Vale, Olivia, tú puedes. Tampoco es tanto, ¿no?, pensé.

Me puse en posición y empecé con las flexiones. Las primeras fueron fáciles, pero a partir de la décima empecé a sentir que mis brazos fallaban. Apreté los dientes y seguí.

Los *jumping jacks* los hice rápido, sintiendo cómo mi respiración se aceleraba. Pero los *burpees*…, eso fue otra historia.

Cada salto se me hacía eterno; además, eran *burpees* completos con flexión incluida, por si antes no había hecho ya suficientes flexiones, pero en mi cabeza solo escuchaba la voz de Mark, gritándome en cada sesión: «Vamos, Olivia, más rápido, no quiero tortugas aquí».

Cuando terminé las sentadillas, miré la pantalla.

Cuatro minutos con treinta y dos segundos.

Lo había conseguido.

Me dejé caer de rodillas un segundo, respirando con dificultad. El público aplaudía y yo solo quería agradecerle a Mark por haberme

machacado tanto el último mes.

—¡Reto superado! —anunció el presentador—. ¡Sigamos con la sexta pregunta!

Todavía con la respiración entrecortada, leí en la pantalla: salto de obstáculos.

—Si un jinete sufre una caída después del último obstáculo, pero antes de cruzar la línea de meta, ¿su recorrido es válido o queda eliminado? —preguntó el presentador.

Esto lo tenía claro.

—Eliminación automática —contesté aun intentando recuperar el aliento.

—¡Correcto! ¡Puedes avanzar!

Suspiré. Ya llevaba seis preguntas. Cuatro más y terminaba. Pero ¿cuántos retos más me tocaría hacer? Este último me había dejado muy cansada.

Capítulo 23

Las luces volvieron a parpadear y la siguiente disciplina apareció en la pantalla gigante: *raid*. ¿Otra vez?, pensé.

El presentador, que iba al grano, no me dio ni un respiro antes de leer la séptima pregunta:

—Si un caballo presenta un ritmo cardíaco superior a sesenta y cuatro pulsaciones por minuto en el *vet-gate* de la línea de meta, pero en un segundo examen baja a sesenta pulsaciones por minuto, ¿puede ser descalificado o sigue en la competición?

Vale, Olivia, esto lo habías repasado.

—Si se ha excedido del tiempo permitido para presentar al caballo, queda eliminado. Si todavía está dentro del tiempo reglamentario, puede intentarlo de nuevo y habría pasado con las sesenta ppm.

El presentador sonrió.

—¡Correcto! Puedes avanzar al siguiente espacio.

Me estaba acercando al final. Solo quedaban tres preguntas. Me sudaban las manos, pero sentía que estaba en racha.

Volteo apareció en la pantalla.

—¿Cuántos volteadores pueden estar simultáneamente sobre el caballo en una prueba de equipo?

Respiré hondo.

—Tres.

—¡Correcto!

El público aplaudió y yo apenas podía creer que lo estaba haciendo tan bien. Solo dos preguntas más y terminaba.

Por favor, que sean disciplinas fáciles, recé mientras la gran pantalla parpadeaba hasta poner: enganches.

—Si el cochero cruza la meta sin un miembro del equipo en el carruaje, ¿qué sucede? —preguntó el presentador.

No me lo pensé dos veces.

—Eliminación automática. Todos los ocupantes del carruaje deben cruzar la meta dentro de él.

—¡Correcto!

El estadio rugió. Me sentía invencible.

Pero la pantalla volvió a iluminarse, y supe que mi suerte estaba por acabarse con esta última disciplina: el polo, del cual tenía más bien poca idea.

—Vamos a por la última pregunta, Olivia. En un partido oficial, ¿qué ocurre si un jugador golpea la bocha después de que haya sonado la campana de final de *chukker*, pero antes de que toque el suelo?

Me quedé en blanco.

Literalmente, hasta hace unas semanas no sabía ni que el polo existía. Solo me había limitado a aprender cómo funcionaba el juego en términos generales. Pero esto…

No tenía ni idea.

—No lo sé —admití, sin ni siquiera inventarme una respuesta que fuera aún más ridícula que admitir que no lo sabía.

El presentador sonrió con aire travieso.

—Uiiii. En ese caso, pasamos al último reto.

En la sección en la que nos encontrábamos, había un espacio delimitado por conos.

—Vas a hacer un ejercicio de *equifeel*. Debes poner a Liberty entre estos dos conos, enviarlo hacia atrás, hacer que pase por detrás de un cono y luego por delante del otro, todo sin tocarlo, haciendo una especie de ocho alrededor de los dos conos. Solo con tu lenguaje corporal y voz.

Suspiré. No era el peor reto, pero tampoco sería fácil.

Me acerqué a Liberty y le acaricié el cuello.

—Venga, Libs, una más y terminamos.

El público se quedó en silencio mientras nos preparábamos. El sudor me caía por la frente, pero me obligué a concentrarme.

Cogí aire, di un paso atrás y levanté la mano con suavidad. Liberty entendió la señal al instante y empezó a retroceder suavemente.

—Bien, Libs —murmuré.

Cuando llegó al punto exacto, cambié mi postura, le abrí la mano y, como si llevase un ramal conectado a él, le indiqué que girara.

Lo hizo perfectamente.

Después, con un leve movimiento de mi mano, lo guie para que pasara por delante del otro cono.

Cuando terminamos el ejercicio, el estadio estalló en aplausos.

Solté el aire que había estado aguantando y corrí a abrazar a Liberty.

—¡Prueba superada!

El presentador levantó el micrófono:

—Olivia, felicidades. ¡Has completado la prueba!

Miré al público y entre la multitud vi a Jack y Mark levantando los pulgares.

Sonreí.

Lo habíamos conseguido.

Cuando el presentador me entregó el sobre al final de la prueba, lo cogí con las dos manos y lo miré con resignación. Otra pista más. Yupi, pensé con sarcasmo.

Al menos había salido viva de las tres primeras pruebas. Solo quedaban dos más, contando la prueba final.

Liberty resopló a mi lado, como si él también sintiera alivio de que todo hubiera terminado por hoy.

—Lo hemos hecho bien, Liberty —le susurré mientras pasaba una mano por detrás de sus orejas. Menos mal que él no había tenido que hacer mucho en esta prueba ni lo había pasado mal.

Después de devolverlo al *paddock* y darle un montón de manzanas como recompensa, volví corriendo al estadio. Lo bueno de

haber sido la primera en competir era que ahora podía quedarme entre el público y observar cómo lo hacían los otros seleccionados.

Volví por la entrada principal, ahora vacía, porque todos estaban dentro viendo la prueba. Caminé despacio, sin prisa, por el camino de gravilla que llevaba directo a la entrada. A ambos lados, los estandartes de las academias participantes se alzaban con sus escudos brillando al sol.

Al entrar, me senté en una de las primeras filas junto a Emily y Brooke, que me recibieron con una sonrisa de oreja a oreja, entusiasmadas.

—¿Cómo estás? —preguntó Brooke.

—Entre los nervios, las pruebas y las preguntas, como si hubiera corrido una maratón, pero al menos sigo en pie.

Emily sonrió.

—Has estado increíble. Liberty es un *crack*.

Miré hacia la pista justo cuando Hans entraba con su yegua Valkyrie. Esta yegua tenía un porte tan bonito y al mismo tiempo una presencia que imponía. Hans la montaba con una seguridad asombrosa, casi arrogante y la mantenía quieta como una estatua en cada sección. Desde el primer momento, se notaba que iban a hacerlo bien.

Su tema era historia de la equitación, y Hans respondía cada pregunta con precisión y sin titubear. Era como si hubiera memorizado el libro entero página por página. Cada vez que acertaba una pregunta, lo hacía con una expresión de superioridad que me sacaba un poco de quicio, pero tenía que admitir que era bueno, muy bueno. Ya iba primero en la clasificación y seguramente iba a seguir ahí, porque no había fallado nada.

Después de él, le tocó a Nil. Su tema era el de primeros auxilios, una sorpresa para todos. Pobre, aunque no había podido estudiar nada, ya que al no pasar la prueba anterior no había conseguido la llave que le daría el libro del examen, se defendió como pudo. Respondía mal casi todas las preguntas, pero lo impresionante era que completaba casi todos los retos con éxito.

Uno de sus retos consistía en dar una vuelta al estadio en menos de treinta y tres segundos al galope. Me quedé boquiabierta. Eso era muy rápido.

—No creo que lo consiga —murmuró Brooke a mi lado mientras me apretaba la pierna en el momento de máxima tensión.

—¿Y si lo logra? —susurré de vuelta.

Emily negó con la cabeza.

—Su caballo es bastante pesado, aunque sea rápido, treinta y tres segundos es una locura.

El cronómetro empezó a contar. Nil animó a Soñador de Vida, que salió disparado, con el cuello largo y a una velocidad que nos sorprendió a todos.

La gente en las gradas se levantó de sus asientos, gritando y aplaudiendo.

Cruzó la línea de meta en…

—¡Treinta y un segundos! —dijo el presentador.

El estadio rugió. Había entrado en tiempo.

—¡Vamos, joder! —gritó Nil, levantando un puño en el aire.

Después, le tocó enfrentarse al muro de potencia, que estaba a un metro veinte centímetros.

—No sé si su caballo ha visto un obstáculo en su vida —comenté, preocupada.

—Pobre —susurró Emily.

Efectivamente, cuando Nil lo encaró hacia el obstáculo, Soñador de Vida saltó como una rana, descoordinado, y tiró la mitad de los *bricks*, que por suerte eran de cartón.

El público soltó una mezcla de risas y aplausos.

—Creo que después de esto no va a querer saltar nunca más —dije, intentando contener la risa.

Después de Nil, pasaron otros seleccionados con *challenges* distintos: algunos tenían pruebas más físicas, como levantar pesas o hacer carreras de velocidad pie a tierra con sus caballos, cada sección era diferente según el jinete.

Me recliné hacia atrás, dejando que el sol me acariciara la cara. Respirando y teniendo por fin un momento de paz, aunque este duró más bien poco.

—¿Olivia? —dijo una voz infantil a mi lado.

Abrí los ojos. Era una niña pequeña, de no más de seis o siete años, con trenzas rubias y dos lazos, pecas en la nariz y una chaqueta de color rosa, a juego con el color de la carta que me tendió.

—Sí, soy yo —le respondí, sentándome un poco mejor.

—Esto es para ti.

—¿Quién te lo ha dado? —le dije rápidamente.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, ya había salido corriendo entre la multitud.

Miré a mi alrededor. La grada estaba llena, no podía distinguir ninguna cara en concreto.

Tragué saliva, y abrí la carta.

La misma letra.

La misma tinta.

El mismo papel.

Y la frase…

No es solo lo que sabes, Olivia. Es cómo lo afrontas y cómo lo haces cuando no sabes las respuestas.

Me quedé en silencio, notando cómo se me encogía el pecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Emily, mirando por encima de mi hombro.

—¿Una carta de amor de Jack? —añadió Brooke, emocionada.

Me quedé quieta unos segundos antes de responder.

—No lo sé exactamente. Es la tercera carta que recibo desde que empezó la copa.

Las dos se miraron.

—¿Cómo que la tercera? ¿Y no nos habías dicho nada? —protestó Emily, cruzándose de brazos.

—No sabía qué pensar —dije, bajando la voz—. El primer mensaje apareció en mi guadarnés, justo después de la primera prueba, el segundo en mi mesita de noche, y ahora esto.

Brooke frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que crees que esta persona, la que escribe las notas, fue quien metió tu nombre?

Asentí, apretando el papel entre los dedos.

—Eso creo. Pero no me da respuestas directas, solo estas frases que parecen salidas de una peli de misterio.

Emily me puso una mano sobre el hombro.

—¿Y no tienes ni idea de quién puede ser? —preguntó.

—Ni idea. Pensé en Charlotte, en plan broma retorcida. Pero… esto no es su estilo. Y cada nota me hace pensar que quien lo escribe… me conoce. Y de verdad.

Capítulo 24

El resto del fin de semana decidí tomármelo con calma. Después de la intensidad mental de la prueba, lo único que quería era relajarme y recuperar energías. Estaba agotada mental y físicamente, aunque me sentía convencida de que en un día eso no se iba a arreglar y estaba empezando a arrastrar el cansancio de estos meses.

Me dediqué a dar largos paseos con Liberty por los caminos de alrededor de la academia, dejándolo un poco a sus anchas, con el ramal largo mientras comía, y yo respiraba hondo y disfrutaba del sorprendentemente buen tiempo que estaba haciendo cada día en la academia. También aproveché para estar algunas horas con Emily, Jack y Brooke, sin hacer nada más que hablar de tonterías y reírnos de cualquier cosa.

El domingo por la tarde, mientras me dejaba caer en mi antigua cama de la residencia junto con Brooke y Emily después de darle a Liberty su cena y organizar el *planning* de la semana, de Lib y de mi entrenamiento físico con Mark, sonó una notificación en mi móvil del grupo de WhatsApp Copa de Naciones:

Puntuación general después de la 3ª prueba:

1.° - Hans y Valkyrie - 29 puntos
2.° - Olivia y Liberty - 28 puntos
3.° - Magnus y Skadi - 24 puntos

4.° - Roos y Rembrandt - 22 puntos
5.° - Patrick y Shamrock - 17 puntos
6.° Marie y Belle Étoile - 15 puntos
7.° Nil y Soñador de Vida - 11 puntos
Joäo y Trovao: eliminados / retirados

—¡Vas segunda! —exclamó Brooke, acercándose a mi pantalla.

—Casi primera —corrigió Emily con una sonrisa.

Me mordí el labio.

—Hans sigue ahí arriba, pero estamos muy cerca.

Esa misma noche, nos reunimos con el resto en mi habitación para abrir el sobre que me habían dado al final de la prueba.

Había mucha expectación. Harper, Grace, Magnus, Nil, Marie, Emily, Brooke y Jack, todos estábamos apretados en la habitación, con bolsas de patatas y chocolatinas rodando por la cama mientras los cuatro seleccionados sosteníamos nuestros respectivos sobres.

—A ver qué nos tienen preparado ahora —murmuré antes de romper el sobre y sacar el papel con la pista.

Lo que vi escrito dentro me dejó perpleja.

—¿Qué demonios es esto? —les dije sorprendida.

Era una hoja con una serie de emojis en fila, a modo de pictogramas, acompañados de una frase en la parte superior un poco enigmática:

Cada vez más rápido..., cada vez menos.

Y debajo quedaba esta lista de imágenes que teníamos que descifrar:

- 
- 
- 
- 
- 

- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 

Me pasé una mano por la cara.

—Estoy harta de estos jueguecitos. ¿Ahora qué se supone que es esto? Mi cabeza ya no da para más —les dije un poco cansada ya de todo.

Grace se inclinó sobre la hoja y frunció el ceño.

—Algunos de estos emojis podrían ser juegos de *pony games*. Al menos el globo, la aguja y la explosión —dijo observando con atención los emojis.

—*¿Pony games?* —preguntó Nil.

—Sí —asintió Grace—. Son juegos para niños que combinan velocidad, habilidad y precisión. En Inglaterra es una disciplina muy importante, y creo que casi solo se practica aquí y en Francia, así que es normal que no te suene, Nil. Aun así, hay cosas aquí que no logro identificar ni relacionar con los *pony games…*

—Entonces tendremos que investigar —dije, guardando el papel otra vez dentro del sobre y tirándolo sobre la mesa.

El lunes por la tarde, todos nos dirigimos a la biblioteca de la academia. Necesitábamos averiguar qué significaban exactamente ese grupo de pictogramas para ir lo más preparados posible.

Nos repartimos en distintas secciones. Magnus, Harper y Nil revisaban libros de *pony games*, Emily y Brooke buscaban información sobre equitación de trabajo, mientras que Jack y yo nos centramos en el TREC (técnicas de rutas ecuestres de competición), que también tenía pruebas de control y habilidad a caballo.

Después de un rato de búsqueda, Harper levantó la vista de un libro enorme con imágenes en blanco y negro.

—¡Mirad esto! —exclamó.

Nos acercamos a su mesa y nos enseñó una página con una lista de ejercicios que se parecían mucho a los que teníamos en el papel del sobre.

—Aquí están las pruebas de *pony games*. El eslalon, una serpiente y la mano significarán que hay que hacerlo a una mano solo, el emoji del barril y un ocho es este juego, encestar una pelota de tenis en una canasta de *basket*, estallar globos…

—Menos mal, algunos de ellos empiezan a cobrar sentido, pero lo de pasar por debajo de una valla con el caballo no es de *pony games*, ¿no? —dijo Marie, hojeando otro libro.

—Eso es de TREC —apuntó Jack.

—¿Y abrir una puerta? —pregunté, señalando la pista con los pictogramas.

—Eso es más de equitación de trabajo —dijo Emily.

Nos quedamos en silencio por un momento, asimilando la información.

—Entonces definitivamente es una mezcla de todo —concluyó Jack—. *Pony games*, equitación de trabajo, TREC…

Harper asintió.

—Y con la frase: «Cada vez más rápido…, cada vez menos», suena a que se va a ir eliminando gente.

—Vale, ya sabemos que esto es una combinación de juegos de estas tres disciplinas —dijo Harper, cruzándose de brazos—. Pero ahora que ya tenemos casi identificadas todas las pruebas, ¿qué hacemos?

—Estudiar más no os servirá de nada si no practicamos —señaló Jack, apoyándose en la mesa.

Harper chascó los dedos y sonrió de lado.

—Exacto, tenemos que llevarlos a la práctica. Así que propongo esto: vayamos al campo de *cross* y pongamos a prueba en secreto algunos de estos juegos.

Hubo un momento de silencio en el grupo mientras todos procesaban la idea.

—No es mala idea —dijo Magnus, encogiéndose de hombros—. Cuanto más preparados estemos, mejor.

—Pero si nos ven practicando, seguro que los jueces lo consideran trampa —añadió Marie con preocupación.

—No tiene por qué —respondió Harper—. No vamos a ensayar la prueba exacta porque ni siquiera sabemos cómo será. Solo vamos a practicar algunas habilidades que os puedan ayudar en ese momento.

Miré a Jack, quien estaba asintiendo con una sonrisa.

—Yo digo que lo hagamos —contestó Magnus.

—Pues entonces, nos vemos en el campo de *cross* mañana después de clase —dije, cerrando el libro que tenía delante—. Ahora tengo un entrenamiento con Mark y me mata como llegue tarde —dije mientras me giraba para salir pitando por la puerta sin antes añadir—: ¡Ah!, y que nadie lo cuente por ahí, podemos tener una ventaja sobre *The Elite Four*, esto es *top secret*.

Capítulo 25

El martes había sido uno de esos días en los que todo me parecía pesado. A medida que revisaba mis apuntes, no podía evitar pensar en cómo al principio del trimestre mi letra era casi perfecta, redondita, superrecta, entendible, y ahora… parecía más bien una especie de lenguaje encriptado. Empezaba a pensar que no tenía energía para seguir el ritmo de todo. Las clases de la mañana, sobre todo Historia de la Equitación II, se habían convertido en mortales. Mrs. Helen, la profesora encargada de esta asignatura, nos había hecho pasar por un sinfín de guerras, la revolución industrial, hasta que, por fin, habíamos llegado a temas más interesantes y actuales, como cambios recientes en el reglamento o cómo la equitación se ganó su sitio en los Juegos Olímpicos.

—Hoy vamos a hablar sobre la FEI —anunció Mrs. Helen, con su habitual tono entusiasta—. Esta organización es la responsable de supervisar las competiciones ecuestres más importantes en el mundo.

Me puse cómoda en mi silla e intenté prestarle más atención. Aunque me costaba, sabía que era importante.

—¿Sabéis qué significa FEI? —nos preguntó, mirándonos a todos con una sonrisa.

Varios alumnos levantaron la mano, pero Mrs. Helen continuó explicando para no perder el hilo:

—FEI son las siglas de Federación Ecuestre International, es decir, la Federación Internacional de Deportes Ecuestres. Se fundó en 1921 en Bruselas, Bélgica. El objetivo era unificar las normas y

reglas de las distintas disciplinas ecuestres en todo el mundo para hacer las competiciones más justas y organizadas. Antes de eso, las competiciones eran muy locales y caóticas. Pero con la fundación de la FEI, se estableció un sistema que permitía que los jinetes de todo el mundo pudieran competir bajo las mismas reglas.

Yo nunca imaginé que todo esto venía de una necesidad de organización mundial.

—La FEI también se encarga de las disciplinas olímpicas, pero no fue hasta 1912, en los Juegos Olímpicos de Estocolmo, cuando la equitación fue oficialmente deporte olímpico. Aunque ya existían grandes competiciones ecuestres antes, ese fue el primer evento olímpico en el que se incluyó, y desde entonces las disciplinas ecuestres han sido parte importante de los Juegos Olímpicos. Es interesante porque, en ese primer evento, ya participaron las tres disciplinas olímpicas que tenemos actualmente y no se han modificado a lo largo de los años: doma clásica, salto de obstáculos y prueba completo —continuó Mrs. Helen mientras repasaba con nosotros las fechas clave.

Esta parte era interesante, al final eran las mismas disciplinas que teníamos y veíamos todos los días en la academia.

—Pero la FEI no solo organiza las competiciones, sino que también tiene como misión desarrollar el deporte ecuestre en el mundo y velar por el bienestar de los caballos y los jinetes —finalizó Mrs. Helen, dando por concluida su explicación.

Entonces, Brooke preguntó:

—¿Y las otras disciplinas, como el *horseball* o el *raid*, no están dentro de los Juegos Olímpicos?

—Algunas disciplinas ecuestres, como el *horseball*, el *raid*, el enganche o el volteo, aunque son populares —respondió, con una sonrisa—, no han llegado a ser incluidas en los Juegos Olímpicos. La FEI las regula a escala mundial, pero no todas se consideran disciplinas olímpicas.

Mrs. Helen siguió con otros temas seguramente muy interesantes, pero yo poco a poco desconecté y mi cabeza empezó a

pensar en otras cosas, quedaban horas para poner en marcha la idea que había tenido Harper y no sé si alguno de nosotros había pensado cómo simularíamos todo el material que seguramente nos faltaba.

A las seis en punto, después de las clases, me cambié, me vestí con unos *breeches* y le puse a Liberty su *outfit* granate de doma. Luego, me dirigí al campo de *cross*. Estaba un poco nerviosa, pero también emocionada. Cuando llegué, ya estaban todos. Harper había traído un montón de cosas raras para simular los ejercicios. No teníamos los objetos específicos, pero no importaba. A veces, improvisar era lo más divertido. Y para mi descanso, ella parecía haber pensado en todo.

—¡Chicos! —gritó Harper—. Hoy vamos a entrenar con todo lo que se nos ocurra. ¡Esto va a ser genial! —dijo emocionada.

Liberty estaba preparado a mi lado, alucinando con todas las cosas que había esparcidas por el suelo, Marie también se lo estaba enseñando todo a Belle Étoile, mientras que Nil con Soñador y Magnus con Skadi estaban hablando tan tranquilamente ajenos a todo.

Empezamos con el eslalon. Como no teníamos conos, Harper había encontrado pelotas de diferentes tamaños que pusimos en línea recta.

—¡Voy yo! —dije, sin pensarlo mucho, mientras me colocaba en la línea de salida.

Liberty se movió con facilidad entre las pelotas, respondiendo a mis ayudas sin problema. La verdad es que era divertido y él parecía disfrutar de todo esto tanto como yo.

—No está nada mal —dijo Jack, que observaba a lo lejos.

Lo miré con una sonrisa mientras Liberty terminaba el eslalon.

—¡Qué fácil! —exclamé—. Ahora solo falta hacerlo con una mano, a ver si eres capaz de hacerlo tú, Magnus.

Después de que todos practicáramos el eslalon, pasamos a otro ejercicio: abrir y cerrar una puerta montados. Como no teníamos una puerta real, Emily y Brooke aguantaban un hilo con un metro de

separación entre ellas. Cogíamos el hilo de las manos de Brooke, pasábamos entre ellas y se lo devolvíamos. Como si estuviéramos abriendo una puerta real.

—Esta prueba sí que va a ser difícil —comentó Emily, con el hilo en las manos.

—No es tan complicado, solo hay que coordinarse con el caballo —dije, convencida de que habían pruebas más difíciles.

Al principio, Belle Étoile no lo estaba entendiendo bien, se estaba liando con las ayudas de Marie y lo tuvieron que repetir unas cuantas veces, Marie se agobió un poco, pero finalmente consiguió hacerlo sin problemas.

—¡Lo he conseguido! —gritó con una sonrisa de alivio—. Aunque debo decir que, con los nervios y la presión del estadio, esto puede ser un desastre.

—No pasa nada, lo importante es intentarlo. Ya verás cómo lo conseguirás con los ojos cerrados la próxima vez —le dije, animándola.

Al terminar el ejercicio, Jack se llevó a Nil a un lado, tratando de explicarle de manera fácil cómo saltar, visto el desastre que hicieron en el muro de potencia de la última prueba.

—Mira, Nil, lo primero es que no te agobies tanto. A veces, la clave está en hacerlo todo con calma. Te voy a dar algunos trucos para el salto —dijo Jack.

Nil parecía un poco frustrado después de haberse comido el muro, y se le notaba, así que Jack se puso modo profesor de iniciación para intentar mejorar su técnica de manera rápida para salir del paso. Consiguieron saltar un par de veces un obstáculo a sesenta centímetros de manera casi perfecta.

—¡Eso es! —dijo Jack, dándole una palmada en la espalda.

Después de algunos otros juegos, llegó la parte más caótica: explotar globos en el suelo, montados en nuestros caballos.

Harper había conseguido unos diez globos que atamos a unos postes de madera clavados suelo. La idea era galopar hacia los globos y explotarlos con una vara de madera que llevaba una aguja

al final. Era más difícil de lo que parecía, pero fue extremadamente divertido cuando lo intentamos.

—¡Venga, vamos a explotar un globo cada uno! —gritó Harper, con su entusiasmo habitual.

Lo intenté, pero Liberty, de primeras, se asustó tanto con el ruido del BOOOM que salió corriendo a toda velocidad y no fui capaz de pararlo hasta unos metros más lejos. En mi segundo intento, lo hice más despacio, casi parada y acariciando a Liberty con una mano, para que viera que no pasaba nada. Y pese a que este globo aún estalló más fuerte, Liberty ni se inmutó.

—¡Sí! —grité, levantando los brazos al aire en señal de victoria.

Empezamos a reír y a disfrutar del momento, mientras los demás también intentaban saltar y explotar los globos. El entrenamiento fue un poco caótico, pero conseguimos hacer todos los juegos que nos propusimos.

Cuando terminamos, ya se había puesto el sol y todos estábamos agotados. No podíamos dejar de reír mientras nos íbamos cada uno a sus correspondientes cuadras a despreparar a los caballos.

—¿Sabes qué? Creo que hemos hecho un buen trabajo —le dije a Magnus mientras acariciaba el cuello de Liberty.

—¡Claro que sí! —respondió él mientras se sacudía el polvo de la camiseta—. Lo que importa es que nos hemos divertido, y al final, esta competición, también tiene que ser entretenida para nosotros.

Esa noche, después de todo el ajetreo del día, estaba agotada una vez más, pero a la vez satisfecha. El trabajo en equipo había sido increíble, y me sentía afortunada de tener a estos amigos a mi lado. Todos se estaban esforzando tanto, y eso se notaba. Ver cómo el grupo se apoyaba entre sí, cómo cada uno aportaba lo mejor de sí mismo era algo que no tenía precio y lo mejor de esta locura de copa.

A las diez de la noche, después de hacer un último repaso a los apuntes de ese día, me tumbé en la cama. De alguna manera, aunque había momentos muy divertidos, el estrés e incertidumbre de la copa me estaba superando y los pensamientos me venían por

la noche cuando apagaba las luces y mi cabeza empezaba a darle vueltas a todo. Estar aquí sola separada de las chicas, los nervios de cada prueba, entrenar, estudiar y descansar poco, me estaba costando.

En la cama con el teléfono en la mano, abrí el grupo de WhatsApp donde estábamos las tres y las escribí rápidamente. Necesitaba desahogarme un poco.

@Olivia.Thorn: Chicas, siento que esta copa me está comiendo la vida. Aunque hay momentos que me lo paso bien, Mark me está metiendo mucha caña en el gimnasio, y apenas tengo tiempo para estar con vosotras. A Jack solo lo veo por la noche, y es para dormir. Todo es estudio, pruebas y más estudio. Necesito un respiro. Creo que estoy empezando a no disfrutar de esto al 100%.

Unos segundos después, el teléfono vibró y vi que Brooke había respondido.

@Brooke.Ashcroft: Libby, te entiendo perfectamente. Si ya fueron duros los otros dos trimestres, no quiero imaginarme cómo está siendo este para ti. Pero ¿y si hacemos algo para salir un poco de la academia?

Eso sonaba genial. La verdad.

@Olivia.Thorn: ¿Qué propones?

Respondí rápidamente con mil emojis de caras con intriga.

@Brooke.Ashcroft: Mis abuelos tienen la finca cerca, hay un espacio impresionante. Yo este fin de semana iba a ir a verlos y tienen ahí los caballos que mi padre ha criado. ¿Por qué no vamos todas? Os presentaría a Your Highness. Además, hay un millón de cosas que podemos hacer: montar en bici, ir a la playa… Y sería un plan lejos de la academia. ¡Un fin de semana nuestro! ¿Qué os parece?

Era justo lo que necesitaba. Estaba deseando desconectar de las pruebas, de los entrenamientos, de la presión.

@Olivia.Thorn: ¡Eso suena increíble, Brooke! ¡Sí, por favor! Necesito un descanso de todo esto. Pero no de los caballos, me muero de ganas por conocer a Your Highness.

Me tumbé en la cama con una sonrisa tonta en la cara mientras esperaba la respuesta de Emily.

Pocos minutos después, Emily escribió:

@Emily.Delacroix: ¡Me encanta el plan! Esto suena como el descanso que necesitamos.

@Olivia.Thorn: Perfecto, chicas. Entonces, ¡este fin de semana nos vamos a la finca de Brooke!

Qué emoción, tenía ganas de saber más sobre la familia de Brooke y de ese sitio tan especial para ella.

Capítulo 26

El fin de semana llegó más rápido de lo que esperaba, y en cuanto subimos al coche, empecé a desconectar del ambiente de la academia, aunque no de mis preocupaciones.

Nos había recogido el abuelo de Brooke en coche, con las gafas de sol puestas en la cabeza y la música de Dean Lewis a todo volumen. Emily iba detrás conmigo, comiéndose unas chuches y viendo tiktoks desde el móvil como si no hubiera un mañana. Y yo…, bueno, intentaba relajarme.

—Chicas… —empecé, mirando por la ventana—. Estoy un poco nerviosa.

Emily me miró con la ceja levantada.

—¿Nerviosa? Pero si nos vamos a desconectar, Libby.

—Ya, ya lo sé. Pero… es que solo quedan dos pruebas —dije, mordiéndome el labio—. Y la presión en redes es brutal. Tengo los mensajes directos a reventar. Gente que me pide consejos para sus caballos, que me anima, pero también otros que solo quieren cotillear o que critican. Y no sé…, siento que todo el mundo está esperando que haga algo espectacular, y realmente voy la segunda, sí, a poquísimos puntos del primero, pero creo que todo el mundo quiere que deje a la academia por todo lo alto y vaya a por el primer puesto con todo.

Brooke me lanzó una mirada rápida, desde el retrovisor.

—¿Y tú qué quieres, Olivia? —preguntó.

Me quedé callada unos segundos.

—No lo sé. Quiero hacerlo bien. Pero también quiero disfrutarlo. Y esta última semana, mi cabeza me dice que hay momentos que no estoy disfrutando del todo.

—Pues entonces este finde es justo lo que necesitas —dijo Brooke, sonriendo—. Ya verás. En la granja te vas a olvidar de todo eso. Bueno, menos de los caballos, claro. De eso nunca nos olvidamos.

Las tres nos reímos, y el resto del viaje nos lo pasamos cantando a pleno pulmón. Atravesamos campos infinitos, verdes y llenos de vacas y ovejas. Típico paisaje del campo inglés.

Al llegar a la finca de los abuelos de Brooke, me enamoré al instante.

Era enorme. Antigua, muy rústica pero acogedora. Tenía varias naves grandes donde se veían las vacas comiendo, y otras más pequeñas con vaquitas recién nacidas o con meses que nos robaron el corazón en segundos.

—¡Pero qué monadas! —exclamó Emily, agachándose junto a una de las vallas—. ¡Mira esa! Tiene como un remolino en la frente, parece un corazón.

—Son las consentidas de mi abuelo —dijo Brooke con una sonrisa —. Les pone nombre y todo. Esa se llama Poppy.

Andamos un poco más, y llegamos a una pequeña nave al final de la granja. Era modesta, pero muy bien cuidada. Dentro había seis cuadras limpias y ordenadas, y un gran terreno al lado que se dividía en seis o siete *paddocks* que se extendían más allá del terreno visible. La pista de entrenamiento quedaba al otro lado, aunque se notaba que no era profesional: no tenía bordes definidos, la arena era de playa y la forma era más bien irregular. Pero tenía su encanto.

—Aquí es donde empezó todo —nos dijo Brooke, mientras abría una de las puertas—. Con mis padres veníamos cada fin de semana, aunque vivíamos a más de una hora, al principio para visitar a mi familia y después para ir controlando nuestra pequeña ganadería de caballos.

—¿Tus padres aún viven en Hawick?, ¿no? —pregunté mientras me asomaba al interior de la nave.

—Sí. Ellos y mi hermano pequeño. Siempre han hecho todo por mí. Mis padres han trabajado mucho para que pudiera montar. Aunque a veces no podían permitírselo, se las ingeniaban para llevarme a las competiciones, comprarme el material, apuntarme a los concursos…

Emily y yo nos miramos. Sabíamos que Brooke venía de una familia humilde, pero nunca hablaba mucho de ello.

—Y entonces —continuó ella, jugando con una cuerda que quedaba colgada de la pared—, mi padre decidió que, en lugar de gastar dinero comprando caballos buenos y ya domados, iba a intentar criarlos. Aprendió todo lo que pudo sobre la cría, inseminación, cuidado de potros, y empezó con una yegua que le regalaron.

—¡Qué fuerte! —dije yo, impresionada—. ¿Y de ahí viene… Your Highness?

Brooke asintió y sonrió.

—Sí. La joya de la familia. Venid, os la voy a enseñar.

Nos llevó al *paddock* más grande de los siete. Al fondo, había una yegua negra espectacular. Aunque aún se le veía cuerpo de potrilla, se notaba que estaba bien entrenada y musculada. Se acercó trotando con mucha elegancia y Brooke le habló bajito.

—Hola, princesa —le dijo, acariciándola—. Ella es Your Highness. Tiene seis años, pero ya apunta maneras como yegua de gran premio.

—Es impresionante —dijo Emily en un susurro.

—Es hija de Totilas —añadió Brooke con orgullo—. Mi padre compró semen congelado e inseminó a una yegua que ahora está retirada por una lesión, pero que había estado compitiendo casi en gran premio. Fue toda una apuesta, porque con las madres jóvenes primerizas hay que ir con cuidado, pero salió bien, tiene el mismo buen carácter que su madre y la expresividad de su padre, es perfecta —dijo Brooke, que hablaba y casi se le caía la baba—. Un

entrenador viene cada semana a trabajar con ella. Yo quiero llevarla a la academia el año que viene. Si todo va bien, cuando cumpla nueve, debutará en gran premio. Ese es nuestro objetivo, aunque aún queda mucho.

Estuvimos un buen rato con Your Highness. Nos dejó acariciarla y jugar con ella, aunque se notaba que era una yegua con carácter, muy lista y atenta. Brooke la trataba como a una joya.

Por la tarde, decidimos salir en bici. La abuela de Brooke nos dejó unas bicicletas viejas que tenían en el cobertizo. Pedaleamos cruzando campos y más campos hasta llegar a una playa pequeña y completamente vacía. El sol empezaba a bajar y pronto anochecería.

—¡Vamos a bañarnos! —gritó Emily, dejando la bici en la arena.

—¿Estás loca? ¡No llevamos bañador! —dije yo, que ya me estaba quitando las zapatillas para no llenarlas de arena.

—¿Y? ¡Cómo si nos importara! —chilló Brooke mientras corría hacía el agua.

Y sí, al final todas acabamos metiéndonos en el agua en ropa interior, gritando de lo fría que estaba, pero riéndonos como nunca. Nadamos, jugamos a salpicarnos, y luego nos tumbamos en la orilla, empapadas y felices, viendo cómo el sol desaparecía por completo.

Cuando volvimos a casa, ya era de noche. Brooke nos dio ropa seca de su armario y cenamos todas juntas en la cocina con sus abuelos, que nos prepararon una sopa caliente y verduras al horno. Cuando subimos a dormir, caímos rendidas al segundo.

Al día siguiente, el olor a pan tostado y a café caliente nos despertó. Me estiré como un gato, notando cómo se alargaba cada músculo de mi espalda y vi que Brooke ya estaba de pie, con la coleta deshecha y un jersey *oversize* encima de su pijama. Me sorprendió, ya que en la academia siempre era la última en levantarse.

—Buenos días, dormilonas —dijo, tirándonos unos calcetines a Emily y a mí—. Tenéis que ver lo que nos ha dejado el abuelo en la puerta.

Salimos descalzas al pasillo, medio dormidas aún, y allí estaban: tres pares de botas de trabajo de plástico gastadas, cada una con un par de calcetines gruesos encima. Encima de las botas, una nota escrita con letra algo temblorosa: *Hoy cambiáis los caballos por vacas. Nos vemos en la nave principal.*

—¡Me muero! —dijo Emily entre risas—. Esto es lo más adorable que he leído nunca.

—¿Preparadas para pasar un día como granjeras? —preguntó Brooke, con una sonrisa traviesa.

—¡Preparadísimas! —contesté.

Nos pusimos la ropa más vieja que tenía Brooke en el armario y nos dirigimos a la nave. Allí estaba el abuelo, con una gorra *beige* y una taza humeante de café en la mano, esperándonos como si fuésemos parte del equipo de toda la vida.

—Hoy vais a sudar un poco —nos dijo, guiñándonos un ojo—. Pero ya veréis lo bien que os lo vais a pasar.

Y tenía razón.

Primero fuimos a dar de comer a las vacas. Nos subimos a un tractor pequeño con un remolque lleno de heno y lo repartimos por las naves mientras las vacas se nos acercaban, olisqueaban nuestras chaquetas y nos empujaban con la cabeza. Brooke lo hacía todo con una soltura increíble, se notaba que había pasado muchas mañanas así.

Después, el abuelo nos llevó a ver a los más pequeños: los terneros. Había varios separados en una nave más pequeña y nos enseñó cómo darles el biberón, porque necesitaban un extra de leche y sus madres ya estaban cansadas de amamantar. Yo jamás había visto algo tan adorable: esas bocas enormes, pero sin un diente, esos ojazos saltones y lo ansiosos que chupaban el biberón, empujándonos con el hocico mientras tragaban como si no hubieran comido en semanas.

—¡Este me ha babeado toda la chaqueta! —gritó Emily, riéndose mientras un ternero se apropiaba de su manga.

Luego nos enseñó cómo ordeñar. Nos pusimos al lado de las vacas más mayores, que parecían de lo más tranquilas, y con mucha paciencia (y muchas risas de por medio) aprendimos a hacerlo.

—¡Esto es más difícil de lo que parece en los vídeos! —dije, mientras salía apenas un chorrito de leche.

Por último, trasladamos a los terneros de un recinto a otro. Aunque no eran muchos, fue como jugar a un videojuego en la vida real. Corrían, chillaban, se escondían, y nosotras detrás, con las botas llenas de barro y los pulmones que parecían que iban a reventar de tanto reírnos.

Fue un día agotador, pero diferente. No pensé ni una sola vez en la presión ni en las redes, ni siquiera en los puntos de la copa. Bueno, casi. Porque cuando el sol empezó a caer y la noche volvió a asomar, los pensamientos volvieron poco a poco, justo cuando estábamos sentadas en el porche, preparadas para volver a irnos a la academia.

—Gracias por esto —le dije al abuelo de Brooke—. Hoy he sentido que el mundo dejaba de recaer en mí, y me he podido olvidar un rato de todo.

Él me miró con esa expresión que tienen las personas que han vivido mucho, que han visto lo bueno, lo malo y lo que hay entre medias. Se quitó la gorra, se rascó la cabeza y dijo tranquilamente:

—Mira, Olivia. En la vida, hay días o épocas duras. Momentos que te hacen dudar de todo. Y eso está bien. Es parte del camino. Pero las cosas importantes, las que de verdad merecen la pena, no se consiguen de un día para otro. Se trabajan. Se cuidan. Como los terneros que habéis alimentado esta mañana. Como los caballos. Como tú.

Yo me quedé en silencio.

—No importa cuánta presión tengas ahí fuera. Lo que importa es lo que haces en tú día a día, lo que llevas dentro y cómo lo trabajas. Tú ya has demostrado que vales. No tienes que demostrarlo cada segundo. Solo sigue trabajando, como hoy. Paso a paso. Que lo

importante no es solo ganar, es llegar entera, con la cabeza alta y el corazón tranquilo.

Tragué saliva. No pude evitar que se me humedecieran los ojos.

—Gracias…, de verdad.

—Y ahora, subid al coche y a dormir en cuanto lleguemos a la academia —dijo, levantándose con una sonrisa—. Que mañana tendréis agujetas hasta en las pestañas.

Capítulo 27

Jack me despertó con un beso suave en la mejilla, y su sonrisa fue lo primero que vi al abrir los ojos. No había dormido casi nada esa noche. Me había pasado las horas dando vueltas en la cama, con el estómago hecho un nudo. La idea de volver a pisar ese estadio me ponía de los nervios.

—Buenos días, princesa —susurró.

—Ñe, princesa no soy. Me gusta más Rompenormas —murmuré, frotándome los ojos.

Jack se rio entre dientes y me pasó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Estás más tranquila? —preguntó con suavidad—. Te he subido el desayuno con todo lo que te ha mandado Mark para que cojas fuerzas.

Miré la bandeja que había dejado en la mesilla. Un zumo de naranja, tostada con aguacate y huevos revueltos, además de un bol con avena y leche.

—Vaya, Jack…, ¡mil gracias! —le dije, aunque no pude evitar mirar hacia abajo y dejar de sonreír de golpe.

Él notó el cambio y, sin dudarlo, me acarició la mejilla con delicadeza.

—Es la penúltima, Olivia. Sé que ya estás cansada, y que ahora, con los exámenes encima, todo se complica aún más. Pero lo estás haciendo muy bien.

Asentí. No era solo el cansancio. Era la presión de no decepcionar a nadie. La Academia Rider no era para débiles, y si algo me había

quedado claro en estos meses, era que aquí no había margen para errores.

Desayunamos tranquilamente, aunque se me hizo eterno, con cada bocado que daba parecía que había más comida en el plato en vez de menos, mi estómago estaba supercerrado. Jack me miraba de reojo siempre que dejaba el tenedor en el plato sin haber comido casi nada. Aun así, no insistió. Me dejó comer a mi ritmo.

Al salir de la habitación, él me cogió de la mano, era una zona poco transitada, ya que solo estaban las habitaciones de los seleccionados. Aun así, no podía evitar sobresaltarme cada vez que tenía ese tipo de muestras de cariño en público. Caminamos juntos por el pasillo para leer la nota que nos dejaban cada mañana antes de una prueba, y que cada vez era más corta:

> *Riders*, penúltima prueba, a las diez en el estadio. Preparad a vuestros caballos.

Nos fuimos en dirección a los *paddocks*, donde me esperaba Liberty para prepararlo y darle su ración de mimos.

Jack me ayudó a cepillarlo a fondo, le vendó las cuatro patas y le puso la brida, se lo agradecí, de esta manera el proceso se hizo mucho más ameno. Mientras le ajustaba la cincha y ataba el cierrabocas, Jack recibió un mensaje, el cual comentó enseguida:

—Mike dice que corra al estadio, que está impresionante y que esta prueba va a molar —comentó con una sonrisa.

Soplé.

—Claro, le mola porque no es él el que tiene que estar con su caballo haciendo todas estas pruebas.

Jack se rio y negó con la cabeza.

—No te lo tomes a mal, Olivia. Lo vas a hacer increíble —me dijo mientras se acercaba a mí.

Intenté sonreír, pero la ansiedad seguía ahí.

—Vamos, confía en ti —añadió, ya muy cerca. Me sorprendía lo nerviosa que seguía poniéndome cuando se acercaba así, mirándome con tanta intensidad—. Eres la amazona más increíble, la más guapa, valiente…, la mejor novia del mundo. Estamos todos aquí, ¿vale?

Me mordí el labio antes de acercarme y besarlo. Ojalá pudiera quedarme ahí, en ese instante, como si el resto del mundo no existiera y no estuviera a punto de jugármela una vez más en esta copa.

Al llegar al estadio, en la zona que nos tenían preparada para los seleccionados, nos encontramos con Harper, Grace, Emily y Brooke, quienes se habían colado de manera discreta, aunque no por mucho tiempo.

—¡Eh, fuera de aquí! No podéis estar en esta zona —gritó uno de los organizadores al verlas.

Pero Emily y Brooke no se fueron sin más.

—¡Teníamos que desearte suerte en persona! —dijo Emily, y antes de que pudiera reaccionar, las cuatro me envolvieron en un abrazo colectivo.

Me reí, algo más relajada por el gesto.

—Gracias, chicas —les dije a todas mientras nos abrazábamos.

Ellas se alejaron corriendo justo cuando el organizador volvía la vista una vez más en nuestra dirección, y Jack me dio un último apretón en la mano justo cuando se marchaba a buscar su sitio.

Nos reunimos en la sala común antes de que empezara la prueba. El director de la academia, junto con Mr. Thomas, se colocaron en el medio:

—*Riders*, —empezó Mr. Thomas —esta prueba es una mezcla de velocidad y agilidad. Como ya habréis descubierto, se trata de pruebas de *pony games*, TREC y equitación de trabajo. Hay que completarlas en un orden específico.

Mi corazón se aceleró. Menos mal que habíamos acertado.

—En cuanto a las normas para esta prueba, tenéis cinco minutos para hacer todo el circuito la primera vez. Iréis pasando uno detrás

de otro. Cuando todos hayáis terminado, en la ronda siguiente se retirará un obstáculo y se reducirán los tiempos, así sucesivamente. Gana el más rápido.

Tragué saliva.

—Si un jinete no completa la ronda dentro del tiempo, queda eliminado directamente.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Iba a salir en tercera posición, justo después de Patrick, el irlandés. Esta vez, a diferencia de las otras pruebas, estábamos todos los jinetes seleccionados dentro del estadio, de esta manera se agilizaba el proceso de ir pasando uno detrás de otro y le daba emoción. Desde mi sitio, podía observar los dos primeros jinetes y planear una buena estrategia.

El tiempo avanzaba en el marcador y yo solo pensaba en lo ajustado que era tener solo cinco minutos para completar el circuito si alguno de los juegos se torcía. Quien los diseñó seguro que nunca jugó a esto de pequeño…, porque lo había hecho todo innecesariamente complicado.

Respiré hondo y miré a Liberty. Era nuestro turno, tocaba concentrarse.

El primer obstáculo era un puente de madera elevado. Nada del otro mundo si conseguía darle confianza a Liberty. Decidí pasarlo al paso, sin prisa, pero sin pausa. Así no nos arriesgábamos a tener un fallo, y en las siguientes rondas, cuando Liberty ya lo hubiera visto todo, podríamos apretar el ritmo y hacerlo al trote y galope para rebajar el tiempo, era la mejor estrategia.

Le acaricié en el cuello y solté un poco las riendas para que no notara mucha presión. Apreté suavemente con las piernas para animarlo a avanzar. Liberty dudó un poco, no era el miedo al puente en sí, sino el ruido que hacía la madera hueca cuando empezaba a pisarla, lo que no terminaba de convencerle.

—Tranquilo, Libs, lo tienes —le susurré.

Cuando vi que se paraba al final del puente, saqué una chuche del bolsillo y se la di. Se la comió encantado y ya teníamos el primer

obstáculo superado.

El segundo obstáculo era «fácil». Liberty tenía que ir recto mientras yo me abrazaba a su cuello para pasar por debajo de unas barras sin tocarlas; estas se hallaban solo a veinte centímetros de la montura, así que me tenía que agachar mucho para no tirarlas.

Aguanté la respiración y me tumbé sobre su cuello, apoyándome en la crin. Pasamos sin problemas.

Al llegar al siguiente obstáculo, solté las riendas, me bajé y guie a Liberty hacia un salto de no mucha altura. Corrí unos metros a su lado y salté antes que él. Un segundo después, él lo hizo a mi lado. Fácil, pensé.

La siguiente prueba menos mal que se la había visto a Roos, la holandesa que había sido la primera en salir. De no ser por eso, no habríamos acertado ni de broma. En el suelo, había un círculo lo bastante grande como para que un caballo entrara dentro. Ahí teníamos que pararnos y quedarnos completamente quietos mientras yo colocaba las manos en la cabeza durante diez segundos.

Diez segundos parecen eternos cuando intentas que un caballo no mueva ni una oreja. Además, el público, emocionado, gritaba a pleno pulmón, y toda esa tensión del estadio la estábamos notando.

—Vamos, Lib, quédate quieto… —le susurré.

Liberty aguantó, aunque creo que no estaba entendiendo muy bien lo que estábamos haciendo.

—¡Bien, bien, bien! —dije bajito antes de volver a coger las riendas y acariciarle la grupa.

El siguiente obstáculo era más fácil: subir unas escaleras amplias, como las del *cross*. Liberty apenas dudó. Había tres de subida y tres de bajada.

Después tocaba el eslalon. Lo habíamos practicado tanto esa tarde con los chicos que salió perfecto. Nos movimos como uno solo. Liberty estaba conmigo en todo.

Pero el siguiente… Ni idea de lo que significaban los emojis que lo describían en la pista que nos dieron de la prueba.

Era una barra en el suelo, y Liberty tenía que cruzarla de un extremo a otro con pasos laterales, sin tocarla. Era complicado, pero al menos nos iban a servir nuestros entrenos de doma haciendo apoyos.

Respiré hondo.

—Vamos, confío en ti.

Le pedí el apoyo lateral a mano izquierda con cuidado. Liberty avanzó despacio, sin tocar la barra. Cuando terminamos, sentí un alivio tremendo.

—¡Eso es, campeón!

Llevábamos dos minutos y cinco segundos. No podíamos perder ni un segundo.

Decidí coger velocidad.

El ocho de barriles y el salto de cuarenta centímetros los hicimos al galope. Fue increíble.

Llegamos a la prueba de la puerta. Paré a Liberty en seco, la abrí con rapidez, pasamos y la cerré de nuevo.

Al lado había una taza esperándonos.

La cogí con mucho cuidado. Dentro tenía un líquido con colorante. Seguro que lo habían puesto para verlo en nuestra ropa en caso de que se derramara.

Liberty anduvo despacio mientras yo sujetaba la taza con una concentración absoluta. Diez metros parecieron un kilómetro, pero llegamos al otro lado sin derramar nada.

Suspiré.

Nos faltaba la prueba más temida por todos: los globos.

Patrick había quedado eliminado aquí, porque no había conseguido explotar el segundo globo a tiempo. Su *connemara*, Shamrock, se asustó tanto con el BOOM del primer globo que ya no quiso acercarse a explotar el segundo. Menos mal que Liberty ya iba medio preparado para el BOOM en cuanto los vio en el suelo.

Para explotar los globos teníamos un palo con una aguja al final, cogí el palo por la punta y me preparé.

—Vamos, Lib, solo son globos, como lo que hemos practicado días atrás.

Paré a Liberty entre los dos globos y BOOM, el primer globo explotó con facilidad. Liberty se sobresaltó, pero se quedó quieto.

Fui a por el segundo.

Le di un golpe rápido y ¡boom!

—¡Sí! —exclamé, sin poder evitarlo.

Quedaban dos juegos más.

Debía de encestar una pelota de tenis en una canasta, teníamos dos oportunidades.

Fallé el primer tiro.

—Mierda —me dije a mí misma.

Cogí otra pelota.

Respiré hondo y lancé con más precisión.

Encestada.

El último obstáculo consistía en darle a una diana con una espada de madera mientras galopaba.

Me puse de pie sobre los estribos, aguanté la espada con firmeza y apunté a la diana.

La diana cayó. Había acertado.

Miré el marcador.

Cuatro minutos y cincuenta segundos.

—Uff, por los pelos… —dije mientras escuchaba al público rugir, esperando a que saliera otro seleccionado a hacer el circuito. Realmente, verlo desde fuera tenía que ser algo muy emocionante y entretenido.

El ganador sería el que hiciera la ronda más rápida, así que para la siguiente teníamos que apretar más y hacer ciertos ejercicios al galope.

El obstáculo que más me preocupaba era el de agacharme y pasar por debajo, porque tenía que confiar en que Liberty fuera recto mientras yo estaba tumbada en su cuello sin ver nada.

Cada ronda era agotadora. Y en los ejercicios más complicados de cada ronda me invadía un silencio absoluto, aunque sabía que el

público estaba chillando y animando con todas sus fuerzas.

En la segunda vuelta, eliminaron a Roos y a Nil, uno por no encestar y el otro por tirar las barras al pasar galopando.

Solo quedábamos cuatro.

Las últimas rondas fueron aún más intensas, y al final, Hans consiguió el mejor tiempo. Pero nosotros solo quedamos a dos segundos de él.

Dos segundos.

Liberty había estado increíble. Una vez más, ¡que iba a hacer yo sin este caballo!

Miré a mi alrededor.

El público había disfrutado de la prueba, se notaba en los aplausos y en la emoción del ambiente.

Sin embargo, no había pista para la siguiente prueba, ni carta, ni objeto extraño que tuviéramos que recoger al final, nada.

—Qué raro —murmuré.

Nos hicieron abandonar el estadio. Algo no cuadraba.

Capítulo 28

Diez días después de la última prueba, seguíamos sin saber nada de la prueba final. Ni una sola pista. Estábamos todos de los nervios.

El estadio permanecía cerrado con máxima seguridad, y aunque los *The Elite Four* del otro equipo habían intentado colarse para averiguar si se cocía algo dentro o estaban preparando algo especial, Emily nos contó que no habían conseguido descubrir nada.

Las puntuaciones tampoco cambiaban demasiado al sumarles los puntos que habíamos obtenido en la cuarta prueba. Yo estaba solo a dos puntos de Hans, que iba en cabeza, y la lucha por el primer puesto era solo entre nosotros dos. Magnus, que iba tercero, tenía demasiados puntos menos, así que a menos que eliminaran a Hans o a mí, no tenía opciones de alcanzarnos.

Sentía una mezcla de emociones: ganas de ir a por todo, presión por dejar bien a la Academia Rider y ganas de querer dejarlo. Todo así, al mismo tiempo.

La Copa de Naciones llegaba a su fin, ya estábamos a principios de julio, y para celebrarlo, nos organizaron una cena de gala para poder disfrutar de una noche todos los países juntos. Tocaba ponerse elegantes.

Nos dijeron que los seleccionados desfilaríamos una vez que los alumnos de todos los países estuvieran dentro de la sala para darnos la enhorabuena. Además, habría un pequeño espectáculo, algo de comida y, por supuesto, baile.

Cuando volví a mi habitación para empezar con la tarea más complicada, arreglarme, me encontré con una caja encima de la

cama.

Fruncí el ceño y me acerqué.

Había una nota encima.

Para que sigas brillando esta noche. J.

Mi corazón dio un vuelco al ver la letra de Jack.

Abrí la caja con curiosidad y me quedé sin palabras.

Dentro había un vestido granate, largo hasta el suelo, con la espalda descubierta y la parte superior con algunos brillantes en granate oscuro. Era lo más bonito que había visto en mi vida.

Debajo del vestido, se encontraba un collar.

Toqué el vestido con cuidado, casi sin creerme que fuera mío.

Cogí el móvil y abrí el grupo con Emily y Brooke.

@Olivia.Thorn: Chicas, necesito vuestra ayuda. No tengo maquillaje y mi pelo parece un nido de pájaros. Y quedan como treinta minutos para que empiece el desfile.

En cuanto le di a enviar, apenas tuve que esperar diez segundos para obtener respuesta.

@Emily.Delacroix: ¡Vamos para allá!

@Brooke.Ashcroft: Operación: Hacer que Olivia parezca toda una estrella en marcha.

Sonreí para mí misma y dejé el vestido sobre la cama con cuidado. Aún no me creía que Jack hubiera hecho esto. ¿Cómo demonios había acertado con mi talla?

Unos minutos después, la puerta se abrió de golpe y mis dos amigas entraron como un huracán.

—¡A ver ese vestido! —exigió Brooke con los ojos iluminados de emoción, mirando directamente a la cama donde estaba colocado.

Lo cogí con cuidado y se lo enseñé. Ambas se quedaron en silencio un segundo.

—Madre mía… —murmuró Emily.

—Jack ha subido el nivel, ¿eh, Olivia? —añadió Brooke, alucinada —. Esto es precioso.

—¡Pero si parece para ir a una alfombra roja! —Emily tocó la tela con delicadeza—. Jack sabe lo que hace, ¿eh?

Me reí, aún nerviosa.

—Vosotras estáis espectaculares también —les dije, mirándolas de arriba abajo. Brooke iba con un vestido negro elegante, de esos que nunca fallan. Emily llevaba uno verde esmeralda que le quedaba increíble.

—Ya, ya, pero la estrella esta noche eres tú —me dijo Brooke mientras me guiñaba un ojo—. Venga, venga, que tenemos trabajo.

Me hicieron sentarme en la silla y, en un abrir y cerrar de ojos, Emily sacó su neceser de maquillaje mientras Brooke se colocaba detrás de mí con su bolsa de productos para el pelo.

—Tu pelo es un caos, Libby —dijo Brooke, desenredándolo con cuidado—. ¿Cómo lo llevas así?

—No sé, simplemente me lo he lavado y secado, y ahora parezco un león —respondí entre risas.

—Bueno, tranquila, que en nada te lo dejo estupendo —aseguró con confianza.

Emily, por su parte, inspeccionaba mi cara con atención.

—Voy a hacerte un maquillaje natural, pero que te resalte los ojos verdes —dijo, organizando sus pinceles—. Así te vas a ver increíble sin parecer que vas disfrazada.

Sacó un montón de productos del neceser, tantos que casi parecían infinitos. Yo los miré con cara de pánico porque, sinceramente, no tenía ni idea de para qué servía la mitad de esas cosas. Bases de maquillaje en distintos tonos, polvos, un bote que decía *contouring*, ¿eso no era lo que usaban las famosas para hacer vídeos en TikTok?, coloretes de diferentes tonos rosas, un pequeño

bote brillante que resultó ser iluminador, y un corrector que, según Emily, haría magia con mis ojeras que empezaban a ser evidentes.

Me quedé en *shock*. Yo, que apenas usaba un poco de rímel y, con suerte, una raya de ojos cuando me daba por ahí…, ahora tenía frente a mí un arsenal de productos de belleza que parecían requerir un curso avanzado para entenderlos.

—Confío en vosotras —dije, cerrando los ojos mientras empezaban a trabajar.

Brooke se puso manos a la obra con mi pelo, cepillándolo y aplicando productos para domarlo. Mientras tanto, Emily empezó con el maquillaje.

—¿Te lo ha dado Jack en persona? —preguntó Emily, con una sonrisa traviesa—. Porque este vestido es como una señal de novio perfecto.

—No…, apareció en mi cama con una nota. Y sí, creo que es el novio perfecto.

—¿Cómo qué *crees*? —dijo Brooke inclinándose hacia delante—. Tía, esto no lo hace cualquiera.

—Pues… —me mordí el labio, un poco abrumada—. No sé, supongo que es su manera de animarme. Sabe que estoy nerviosa por la última prueba.

—Jack está loquito por ti, Olivia, y cada día lo deja más claro —dijo Brooke con una sonrisita.

Yo abrí los ojos para ponerlos en blanco mientras me giraba para mirar a Brooke, pero Emily no me dejó.

—Shh, deja de mover la cara —me mandó callar mientras aplicaba la sombra de ojos.

Brooke ya estaba recogiendo mi pelo en un moño elegante.

—Este peinado te va a quedar de infarto. Va a dejar la espalda al descubierto y combinará con el collar —dijo, satisfecha.

Unos minutos más tarde y después de que fuera a ponerme el vestido, ambas se pararon para mirarme de arriba abajo con orgullo.

—Lista —dijo Emily, sonriendo de oreja a oreja—. Olivia, definitivamente estás impresionante.

Me miré en el espejo y casi no me reconocí.

—¡Guau…! —exclamé.

Brooke se rio.

—*Guau* dice. ¡Tía, vas a dejar a todos con la boca abierta!

—Jack va a flipar —añadió Emily con una mirada cómplice.

—Vale, vale, basta de halagos, que me pongo más nerviosa.

—Es imposible no halagarte ahora mismo —bromeó Brooke—. Venga, vámonos antes de que lleguemos tarde.

Respiré hondo y salimos juntas de la habitación para dirigirnos al punto de encuentro, donde los seleccionados debíamos esperar para entrar en el desfile.

Yo llegué la última.

Cuando entré, todas las miradas se giraron hacia mí.

—Ahivá—soltó Magnus—. Quién lo diría, Olivia… Estás espectacular.

Hans también me miraba fijamente, con una expresión que no supe descifrar.

Me sonrojé un poco y desvié la mirada.

Nos colocamos en fila y, cuando llegó el momento, empezamos a desfilar.

Uno a uno, nos fueron llamando por nuestro nombre junto con nuestras puntuaciones, y fuimos subiendo al escenario bajo la atenta mirada de todos los jinetes y amazonas. El murmullo del público se mezclaba con los aplausos, y yo intenté mantener la compostura mientras avanzaba hasta el sitio que me tocaba. Solo tenía un pensamiento en la cabeza: por favor, que no me tuerza un pie con estos tacones, que no me caiga delante de todo el mundo y termine convirtiéndome en el recuerdo más gracioso de esta edición de la Copa de Naciones.

A mi derecha, estaban los demás seleccionados, todos luciendo sus mejores galas. Los chicos iban casi todos de traje, aunque algunos con más acierto que otros. Hans, como siempre, impecable, con un traje negro perfectamente ajustado que le sentaba como si hubiera nacido para llevarlo. Patrick, en cambio, había optado por un

traje verde oscuro, haciendo honor a su origen irlandés. El problema es que le quedaba un poco grande, como si lo hubiera comprado pensando que crecería unos centímetros más y ahora estuviera intentando reutilizarlo sin mucho éxito.

Marie y Roos estaban espectaculares con sus vestidos midi, que les llegaban justo a las rodillas. Marie había elegido un azul oscuro que le sentaba especialmente bien, mientras que Roos destacaba con un vibrante tono naranja, un guiño evidente a su país.

Yo odiaba ser el centro de atención, pero con aquel increíble vestido granate que Jack había elegido para mí, no podía evitar destacar entre ellos.

Mr. Thomas empezó su discurso:

—*Riders*, como ya sabéis, la última prueba será en unos días y pondrá el broche final a esta emocionante Copa de Naciones. Estos jinetes lo han dado todo para representar a sus países. No todo el mundo es capaz de llegar hasta aquí.

Una ovación llenó la sala.

Yo respiré hondo.

La gran final estaba cerca.

Cuando terminó el discurso y los aplausos llenaron la sala, bajamos del escenario. Caminé entre la gente que no paraba de mirarme y felicitarme hasta encontrarme con mis amigos, que me estaban esperando al lado de una de las mesas con comida.

Jack me estaba mirando fijamente, con los ojos bien abiertos y una expresión que no supe si era de sorpresa o de quedarse sin palabras.

—Ommmggggg… —soltó, alargándolo, como si todavía estuviera procesando lo que veía.

No pude evitar sonreír y, sin pensarlo, me acerqué a él dando una vuelta sobre mí misma para abrazarlo.

—Gracias, Jack, tú tampoco estás nada mal esta noche —murmuré antes de darle un beso rápido y discreto en los labios.

Él sonrió con cara de inocente.

—¿Gracias por qué? Yo no sé nada… —dijo, haciéndose el despistado.

—Sí, claro —le respondí, entrecerrando los ojos—. Misteriosamente, aparece un vestido en mi cama con una nota con tu letra, que firmaba un tal J., y tú no tienes nada que ver.

Jack se encogió de hombros, pero su sonrisa lo delataba.

La música empezó a sonar y las luces cambiaron de color, dándole un ambiente más festivo a la sala. Había varias cámaras de televisión que estuvieron grabando durante toda la noche, probablemente para hacer algún vídeo resumen del evento.

En las mesas había un montón de comida de distintos países. Mientras hablábamos y nos reíamos, Nil me insistió en que probara la tortilla de patatas con cebolla y el pan con tomate.

—Venga, Olivia, tienes que probar esto sí o sí —dijo, poniéndome un trozo de tortilla en mi plato.

—Si tiene cebolla, no sé yo… —dije, dudando.

—Te juro que, si la pruebas, te va a cambiar la vida. A Marie le ha encantado.

Le di un bocado y abrí los ojos sorprendida.

—¡Eh! Está buenísima.

Nil sonrió satisfecho.

—Te lo dije.

Capítulo 29

Tuvimos unas horas llenas de risas, música y baile. En un momento dado, las luces de toda la sala disminuyeron y el escenario quedó iluminado por una luz tenue, mientras una narradora empezaba a relatar la historia de las primeras civilizaciones y su relación con los caballos. La música de fondo acompañaba el relato, transportándonos a un viaje a través del tiempo.

Los primeros en aparecer fueron los jinetes nómadas de las estepas, representados por actores vestidos con pieles y arcos, entre las piernas llevaban caballos de *hobby horse* simulando los caballos que montaban en esa época. Nos contaron cómo los antiguos guerreros desarrollaron el arte de montar y domar para cazar y defenderse, dando origen a la disciplina del tiro con arco a caballo, que aún hoy se practica.

Después, la escena cambió a la antigua Roma. Se escuchó el estruendo de los cascos golpeando el suelo, cuando dos cuadrigas de cartón irrumpieron en el escenario, tiradas otra vez por *hobby horses.* Era gracioso ver los diferentes palos con cabezas de peluches de caballos de diferentes capas que ahora estaban tan de moda entre los niños y que hasta en países como Finlandia tenían sus competiciones, de salto o de doma clásica, simulando circuitos, sin usar caballos reales. Esta escena representaba el origen de los enganches y las carreras de caballos, disciplinas que nacieron en los grandes circos romanos, como en el circo Máximo en Roma, en el año 550 a. C.

El espectáculo continuó con la Edad Media, donde caballeros con armaduras brillantes aparecieron en escena una vez más con sus caballos de gomaespuma y cartón piedra. Con lanzas en mano, realizaron una justa simulada, mostrando la habilidad y valentía que se requería para el combate a caballo y para ser caballero, haciendo ejercicios como apoyos y piruetas, así como acrobacias encima.

Más adelante, nos llevaron al lejano Oeste, donde un grupo de jinetes con sombreros de vaquero y chaquetas de cuero hicieron una exhibición de *western*, mostrando cómo tiraban el lazo con una rapidez y precisión impresionantes. La narradora explicó cómo los *cowboys* perfeccionaron estas técnicas mientras trabajaban en los ranchos con las vacas, unas prácticas que más tarde se transformaron en competiciones.

Luego, llegó el turno de la monta a la amazona. Una joven amazona, con un vestido largo y elegante, apareció encima de una montura de lado. La narradora explicó que esta técnica se desarrolló en una época en la que las mujeres no podían montar a horcajadas como los hombres, porque llevaban vestidos y estaba mal visto que las mujeres llevaran pantalón, pero con el tiempo se convirtió en una disciplina en sí misma.

Poco a poco, las luces se fueron apagando mientras la narradora terminaba su discurso, poniendo punto y final al espectáculo con una frase:

—Un jinete verdadero no se define por una sola disciplina, sino por su capacidad de adaptarse. Hoy, no importa lo que domines, porque, en la vida, serás puesto a prueba en todo.

Cuando terminó el espectáculo y volvieron a encender las luces, el público aplaudió de manera discreta, creo que nadie había prestado mucha atención al escenario, todo el mundo seguía comiendo y charlando, pero la mente de Marie estaba en otro lado y se lo pude ver en ese mismo instante.

Se giró y nos miró a todos de golpe.

—¡Chicos, esta es la pista! —dijo con el rostro iluminado por la sorpresa.

La miramos con cara de confusión, pero ella parecía tenerlo claro.

—Nos lo estaban diciendo, sin decirlo directamente, cuál sería nuestra última prueba —añadió Marie.

—¿Qué? —preguntó Brooke.

—Dios, no puede ser —dijo, llevándose la mano a la frente.

La miré confundida.

—¿De qué estás hablando, Marie? —añadí.

—Haced memoria, ¿de qué disciplinas han hablado en el espectáculo? —preguntó, intentando que alguien más lo viera.

—No he estado muy atento, la verdad —dijo Jack con media sonrisa mirándome de arriba a abajo—. He estado distraído toda la noche…

Emily puso los ojos en blanco.

—Normal, Jack —le dijo, dándole un codazo.

Ignorando a mis amigos y sus comentarios, di una palmada para que prestaran atención.

—¡Atentos, chicos, prestad atención a Marie! —añadí.

—Justo por eso… Nadie ha estado prestando atención a esta chorrada de espectáculo. Pero es la pista, ¿no lo veis? —replicó.

Nos miramos entre todos, pero seguíamos sin pillarlo.

—A ver, repito lo que han dicho: «Hoy, no importa lo que domines, porque, en la vida, serás puesto a prueba en *todo*» —dijo.

Nil frunció el ceño.

—¿Quieres decir que…? —empezó a preguntar con cara de preocupación.

—Nos van a mandar hacer todas las disciplinas de las que han hablado —dijo mientras a mí me empezaba a latir el corazón más fuerte.

—¡¿Qué?! —exclamó Jack.

—Podemos hacer memoria entre todos, ¿qué disciplinas han mencionado? —dijo, mirándonos.

Brooke y Emily empezaron a enumerarlas junto a los demás, teníamos seis en total y esperábamos no habernos dejado ninguna:

- Enganches
- *Western*
- Monta a la amazona
- Tiro con arco a caballo
- Volteo
- Carreras de caballos

Nos quedamos en silencio unos segundos mientras procesábamos lo que significaba.

—Esto va a ser una locura —murmuró Jack.

Y tenía toda la razón.

Capítulo 30

Quedaban dos días. Solo dos. A veces me daba la sensación de que este trimestre era el doble de largo que los anteriores. Lo único que quería era terminar y volver a la *tranquila* rutina de la academia. Aunque, bueno…, también estaba deseando que llegara el verano. No tenía grandes planes, pero parar, respirar y recargar pilas estaba en mi lista principal de cosas que hacer en esas semanas. Y después empezar con energía el primer trimestre del segundo curso.

Pero ahora mismo, lo único que podía pensar era en que estaba reventada.

Mark seguía sin dejarme descansar ni un solo día. Bueno, en realidad entrenábamos solo cuatro días, pero se me hacían tan duros y arrastraba tantas agujetas, que para mí era como si entrenásemos todos los días. Y no exagero. Estábamos a fuego con los entrenamientos físicos. Me miraba al espejo y alucinaba. ¡Tenía abdominales! Bueno, no como los de Jack, vale, pero se me marcaban un poco y también tenía bola, aunque esto no me encantaba.

Mark estaba especialmente obsesionado con los abdominales oblicuos, decía que eran la clave para tener un asiento más estable al montar, y yo ya le había cogido manía solo de escuchar la palabra oblicuos dicha por él. Pero lo cierto es que el cuerpo me había cambiado muchísimo.

Esa tarde tocaba sesión en el gimnasio. Cuando digo *sesión*, quiero decir muerte física. Primero calentamiento en la bici. Luego un circuito de fuerza: sentadillas con pesa, fondos de tríceps en

banco, zancadas con salto, y ese ejercicio del infierno en el que tienes que levantar las piernas en el TRX como si fueras una *ninja*.

—¡Vamos, Olivia! ¡Cinco más! —gritaba Mark mientras yo veía estrellitas.

Terminé tirada en el suelo, con la camiseta empapada y el pelo pegado a la frente. Brooke, que había venido a hacer cardio, me lanzó una botella de agua con cara de «no sé cómo sigues viva, tía». Emily se acercó justo cuando yo acababa, ella estaba fresquísima, sin apenas una gota de sudor, como si no hubiera hecho nada. Aunque, según ella, lo había dado todo haciendo la rutina que tenía asignada. Déjame dudarlo, pensé mientras la miraba con una ceja levantada.

—Estás hecha un fideo fibroso —me dijo riéndose mientras yo me levantaba del suelo como podía.

Nos estábamos cambiando cuando recibí un mensaje. PIII. Cogí el móvil para ver el siguiente texto:

> Todos los alumnos seleccionados, pasad por favor por el edificio principal ahora mismo. Información importante.
> Gracias.

Brooke y yo nos miramos. Ella se encogió de hombros y Emily levantó una ceja, curiosa. Nos pusimos las sudaderas por encima de la ropa sudada y salimos corriendo.

Nada más entrar en el vestíbulo del edificio principal, nos dimos cuenta de que algo pasaba. Había un montón de gente abrazándose, sonriendo. Al fondo, vi a Marie, sujetando entre sus brazos a un niño pequeño con muchísima emoción. El niño no tendría más de ocho años, llevaba una gorra al revés y estaba muy contento de verla.

Y entonces, los vi.

Estaban junto a la escalera: Tyler, mi madre, mi padre…, y en el suelo, dando saltitos como loca, ¡Bella!, que gritó de emoción en cuanto me vio y corrió como una bala hacia mí. Tiró de la correa con tanta fuerza que casi arrastra a mi padre detrás.

Me agaché y la abracé como si lleváramos años sin vernos. Me lamía la cara, el cuello, las manos. No me importaba. Me puse a llorar como una tonta.

—¡Pero qué haces aquí! —dije mientras la apretaba fuerte.

—¡Sorpresa! —dijo mi madre, acercándose a nosotras con los ojos vidriosos.

Mi padre me revolvió el pelo sudado como cuando era pequeña, y Tyler me miró con esa sonrisilla suya de «estoy orgulloso, pero no lo voy a decir en voz alta porque soy tu hermano mayor».

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, aún sin creérmelo—. Pensaba que no podíais venir por trabajo.

—Bueno… —dijo papá—. No nos podíamos perder esta última prueba. Y queríamos verte brillar.

Mamá asintió.

—Lo estás haciendo muy bien, Libby —dijo mi madre—. El programa este año tiene más audiencia que nunca. En el trabajo todo el mundo te sigue… ¡hasta el técnico de laboratorio! Y eso que no ve ni las noticias.

—En la uni tengo a todos mis amigos enganchados al canal Horse.tv —añadió Tyler, haciéndose el interesante.

Empecé a reír, con alguna que otra lágrima en los ojos.

—Madre mía…, no sé si es más presión o motivación teneros aquí —les dije emocionada.

Mi madre me cogió de los hombros y me miró a los ojos.

Asentí, tragando saliva, era una de esas miradas de «te conozco hija, dime lo que te pasa».

—Estoy cansada —confesé en voz baja—. No os voy a mentir. Tengo unas ganas de acabar… Quiero dormir una semana entera, comer *pizza* y no pensar en pistas al más puro estilo del detective Conan, ni en pruebas en las que casi me juego la vida.

Mi padre se rio. No sé cómo no sufrían viendo a su hija pasar por todo eso, es más, parecía que lo estaban disfrutando emocionados.

—Y lo harás. Pero antes, déjate la piel. Estás más fuerte que nunca, Olivia. No solo físicamente. Estás hecha una amazona de

verdad. Eso se nota.

Nos fuimos a dar una vuelta por los jardines de la academia, les intenté enseñar todos los rincones, ya que ellos solo lo habían visto en fotos. Me contaron que se quedarían hasta el domingo para verme competir. Bella no se me despegaba. Iba dando saltitos a mi lado, feliz de volver a estar juntas.

Caminando con ellos, empecé a pensar en todo lo recorrido.

Hace unos meses estaba en mi lugar seguro, Blackwood Stables, intentando aprender y empapándome de todo lo que podía. Al recordar a la Olivia que llegó aquí, la que dejó a su familia atrás y creció de golpe, aprendiendo a base de tropiezos, me di cuenta de que había olvidado un poco de dónde venía y todo lo que había conseguido en este tiempo, que no era poco. Estar compitiendo en la copa, ganara, quedara segunda o perdiera, ya era todo un logro, porque, al fin y al cabo, ¿se iba a terminar el mundo si perdía? ¿Me jugaba algo de vida o muerte? ¡NO! Ganase o perdiese, me pusiera nerviosa o no, se iba a retransmitir, así que mejor disfrutarlo e intentar no pensar demasiado.

Y en ese momento, fue como si mi batería interior se hubiera recargado de golpe y me habían entrado unas ganas locas de montar. De correr. De saltar. De darlo todo. De dejar a un lado el cansancio y aprovechar al máximo esta última prueba.

Ya no era por hacerlo bien. Era porque me encantaba montar. Porque esto era mi vida. Y me acababa de dar cuenta en el momento en que una parte de mi pasado había aparecido aquí y yo era otra completamente diferente.

Nos despedimos al llegar a las habitaciones, prometiéndoles que nos veríamos por la tarde.

Subí corriendo y, al abrir la puerta, me encontré encima de la cama otro papel. No podía ser, otra vez no…

Lo desplegué con cariño, para encontrar de nuevo una frase:

Ese día en tu primer concurso en Rosewood, entendí que estabas hecha para esto. Puse tu nombre no por casualidad, sino porque el mundo necesitaba verte competir en esta copa.

Pero esta vez era diferente, estaba firmado con una S.
Enseguida caí, ella era la que lo había hecho.
Abrí mi WhatsApp para empezar a escribir a todos:

@Olivia.Thorn: i¡Ya sé quién me ha estado enviando las notas y quién puso mi nombre en la urna!! Estoy al 99% segura.

No tardaron en llegar las respuestas, al inicio un montón de emojis de caras alucinando, seguido de varios mensajes preguntando y especulando quién era el personaje misterioso.

@Emily.Delacroix: ¿Qué? ¿Quién ha sido?

@Brooke.Ashcroft: ¿Ha sido algún profesor?

Escribió Brooke medio en broma.

@Jack.Hawthorne: ¿El director?

@Olivia.Thorn: ¡Ha sido Mrs. Sabina!

Lo solté de golpe, y por unos instantes se hizo el silencio, hasta que los tres a la vez, cada uno a su manera, escribieron:
—¿¿Sabina??

@Olivia.Thorn: Sí. ¡Ella puso mi nombre en la urna! Y todas esas cartas… ¡también eran suyas!

Emily empezó a poner mil emojis de emoción y flipe.
Brooke escribió un «buahhhh» larguísimo. Y Jack mandó tres o cuatro gifs.

@Olivia.Thorn: Dice que quería que el mundo me viera en esta copa. Necesitaba que creyera en mí. Y que supiera de lo que soy capaz.

@Emily.Delacroix: Pues ha funcionado, tía. Estás más fuerte que nunca.

@Jack.Hawthorne: Y no solo mentalmente.

Añadió Jack con mil emojis de caras pícaras.

Me tumbé en la cama pensando desde cuando llevaría orquestando esto Mrs. Sabina.

Capítulo 31

Veía la luz al final del túnel de esta odisea de copa. Hoy era el día. Era como si, después de semanas de esfuerzo, nervios y entrenamientos, por fin se abriera una puerta gigante justo delante de mí. Y no voy a mentir, desde que vi a mis padres me sentía con una energía que me recorría el cuerpo como si me hubieran conectado a una batería gigante. No sabía si era la emoción, los nervios o el café doble que me había tomado, pero estaba lista.

Salimos de la habitación como cada mañana, y ahí estaba de nuevo ese cartel con las instrucciones de la última prueba del día que, definitivamente, no iba a echar nunca de menos:

> Seleccionados, hoy es vuestra última prueba. Dad lo mejor de vosotros. Para esta prueba no hace falta que preparéis a vuestros caballos. A las diez en el estadio para empezar.

Leí esas palabras y me temblaron un poco las piernas. Última prueba. Sonaba tan definitivo, tan «se ha terminado»… Me giré hacia Jack, que me sonrió convencido de que lo haría bien. Y por un momento, me lo creí. No me cansaba de despertar con él, con mi desayuno preparado en la bandeja y a veces incluso una notita cursi que me hacía sonreír, aunque intentara hacerme la dura. Era como si supiera exactamente lo que necesitaba cada mañana para empezar bien el día, y eso creo que sería lo único que echaría de menos.

—¿Lista? —me dijo Jack, cogiéndome la mano.

—Lo estoy —contesté, segura de mí misma.

De camino al estadio, notamos enseguida que hoy iba a ser el día más grande. La academia entera bullía de movimiento. Camiones de caballos con matrículas de todas partes del mundo, algunos con logos de otras escuelas, otros con banderas de países. Era como si de repente estuviésemos en una especie de miniolimpiadas ecuestres.

El estadio, que normalmente ya impresionaba, parecía otro mundo. A su alrededor habían montado un montón de paraditas, como si fuera una feria. Algunas vendían algodón de azúcar, otras chuches, *muffins*, cruasanes recién hechos… El olor era increíble, y había colas de gente esperando su desayuno antes de entrar. Se escuchaban risas, niños corriendo, gritos de «¡eh, espera!», y hasta alguna canción de moda sonando desde una furgoneta de hamburguesas. La entrada para cada prueba era asequible, unos veinte *pounds* por prueba, así que venía gente de toda Inglaterra a verlo.

Pero lo que más me impactó fue la tienda de *merchandising*. Tenían sudaderas de todas las academias, pins con nuestros nombres, banderas con los colores de cada país… ¡Incluso carteles con nuestras caras e iniciales! O sea, flipante. Me sentía como muy importante.

En ese mismo instante, una niña de no más de siete años se acercó tímidamente mientras me señalaba con el dedo.

—¿Eres Olivia? ¿La de Liberty, verdad? —me preguntó, con los ojos brillando llenos de emoción.

Asentí, algo confundida. La niña iba monísima vestida con la sudadera granate de la casa de doma de la Academia Rider.

—¿Me firmas esto? —me dijo mientras me enseñaba un cuaderno con pegatinas de caballos.

Firmé. Sonreí. Y mientras se iba corriendo de vuelta con su madre, sentí un nudo en la garganta. ¿En qué momento había pasado esto?

Jack me miraba, riéndose.

—Ya eres famosa.

—Cállate —le solté, intentando disimular la emoción mientras llegábamos al punto de encuentro y nos separábamos.

En la reunión previa a la prueba, nos explicaron cómo iba a funcionar.

—Tenéis diez minutos por disciplina —empezó Mr. Thomas—. Iréis rotando por las seis disciplinas. Cada disciplina cuenta con varios jueces especialistas que os evaluarán y puntuarán. Si os caéis, quedáis eliminados automáticamente.

La sala se quedó en silencio. Todos estábamos demasiado tensos y atentos como para atrevernos a decir algo.

—No conocéis a los caballos. Así que cabeza fría. Y, sobre todo, que no se os olvide: hay disciplinas que no son un juego.

Me miré las manos. Me estaban sudando un poco. No por miedo, sino por adrenalina pura. Esto iba a ser una locura.

Hans salió primero. El favorito. El que todo el mundo decía que lo tenía hecho, aunque yo iba pisándole los talones. El estadio rugió al escuchar su nombre. Parecía una estrella del *rock* entrando en el escenario. Yo era la cuarta, justo detrás de Magnus. Tenía el estómago encogido, y no sabía si eran mariposas o directamente un enjambre de abejas lo que llevaba dentro.

Estaba andando de un lado a otro como una peonza humana, cuando escuché un psssst a lo lejos.

Me giré.

Era Mark. Me hacía señales desde una esquina, por donde asomaba solo la cabeza entre las vallas, lejos del bullicio.

—¡Eh! Escúchame Olivia —me dijo en voz baja cuando me acerqué—. Hans ha fallado en volteo y en tiro con arco. Las pruebas no son nada fáciles.

Lo miré fijamente.

—¿En serio? —le dije, aún más nerviosa.

Asintió.

—Tú solo céntrate. Has llegado hasta aquí por algo. Todos confiamos en ti. Y Liberty también confía en ti. Aunque hoy no esté

contigo ahí dentro, lo llevas dentro.

Sentí sudor en la frente de golpe. Mark había sabido qué decir en el momento justo, ya que, en ese preciso instante, me llamaban para entrar en el estadio.

Parecía una olla a presión. Al adentrarme, había seis caballos uno al lado del otro, cada uno con su correspondiente cartel: volteo, carreras de caballos, enganches, doma *western*, monta a la amazona y tiro con arco a caballo. Todos con su equipación específica de la disciplina, y una persona sujetándolos. Detrás, objetos desperdigados por toda la pista: barriles, conos, dianas… Era como si hubieran volcado todas las disciplinas en un solo sitio. Y yo ahí, plantada en medio.

Respiré hondo. Me obligué a pensar: «Actitud, Olivia. La actitud lo es todo».

De repente, la voz del presentador retumbó en los altavoces.

—¡Con nosotros, nuestra amazona más joven! Está haciendo una competición increíble, ¡y va solo a dos puntos de Hans, que está colocado en primera posición! Olivia, ¿cómo te sientes?

Un micrófono apareció delante de mí. Lo miré. Solté una media sonrisa con algo de ironía.

—De momento, sobrevivo, que ya es mucho.

El público se rio. Y eso me dio fuerza.

—Bueno, Olivia —continuó el presentador—. Tienes que pasar por las seis disciplinas, y mientras los jueces que tenemos en el lateral van a ir puntuando tu actuación en cada una de ellas. ¿Por cuál quieres empezar?

—Voy a dejar que el público elija —dije al micrófono, alzando la voz mientras miraba a las gradas con una sonrisa.

El presentador abrió los ojos con entusiasmo y señaló hacia la multitud.

—¡Eso es valor! ¡Vamos a ver, público! ¿Por cuál empieza Olivia?

Una oleada de gritos se desató de inmediato. Desde todos los rincones del estadio llovían propuestas:

—¡Doma *western!*

—¡Carreras!

—¡Volteo!

—¡Tiro con arco!

El ruido era ensordecedor, pero entre el caos, una voz cercana captó mi atención.

Un niño en primera fila, con una camiseta del equipo de Holanda, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Volteo! ¡Empieza con el volteo!

Me giré hacia el presentador con una sonrisa.

—Parece que tenemos disciplina elegida. —Hice una pausa, señalando al pequeño—. Él ha hablado. Empezamos con el volteo.

—Silencio, querido público —pidió el presentador—. Que no se hable más, volteo ha sido la disciplina elegida.

—Si quieren espectáculo, ¡vamos a dárselo! —dije fuera de micrófono para que solo el presentador pudiera escucharme.

—Esa es la actitud, señorita, buena suerte —me dijo mientras me guiñaba un ojo.

Capítulo 32

Me giré para observar los seis caballos de las diferentes disciplinas, para ver cómo la chica que sujetaba el caballo de volteo daba unos pasos hacia adelante, mientras el presentador explicaba en qué iba a consistir la prueba:

—En los próximos diez minutos, Olivia, deberás: subirte al caballo al galope de un salto, hacer la figura de la caja, ponerte de rodillas con las manos abiertas mientras el caballo sigue galopando, y, por último, mantenerte de pie al paso durante cinco segundos.

Genial. Fantástico. Alucinante. ¿Qué puede salir mal?, pensé.

Lo primero que hice fue quitarme las botas. Sí, sí, ahí mismo. Me agaché, me las desaté y me las saqué como si fuera lo más normal del mundo. Notaba las miradas del público clavadas en mí, pero me daba igual. A ver, era consciente, y no era por ser dramática, de que si ese caballo me pisaba sin las botas puestas, adiós pie, adiós copa, adiós a la academia por unos meses. Pero sinceramente, subirme al galope con botas rígidas no era lo más inteligente y estaba casi convencida de que si tenía pocas probabilidades de subirme sin ellas, con ellas las probabilidades quedaban reducidas al 0 %.

—Buena decisión —comentó el presentador, sorprendido—. Nadie más había pensado en esto hasta ahora.

Punto para mí.

La chica que sujetaba al caballo de volteo, con cara de pobre caballo que se le sube encima gente que no tiene ni idea, lo alejó suavemente en un círculo y empezó a hacerlo galopar. Yo me fijé en cada detalle: el ritmo, cómo galopaba, la longitud del tranco. Por

suerte, el caballo tenía pinta de haber hecho esto mil veces. ¡Gracias, universo!

Vale, Olivia, es ahora o nunca, me dije. Me acerqué al círculo, corrí a su lado intentando sincronizarme con el galope. Cogí las anillas con decisión y… ¡salté!

Y ahí estaba yo. En el aire. Literalmente.

Solo que, en vez de caer como una amazona pro encima, me quedé colgando del costado, como una garrapata. El público se rio en plan simpático, no de burla o eso esperaba.

Volví al suelo, respiré hondo y lo intenté de nuevo. Esta vez me impulsé con todas mis ganas, como si tuviera muelles en los pies. Y… ¡lo conseguí!

Vale, esa subida no fue la más bonita del mundo. Ni fluida. Ni digna de una nota de más de un cinco. Pero ahí estaba. Encima del caballo. Estable, con mis dos pies intactos. Y sin haber muerto en el intento. Ya era algo.

—¡Subida conseguida! —dijo el presentador con entusiasmo—. Y ahora viene lo más técnico: la figura de la caja al galope.

Vale, siguiente ejercicio, la caja. Es una figura básica de volteo, pero hacerlo al galope es otro nivel. Coloqué las rodillas apoyadas en el *pad*, las manos firmes en las anillas, y el cuerpo en posición de caja con todo superapretado.

Piensa que estás haciendo yoga con un terremoto de nivel ocho debajo, pensé.

Cerré los ojos un segundo para concentrarme y luego los abrí justo cuando el caballo terminaba de dar una vuelta entera. Apreté aún más el abdomen (gracias, clases de core, gracias Mark) y mantuve la posición durante unos segundos.

—¡Caja superada! —gritó el presentador—. Y sin perder la sonrisa, ¡bien hecho, Olivia!

Vale, siguiente: rodillas y manos abiertas al galope. Aquí es donde muchos se caen. Me arrodillé despacito, intentando no hacer movimientos bruscos. Mis manos temblaban. Las solté de las anillas una a una. Estiré los brazos y aguanté. No sé cómo, pero aguanté.

Cinco, seis, siete segundos… ¡hasta que escuché los aplausos y la señal del presentador para volver a sentarme en el *pad!*

Respiré como si acabara de correr una media maratón. Exhausta, sí, pero con una mezcla de adrenalina y orgullo que no me cabía en el pecho.

Quedaba lo último: de pie, al paso, cinco segundos.

Apreté los labios. El caballo bajó el ritmo hasta caer al paso. Me puse en cuclillas. Luego, lentamente, empujé hacia arriba con los talones y me puse de pie. Recordaba cuando en el trimestre pasado habíamos ido a entrenar volteo, y nos explicaron que los talones debían quedar bien apoyados en el *pad* y no bloquearte mucho, dejando que fluyera el movimiento.

Uno…, dos…, tres…,

El público contaba en voz alta.

—¡Cuatro…, cinco!

Me dejé caer suavemente sobre el dorso del caballo y levanté la mano en señal de victoria, lo acaricié con fuerza y luego me dejé caer al suelo. Al tocar el suelo, solté todo el aire que había aguantado en cada acrobacia.

—¡Desafío superado! —dijo el presentador—. ¡Olivia ha completado el volteo con más estilo que ningún jinete!

El público aplaudía, y yo no podía dejar de sonreír. Me temblaban las piernas, sí. Estaba empapada en sudor, también. Pero me sentía invencible con la primera de las seis disciplinas superada, aunque no sabía si mi cuerpo iba a aguantar esto.

El presentador se acercó a las personas que estaban en la primera fila y le preguntó a una niña:

—¿Qué disciplina debería hacer ahora Olivia? —le preguntó mientras le acercaba el micrófono.

—Carreras de caballos —contestó la niña con un tono seguro y confiado.

—Vaya… —contestó el presentador, —te van las emociones fuertes —le dijo mirando a la niña—. Pues ya lo habéis escuchado. Olivia, ¡prepárate para las carreras!

—¿Carreras de caballos? Es la que más miedo me da—dije en voz alta, sin poder evitar la risa nerviosa que me salió.

Me puse las botas de golpe, intentando no pensar demasiado. Si ya me costaba sentirme cómoda con la velocidad que llevaba en las pruebas de salto o en el completo, ¿cómo demonios iba a correr con un purasangre inglés a toda velocidad durante tres vueltas al estadio?

Un chico bajito, con pinta de ser todo músculo y *jockey*, se acercó con un caballo que parecía muy nervioso. Resoplaba, movía la cabeza y se le marcaban la mayoría de las venitas del cuerpo.

El presentador, con su tono de «estamos en directo para todo el país», anunció:

—Whisper es un purasangre inglés de solo cuatro años. Olivia va a tener que correr con él mil metros, tres vueltas al estadio, a máxima velocidad. Como podéis ver, el recorrido está marcado con vallas por todo el borde de la pista del estadio para guiarlos. ¡Esto va a ser épico!

Y tan épico, pensé.

El *jockey* se me acercó mientras yo intentaba acordarme de cómo respirar. Tenía esa mirada que te deja claro que esta prueba no es una broma.

—Escúchame —empezó a decirme el *jockey*—, hay plan A, plan B y plan C. En ninguno de ellos entra poder parar a Whisper. Y menos con tu fuerza. No le he subido los estribos como los llevamos nosotros en carrera, pero vas a ir muy corta. Es muy físico mantener esa posición y te va a doler todo. Agárrate como puedas. En los últimos metros, él entrará en ejercicio anaeróbico, ya sabe lo que son mil metros. Entonces aflojará solo. Mantente en equilibrio, no le tires mucho de la boca y cuidado con la valla. Si vas muy pegada, te puedes enganchar con las botas. Vas a alcanzar unos sesenta kilómetros por hora, así que síguele el ritmo y lo conseguirás. ¿Vale?

Me iba a explotar la cabeza. ¿Cuándo había firmado yo para esto? ¿Dónde quedaban mis clases tranquilas de Anatomía e Historia de la Equitación con Emily y Brooke?

—¿Alguna pregunta? ¿Está todo claro? —dijo él, mirándome como si tuviera miedo de que saliera corriendo—. ¿Alguna pregunta? —repitió al ver que estaba absorta en mis pensamientos.

—Todo claro —respondí, tragándome el miedo.

Él sonrió y me ofreció la mano. Me ayudó a subirme de un salto, y en cuanto puse los pies en los estribos, supe que no había vuelta atrás. Son muy cortos, pensé. Era como si me hubieran encogido las piernas. Iba en posición de sentadilla, el cuerpo inclinado hacia delante, como los *jockeys* de verdad. Solo que yo no era *jockey*.

Acaricié a Whisper, que no dejaba de retrotarse. No sabíamos nada el uno del otro, pero estábamos a punto de compartir una carrera que no se me iba a olvidar jamás.

El *jockey* nos guio al cajón de salida, colocado en una esquina del estadio.

—Cuando suene la pistola y se abra el cajón, empieza el juego. Último consejo, no te olvides de respirar —me dijo el *jockey*, acariciando a Whisper con suavidad.

Intenté no pensar. Primera misión del día: terminar la carrera; segunda: no olvidarme de respirar; y tercera: bloquear el ruido del estadio, los aplausos, los nervios. Todo. Solo yo, Whisper y otra prueba más. Respirar. Una. Dos. Tres veces.

¡PUM!

La pistola sonó. El cajón se abrió. Whisper salió como si le estuvieran disparando a él. Menos mal que estaba preparada, porque, si no, me habría dejado ahí sentada en el cajón, como los dibujos animados en el que el caballo arranca, pero el jinete se queda en el mismo sitio.

No me daba tiempo a pensar. Solo a reaccionar. Mis piernas ardían y no llevaba ni una recta. Tenía que aguantar. Como fuera, pero esa posición me estaba matando.

En la primera vuelta intenté aguantar un poco tirando de las riendas, enseguida me di cuenta de que era imposible y me dolían los muslos, los brazos, los gemelos, el alma. Todo. Pero no aflojé.

En la segunda vuelta ya me sentía más segura. Empecé a dejarme llevar por su ritmo, a confiar. Mis manos se movían con el movimiento, acompañando. Whisper sabía perfectamente lo que tenía que hacer e iba como una flecha. En un momento miré hacia abajo y por delante de su espalda podía ver sus manos estiradas al máximo en cada tranco.

En la tercera vuelta no pensaba en nada. Solo sentía e intentaba aguantar, aunque me ardieran todos los músculos. Era la última vuelta, y entre todo ese dolor pensé que qué feliz era. Qué valiente. No mucha gente tenía la oportunidad de hacer esta locura y que si salía bien lo iba a recordar para el resto de mi vida.

Cruzamos la línea de meta. Whisper empezó a frenar. No las tenía todas conmigo de si pararía o si íbamos a seguir corriendo tres vueltas más, pero a los pocos metros supe que estaba aflojando.

Yo… yo quería reír, llorar y vomitar al mismo tiempo. Efectivamente se me había olvidado respirar en la última recta y eso no ayudaba, porque ahora mismo me faltaba mucho aire.

Cuando por fin Whisper paró del todo, me dejé caer con cuidado. Las piernas me temblaban tanto que casi me voy al suelo intentando recuperar el aliento.

—¡Increíble, Olivia! ¡Has hecho un tiempo impresionante! —gritó el presentador—. ¡Has corrido como si llevaras toda la vida siendo *jockey*!

Al menos esta era la disciplina más complicada de todas y la que más miedo me daba, o eso esperaba. Pero de lo que estaba segura era de que ya había tenido adrenalina suficiente para el resto de mi vida.

El presentador volvió al centro del estadio, parecía estar en su salsa y animaba al público con ganas.

—¡Y ahora…, atentos, porque Olivia se enfrenta a la tercera disciplina del día! —dijo con ese tono emocionante—. ¡Vamos con el enganche!

El estadio estalló en aplausos. A mí se me cayó el alma al suelo.

Capítulo 33

¿Enganche? Es la que me apetece, pensé desganada, recordando la primera vez que fui con Jack y me costó bastante rato hacerme con los ejercicios.

—¿Olivia? —dijo el chico del chaleco que llevaba un caballo enganchado a un pequeño carruaje, bajándose las gafas de sol—. Soy Alex. Vamos a hacer enganche. Es una limonera, es decir solo vas a tener que guiar un caballo —señaló el carruaje y acarició al caballo—. Se llama Ohio. Es un frisón, muy noble, no creo que te dé mucho problema después de todo lo que estás haciendo, que por cierto estás que te sales.

Aunque sus palabras me relajaron, le miré como si me acabara de pedir que pilotara un avión sin carnet.

—¿Y… qué tengo que hacer exactamente? —pregunté casi sin saber si realmente quería saber la respuesta.

Alex sonrió.

—Tranquila, yo te explico todo. Es la prueba de conos, maratón y doma todo en una —me dijo sonriendo.

Justo lo que quería, pensé.

Miré a mi alrededor. Habían montado un circuito dentro del estadio con conos rojos y bolas de tenis encima de cada cono. Parecía un campo de minigolf para gigantes. Debía pasar por en medio de los conos, si tocaba un cono, la bola se caería. Penalización. Y realmente había muy poco espacio entre los conos, así que debía calcular bien cómo entrar. Después quedaba un puente

en el que debía subir y bajar, y una serie de figuras en sitios específicos como círculos, diagonales al trote y al galope y paradas.

Tragué saliva.

—Vale. Dime cómo lo tengo que hacer.

—Súbete primero al carruaje. Ahí. ¿Ves ese asiento? —Me señaló la pequeña banqueta acolchada en el centro, era superpequeña en comparación a la que nos habíamos subido Jack y yo el trimestre pasado—. Ponte recta, pies bien apoyados. Coge las riendas. Si tiras, frena. Si sueltas, acelera. Fácil. Usa tu voz también, tranquila, suave, silba para frenar y haz la ranita para acelerar.

—¿Y si se me descontrola el tema? ¿Qué tengo que hacer en caso de emergencia?

Alex dejó escapar otra sonrisa.

—Ohio no se descontrola. Si tú estás tranquila, él también. Piénsalo, es como una primera cita a ciegas. Pero con ruedas.

No sé por qué, pero me hizo gracia. Reí. Muy bajito, pero reí.

—¿Lista? —preguntó Alex.

—No lo sé, pero vamos a fingir que sí —respondí, y él me guiñó un ojo.

El presentador gritó:

—¡Y Olivia empieza su recorrido de enganche ya!

Y sonó un silbido suave.

Toqué las riendas con suavidad y aflojé el contacto. Ohio arrancó al paso con calma, y yo casi lloro de alivio. No salió disparado. No me dio la sensación de descontrol. Solo… iba al paso.

El primer tramo era recto y al paso, entre conos bastante juntos, pero facilito. Luego venía una curva cerrada, y después una especie de zigzag, y eso sí que parecía imposible.

—Vamos, Ohio —susurré.

La gente aplaudía. Yo solo escuchaba mi respiración.

En un momento, Ohio pareció querer acelerar. Me tensé. Pero en lugar de tirar, hablé.

—Sshhh…, despacio. Tranquilo.

Y funcionó. Ohio bajó el ritmo como si lo hubiera hecho toda la vida conmigo.

Me empecé a emocionar. No porque fuera fácil. No lo era. Pero me sentía conectada con Ohio y con algo de control.

Cuando llegamos al último tramo, empecé a hacer los ejercicios al trote y galope, su galope era lento y pesado, perfecto para poder tomar decisiones sobre dónde girar a tiempo.

Cruzamos la línea final sin haber tirado ni una sola bola, y con círculos que parecían un poco más huevos que círculos, pero los hicimos en el aire correcto.

Silencio. Un segundo. Y luego… el estadio explotó.

Gritos mientras coreaban: Olivia, Olivia…

Alex se acercó cuando me bajé.

—¿Lo ves? ¿Has visto lo que has hecho?

Asentí, pensando cuánta adrenalina era capaz de procesar un cuerpo en un día, porque si no había llegado a mi límite, poco le faltaba.

—Sí. Lo he hecho —le dije.

—No solo eso —dijo el presentador al micro que nos estaba escuchando—. ¡Lo ha hecho sin penalización alguna! ¡Olivia supera el enganche con una precisión espectacular!

Ohio se apoyó en mi hombro para rascarse la cara. Le acaricié el cuello, agradecida.

—Gracias, campeón —susurré.

Estaba que me salía, convencida de que podía comerme el mundo y de que me pusieran la disciplina que me pusieran la superaría. Me sentía tan metida en la adrenalina del momento que no tenía tiempo ni para pensar que estaba cansada.

Me acababa de bajar del carro del enganche y recuperado el aliento, cuando ya el presentador anunciaba lo siguiente:

—¡Y ahoraaaa…! ¡Nos vamos al salvaje Oeste!

Me giré tan rápido que casi me caigo de culo. ¿Salvaje Oeste? Eso solo podía significar doma *western*.

—Olivia, prepárate, porque viene la disciplina más cañera y diferente de todas. ¡La doma *western*!

A ver, sí, había oído hablar del *western*. Y sí, había visto vídeos de vaqueros y caballos que hacían ejercicios como el *spin*, disparaban con sus pistolas a los enemigos y lanzaban el lazo para coger vacas. Pero no estaba mentalmente preparada para convertirme en *cowgirl* de un momento para otro.

El chico con tejanos, sombrero vaquero que sujetaba en una mano al caballo y en la otra una chaqueta de flecos empezó a andar hacia el medio de la pista. Al caballo lo identifiqué enseguida gracias a las clases de razas que habíamos estado dando este trimestre, porque tenía un físico muy característico. Era un *quarter horse*, castaño claro, con una grupa supermusculada, de esos que parecen pequeños, pero tienen toda la potencia del universo metida en las patas traseras.

—Tex es uno de los mejores caballos de doma *western* que nos han prestado para la prueba de Olivia —lo presentó el presentador —, ganador de varias competiciones. Olivia va a tener que hacer una rutina de *reining*, llamada *pattern*, que incluye círculos, paradas, los barriles, tirar el lazo y el famoso *sliding stop*.

Yo, mientras tanto, tragaba saliva una vez más, no tenía ni idea de los ejercicios de la doma *western*.

—Soy Diego. No te preocupes, Tex se lo sabe todo. Ponte esta chaqueta que te va a dar más *flow* —dijo mientras me ayudaba a ponérmela.

La verdad que sí me daba un aire de *cowgirl* y me metía más en el papel al menos, si hacía un desastre en la prueba, iría monísima.

—¿Y cómo son los ejercicios?, ¿tengo que hacer el *sliding stop* ese de verdad? —pregunté, medio en broma medio a punto de llorar.

—Sí. Pero relájate. Solo tienes que galopar con energía y, cuando lleves buen ritmo, frenar de golpe —dijo sin perder esa sonrisilla de quien ya ha visto a muchos como yo pasar por lo mismo.

Me ayudó a subir. La silla era distinta, mucho más ancha, más cómoda, y las riendas se tenían que llevar casi completamente

sueltas. Me senté, coloqué los pies en unos estribos también raros, apoyé mis manos en el pomo de delante de la silla y cogí aire.

Vale. Vamos a ello. Ya has hecho locuras hoy, no pasará nada si haces una más, Olivia. Este día no se te va a olvidar nunca.

El presentador volvió a hablar.

—Cuando suene la música, empieza la rutina. Olivia, todo tuyo.

Y entonces, empezó a sonar una canción *country*.

Era como estar en mitad de una peli. Solo me faltaba el sombrero. Aunque por seguridad prefería mil veces más mi casco.

Primero, círculos grandes a galope. Esta parte, controlada. Después, círculos más pequeños, y el galope más lento, no conseguía sentirme cómoda con esa montura galopando, bloqueaba mucho la cadera y me daba la sensación de que debía fluir más para coger el ritmo, todo lo contrario a la posición de doma clásica. Al final, estas monturas de *western* se habían hecho para pasar largas horas en el campo montados, conduciendo a las vacas de un lugar a otro.

Después vinieron los giros de trescientos sesenta grados sobre los posteriores, lo que llaman *spins*. Tex giraba tan rápido que casi me sentía dentro de una lavadora. Me agarré fuerte con las piernas y solté una carcajada.

—¡Y ahora, los barriles y el *sliding stop!* —anunció el presentador.

Ok. Este era el momento. La prueba final del *western*. Le solté rienda a Tex, y eso empezó a galopar como un demonio, casi me salía de la montura. Al llegar al primer barril, intenté girar cerrado, pero me daba un poco de miedo, así que no conseguimos recortar mucho. En el segundo y tercer barril, pensé, ahora o nunca, giré supercerrado y con mi rodilla casi rozando el barril, giramos. Parecía que iba a salir volando por uno de los lados mientras bordeaba el barril.

Salí del ejercicio, iba a toda velocidad. Vi la marca en el suelo que indicaba el inicio del *sliding stop.* Era ahí. Di la orden con el cuerpo y la voz:

—¡Whoa!

Tex se clavó. Sus patas posteriores se arrastraron sobre la pista mientras las patas delanteras se paraban en seco. Fue como frenar un tren a golpe.

Yo grité de la emoción levantando la mano una vez más. El estadio gritó conmigo.

Lo habíamos hecho.

Diego apareció mientras volvía al paso con Tex. Me ayudó a bajar despacio.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó.

—Creo que ya estoy preparada para mudarme a Texas —le dije en broma.

El presentador se acercó una vez más hacia mí, y luego se dirigió al público:

—¡Y así, señoras y señores, Olivia no falla y ha completado las primeras cuatro disciplinas del día! ¡Una auténtica amazona todoterreno!

Capítulo 34

Llevábamos más de la mitad de la prueba. Solo me quedaban dos. Solo dos, intentaba repetirme, como si con eso pudiera engañar a mi cuerpo, que ya estaba pidiendo vacaciones, masajes y probablemente una semana entera durmiendo sin que sonara el despertador. Pero claro…, ¡qué dos disciplinas me quedaban! No eran precisamente las más tranquilas del mundo ni en las que confiaba hacerlo bien, porque nunca las había probado.

Mientras me colocaba bien el casco y bebía un poco de agua que teníamos ahí preparada (no por sed, sino porque sentía la boca como si hubiera masticado arena, que seguramente era así y tuviera arena por todos los centímetros de mi cuerpo) los caballos con los que ya había hecho las pruebas estaban saliendo poco a poco del estadio.

Yo los despedía mentalmente uno por uno. Gracias por no matarme, Whisper. Gracias por no dejar que saliera disparada, Tex. Gracias por no desbocarte, Ohio. Y así con el resto.

En el centro del escenario, aún quedaban dos personas con los respectivos caballos.

Una chica sujetaba un caballo castaño oscuro. Elegante, con las crines trenzadas en pequeños moñitos, y una montura muy diferente a las normales en el dorso. Era una montura más alta y le salían dos grandes cornetas de cuero en el lado izquierdo.

La otra chica llevaba un carcaj colgado en el hombro, lleno de flechas, y sujetaba un arco largo en la otra mano. El caballo que

estaba con ella era un alazán, de mirada vivaracha. Parecía listo para salir corriendo en cuanto alguien le diera permiso.

Miré al presentador, que se acercaba con esa sonrisa suya de «esto te va a encantar». Yo no sabía si tenía ganas de reírme o pedirle que me sacara de ahí ya de ya.

—Y ahora —dijo con su voz que resonó por todo el estadio—, llega el momento de elegir entre estas dos disciplinas. Olivia, ¿quieres probar suerte primero con la disciplina de monta a la amazona… o con el temido tiro con arco a caballo?

Miré a las gradas. La gente estaba *on fire.* Algunos gritaban y coreaban:

—¡Tiro con arco!

—¡Amazona!, ¡amazona!

Realmente estaban tan metidos que parecía una final de la Liga de Campeones.

No tenía ni idea.

Pero entonces me volví a fijar en el caballo con la montura de cornetas y pensé en una cosa que me hizo sonreír sin querer: me habría encantado ver a los chicos seleccionados haciendo esta prueba montando a la amazona, con las piernas de lado, intentando mantener el equilibrio. El público se lo debía de haber pasado genial, solo de imaginarlo me entró la risa.

—Amazona —le dije al presentador, con una media sonrisa cómplice.

Él asintió, como si hubiera estado esperando esa respuesta.

—Muy bien. ¡Todo tuyo! —me dijo.

La chica se acercó con el caballo. Era precioso, de esos que parecen sacados de una pintura antigua. Me fijé en la montura y se me escapó un *wow* sin darme cuenta. La montura era de amazona de verdad, con detalles grabados en dorado, nunca había visto una en directo.

—Hola, Olivia —me dijo la chica, sonriendo.

Asentí, fue lo único que me salió.

—Yo soy Claire. Este es Adagio. Compite a la amazona y hasta ha hecho desfiles, tiene caráct…

—¿Cómo se monta esto…? —la interrumpí, tocando la silla, sin haber prestado mucha atención a su presentación.

Claire se rio.

—Te ayudaré, súbete. Apoya el pie izquierdo aquí, gira la cadera y pasa ambas piernas hacia la izquierda. Una por arriba de la corneta y la otra por debajo. Asegúrate de engancharte con la rodilla y mantener el tobillo cerca del caballo. La pierna izquierda actuará como cuando montamos a horcajadas. La derecha solo está ahí sin hacer nada. En el lado derecho, donde no tienes la pierna, puedes coger esta fusta para ayudarte.

Más fácil decirlo que hacerlo, pensé.

Me subí con su ayuda, y madre mía. Sentarse ahí arriba con las dos piernas del mismo lado era rarísimo. Me sentía como una dama…, pero una que se podía caer en cualquier momento.

—¿Lista? —me preguntó el presentador.

—No, pero vamos a ello —le contesté con honestidad, acercándome al micrófono.

Todo el mundo se rio.

—La prueba consiste en recorrer este circuito marcado con conos, mantener un galope constante durante una recta y un círculo y luego cambiar de mano al paso, girando sin perder la compostura y repetirlo a la otra mano al galope, si rompe el aire cayendo al trote o al paso, debes volver a empezar. Se valora la posición, el control y, por supuesto, la elegancia.

Elegancia, dice. Mientras yo sentía que iba a desparramarme de un momento a otro por el lateral de la silla.

Adagio empezó a moverse al paso. Me esforcé para mantener la espalda recta, los hombros erguidos y la mirada al frente.

Siéntete una princesa de la Edad Media, nada de mirar al suelo. Aunque mi instinto me pedía que me agarrase con las dos manos a la montura, como cuando empecé a trotar en mis primeras clases en Blackwood Stables. Pedí galope, primero a mano izquierda, que era

la fácil, ya que la pierna me colgaba por ese lado de la montura. Me sentía como si hiciera yoga en una tabla de surf en medio del mar, pero bueno, al menos no me daba la sensación de caerme.

La verdad que Adagio estaba domado. Mentalmente les di las gracias a los organizadores por traer caballos que sabían lo que hacían. El galope era corto, lento y saltado, en la segunda mitad del círculo me relajé un poco y hasta me sentí algo más confiada. El público lo notó y aplaudió cuando terminé el recorrido marcado.

—¡Maravilloso! —gritó alguien desde arriba—. ¡Eso ha sido superbonito!

Me bajé de Adagio con cuidado. Claire me chocó la mano y me dijo:

—Lo has hecho muy bien para ser tu primera vez.

Le di las gracias y miré al presentador.

—¿Te quedan fuerzas para una prueba más? —dijo con una sonrisa—. ¡Tiro con arco a caballo!

Su voz retumbó por los altavoces del coliseo. Respiré hondo. Solo quedaba una.

Una, me dije a mí misma. Seguía teniendo los músculos tensos, el corazón aún a mil por hora y, sin embargo, no podía evitar sonreír. Había llegado hasta aquí. Había pasado el enganche, la monta a la amazona, el volteo, las carreras, el *western*… ¿Qué importaba hacer una prueba más? Seguramente, no en todas los jueces me habrían dado supernotas, pero seguro que ninguna había sido un desastre total.

El estadio se había quedado en un silencio expectante. En medio de la pista, la chica que sujetaba el caballo con un carcaj lleno de flechas colgando de su hombro avanzó hacía mí.

El público estalló en aplausos y yo sentí cómo se me encogía el estómago.

La chica era alta, vestida con un conjunto que recordaba a los mongoles de las estepas montados a caballo, y el arco que llevaba no tenía nada que ver con los que había usado alguna vez en algún campamento de verano. Que, nota importante, eran los únicos que

había visto y probado en mi vida, pero eran suficientes para tener unas nociones básicas y saber cómo colocar la flecha y tensar el arco para disparar.

Aunque aquel sí que era un arco de verdad.

—Soy Luna —dijo sonriendo—. Y él es Arrow. No me digas que el nombre no es perfecto para esta prueba.

—Y yo soy Olivia. Y nunca he hecho esto. Bueno, lo típico…, un par de veces en un campamento, pero con un arco que parecía de juguete, comparado con esto.

Luna me miró con una mirada que me decía «te entiendo».

—Entonces estás a punto de vivir una de las experiencias más divertidas —añadió con una risita—. Pero no te preocupes, esta prueba es de precisión y ritmo, no de velocidad. Vas a tener dos partes. Una al paso, donde deberás acertar al menos una flecha en las dianas pequeñas. Luego, otra al galope, con dianas más grandes. Tienes diez minutos para intentarlo todo.

—¿Y si no le doy a ninguna? —pregunté con cara de susto.

—Entonces no puntuarás. Pero no te preocupes, no serás la primera seleccionada sin puntería. Pero si le das a alguna… eso es la suerte del principiante.

Solté una carcajada, nerviosa.

—Me vale.

Luna me explicó rápidamente lo esencial: cómo colocar el arco, cómo girar el torso para mantener el equilibrio, cómo colocar las flechas en el arco, como apuntar, cómo no interferir con el movimiento del caballo y, sobre todo, cómo mantenerme en suspensión. Si me sentaba, el arco se movería demasiado y no acertaría ni de milagro. Demasiada información en solo dos minutos.

La pista se había transformado una vez más. Había dianas pequeñas al principio, bien alineadas, a unos cinco metros del recorrido marcado. Más adelante, dianas grandes para la parte al galope. Lo que me tranquilizó fue ver que habían colocado unas redes a modo de protecciones enormes detrás de todo el circuito.

Así que al menos, si fallaba (que tenía clarísimo que iba a pasar), no me iba a cargar a ningún espectador.

Arrow y yo nos dirigimos a la salida. Luna me ayudó a colocar el carcaj y el arco en posición. El cuero del carcaj me rozaba la cadera y ya tenía la sensación de que me iba a estorbar.

—Confía en él —me dijo Luna—. Y respira.

Yo creo que ya había gastado todas mis reservas de confianza con cada caballo al que me había subido.

El presentador levantó la mano:

—¡Al lío, Olivia!

Me coloqué. Arrow empezó a andar despacio, al paso. Me centré en la primera diana. Saqué una flecha, con torpeza, y me levanté de la montura, tenía que sostener la posición de suspensión, no mover la parte superior del cuerpo y mantener una línea recta con el brazo.

Tensé.

Disparé.

Y…

¡PLOP! Fallé, pero no de poco no… Literalmente, ni me había acercado a la diana. Miré cuántas flechas me quedaban para intentarlo y, al ver que no había más de diez, me sentí aún más agobiada. Cogí otra, tensé, intenté apuntar más abajo viendo que mi primer intento había ido muy arriba y…

¡Diana!

Una sonrisa tonta me invadió la cara. ¿Le había dado? ¡¿LE HABÍA DADO?! Me giré un segundo para asegurarme. Sí. La flecha estaba clavada en el borde, a punto de salirse, ¡¡pero dentro!! No me lo podía creer.

La suerte del principiante. Totalmente.

Luna, desde el borde de la pista, me gritó:

—¡Prepárate!, ¡ahora, al galope!

Me fui directa a la zona donde estaban las dianas grandes para seguir. El primer disparo lo fallé. El segundo ni me acerqué. Tragué saliva. Otra vez, Olivia, pensé, te quedan seis flechas. Arrow empezó a acelerar, y ahí fue cuando la cosa se puso realmente difícil.

Intenté sacar una flecha y se me cayó. Saqué otra y fue al suelo también.

Olivia, no es por meterte presión, pero solo te quedan dos, me dije a mí misma. El movimiento de Arrow hacía que todo temblara. Me costaba mantenerme en suspensión sin rebotar. Tenía que aguantar como una estatua, y al mismo tiempo mover el brazo con precisión milimétrica. ¿Quién inventó esta locura? ¿Cómo lo hacían en la prehistoria sin casi ni monturas ni buenos arcos para cazar algún animal en esta posición? Yo me hubiera muerto de hambre o me habría tenido que alimentar a base de plantas. Una de dos.

Logré colocar una flecha. Me temblaba la mano, me notaba el sudor por la cara, pero tensé y disparé. La flecha se fue fuera.

Arrow iba a un ritmo constante al galope y eso era alucinante, teniendo en cuenta el ambiente y que iba totalmente sin riendas ni nadie que le guiara, pero lo puse un momento al paso para colocar bien la flecha y no jugármela a que se me cayera, ya que era la última que me quedaba.

Cogí aire. Flecha encajada. Pedí galope. Apunté.

Disparé.

¡CLACK!

¡Diana grande! No en el centro, pero ahí estaba. Me había temblado todo el cuerpo al soltarla, y no estaba segura ni de haber soltado la cuerda del arco en el momento correcto ni con la fuerza suficiente, pero había entrado.

Cuando Arrow cayó al paso, no sabía si quería bajarme y besar el suelo o tirarme en plancha sobre su cuello y decirle que era mi nuevo héroe. Hice lo segundo.

Me giré a mirar el estadio. El público aplaudía con locura mientras se preparaba para ver al próximo participante en entrar al estadio.

Capítulo 35

Hacía rato que el estadio ya no rugía con la misma fuerza de hacía unas horas. El sol empezaba a caer, dejando el cielo de tonos naranjas color melocotón, pero todavía con trocitos de cielo azul, y una brisa suave que secaba mi sudor postpruebas. Los últimos participantes iban terminando las disciplinas y, la gente de las gradas seguía de cerca a sus participantes favoritos. Era un evento largo, de casi siete horas. Entre prueba y prueba, los asistentes salían del estadio a comer algo, a pasear o a visitar los alrededores de la Academia Rider. Pero ahora, todos estaban volviendo porque esto había llegado a su fin.

Cuando Patrick, el último en competir, cruzó la meta final con el caballo de carreras que le había tocado a él, los jueces dieron unas instrucciones por megafonía. Todos los participantes teníamos que volver a entrar al estadio.

Me temblaban las piernas por una mezcla de esfuerzo físico, de nervios y expectación. Estábamos todos colocados en semicírculo en el centro de la pista junto con el presentador. Los focos se encendieron iluminándonos a cada uno de nosotros. Todo parecía de película. Las grandes pantallas del estadio empezaron a cambiar de imagen. Primero, con fotos de las pruebas. Luego, aparecieron todos nuestros nombres. Y, de repente, todo el mundo se quedó en silencio.

Los marcadores empezaron a moverse, como si alguien estuviera recalculando las puntuaciones en directo. Números que subían y bajaban, flechas que se colocaban junto a nuestros nombres que se

movían más arriba o más abajo, dependiendo de las puntuaciones que iban introduciendo los jueces de la quinta prueba en directo.

Entonces, empezó a sonar una música épica, *Run Free* de la película *Spirit*. La reconocí al instante y sentí cómo se me erizaban el vello de los brazos. Los nombres brillaban en las pantallas, mientras el presentador, con la voz cargada de emoción, levantaba el micrófono:

—Y la ganadora de esta edición de la Copa de Naciones es… ¡¡¡Olivia Thorn!!!

Por un segundo, me quedé en blanco.

—¿Qué? —susurré, sin creerlo.

—¡QUE HAS GANADO! —gritó Magnus desde mi lado, completamente fuera de sí.

En ese preciso momento, en el marcador aparecía el TOP tres: Olivia Thorn, Hans Müller y Magnus Olsen.

Estuve unos diez segundos con la mirada perdida y con un silencio absoluto dentro de mi cabeza, hasta que *clack*, de golpe todo el ruido volvió y fue como si mi cerebro, por fin, conectara con la realidad. Había ganado. ¡Había ganado! No sé cómo, no sé en qué momento, pero ahí estaba mi nombre. El primero.

No pude contenerme. Se me escaparon unas lagrimitas. Pero no de tristeza. De emoción. Era una mezcla entre alivio, felicidad absoluta y agotamiento total.

De las gradas saltaron Jack, Emily y Brooke. Los tres bajaron corriendo como locos, esquivando a la gente de la organización que intentaba que justamente no pasara esto, mientras yo me tapaba la cara con las manos, aún sin creerme nada. Jack fue el primero en llegar. Me levantó del suelo de un abrazo, girándome en el aire.

—¡Eres increíble! ¡In-cre-í-ble! —decía una y otra vez, riéndose como si él también hubiera ganado, besándome la cara.

Brooke me dio un empujón en el hombro y luego me abrazó. Emily también me llenó la cara de besos y me apretó tanto que casi me deja sin aire.

—¡Lo has conseguido! ¡Eres la ganadora de la Copa de Naciones! —gritó Emily, saltando a mi lado.

Y en ese momento, una señora vestida de traje sofisticado se acercó con una bandeja brillante. Encima, había una copa enorme de plata con las asas en forma de caballo y una escarapela gigante con letras doradas que decían: «Ganadora de la Copa de Naciones - Academia Rider - Olivia Thorn».

Me colocaron la escarapela en la chaqueta. Era tan grande que me cubría casi todo el pecho. Me entregaron la copa entre aplausos, con *flashes* de cámaras por todas partes.

El presentador se acercó con un micrófono.

—Olivia, ¿puedes decirnos unas palabras?

Me limpié un poco la cara con la manga, porque estaba hecha un desastre. El corazón me latía tan fuerte que pensé que se me iba a salir por la boca.

—Bueno… —empecé con la voz algo temblorosa—. No sé muy bien qué decir. Estoy feliz, claro. Sorprendida. Agotada. Y un poco en *shock*, la verdad. Esta experiencia ha sido brutal, pero si soy sincera… ¡no quiero repetirla de momento! —La gente se rio, por suerte—. He pasado miedo, emoción, cansancio extremo y más de un momento en el que pensaba que no iba a salir de ahí ilesa.

Tragué saliva pensando en Liberty.

—Quiero dar las gracias a todas las personas que me han apoyado. A mis amigas, a Jack, que han estado ahí en cada prueba, animándome incluso cuando yo misma no confiaba del todo en mí, ayudándome a sacar fuerzas de donde fuera. A los profesores de la academia y a Mark. A Mrs. Sabina, que bueno…, aún estoy pensando si darle las gracias o no. —Pensé buscarla entre el público, pero lo dejé para luego—. También quiero agradecer a los otros finalistas: lo habéis puesto realmente difícil. Habéis demostrado ser grandes jinetes y amazonas, y ha sido un orgullo competir con vosotros. Pero sobre todo…, gracias a Liberty. Porque sin él nada de esto habría sido posible. Él lo ha dado todo por mí, sin dudar.

El público estalló en aplausos otra vez. Jack me apretó la mano. Y de fondo vi a Mrs. Sabina, que estaba en la pista y asentía con la cabeza orgullosa mientras nuestras miradas se cruzaban y me guiñaba un ojo. No sabía si quería enfadarme con ella por haber metido mi nombre en la urna sin avisar o abrazarla por haberme enseñado a creer en mí y haberme traído a esta locura de academia.

La elegante señora que nos había repartido las copas le cogió el micrófono al presentador, esta vez anunciando los premios especiales para los tres ganadores.

—Nuestros tres vencedores de esta Copa de Naciones recibirán regalos únicos, pensados para ellos especialmente, consensuados por cada una de sus academias, en función de sus talentos y su recorrido. Pero primero debemos dar la enhorabuena a los otros participantes que han quedado en la siguiente posición:

En la pantalla aparecieron las puntuaciones finales:

Clasificación COPA DE NACIONES:

1.° Olivia y Liberty - 47 puntos
2.° Hans y Valkyrie - 46 puntos
3° Magnus y Skadi - 40 puntos
4.° Marie y Belle Étoile - 31 puntos
5.° Roos y Rembrandt - 28 puntos
6.° Patrick y Shamrock - 22 puntos
7.° Nil y Soñador de Vida - 13 puntos
Joäo y Trovao: eliminados

Marie, después de fallar en la primera prueba, había recuperado un montón de puntos, estaba feliz por ella y por cómo había sabido revertir la situación.

—Y ahora sí, vamos a por los premios, en tercer lugar, Magnus…

Hizo una pausa dramática.

—… va a disfrutar de un mes de formación intensiva en Estados Unidos en doma en libertad con una de las amazonas más reconocidas: Leslie Desmond.

Magnus levantó los brazos en señal de victoria y gritó un ¡VAMOS! que se escuchó hasta en la otra punta del estadio.

—Para Hans —continuó la señora—, que ha quedado en segunda posición, un potro de dos años, con las mejores líneas de caballo de completo, seleccionado por criadores expertos, que crecerá junto a él como su nuevo compañero de futuro.

Hans, que seguía pareciendo de piedra y como si no le hubiera afectado quedar segundo, le chocó la mano a su entrenador con ímpetu.

— Y para nuestra ganadora… Olivia,

La miré nerviosa, sin saber bien bien qué esperar.

—… se lleva un viaje este verano por Europa para entrenar en cuatro centros diferentes. Una semana en cada país, con Liberty, su caballo, para aprender de los mejores profesionales y vivir de verdad la experiencia de trabajar en el mundo del caballo. Será un viaje inolvidable y un paso más en su formación como amazona.

Me llevé las manos a la cabeza. ¡Un mes entero por Europa con Liberty! ¿Eso era real? ¿Yo iba a vivir eso? ¿En serio? ¿Y este verano? ¿El verano que se suponía que quería descansar y recuperarme?

El estadio volvió a estallar en aplausos.

Los tres subimos al podio improvisado en medio de la pista. Con nuestras copas, nuestras escarapelas gigantes y unas sonrisas que no nos cabían en la cara. La música subió de volumen y empezaron a lanzar confeti mientras de la parte superior del estadio salían fuegos artificiales que explotaban, iluminando el cielo naranja de todos los colores.

Jack se acercó por detrás y me abrazó por la cintura, apoyando su mentón sobre mi hombro.

—¿Te lo crees ya? —me preguntó.

—No. Y creo que voy a necesitar varios días para asimilarlo y procesarlo.

Con las chicas, Jack y los seleccionados, nos hicimos mil fotos, *selfies*, vídeos… Nos reímos tanto que me dolía la barriga mientras el estadio se vaciaba.

—Eres una *crack*, tía —dijo Brooke—. Ahora te van a mirar de otra manera en la academia. Ganadora, viajera internacional y todo eso… ¡imagínate!

—Ya ves, ¿me podré hacer la interesante ahora?

—Obvio —añadió Emily—. Pero solo un poco. Que te conocemos.

Nos abrazamos otra vez, las tres juntas.

Y ahí, en medio de todo aquello, solo podía pensar una cosa:

No había ganado muchas cosas en mi vida. Pero hoy… hoy lo había ganado todo.

Capítulo 36

Ala mañana siguiente de la entrega de premios, la resaca emocional todavía me daba vueltas por la cabeza. La copa la había colocado en mi mesilla, aunque casi no cabía, y la escarapela colgaba de la lámpara del medio de la habitación porque no sabía bien dónde colocarla. Volver a mi habitación con las chicas me hacía feliz. Pero no podía entretenerme mucho más con mi nuevo estatus de ganadora de la Copa de Naciones, porque, por increíble que pareciera… ¡empezaban los exámenes!

—Ya me podrían haber dado de premio no hacer ni un examen más —murmuré a las chicas mientras buscaba mis apuntes de razas de caballos—. O al menos… ¡Que me perdonaran este trimestre!

Pero no. Por mucho que ahora me conociera media Inglaterra y hubiera puesto a la Academia Rider en el top ecuestre del mapa europeo, no parecía que ningún profesor fuera a perdonarme ni una sola pregunta. Aunque, si suspendía alguna…, esperaba que, con lo que había hecho por la reputación de la academia, nadie tuviera la cara de echarme o quitarme la beca. Por favor, un poco de compasión, que acabo de galopar a sesenta kilómetros hora en un estadio lleno de gente, entre otras mil locuras.

Aun así, no me relajé. Me puse las pilas como nunca y lo di todo. Sobre todo, en el examen de razas, que me salió tan perfecto que, si me hubieran dejado, habría firmado mi nombre con purpurina. Me sentía en mi salsa, hablando de orígenes, características, alzadas y temperamentos.

Después del último examen, justo cuando estaba dejando mi lápiz en la mesa, vi a Mark esperándome en la puerta con la mochila en la espalda y la maleta en el suelo. El que me había hecho sudar más que nadie en la academia. Me acerqué con una sonrisa, y él me dio una palmada en la espalda que casi me saca un pulmón.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti, Olivia.

Le miré con cara de «no digas eso, que me pongo roja».

—Mark…, en serio, sin ti no habría sobrevivido. Me acordé de ti en cada prueba. De todas las flexiones, de los malditos *burpees*, de los abdominales hasta que no sentía el cuerpo. Me salvaste la vida. Bueno, el *culo* más bien.

Él soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Tú hiciste el trabajo duro. Pero no te relajes ahora, ¿eh? Para un jinete, la forma física es clave. No sirve de nada tener técnica si te caes en la segunda vuelta por no aguantar físicamente el trote en suspensión.

—Lo sé. Prometo que no me olvidaré nunca de la parte de mi entrenamiento físico. Llevaré el TRX en la maleta —le guiñé un ojo.

Mark se despidió con un fuerte abrazo. Fue un momento más emotivo de lo que me esperaba. Habíamos pasado meses currando juntos y, de repente, se me hacía raro pensar que no iba a verlo todas las semanas gritándome en el gimnasio. Me dejó con el nudo en la garganta y una promesa:

—Cuando vuelvas de Europa, te quiero ver más fuerte que nunca.

Me giré para irme, pero alguien me tocó el hombro.

—Mrs. Sab…

—Hola, Olivia —dijo ella con toda la calma del mundo—. Enhorabuena.

Me encogí un poco, intentando parecer indiferente, aunque por dentro un torbellino de emociones me daba vueltas y quería decirle de todo.

—Ya… bueno…, ¿de verdad pensó que lo podía hacer bien cuando decidió poner mi nombre en la urna sin avisarme?

Ella sonrió, segura de sí misma, casi como si ya hubiera previsto mi reacción.

—No tenía ninguna duda —contestó.

—¿Y no sufría por mí y por… Liberty? —pregunté, incapaz de disimular la preocupación.

—Bah, en algún momento puntual sí —admitió—, pero sabía que con su ingenio lo sacaría adelante. Igual que sé que esta nueva aventura que tiene por delante le va a cambiar para siempre.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—Me está dando miedo y… la verdad, no sé si debería agradecerle u odiarla por… hacernos participar en esa locura.

Ella se detuvo un momento y me miró.

—Algún día me lo agradecerá, señorita. No lo olvide. Si sigue aprendiendo y formándose, puede ser una gran profesional.

Mientras se alejaba, no pude evitar soltar un suspiro. Perfecto…, con profesores así, una no sabe nunca lo que va a pasar.

Los días siguientes fueron una mezcla de despedidas, maletas y una lista interminable de cosas por hacer. Porque no era solo mi maleta. Era la de Liberty también. Y preparar su equipaje era como preparar el de una familia entera de vacaciones.

Tenía que llevarme: mantas de verano, mantas de viaje, sudaderos, vendas de descanso, vendas de trabajo, la montura de doma, montura de salto (porque, por supuesto, no sabía dónde iba, pero quería seguir saltando), varias bridas, filetes, protectores, cabezada de cuadra, cuerda de dar cuerda, su pienso e incluso la caja con sus cepillos y sus golosinas favoritas.

Menos mal que la academia se iba a encargar de todo y habían contratado una empresa especializada en transporte equino que iba a hacer todos los portes de ese mes. Liberty viajaría como un rey en camiones con aire acondicionado, grandes redes de heno, zanahorias, paradas cada cierto tiempo y personal veterinario que iba a controlarlo. Liberty iba a estar mejor atendido que yo en el avión, eso seguro.

Yo, por otro lado, intentaba meter toda mi ropa en una maleta mediana, sin esperanzas de que me entraran el casco y las botas. Básicamente, el 80 % de mi maleta era ropa de montar. Mi ropa de diario se reducía a tres camisetas y un vaquero, aunque en la academia tampoco tenía mucha más.

La despedida fue agridulce. No solo por decir adiós a la academia por un tiempo, sino porque también tenía que despedirme de los jinetes de otros países. Sobre todo, de Marie, Magnus y Nil. Con ellos había compartido risas, nervios y visitas secretas a las habitaciones por la noche. Nos abrazamos fuerte, como si estuviéramos cerrando un capítulo importante.

—Esto no es un adiós —dijo Nil, apretándome los hombros—. Es un «hasta muy pronto».

—*Pinkie promise* —dijo Marie, alargando su dedo meñique.

Nos entrelazamos los meñiques y repetimos al unísono:

—*Pinkie promise*.

Nos prometimos que haríamos algún viaje a nuestros respectivos países. Que nos visitaríamos. Que no dejaríamos que esta experiencia quedara solo en recuerdos. Yo ya me imaginaba con Liberty en Noruega con todo nevado, o en un campo de Andalucía con la garrocha en la mano moviendo vacas o trotando junto al río Loira con Marie. De cualquier manera, fue un momento agridulce para todos.

El día del vuelo, me levanté antes de que saliera el sol. Tenía las maletas preparadas desde la noche anterior. El pasaporte listo. El casco que iba a atar en la mochila y mis botas bien limpias y guardadas con mimo en una bolsa de tela que iba a llevar aparte, esperaba que la línea aérea con la que volara no fuera de las baratas, ya que, si solo me dejaban pasar con una mochila, ya me veía teniendo que ponerme las botas y el casco y pasarme todo el trayecto de avión así, llamando la atención.

Era la primera vez que salía del Reino Unido. Y lo hacía con Liberty. Y bueno, la primera vez que cogía un avión. Viajaba para

montar en centros de alto rendimiento, con la ilusión de quien va a cumplir un sueño que ni sabía que tenía.

Jack vino conmigo en el taxi. Me ayudó a cargar las maletas y, durante todo el trayecto al aeropuerto, no dijo mucho. Hasta que, ya en la zona de salidas, me miró con cara triste.

—Prométeme que vas a disfrutar cada segundo, ¿vale? —dijo, forzando una pequeña sonrisa.

—Lo prometo —le dije con una pena enorme por no vernos en tantas semanas.

—¿Vas a escribirme todos los días? O al menos uno sí y uno no.

—Pesado… todos los días, lo prometo —le dije acariciándole el dorso de la mano.

—Y que te vas a acordar de mí cuando rompas algunas normas de los centros a los que vayas —añadió Jack, y juntamos nuestras frentes mientras nos mirábamos a los ojos.

—¿Y cómo sabes que voy a hacer eso?

—Porque te conozco. Y porque me he leído todo el programa de los sitios a los que vas, y te aseguro que hay MUCHAS normas por romper.

Reí. Le di un empujón suave y le abracé.

—No puedo estar tantos días sin verte —dijo en voz baja—. Así que a uno de los países… voy a ir. No sé aún cuál, pero aprovecharé mis vacaciones así. Lo prometo.

Le abracé con tanta fuerza que me crujieron los huesos. No necesitaba más y nos dimos un último beso de despedida que se me iba a quedar grabado en la memoria.

Liberty ya se encontraba en camino. Yo estaba a punto de embarcar, con el casco colgando, la mochila en el hombro y una voz en mi cabeza gritando que todavía estaba a tiempo de dar la vuelta. Pero no, debía continuar.

Primera parada: Francia.

Nota de la autora

La Copa de Naciones (en inglés FEI Nations Cup o Longines FEI Nations Cup) en la vida real es una de las competiciones de salto más importantes del mundo. En ella, los mejores jinetes y amazonas representan a sus países y compiten por equipos, saltando recorridos con obstáculos muy complicados y a gran altura que ponen a prueba la velocidad, la precisión y la confianza entre jinete y caballo.

En esta historia, he inventado algunas pruebas dentro del torneo. No existen exactamente así en la vida real, aunque algunas podrían llegar a hacerse algún día. Eso sí, las dificultades que aparecen aquí son mucho más extremas de lo que realmente haríamos con caballos de verdad.

En cuanto a los premios, los que aparecen en la novela son también ficticios, pero inspirados en cifras reales. En la FEI Nations Cup auténtica, el reglamento establece un mínimo de 250 000 € en premios por competición; de ellos, al menos 200 000 € van destinados a los ocho mejores equipos, y 50 000 € para las mejores actuaciones individuales. Así que sí, ¡las recompensas de esta historia podrían existir perfectamente en la vida real!

Preguntas

Si has disfrutado leyendo este libro, quizás puedas responder a estas preguntas o comentarlas con tus amigas ecuestres:

1. ¿Cuántas nacionalidades participan en la Copa de Naciones?

2. ¿Quién puso el nombre de Olivia en la urna?

3. ¿De cuántas pruebas consta la Copa de Naciones?

4. ¿Cómo se llama el caballo de Magnus?

5. ¿Qué nacionalidades forman la alianza con Olivia?

6. ¿De qué color es el vestido que le regala Jack a Olivia para la fiesta final?

7. ¿Qué disciplina hace Valkyrie, la yegua de Hans?

8. ¿De qué nacionalidad es Marie Lafontaine?

9. ¿De qué capa es el caballo *fjord* de Magnus?

10. ¿Quién ayuda a Olivia con sus entrenamientos físicos?

11. ¿Dónde descubre Marie la pista para la última prueba?

12. Di tres disciplinas que haga Olivia en la prueba final.

13. ¿Dónde duermen los jinetes seleccionados para la copa?

14. ¿Cada cuántos años se celebra este evento?

15. ¿De qué nacionalidad es el jinete que casi en todas las pruebas va por delante de Olivia?

16. ¿De qué es la granja del abuelo de Brooke?

17. ¿Cómo se llama el caballo de Nil?

18. ¿Cuál es la nacionalidad que queda eliminada o retirada de la copa?

19. ¿Qué estilo de monta o disciplina practican los jinetes noruegos?

20. ¿Cuáles son los cuatro elementos que hay en la prueba de los elementos?

DESCUBRE LAS RESPUESTAS Y MÁS SECRETOS SOBRE LA ACADEMIA RIDER:



Conoce más a los seleccionados

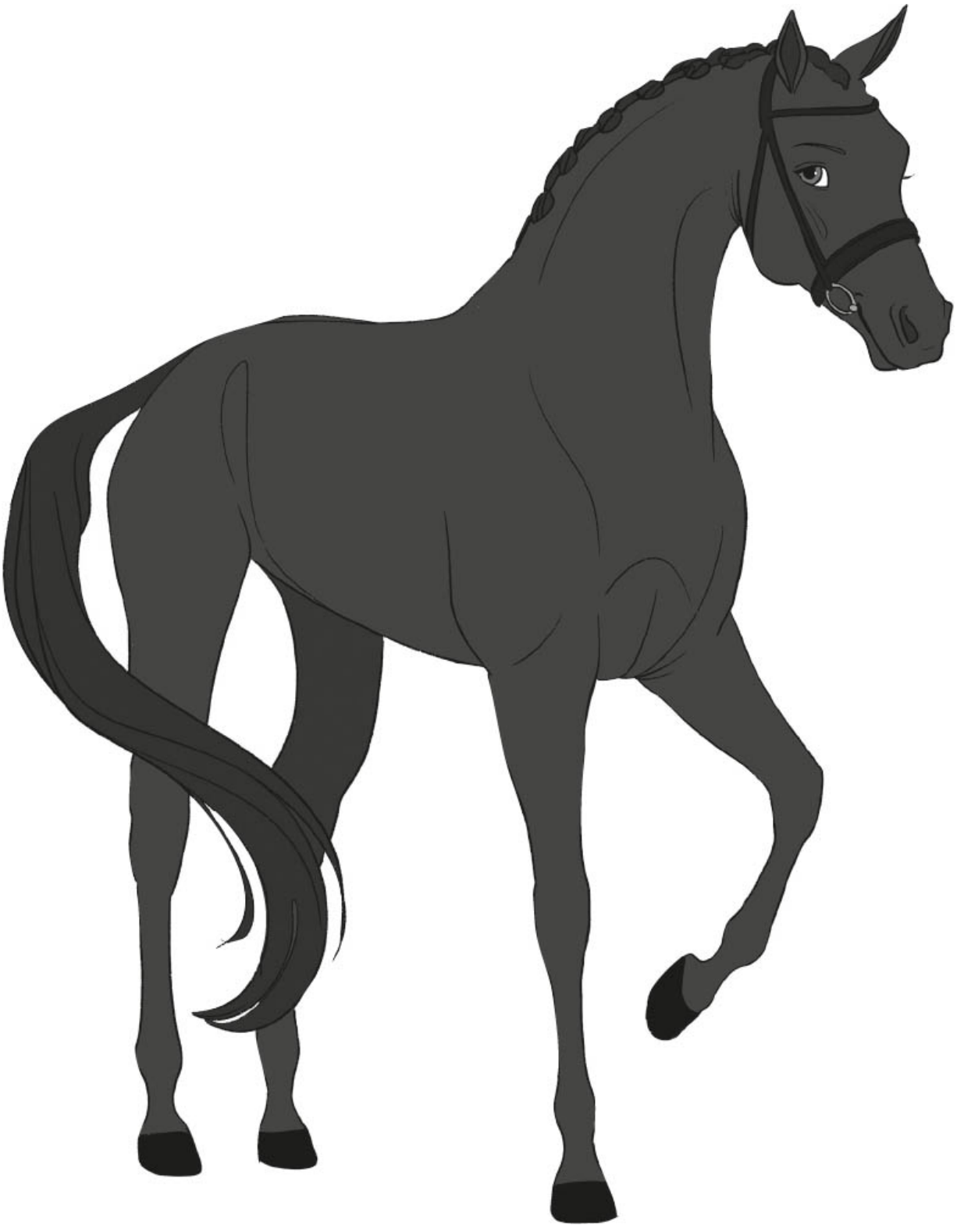
Hans Müller

Hans Müller, jinete representante de Alemania, tiene diecinueve años, es la definición de disciplina y perfección alemana. Alto, de complexión fuerte y con una postura impecable. Tiene el pelo rubio y los ojos azules. Su expresión suele ser seria, incluso cuando está relajado, y rara vez se permite el lujo de bromear o distraerse.



Valkyrie

- **Nombre:** Valkyrie (significa 'la que elige a los caídos en batalla').
- **Raza:** *hannoveriano*.
- **Estado:** yegua.
- **Capa:** negra.
- **Disciplina:** concurso de completo.



Escuela

La Escuela Alemana de Equitación en Warendorf es el epicentro de la equitación alemana, famosa por su entrenamiento estricto, al igual que la mayoría de grandes centros del norte de Europa. Aquí no hay margen para errores ni excusas. Es una escuela exclusiva de caballos de completo, donde cada jinete tiene cinco caballos asignados para llegar al máximo nivel en sus cuatro años de formación.

La historia de Hans

Hans nació en una familia de militares alemanes, donde la disciplina y la exigencia eran el pan de cada día. Su padre, exjinete militar de la guardia montada, le inculcó desde pequeño la importancia del esfuerzo, la precisión y el autocontrol.

Sus padres le regalaron a Valkyrie cuando él tenía dieciséis años para poder hacer la prueba de acceso a la escuela alemana de equitación, lleva tres años estudiando ahí y trabajando varios caballos, aún le queda el último curso por delante. Se ganó la fama de ser «demasiado serio» desde el primer curso, pero nadie podía negar que sus resultados eran impecables; de hecho, se convirtió en toda una promesa del completo.

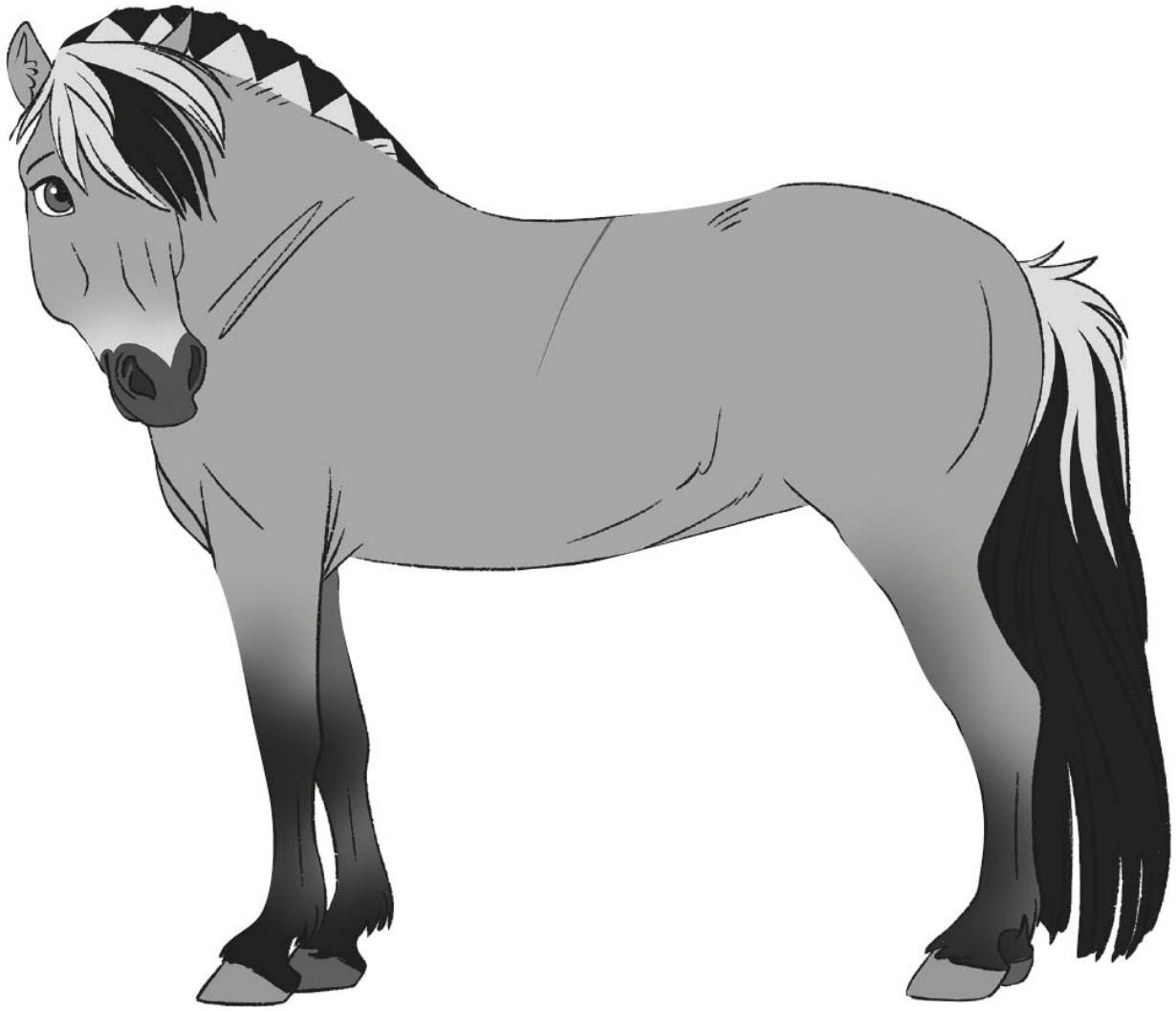
Magnus Olsen

Magnus Olsen, jinete representante de Noruega, tiene diecinueve años, de físico robusto y resistente de los chicos del norte, pero con un semblante simpático y amable. Tiene un pelo rubio ceniza, muy fino, la piel pálida, casi translúcida, y los ojos de un verde intenso.



Skadi

- **Nombre:** Skadi (en la mitología nórdica Skaði o Skade) es la diosa del invierno y cazadora con arco.
- **Raza:** *fjord*.
- **Estado:** castrado.
- **Capa:** bayo.
- **Disciplina:** doma en libertad.



Escuela

La Norsk Hestesenter (NHS), situada en las remotas montañas noruegas, es la escuela de doma natural y trabajo en libertad más importante de Europa. En este centro ecuestre, los jinetes estudian etología principalmente, donde observan las grandes manadas de caballos *fjords* que viven alrededor de la escuela. Tienen asignaturas como *neck rope*, trabajo en libertad, entrenamiento con refuerzo positivo, *target training* o *bareback*, entre otras. Es una escuela que se sale totalmente de las disciplinas tradicionales y tiene una mentalidad de bienestar animal por encima de todo.

La historia de Magnus

Magnus nació en un pequeño pueblo en lo alto de las montañas de Noruega, alejado de la civilización y de los lujos de la vida moderna. Desde muy pequeño, estuvo rodeado de naturaleza y animales, ya que su familia se dedicaba al pastoreo de ovejas y tenían caballos para moverse por la montaña.

Pese a la soledad de su infancia, Magnus nunca se sintió aislado. Los caballos, la montaña y su familia fueron sus compañeros de juego y de trabajo.

Uno de los caballos que destacaba en la manada de su casa era Skadi, un potro que había nacido hacía unos años y con el que Magnus había experimentado cómo domarlo en libertad. Para ello, se había informado en libros y tutoriales.

Su madre, viendo esto y todo el esfuerzo que estaba haciendo su hijo para entender a los caballos, a los dieciséis años le dijo que hiciera las maletas porque lo había apuntado a la escuela Norsk Hestesenter, que ya era hora que dejara esta casa, persiguiera lo que más le apasionaba y que quería un futuro diferente para él,

lejos del pasturaje de ovejas, ya que creía que tenía mucho futuro estudiando los caballos.

Lo de Magnus se convirtió en obsesión en la escuela, pasaba horas entre libros y estudiando etología. Nunca había interactuado con tanta gente, así que los primeros meses era un poco el bicho raro que prefería pasar más tiempo con caballos y libros que con humanos, pero, poco a poco, eso fue cambiando y se volvió un chico abierto, social y curioso.

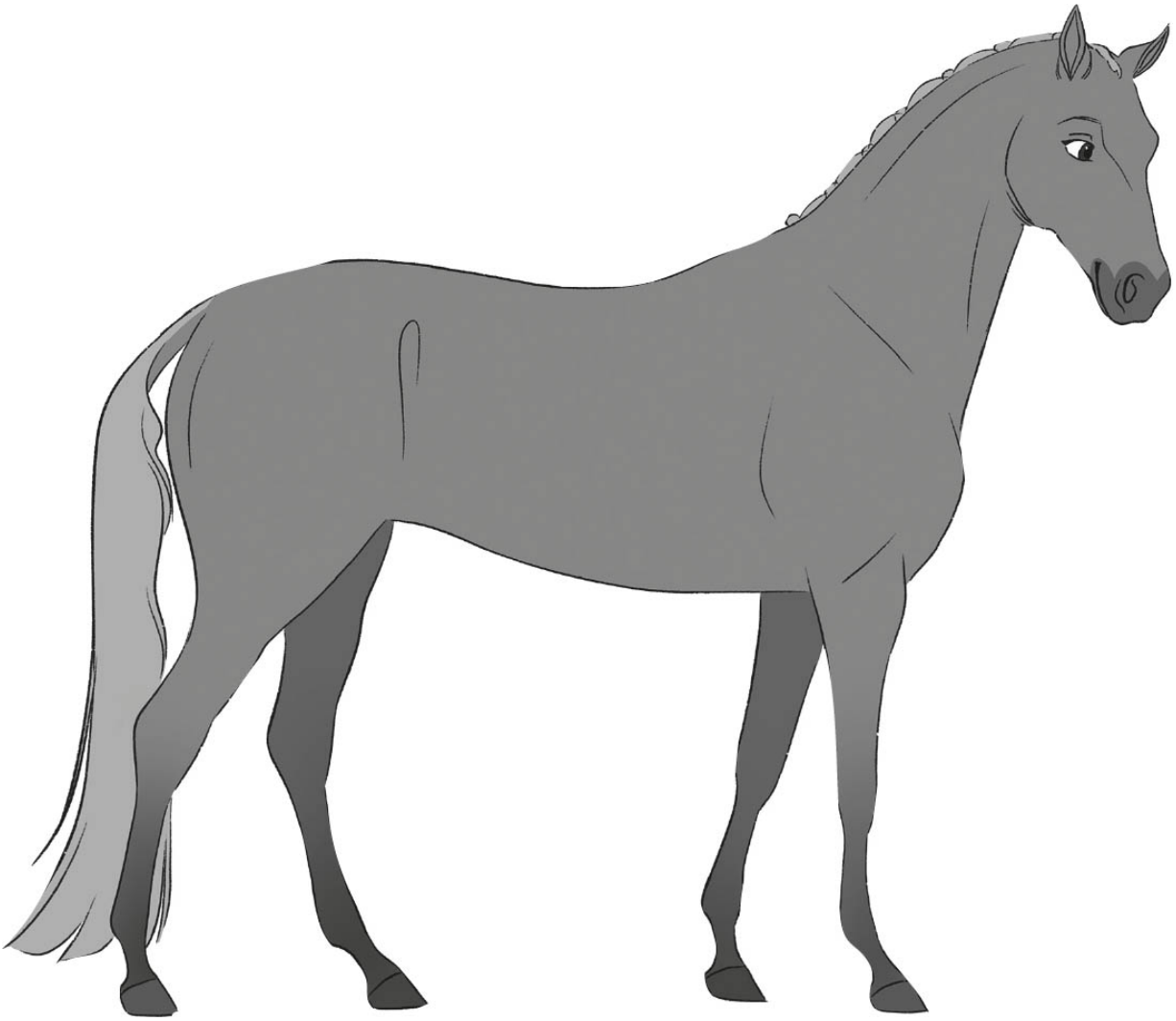
Marie Lafontaine

Marie, jinete representante de Francia, tiene dieciocho años, alta y de complexión delgada, su piel es clara, pero con las mejillas rojitas y ojos de un azul intenso. Lleva el pelo moreno recogido en una trenza o en un moño bajo, con un cuidado impecable.



Belle Étoile

- **Nombre:** Belle Étoile, que en español significa 'bella estrella'.
- **Raza:** silla francés.
- **Estado:** yegua.
- **Capa:** alazana con crines y cola de un tono ligeramente más claro, casi cobrizo.
- **Disciplina:** doma clásica.



Escuela

Marie estudia en una de las instituciones ecuestres más prestigiosas del mundo, el Cadre Noir de Saumur, la cuna de la equitación clásica francesa. Fundada en 1972 y situada en el corazón de Francia, esta escuela es famosa por formar a jinetes y domar caballos en los aires altos.

La historia de Marie Lafontaine

Desde que era una niña, Marie estuvo rodeada de caballos. Su familia, que siempre había montado, tenía un pequeño centro en la campiña francesa, donde su madre daba clases de doma clásica y su padre entrenaba caballos jóvenes para la alta competición. A diferencia de muchos niños que montaban por diversión, Marie lo hacía con un propósito claro: llegar a la cima y competir contra los mejores.

Mientras otros niños se conformaban con aprender lo básico, ella pasaba horas estudiando libros de equitación, analizando competiciones y perfeccionando cada día con clases y más clases.

A los doce años, sorprendió a todos cuando, con su poni, ganó un campeonato de Francia de doma clásica en una categoría más alta de la que le tocaba, y su nombre empezó a sonar en el circuito juvenil francés.

Su talento llamó la atención del Cadre Noir de Saumur, que no suele aceptar alumnos tan jóvenes. Sin embargo, los entrenadores vieron en ella un potencial extraordinario, y con tan solo quince años fue admitida en la academia. Desde el primer día, Marie dejó claro que no estaba allí para ser una más.

Los entrenamientos en Saumur eran duros, físicamente y mentalmente exigentes, pero ella era como una hormiguita y seguía

trabajando en silencio.

Belle Étoile llegó a su vida en su segundo año en el Cadre Noir. Era una yegua con mucho talento, pero con un carácter complicado que no terminaba de encajar con ningún jinete. Con muchas horas de entrenamiento y paciencia, consiguió convertir a Belle en una gran yegua de competición. Llevan dos años entrenando juntas y tienen la reputación de ser imbatibles en las pistas de doma clásica.

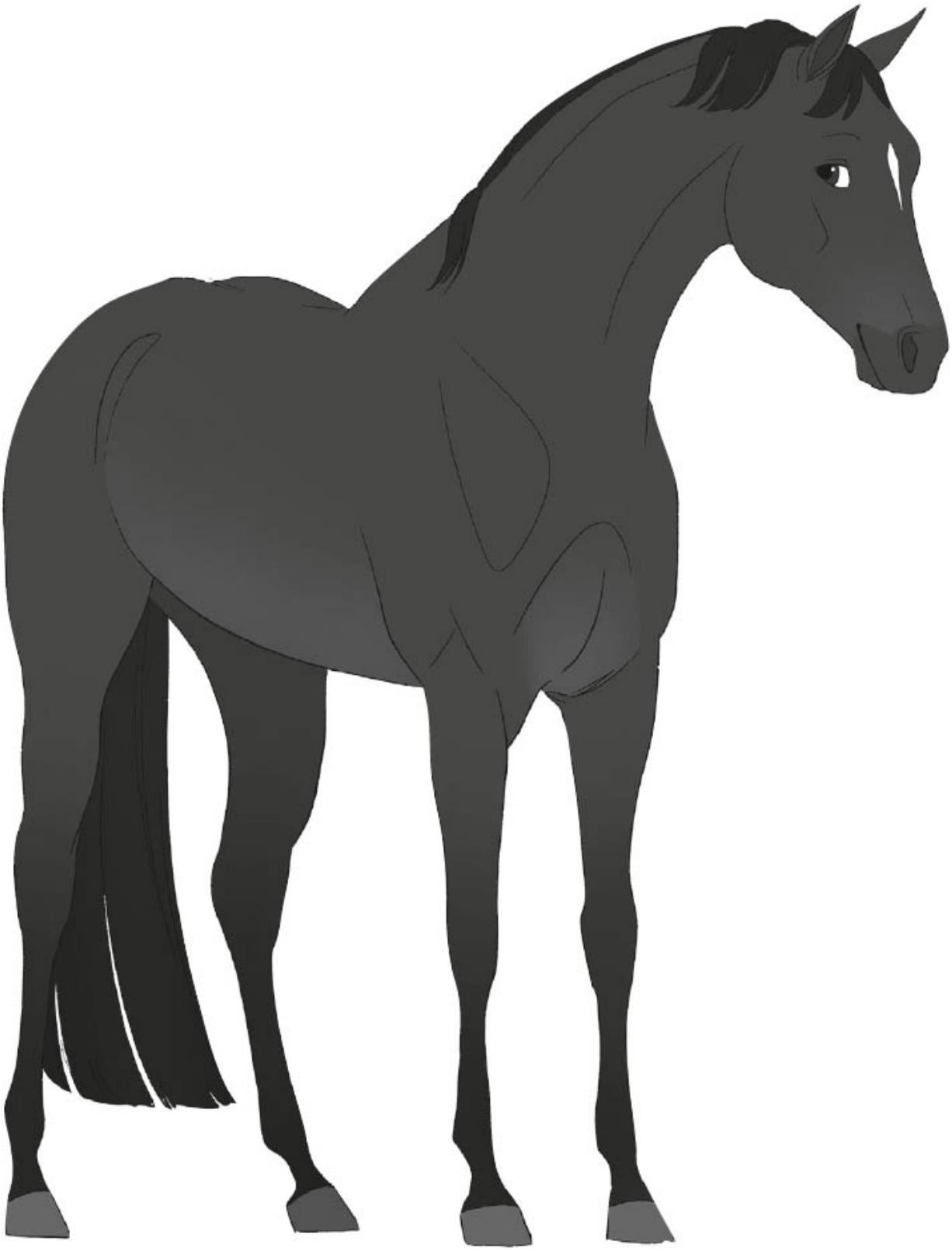
Roos van den Berg

Roos van den Berg, jinete representante de Holanda, tiene dieciocho años, es alta y de complexión atlética. Su pelo es pelirrojo y sus ojos azul grisáceo. Su piel es clarita y luce pecas en las mejillas.



Rembrandt

- **Nombre:** Rembrandt (nombre del pintor neerlandés del siglo XVII y uno de los artistas más interesantes de todos los tiempos).
- **Raza:** KWPN.
- **Estado:** caballo castrado.
- **Capa:** castaño oscuro con una fina estrella blanca en la frente.
- **Disciplina:** doma clásica



Escuela

La Academia Nacional de Equitación de los Países Bajos es una de las más prestigiosas del mundo, conocida por su formación impecable en doma clásica. Ubicada en Ermelo, esta escuela es el epicentro de la equitación neerlandesa. Sus métodos son estrictos y ha estado en el ojo del huracán en los últimos años, y varias veces por sus métodos de enseñanza un tanto duros con sus alumnos y con los caballos.

La historia de Roos

Roos no proviene de una familia de grandes lujos, pero sí de generaciones de granjeros que han vivido siempre rodeados de caballos. En Holanda, es muy común que las casas estén equipadas con cuadras, una pequeña pista y grandes *paddocks* verdes donde poder tener tus caballos. Su padre, criador de caballos KWPN, le enseñó a montar casi antes de que aprendiera a andar, y su madre, veterinaria equina, le inculcó la importancia de cuidar a los caballos.

Entrar en la Academia Nacional de Equitación no fue fácil. La competencia era feroz y muchos la subestimaron por no venir de una familia de grandes competidores. Pero Roos demostró que su talento no tenía nada que envidiar a nadie. Con trabajo duro, disciplina y una determinación inquebrantable, fue escalando posiciones hasta convertirse en una de las mejores de su generación.

Fue en la academia, en su primer año, donde conoció a Rembrandt, un potro con mucho potencial, pero un poco difícil de carácter. Ahora que está en su último curso, Rembrandt ya ha crecido un poco y ya llevan tres años trabajando juntos. Son inseparables.

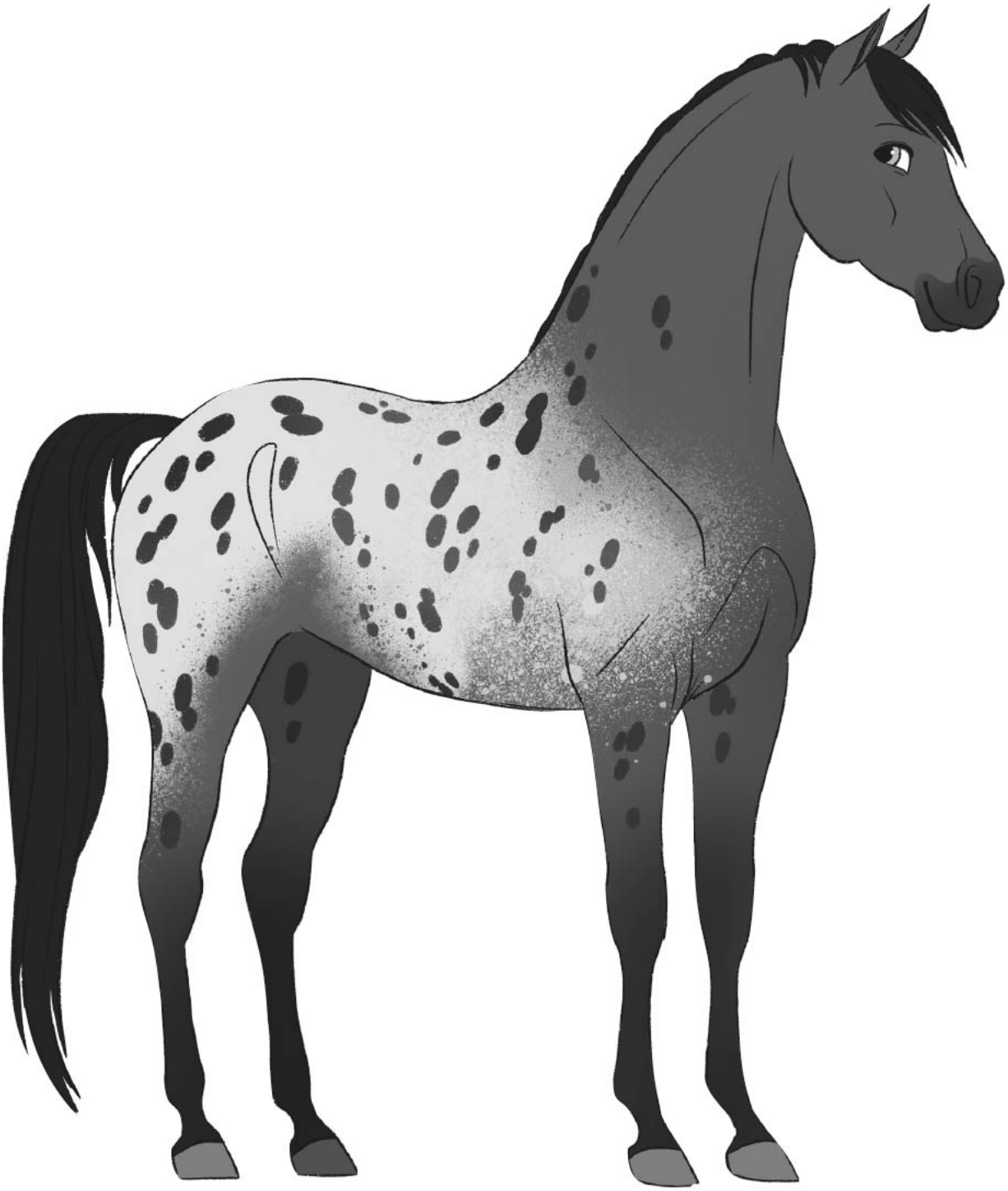
Patrick O’Connor

Patrick O’Connor, jinete representante de Irlanda. Tiene dieciocho años y es el típico irlandés de campo, con la piel pálida y la cara con pecas, ojos verdes y un pelo pelirrojo y desenfadado. Todo ello le da un aspecto achuchable. Aunque su complexión no es atlética ni musculosa como la de otros jinetes, tiene un encanto rústico al montar.



Shamrock

- **Nombre:** Shamrock (es uno de los símbolos de Irlanda. Se trata de un trébol verde de tres hojas).
- **Raza:** poni *connemara.*
- **Estado:** caballo castrado.
- **Capa:** *apaloosa*.
- **Disciplina:** salto.



Escuela

La Irish National Stud & Equestrian School (INS), en el corazón de Irlanda, es la cuna de la tradición ecuestre irlandesa. Con una historia de siglos, es famosa por formar a los mejores jinetes en salto y carreras de caballos. La escuela no solo se dedica a la enseñanza, sino también a la cría, especialmente de los ponis de raza *connemara* y de caballos de carreras.

La historia de Patrick

Patrick nació en un pequeño pueblo irlandés, donde los caballos eran parte del día a día, pero no eran una prioridad. Su madre era profesora en la escuela local, y su padre trabajaba en la granja familiar de cerdos, vacas y gallinas. Desde muy joven, Patrick empezó a montar los ponis de los vecinos.

A los diez años, sus padres se preocuparon porque montaba cualquier poni del vecindario, aunque estuviera sin domar, sin casco ni protecciones, con lo que llegaba a casa cada día con alguna que otra herida; así que decidieron apuntarlo a clases de equitación en un diminuto club local. Desde pequeño, destacó por el salto y poco a poco fue compitiendo y ganando experiencia. Con mucho esfuerzo se preparó para las pruebas de acceso a la Escuela Nacional de Irlanda y, aunque entró por los pelos debido a las pruebas físicas que eran el 30% de la prueba de acceso, consiguió su pase y se prometió a él mismo que se iba a esforzar al máximo.

Obviamente, al principio, las cosas no fueron fáciles. En la escuela, muchos de los otros estudiantes tenían más experiencia y más conocimiento técnico que él. Pero Patrick siguió trabajando sin descanso y descubrió su pasión por domar ponis, especialmente *connemaras*. Por el boca a boca, se hizo muy conocido, lo cual

desembocó en que le trajeran ponis de toda Irlanda para domarlos en la escuela.

Nil Fernández

Nil Fernández, jinete representante de España, tiene diecinueve años, moreno, de piel bronceada por horas bajo el sol de la península ibérica, con el pelo castaño oscuro y siempre va un poco despeinado. No es el típico jinete pulcro que se cuida con horas de gimnasio y meticuloso de academia, pero tiene algo que muchos envidian: un talento natural con los caballos que no se puede enseñar. Tiene ese don andaluz del que todos hablan, ese arte innato para domar que no se aprende en libros, sino en el campo y en el día a día con los caballos.



Soñador de Vida

- **Nombre:** Soñador de Vida.
- **Raza:** pura raza española.
- **Estado:** entero.
- **Capa:** tordo.
- **Disciplina:** alta escuela.



Escuela

La Real Escuela Andaluza del Arte Ecuestre, en Jerez de la Frontera, es un templo de la equitación clásica española. Fundada por Álvaro Domecq Romero en 1973, destaca por mantener las formas de doma tradicionales y la esencia del caballo andaluz. Entre sus jinetes históricos sobresalen Rafael Soto e Ignacio Rambla, medallistas olímpicos en Atenas en la categoría máxima de doma clásica.

La historia de Nil

Nil no nació en una familia de jinetes, ni de ganaderos ni de nadie que tuviera relación con los caballos. Su padre es andaluz y su madre catalana, de ahí su nombre, que puede parecer algo raro en Andalucía. Nació en Barcelona, pero por el trabajo de sus padres tuvieron que mudarse y creció en un pequeño pueblo andaluz, donde los caballos formaban parte del paisaje. Desde pequeño, pasaba horas mirando las exhibiciones de doma en la feria del pueblo, embobado con la manera en la que los jinetes montaban a los caballos pura raza española.

Su primera oportunidad llegó cuando tenía diez años. Un anciano del pueblo, dueño de una pequeña yeguada, le propuso ayudar en verano en el cuidado de los caballos, limpiando cuadras a cambio de recibir algunas clases. Nil aceptó sin pensarlo. No le importaba ensuciarse ni trabajar de sol a sol, porque cada minuto entre los caballos valía la pena. Pronto, el anciano vio su potencial y le dejó montar cada vez más.

Con el tiempo, su talento empezó a llamar la atención. A los dieciséis, un entrenador de la Real Escuela Andaluza lo vio en un

concurso local y quedó impresionado con su manera de montar. Y le propuso hacer las pruebas para entrar en la Real Escuela.

Al principio, nadie apostaba por él. No obstante, tenía un don, aunque sus conocimientos teóricos no fueran muy grandes en comparación con los de los otros jinetes. Pronto se empapó de todo y estudió como el que más para estar al mismo nivel que sus compañeros.

Lleva dos años en la academia y ya forma parte del espectáculo *Cómo bailan los caballos andaluces*, y tiene a cargo varios caballos PRE para domar, entre ellos Soñador de Vida.

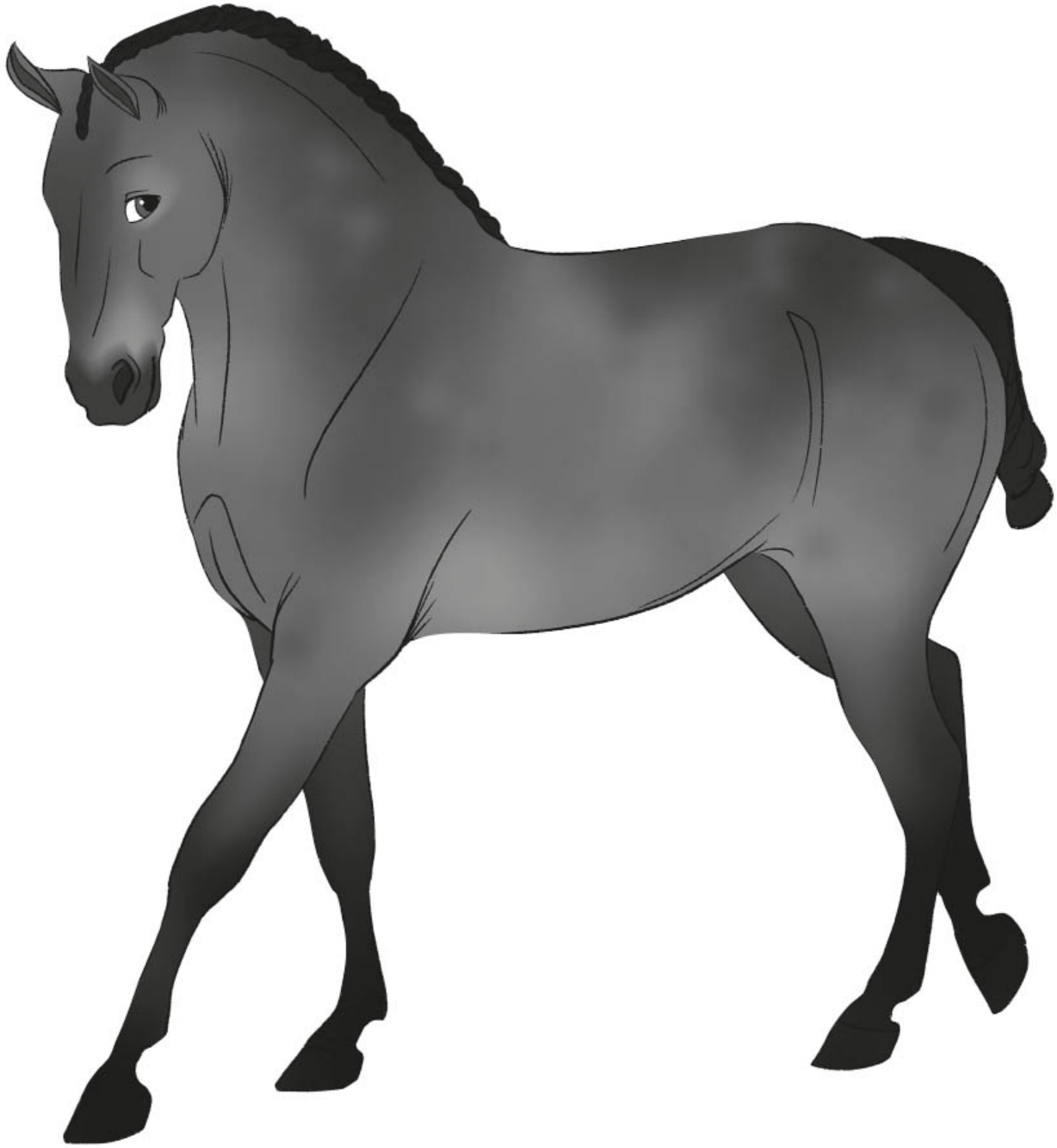
João Moreira

João Moreira, jinete representante de Portugal, de diecinueve años, de aspecto serio y reservado, con una elegancia natural para montar. De complexión atlética, tiene el pelo oscuro y ligeramente rizado, que mantiene corto y bien cuidado, y sus ojos son de color marrón.



Trovao

- **Nombre:** Trovao (significa ‘trueno’ en español).
- **Raza:** purasangre lusitano.
- **Estado:** entero.
- **Capa:** castaño.
- **Disciplina:** equitación de trabajo y alta escuela.



Escuela

La Escuela Portuguesa de Arte Ecuestre es una institución de renombre mundial, conocida por su énfasis en la equitación clásica y en el arte de la alta escuela. Está situada en el corazón de Lisboa, en un edificio histórico. Aunque la escuela oficial se creó en 1979, ya se hablaba de una escuela muy antigua, ya que los primeros registros escritos se remontan al siglo XIV. La escuela también pretende ser uno de los guardianes de este arte, popularizado en el siglo XX por el maestro jinete Nuno Oliveira (considerado una de las grandes figuras del arte ecuestre). En la escuela solo se trabaja con caballos lusitanos de capa castaña, negra y torda y se hacen diariamente entrenamientos abiertos al público, así como espectáculos, a parte de la formación de jinetes de tres años de duración.

La historia de João

João Moreira nació en uno de los barrios de Lisboa, rodeado de edificios y actividad frenética. Cada día que iba al colegio, pasaba por delante de la real escuela viendo cómo los caballos cruzaban la calle para entrar en la pista principal, todos bien equipados y engalanados. Era tal su obsesión, que se quedaba viéndolos día tras día, y a los nueve años ya conocía al portero, quien le dejaba entrar para que pudiera hacer sus deberes dentro mientras veía caballos entrenar.

João no había visto más caballos fuera de ese sitio. No fue hasta los diez años, en un viaje en coche por trabajo de sus padres, que pisó España y empezó a ver campos con yeguas y potros. A partir de ahí, pidió a sus padres montar a caballo, quienes hicieron un esfuerzo económico y lo empezaron a llevar los sábados a una

escuela a las afueras de Lisboa, mientras que entre semana se seguía sentando a observar a los jinetes de la escuela al salir del colegio. Aprendió a trenzar solo de observar las rutinas de preparación, de estiramientos, la teoría de todos los ejercicios de alta escuela. Hasta que un día, a los quince años, le dijeron que, si era capaz de trenzar un caballo y hacer todos los ejercicios del espectáculo, tendría un pase especial para estudiar ahí. Después de todos estos años, para él fue un sueño, bordó el examen de ingreso y no solo le concedieron entrar en la escuela como jinete, sino que le dejaron al cargo de varios caballos, entre ellos Trovao, quien al poco tiempo su familia compró para que siempre estuviera con João.

Glosario

- ***Bareback***.

Montar sin silla, solo con la protección básica de un sudadero, lo que requiere gran control y equilibrio por parte del jinete.

- ***Bitless***.

Técnica de montar sin embocadura en la boca del caballo, utilizando diferentes tipos de cabezadas o bridas alternativas para controlar al caballo.

- **Bocha**.

Es la pelota que se usa en los partidos de polo.

- **Carcaj**.

Funda o bolsa que se cuelga el jinete para llevar flechas, usada principalmente en competiciones de tiro con arco a caballo.

- ***Chukker***.

En polo, un *chukker* o *chukka* es un período de juego, similar a un cuarto en otros deportes. Cada *chukker* dura siete minutos, y un partido de polo estándar tiene entre cuatro y seis *chukkers*.

- **Corvetas**.

Ejercicio de alta escuela en el que el caballo levanta la parte delantera primero y después salta con las cuatro patas en el aire, ejecutando uno o más saltos hacia adelante.

- **Cornetas**.

La silla de amazona consta de dos cornetas que salen de la montura. En ellas se colocan las dos piernas, que suelen caer hacia el lado izquierdo.

- **Ejercicio anaeróbico.**

Actividad física en la que el cuerpo realiza esfuerzos intensos durante un corto periodo de tiempo, sin depender del oxígeno. Se

utiliza en el entrenamiento de caballos para mejorar su fuerza y resistencia.

- **Etología**.

Ciencia que estudia el comportamiento de los animales, particularmente la interacción de los caballos con su entorno y con los humanos, fundamental en la educación y el entrenamiento equino.

- ***Equifeel***.

Disciplina de trabajo en libertad en la que el caballo realiza ejercicios de obediencia y confianza a través de la comunicación no verbal, sin el uso de riendas o fuerza.

- **Frac**.

Chaqueta de competición larga con una especie de cola, que se puede usar a partir de cierto nivel en la disciplina de doma clásica.

- ***Hobby horse***.

Juego o disciplina que emula la equitación, pero sin caballo real, utilizando caballos de madera o de peluche, como una actividad recreativa o educativa para niños.

- ***Jockey***.

Jinete especializado en montar caballos de carreras, especialmente en hipódromos, donde deben mantener un control total sobre el caballo a alta velocidad.

- **Levadas**.

Movimiento de alta escuela en el que el caballo levanta las extremidades delanteras, apoyando su peso principalmente sobre las traseras.

- **Neck rope**.

Cuerda o rienda que se coloca alrededor del cuello del caballo, utilizada en algunas disciplinas como el trabajo en libertad o en el entrenamiento sin contacto directo con la boca del caballo.

- ***Pad* de volteo.**

Almohadilla especial colocada en el dorso del caballo para protegerlo; acostumbran a ser gruesas para minimizar el impacto del volteador cuando realiza ejercicios encima del caballo.

- **Pellets**.

Heno deshidratado y prensado en pequeños cilindros, que aportan fibra de alta calidad.

- **Posada**.

Ejercicio de alta escuela en el que el caballo se pone de manos por unos segundos manteniendo el equilibrio y la calma.

- **PRE (pura raza española)**.

Raza de caballos originaria de España, conocida por su elegancia, versatilidad y capacidad para realizar movimientos de alta escuela y doma clásica.

- **PSL (purasangre lusitano)**.

Raza de caballos originaria de Portugal, similar al PRE, especialmente valorada en la doma clásica, el trabajo en libertad y las disciplinas de alta escuela.

- **Refuerzo positivo.**

Técnica de entrenamiento basada en premiar el comportamiento deseado del caballo para reforzarlo, mediante el uso de golosinas, caricias o palabras.

- **Riendas largas**.

Es una técnica de entrenamiento pie a tierra que te permite enseñar y hacer ejercicios de alta escuela sin el peso del jinete. Se trata de usar dos cuerdas largas, como si fueran riendas, una por cada lado y vas guiando el caballo desde abajo.

- ***Sliding stop***.

Técnica en la que el caballo frena de golpe y desliza sus patas traseras sobre el suelo mientras detiene las delanteras; utilizada en disciplinas como el *western reining.*

- ***Spin***.

Giro rápido sobre las patas traseras del caballo, común en disciplinas de doma *western*, en el que el caballo gira trescientos sesenta grados en un corto período de tiempo.

- ***Target training.***

Técnica de entrenamiento donde al caballo se le dirige para tocar un objetivo específico (como un palo o una marca), utilizando refuerzo positivo como recompensa.

- **Trabajo en libertad**.

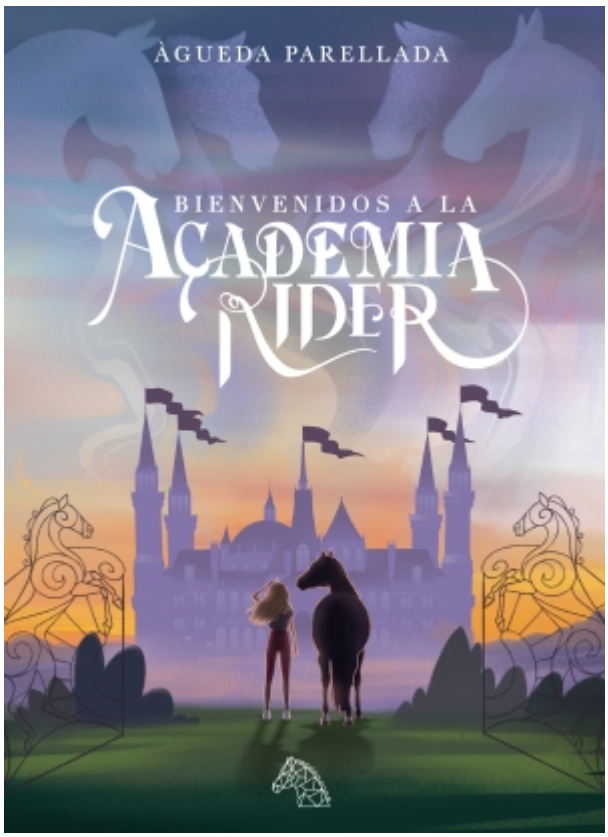
Disciplina en la que el caballo realiza ejercicios sin estar montado o atado, confiando en su comunicación con el jinete. Dicha disciplina generalmente está basada en la obediencia y el control de la energía del caballo.

- ***Turf***.

Es el mundo de las carreras de caballos. Abarca desde los entrenamientos hasta las competiciones en hipódromos.

- **TRX**.

Es un sistema de entrenamiento físico que utiliza cintas de suspensión para realizar ejercicios con el propio peso corporal.



Bienvenidos a la Academia Rider

Parellada, Agueda
9788409834266
280

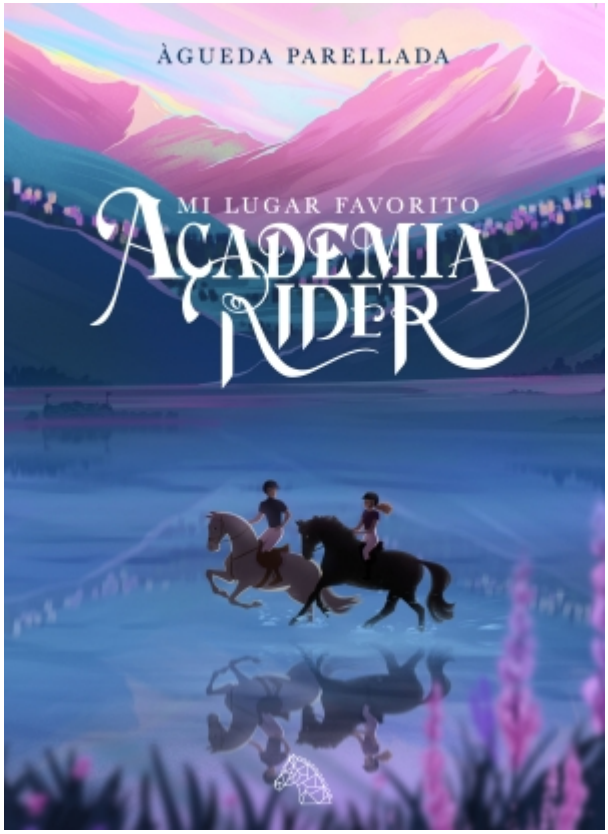
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Olivia Thorn vive en el pequeño pueblo de *Wickford Hollow*, al sur de Inglaterra, donde trabaja duro en **Blackwood Stables** para poder mantener a su caballo **Liberty** y aprender todo lo que pueda sobre su gran pasión: *el mundo del caballo*.

Hasta que un buen día, **Emma**, su entrenadora, le entrega una carta que cambiará su vida para siempre. En ella le comunican que ha sido **becada para entrar en la prestigiosa Academia Rider**.

Ahora, en un lugar donde se forman **los mejores jinetes de Europa** en las *tres disciplinas olímpicas,* **doma clásica**, **salto de obstáculos** y **concurso completo**, Olivia deberá demostrar que **el talento, su ingenio y la perseverancia**pueden superar cualquier obstáculo.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Mi lugar favorito

Parellada, Agueda
9788409834273
328

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tras sobrevivir al **primer trimestre en la Academia Rider**, **Olivia** regresa con más ganas que nunca de seguir formándose junto a su inseparable compañero, **Liberty**.

Allí la esperan **Brooke**, **Emily**, algunas nuevas amistades y, como no, **Jack**, el chico que no consigue descifrar. Pero **un accidente lo cambiará todo** y pondrá en peligro su futuro en la academia.

Olivia deberá **volver a confiar en sí misma** para recordar por qué monta y aprender que, a veces, es necesario *perderse para volver a encontrarse*. Al mismo tiempo, tendrá que **aclarar sus sentimientos por Jack**, rodeada de un entorno lleno de **aventuras, misterio y superación**.

Prepárate para sumergirte en otro inolvidable trimestre en la Academia Rider.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)